

JULIÁN BESTEIRO

MARXISMO
Y
ANTIMARXISMO

GRAFICA SOCIALISTA
SAN BERNARDO, 82
MADRID

LECTURE
SUR PLACE

FLM. 1280399

BIBLIOTHEQUE DE SCIENCES PO



1704542

MARXISMO Y ANTIMARXISMO

128 5692

MARXISMO

Y

ANTIMARXISMO

POR

JULIÁN BESTEIRO



GRAFICA SOCIALISTA

SAN BERNARDO, 82

MADRID

INDICE

	Páginas
ADVERTENCIA DEL AUTOR.....	IX
I. — GRANDEZAS Y MISERIAS DEL MOMENTO ACTUAL.....	1
II. — LA PREOCUPACIÓN SOCIAL CONTEMPORÁNEA.....	7
En torno al Socialismo.....	7
El caso de Roosevelt.....	9
Timideces y audacias gubernamentales.....	12
El colaboracionismo con la burguesía y el caso Snowden	14
III. — ¿ES POSIBLE LA REALIZACIÓN DEL SOCIALISMO? LA DEMOCRATIZACIÓN DE LA EPOPEYA.....	21
IV. — EL SOCIALISMO Y LA CIENCIA. EL MARXISMO.....	27
V. — LA CRÍTICA DEL MARXISMO. EL REVISIONISMO Y SU SUPERACIÓN	35
VI. — PRINCIPALES OBJECIONES AL IDEARIO DE MARX.....	43
VII. — MATERIALISMO DE LA HISTORIA Y LUCHA DE CLASES.	49
Consideración metodológica.....	49
La génesis del pensamiento de Marx.....	51
Marx y la izquierda hegeliana.....	53
Materialismo de la Historia y lucha de clases como teorías científicas.....	60
Marx y sus epigonos.....	62
VIII. — LA INCUBACIÓN FILOSÓFICA DEL FASCISMO.....	69
El pensamiento complicador del siglo XIX.....	69
El marxismo, la filosofía teórica y la práctica.	73
La distribución equitativa y la cuantificación de la riqueza.....	76

	Páginas
La tradición filosófica inglesa y la alemana.....	80
La reacción contra la <i>Aufklärung</i>	82
<i>Behaviourisme</i>	87
<i>Wertphilosophie</i>	92
IX. — LA SISTEMATIZACIÓN DEL FASCISMO.....	103
Fascismo y romanticismo.....	103
La literatura mosaico.....	104
El fascismo en acción.....	106
Un discurso del <i>Führer</i>	107
El comunismo primitivo.....	108
El menosprecio de la burguesía.....	112
El escudo de la burguesía.....	116
X. — LAS DICTADURAS MODERNAS.....	119
Finalidades de las dictaduras fascistas.....	119
Discusión en torno a la dictadura del proletariado	122
La interpretación del pensamiento de Carlos Marx	126
Política experimental	135
XI. — CONDICIONES ECONÓMICOSOCIALES DEL DESARROLLO DEL FASCISMO	139
Optimismo económico y liberalismo.....	139
La crisis de la postguerra.....	143
El caso de Alemania.....	145
La autocrítica de la Socialdemocracia.....	149
El ejercicio del Poder.....	152
Conclusión	154
EL MARXISMO Y LA ACTUALIDAD POLÍTICA.....	157
El fantasma del marxismo.....	157
La amargura de Marx y el florecimiento de su doctrina	159
El revisionismo en España.....	160
El intento revisionista de Bernstein.....	161
La acumulación de riqueza en la tierra.....	163
El marxismo no es un sistema dogmático.....	164
El Socialismo es inteligencia y no misticismo... ..	166
Examen de la concepción de Henri de Man.....	168

	Páginas
Modas estéticas e intelectuales.....	169
Man renuncia a la explicación psicológica de la revolución	171
La obligación de los marxistas.....	171
La situación actual de Europa.....	174
Una formación eficaz	175
He aquí la tragedia.....	176
El peligro del reformismo.....	177
El caso de Inglaterra.....	179
Por el camino de las religiones no llegaremos a entendernos	181
Hace falta llegar a un acuerdo económico.....	182
Proyección de la doctrina en la situación nacional.	184
Nuestros compañeros en el Poder han realizado una labor magnífica.....	185
Saldrán con la frente alta.....	186
¿De qué servirá el sacrificio que hemos hecho?	187
Tenemos una República democrática.....	188
Las organizaciones técnicas.....	189
Es preciso que no reneguemos de la democracia.	191
Los resabios jacobinos y los religiosos.....	192
EN EL HOMENAJE A LA MEMORIA DE LLANEZA.....	195
Un día de recuerdos.....	195
Las discrepancias son necesarias y convenientes.	197
El origen de una disidencia.....	200
La dictadura republicanizó al país.....	202
Acción política y ocupación del Poder.....	204
¿Una o dos Cámaras?.....	206
La República y la Iglesia.....	208
Yo no soy pesimista.....	209
La discrepancia máxima.....	211
El mito Besteiro.....	213
España y la República soviética.....	216
La participación ministerial.....	217
Yo me atengo a la democracia.....	219
Me considero profundamente socialista.....	221
LOS CAMINOS DEL SOCIALISMO.....	227
El tema propuesto.....	227
La iniciación de la protesta proletaria.....	229
Los filántropos	230
La perduración del anarquismo en España.....	231

	Páginas
Lo característico del Socialismo científico.....	236
Los momentos difíciles.....	241
La Gran Guerra.....	241
La revolución rusa.....	244
La República alemana.....	251
Nuestro caso	255
 EN EL CINE PARDIÑAS.....	 261
Vengo a razonar.....	261
El valor de la disciplina.....	262
La vitalidad del Socialismo.....	263
El frente antimarxista.....	264
Si el partido radical no se modifica, hay que hacerle desaparecer	265
Debilidad de los radicales hacia los bandoleros de España	266
El fascismo es un brote de hongos venenosos....	267
Los demócratas y los demagogos.....	268
Hay que castigar a los obstruccionistas de las Constituyentes	270
Somos marxistas y aceptamos la lucha de clases.	272
La barbarie del racismo.....	272
El falso nacionalismo de los reaccionarios.....	273
El fascismo lleva a la guerra.....	274
Somos marxistas y, por ello, revolucionarios....	275
Ya no bastan las conquistas inmediatas.....	275
Hay que reformar el régimen capitalista.....	276
El Socialismo en nuestros tiempos.....	277
Pero no hay que desatender los problemas in- termedios	278
El paro es un peligro de fascismo.....	278
Hay que reformar el socorro de paro.....	279
Los socialistas somos la mayor garantía moral de la vida política.....	280

ADVERTENCIA DEL AUTOR

Con motivo de la lectura de mi discurso de ingreso en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, he recibido algunas indicaciones de personas interesadas por los problemas contenidos bajo el título MARXISMO Y ANTIMARXISMO, para que procurara divulgar mis puntos de vista y aun los fundamentos de mi actitud en momentos críticos de la vida del Socialismo en nuestro país.

Para satisfacer esos deseos, que no he de negar que coinciden con los míos, me ha parecido lo más adecuado publicar en este libro, además del discurso de ingreso en la Academia, algunos otros que se ocupan también de los mismos temas y que fueron pronunciados en ocasiones cuyo recuerdo ofrece singular interés para los militantes en el Partido Socialista y para el núcleo de personas que representan esa opinión difusa que sigue con atención el desarrollo del movimiento sindical y la vida del Socialismo.

Esos discursos a que aludo fueron todos ellos pronunciados durante el año 1933, con motivos diversos: la conmemoración del quincuagésimo aniversario de la muerte de Carlos Marx, la celebración en Mieres de un homenaje a la memoria de nuestro querido compañero Manuel Llana, la propaganda electoral y el desarrollo del tema que me fué asignado por los organizadores de la Escuela de Verano de Torrelodones.

De todos esos discursos, sólo el pronunciado en la Escuela de Verano de Torrelodones aparece ahora impreso por primera vez. Los jóvenes organizadores de la Escuela se cuidaron de transcribirle; sobre su transcripción yo hice rápidamente algunas correcciones; pero el discurso no mereció los honores de la impresión, sin duda porque contrariaba tendencias que entonces iniciaban un rápido desarrollo; y así, el original ha permanecido inédito hasta estos momentos.

A pesar del tiempo transcurrido desde que esos discursos fueron pronunciados, declaro que hay algunos entre ellos que no experimento ningún deseo de perfeccionarlos o retocarlos. Sin que esto pueda ser un elogio, creo que las personas que los han transcrito lo han hecho en términos de exactitud y de corrección que yo no podría superar.

No todos esos discursos han corrido, sin embargo, la misma suerte. Hay alguno entre ellos, el pronunciado en Mieres, por ejemplo, que estuvo a punto de perderse por completo, y aun tengo entendido que, si se salvó, fué por el interés puesto en ello por los mismos compañeros asturianos; a pesar de lo cual su versión quedó tan imperfecta, que para ofrecerla hoy al público con el minimum de esmero deseable, sería preciso entregarse de nuevo a un trabajo de pulimento y corrección.

En otros casos, la mera acción del tiempo ha hecho que mis juicios se modifiquen y, a mi modo de ver, se perfeccionen, merced a una consideración y un estudio más detenidos del asunto. Tal ocurre con la crítica que hice en la Escuela de Verano de la política del presidente Roosevelt, crítica que difiere de la que he formulado posteriormente en algún escrito que no figura en este libro y, como fácilmente apreciará el lector, de la que formulo en el mismo discurso de la Academia.

Mas ni en el caso del discurso de Mieres, ni en el de la

Escuela de Verano, ni en ningún otro, me he permitido hacer más correcciones que aquellas mínimas exigidas por la existencia de alguna errata puramente material y que en modo alguno podrían alterar el sentido del texto.

En mi afán de conservar las transcripciones de esos discursos como documentos que no deben ser hoy alterados, he llegado incluso a respetar los epígrafes que separan sus distintos párrafos, epígrafes que, salvo en el discurso de la Escuela de Verano, no están puestos por mí, y que en algunos casos dan a mi pensamiento un énfasis que, en mi opinión, es verdaderamente exagerado.

Estos defectos, y aun la conservación de algún que otro párrafo manifiestamente construido de un modo incorrecto o confuso, espero me serán dispensados por la indulgencia del lector. He preferido incurrir en esas faltas, que hubieran podido ser fácilmente remediadas, a quedarme con el escrúpulo de conciencia de haber cometido, por afán de corrección, una falta mucho más grave, y que yo mismo no me sabría perdonar: la de haberme dejado arrastrar por el deseo de modificar el pensamiento que emití en otros tiempos para adaptarle a las necesidades o a las conveniencias personales del momento.

Cuando se habla o se escribe acerca de temas de interés público se contrae responsabilidad, no solamente por lo que se dice, sino también por el momento en que se dice. Y yo no he pensado en sustraerme a ninguna de esas responsabilidades.

A despecho de todas las posibles imperfecciones, el contenido de esos discursos, fácilmente comprensible, constituye mi manera de ver las cosas y es la expresión de mi convencimiento.

¿Hay en ello error? Pues no quiero disimularle. El error no sería pequeño, y bien merecería la pena tomarse algún tra-

bajo para reconocerle como tal error, para juzgarle y para ponerse en guardia contra él.

¿Hay en ello algún acierto? Pues justo es que participe de él el mayor número de personas posible.

En el caso más favorable, ésa sería mi única recompensa. No aspiro a otra. Y conste que con ello no adopto ninguna actitud de generosidad ni de modestia. Es que creo, como he dicho repetidamente, que en los momentos presentes no hay nada más importante que hacer que esforzarse por ver claro y orientarse con seguridad. Y, en la medida de mis fuerzas, quiero contribuir a ello.

JULIAN BESTEIRO

9 mayo 1935.

Grandezas y miserias del momento actual

En un lapso de tiempo relativamente breve se han operado grandes cambios, no sólo en el orden político, sino en el orden social y en nuestra propia relación personal con el medio políticosocial en el cual nos movemos.

Todo contemporáneo nuestro que haya traspasado el meridiano de la vida ha sido testigo de la producción y de la aplicación práctica de importantes descubrimientos técnicos que han introducido una profunda modificación en las costumbres. No solamente las instituciones políticas tradicionales han desaparecido y han sido sustituidas por otras más adaptadas a las necesidades de los tiempos, sino que, en el seno de las instituciones sociales de más hondas raíces en el pasado, se han operado vertiginosamente cambios sustanciales, cuya génesis y cuya determinación causal es difícil de apreciar para un espíritu poco reflexivo o débilmente dotado de facultades de observación.

Dirijamos nuestra mirada al campo de observación más inmediato.

La juventud española de hoy difiere profundamente

de la juventud española de hace veinte años; la actitud de la mujer ante nuestra sociedad ha experimentado transformaciones igualmente importantes; y estos cambios de actitud de la juventud masculina y femenina han alterado también el equilibrio de la vida familiar. Padres de familia hay hoy que, después de haber acreditado durante largos años virtudes de equilibrio, de mesura y de prudencia, nos sorprenden un buen día aceptando normas morales nuevas o adoptando actitudes políticas, de derecha o de izquierda, que no hace mucho tiempo hubiesen sido juzgadas por la misma juventud como arriesgados e insólitos atrevimientos.

No hay duda que en los pueblos de tradición vigorosamente enraizada, en los cuales los progresos técnicos y las nuevas costumbres son, principalmente, un producto de importación, las variaciones impuestas por el curso de los acontecimientos históricos mundiales parecen más insólitas, más extrañas, más sorprendentes y violentas. El tránsito del candil a la luz eléctrica o de la carreta de bueyes al aeroplano no puede menos de aparecer a un alma ingenua como dotado de caracteres maravillosos.

Estos tránsitos bruscos, estas variaciones repentinas, son condiciones indispensables y estimulantes necesarios para que las sociedades retrasadas en su evolución con respecto al medio, adopten el ritmo que exige la actualidad histórica, y hasta simplemente para que conserven esa facultad de cambio y de modificación sin la cual la vida se adormece o se extingue. El reconocimiento de la necesidad de la variación social repentina debe conducir a una actitud del individuo favorable a promoverla y a lograrla; no debe, sin embargo, ocultársele la visión de los riesgos que tienen los cambios bruscos, aun los de

apariencia más inocente. Son riesgos en que se incurre por defectos de interpretación ; por apasionamientos que, para ser fecundos, hubiesen necesitado una previa preparación crítica ; por ilusiones de radicalismo progresivo que ocultan a la propia conciencia individual la existencia de apetencias y pasiones atávicas ; en suma, por deficiencias e imperfecciones del trabajo de adaptación que pueden producir situaciones de momentáneo desequilibrio, traducirse en actitudes de una inadecuación a las circunstancias reales que revisten ciertos caracteres de comicidad, o pueden también manifestarse en contradicciones internas y sacudidas violentas, con toda la gravedad de los rasgos propios de la tragedia. Estas perturbaciones, sobre todo las más graves, las cómicas y las trágicas, hay que hacer todo lo posible por evitarlas ; mas si no se pueden evitar, hay que afrontarlas sin detener la marcha, aun conscientes de los riesgos que acechan al caminante.

Los núcleos sociales (familiares, nacionales, internacionales, continentales) no pueden experimentar una parálisis en su transformación constante, en su evolución continua, sin correr el más grave de todos los peligros : el retraso, la degeneración y hasta la muerte, al menos como núcleos sociales representativos de un tipo cultural.

El cambio tumultuoso es siempre preferible al estancamiento, y, en ciertas circunstancias históricas, el cambio tumultuoso, o por lo menos acelerado, es el único posible si se quiere mantener la vida. Hay momentos críticos en que a las sociedades se les plantean problemas de vida o muerte que requieren soluciones perentorias que no se pueden ni eludir ni aplazar.

No creo que haya exageración alguna al afirmar que en uno de esos momentos críticos se hallan hoy todos los

pueblos del planeta que han llegado a un grado estimable de civilización. Es dudoso que haya colectividades humanas, por apartadas que se encuentren de la corriente general, que puedan considerarse completamente inmunizadas contra la acción del vértigo característico de la vida contemporánea. Por regla general, habrán de ser, sin embargo, los pueblos más adelantados, los *pioneers* de la civilización, los que más intensamente sientan la necesidad de los cambios rápidos y los que más capaces puedan mostrarse para realizar las transformaciones necesarias con un mínimum de desgaste, de pasos dados en falso, de ensayos torpes y de fracasos.

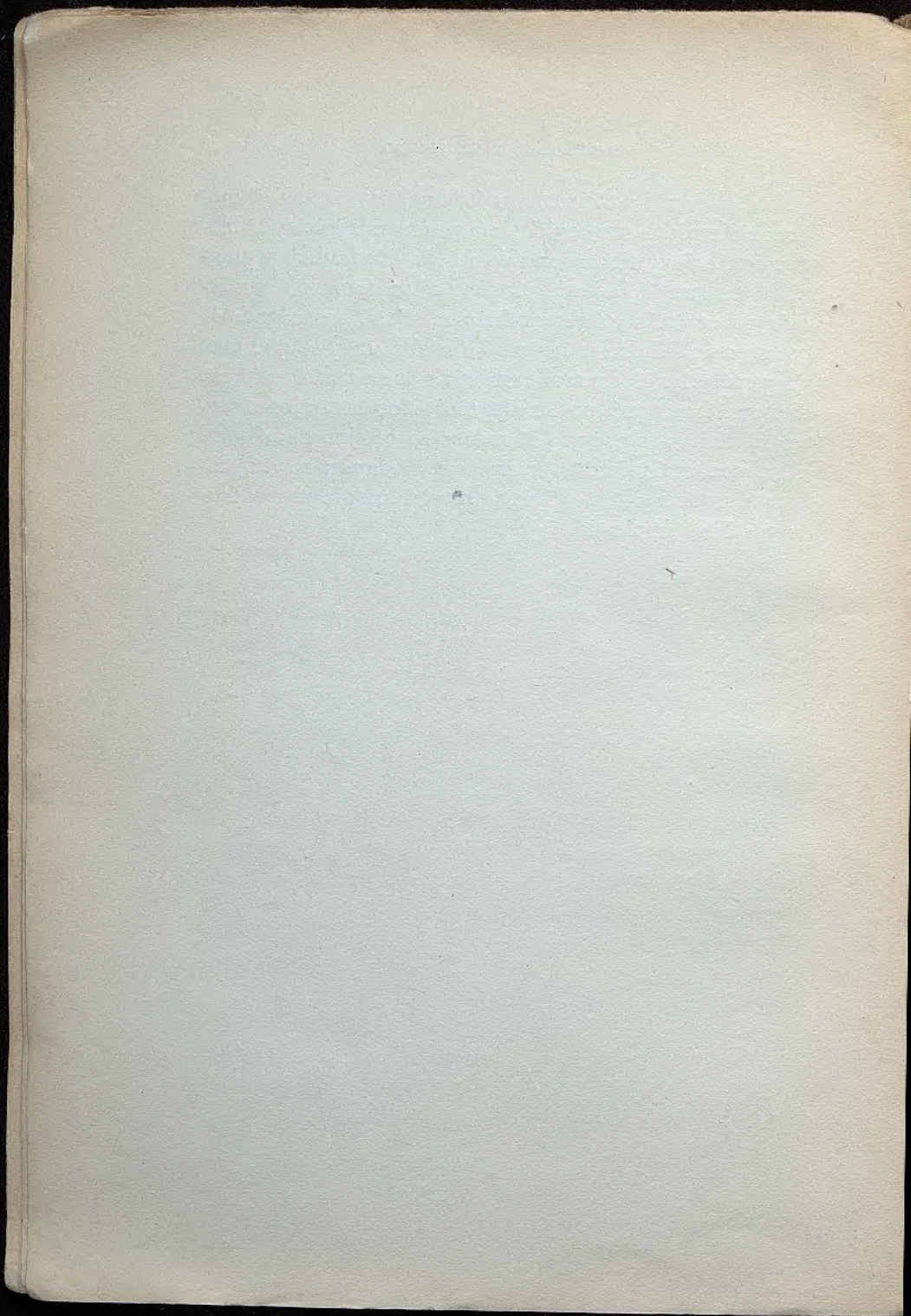
Estos momentos de la historia de la Humanidad, en los cuales, como obedeciendo a un impulso inmanente irresistible, se acelera el curso de la evolución continua, constituyen lo que se llama las revoluciones.

Hoy la Humanidad toda, visiblemente las naciones próceres, se halla atravesando uno de estos momentos eminentemente revolucionarios y si la importancia de las revoluciones se mide, no por el estruendo que produzcan, ni por las víctimas que causen, sino por la extensión del área que abarquen, por la profundidad de los cambios a que aspiren o cuya necesidad experimenten, por la complejidad de los elementos que entren en su composición, habrá que reconocer que jamás en la Humanidad se ha producido una revolución tan honda como esta que estamos viviendo.

¿Suerte aciaga la de los hombres que vivimos en esta época de incertidumbre y de zozobra? ¿Privilegio envidiable de los que pertenecemos a esta sociedad tan llena de promesas y esperanzas?

Yo tengo para mí que, para un hombre de espíritu (y

en los momentos críticos, por fortuna, creo que los hombres de espíritu son legión), no puede existir mayor timbre de gloria que haber nacido en esta edad difícil y grandiosa en que la Historia propone a los humanos la solución de los más graves problemas. Y si, desechando la vana pretensión de encontrar la palabra mágica que pueda resolverlos, logramos contribuir con nuestro esfuerzo personal para que, no los elegidos, sino las grandes masas humanas se pongan al menos en camino de la solución, sea cualquiera la suerte que podamos correr, debemos sentirnos satisfechos de nuestra propia vida y darla por bien empleada.



II

La preocupación social contemporánea

En torno al Socialismo

La afirmación precedente acerca del carácter revolucionario de la época en que vivimos apenas si puede encontrar un intento de contradicción sería en la amplia esfera de la opinión contemporánea, de actividad sobreexcitada y de gran variedad de matices.

Una aquiescencia tan generalizada no puede ya lograrse cuando se trata de definir las características del movimiento revolucionario actual, más especialmente si se pretende describir su trayectoria, trazar su etiología, su diagnóstico y su pronóstico.

Ante estas cuestiones la opinión se divide en las tendencias más contradictorias y opuestas. Hay, sin embargo, la posibilidad de señalar una coincidencia, una nota común a todas estas tendencias, aun las aparentemente más irreconciliables. Si no todas ellas, la inmensa mayoría al menos, y las dotadas de mayor vivacidad, extienden su campo de actividad en torno a una posición o a una serie de posiciones que tienen un significado y una denominación comunes: la expresada vagamente con

la palabra Socialismo. En todos los movimientos económicos, sociales y políticos de algún volumen se trata en nuestros tiempos de afirmar o negar el Socialismo, de favorecer o de entorpecer su realización. Sea su tendencia afirmativa o negativa, progresiva, retardataria o regresiva, la lucha de las tendencias y de los partidos gira en torno al Socialismo, y, por tanto, este tipo de revolución contemporánea, en medio de su gran variedad de modalidades, puede caracterizarse como una revolución social.

Aún puede llegarse fácilmente a una concreción mayor si se observa que, en el curso de los años, las tendencias opuestas al progreso del Socialismo se han ido impregnando de la misma doctrina que combatían. Desde los tiempos de Disraëli y de Gladston, en Inglaterra, se ha repetido en toda Europa el fenómeno de que los partidos políticos que más se preciaban de representar la tradición nacional hayan procurado hacer concesiones al Socialismo. El intervencionismo del Estado ha sido con frecuencia patrocinado por los partidos conservadores, en su lucha con el liberalismo clásico, un poco a la manera como los monarcas absolutos, en su lucha con los señores feudales, buscaban el apoyo del pueblo haciéndole concesiones.

Por algún tiempo parecía como si el intervencionismo del Estado y la política social, teñida de un matiz más o menos pronunciado de Socialismo reformista, fuese el patrimonio de los partidos conservadores. Hoy las cosas han cambiado grandemente. El puro liberalismo, manchesteriano y fisiocrático, apenas tiene representantes, y las personalidades, un tanto anquilosadas y atávicas, que se han aferrado obstinadamente a la pureza de la

tradición, han purgado su falta de flexibilidad y de sentido de renovación con la pérdida de su influencia política. Los partidos liberales tradicionales han perdido su cohesión, y las personalidades que los integran han llevado una existencia política vacilante, cuando no han resuelto la vacilación sumándose a los núcleos conservadores, más o menos modificados, o acercándose y aun fundiéndose en la masa de los Partidos Socialistas. No en vano se ha hablado varias veces del ingreso de Lloyd George en el Laborismo.

El caso de Roosevelt

El ejemplo más conspicuo que puede ofrecerse de la transformación experimentada por los partidos liberales y por el liberalismo como doctrina política es el del partido progresista en los Estados Unidos de América del Norte. Ya con el presidente Woodrow Wilson se acusaron en el progresismo norteamericano tendencias sociales que, sin embargo, no pudieron traducirse de un modo concreto en la política interior de su propio país, tal vez por falta de madurez en la estructura de las nuevas concepciones o, quizá, por no haberse aún presentado con caracteres indubitables las circunstancias propicias para la cristalización de las nuevas tendencias del liberalismo en la acción específica de los hombres de Estado o en la iniciación de las nuevas funciones políticosociales y en la estructuración de nuevas instituciones.

El neoliberalismo norteamericano alcanza el punto álgido de su caracterización en el actual período presidencial. El presidente Roosevelt, amparándose en los principios del liberalismo tradicional americano, de un libe-

ralismo constructor de una gran nacionalidad, quiere proseguir su espíritu de lucha contra la injusticia y la tiranía y declara la guerra a la oligarquía financiera de su país, dueña de los destinos de una población de ciento treinta millones de habitantes. El ideario político del presidente Franklin D. Roosevelt no pretende ser otro que el de sus predecesores y sus maestros, el de Jefferson, el de Theodore Roosevelt, el de Woodrow Wilson; su aplicación al estado actual de la vida económica y social difiere completamente de las prácticas anteriores.

Sería evidentemente prematuro lanzarse a pronosticar la significación que, a la postre, habrá de prevalecer en la política iniciada por Roosevelt. Hay en ella muchos elementos divergentes y hasta heterogéneos. La política de protección al propietario rural, la política de elevación de jornales y disminución de jornada, la política de elevación de los precios, la política de depreciación del dólar constituyen un complejo, en el cual, por el pronto, no es fácil distinguir cuáles son los factores complementarios y cuáles son los posibles factores contradictorios y de coexistencia imposible, si es que, como parece verosímil, tal género de factores incompatibles se acusan en él.

El experimento americano es, tal vez, el más complicado de todos los experimentos económicos y sociales que ha emprendido hasta ahora la política de los diversos pueblos del mundo. El mismo grado de desarrollo a que en América habían llegado la gran industria y el capitalismo es lo que dota a la política de Roosevelt de una gran complejidad. El experimento norteamericano no es un experimento tosco; pudiéramos decir que no es un experimento de economía, de sociología y de política elementales. Esa complejidad de la política dirigida por

Roosevelt es un signo de fortaleza. Recuérdese que Spencer decía, creo yo que con gran acierto, que no son los organismos elementales, sino los más complicados, los que pueden ofrecer una resistencia mayor a las acciones del medio. Pero la complejidad de la acción política extiende también considerablemente el campo de los riesgos posibles. Pensar en un fracaso total de la política del neoliberalismo de Roosevelt me parece una fantasía misonista absolutamente carente de fundamento. Negar que pueda sufrir fracasos parciales, desviaciones que paralicen su impulso o desvíen su trayectoria inicial; no admitir la posibilidad de que sufra detenciones en su marcha progresiva, sería dar pruebas de un entusiasmo ingenuo y de una confianza extremada. Una cosa, creo yo, puede afirmarse con certeza. La política del presidente Roosevelt responde exactamente a la expresión con que se la designa: es un *new deal*, un nuevo modo de acción; y este nuevo modo de acción supone una impregnación de la trama del antiguo espíritu liberal por la sustancia del Socialismo, de significado mucho más expresiva que aquella que señalábamos antes con referencia a los partidos conservadores en posesión de tendencias propias del Socialismo intervencionista y reformista. Podríamos aún arriesgarnos a decir algo más. El experimento de Roosevelt va camino de superar, en eficacia transformadora, a algunos de los experimentos que hasta la fecha se han intentado en Europa por Gobiernos socialistas puros, mayoritarios o minoritarios, o por Gobiernos mixtos con colaboración de Partidos Socialistas,

Timideces y audacias gubernamentales

Esta extraña particularidad del experimento de Roosevelt suscita la consideración de un hecho más general y no menos extraño ; a saber : que hombres de Estado y partidos que no se reconocen a sí mismos como genuinamente socialistas, y aún que proclaman como fundamento de su caracterización principios, si no opuestos, diferentes del Socialismo, hayan realizado una obra de Gobierno que contrasta, por su relativo atrevimiento, con algunas timideces de que con frecuencia se sienten acometidos ciertos gobernantes socialistas.

Henri de Man, en su célebre obra *Más allá del marxismo*, hace notar que esta particularidad se ofrece tan reiteradamente, que su producción podría elevarse a la categoría de regla general. Este autor atribuye la repetición de tales casos al recelo que la actuación de los Partidos Socialistas produce en la masa general de la opinión de los distintos países, a diferencia de la confianza que despiertan los partidos que, aun lanzándose a la adopción de resoluciones que las gentes pueden considerar arriesgadas, proceden, en cierto modo, como arras-trados por los acontecimientos y rindiendo siempre pleitesía a las ideas y a los hábitos colectivos tradicionales. Los filósofos ingleses han hecho notar, desde hace muchos lustros, que la sensación de seguridad es la que la masa de los ciudadanos reclama preferentemente de los Gobiernos, y han considerado que todo gobernante que aspire a la eficacia de su acción debe tener en cuenta esta regla, lo mismo si trata de actuar dentro de los límites de una nación que si trata de influir en la marcha de las re-

laciones internacionales. La observancia de este principio no solamente obliga a los hombres y a los partidos de un tipo político ya consagrado por la Historia, sino también a los partidos y estadistas revolucionarios, si no quieren estrellarse contra realidades insuperables y convertir el impulso de la revolución en una serie de declamaciones vanas y estériles, mera imitación de actitudes heroicas de otros tiempos, carentes de vitalidad real. Esto no puede querer decir nunca que a los hombres y a los partidos revolucionarios se les pueda pedir acatamiento a la tradición. Ni, aunque se les pidiera, ellos lo deben conceder. Pero la observación hecha por los filósofos ingleses del siglo XVIII no debe echarse en olvido, y tal vez la razón fundamental para considerar que la obra de la revolución social es una obra de Gobierno, o, cuando menos, una obra política, consiste en la necesidad de diferenciar la acción revolucionaria de la aventura caótica que todo lo confía al desencadenamiento de la violencia, en un acto de fe ingenua y ciega en el juego espontáneo de fuerzas misteriosas de la vida humana colectiva, sin posibilidad de control por parte de la inteligencia individual. Hacer compatible el espíritu renovador con la actuación inteligentemente previsoras y evitar el escollo de la demagogia y del histrionismo político es el primer deber de toda política revolucionaria. Otra cosa, sea cualquiera su apariencia, no pasa de ser impotencia constructiva y, en muchos casos, rutina y reaccionarismo disfrazados.

Los casos cuya particularidad subraya Henri de Man son tan varios y se hallan rodeados de circunstancias tan distintas, que la explicación que de ellos da tan eminente autor es posible que resulte insuficiente por su misma sencillez. Tal vez, si se considerase el caso desde un pun-

to de vista meramente histórico y se relacionase con lo acaecido en otros procesos revolucionarios anteriores, no parecería tan extraño. Mas si se trata de explicarlos por sus antecedentes específicos, sin duda habrá que tomar en consideración causas más hondas y de composición menos elemental, relacionadas con la evolución económica del capitalismo, con el desarrollo de los Partidos Socialistas, con la interpretación que se dé a las normas básicas de la actuación de estos partidos y, en suma, con una serie de consideraciones hoy sometidas a constante estudio y discusión, y algunas de las cuales espero que hayan de ser, ya que no enteramente dilucidadas, sugeridas al menos en el presente trabajo.

Sea cualquiera el valor que pueda concederse a las precedentes consideraciones, el hecho de la actuación del presidente Roosevelt permanece firme, como una demostración de que las mismas doctrinas y las mismas organizaciones políticas que se han definido como más característicamente diferentes y aun opuestas al Socialismo han llegado a ser influídas y penetradas por él.

El colaboracionismo con la burguesía y el caso Snowden

Hay hechos abundantes que confirman esta tesis y que por su volumen son perfectamente captables, aun por la más somera observación.

Algunos de estos hechos afectan a la vida interna de los Partidos Socialistas.

A pesar de las resoluciones del célebre Congreso de Amsterdam de 1905, en que polemizaron Bebel y Jaurés acerca de la participación ministerial, el Socialismo

internacional no ha podido impedir algo a este respecto más significativo que la misma participación: el desprendimiento frecuente del seno de los Partidos Socialistas de personalidades dotadas de aptitudes de hombres de Gobierno firmemente acusadas, desenvueltas y disciplinadas durante años de servicio a organizaciones tan poderosas y tan firmemente constituídas como los Sindicatos obreros y los Partidos Socialistas, que, más o menos genuinamente, según los países, constituyen el exponente político de las organizaciones sindicales.

Los casos de los Millerand, de los Briand, de los Boncour no son tan poco frecuentes que puedan aparecer como meros casos excepcionales.

No son tampoco privativos de un solo país.

El caso de MacDonald, prestándose a presidir un Gobierno de colaboración nacional, sucesor del segundo Gobierno laborista, es el más significativo de todos ellos. En este caso, como en todos los semejantes, la resolución de un militante socialista de servir funciones de Gobierno independientemente de la disciplina de los partidos puede ser juzgada más o menos favorable o desfavorablemente, con más o menos independencia de pasiones nobles o innobles que, en el mejor de los casos, pueden turbar la serenidad del juicio. Pero, aun para el que se halle más exento de toda propensión a estimar el lado favorable que tales formas de actuación política puedan tener, no ha de serle difícil reconocer que, si esos cambios políticos se realizan obedeciendo a un convencimiento sincero y observando una conducta leal y diáfana, son, desde el punto de vista del mismo interés de partido, preferibles a la permanencia en las filas de las organizaciones socialistas de militantes poseídos de una

pasión gubernamental perfectamente legítima si se satisface arriesgando responsabilidades propias; pero de legitimidad dudosa cuando su satisfacción acarrea responsabilidades generales que pueden ocasionar a la colectividad grandes trastornos.

Dejando a un lado este género de consideraciones, a pesar de su indudable interés, tanto desde un punto de vista teórico como desde un punto de vista práctico, fijémonos en una consecuencia indudable que se desprende de los hechos indicados. Por regla general, cuando un militante socialista de marcada significación se proclama independiente de la disciplina del Partido y acepta funciones de Gobierno en colaboración con personalidades políticas pertenecientes a partidos burgueses, sea cualquiera el juicio que su determinación pueda merecer, no es fácil negar que aporta a la política gubernamental burguesa una serie de hábitos, de tendencias y de propensiones a la acción que significan realmente una infiltración del Socialismo en el campo de sus adversarios.

Las consecuencias que de aquí se desprenden son, en algunos casos, dignas de mención especial, y ofrecen ejemplos de paradojas políticas que deben tenerse en cuenta para juzgar los hechos como son, sin reducirlos a esquemas, seductores por su simplicidad, pero irreales.

Una de estas paradojas políticas es la que ofrece el estudio de algunas particularidades de la actuación de Mr. Snowden como Chancellor of the Exchequer en el Gobierno de cooperación nacional presidido por Ramsay MacDonald.

Cuando el año 1925, siendo Chancellor of the Exchequer del Gobierno conservador Mr. Churchill, presentó a la Cámara de los Comunes un *bill*, que tenía por obje-

to devolver a la libra esterlina el valor que poseía antes de la guerra, Snowden, miembro entonces del Partido Laborista, hizo gala de grandes conocimientos económicos y financieros, señalando los inconvenientes que tal medida podía tener; pero su oposición al proyecto en la Cámara no pudo dar completa satisfacción a las necesidades de su propio partido. Era que, como puede verse en algunos escritos de aquellos días, debidos a Snowden, éste, en el fondo, creía que, a pesar de todos los inconvenientes que pudiese ofrecer el establecimiento del *gold standard*, y a pesar de que estos inconvenientes consistían principalmente en los perjuicios que su establecimiento había de acarrear a la clase trabajadora, había que implantar el patrón oro para satisfacer exigencias de carácter financiero que bien merecían, a su juicio, los sacrificios que hubieran de imponerse la inmensa mayoría de los ciudadanos.

En contraste con esta actitud, el mismo Mr. Snowden, actuando el año 1931 como Chancellor of the Exchequer del Gobierno de cooperación nacional presidido por MacDonald, es el que lleva a cabo esa gran transformación que es uno de los signos más evidentes de la época de cambios violentos y profundos en que vivimos, y que consiste en el abandono del patrón oro por Inglaterra.

En realidad, del año 1925 al año 1931 no es Snowden el que ha cambiado. Han cambiado las circunstancias. El Labour Party ha visto más claramente el problema. En gran parte, las consecuencias dolorosas del establecimiento del *gold standard*, le han aleccionado mucho. Pero no es solamente que la opinión del Labour Party se ha consolidado. Ha cambiado la opinión general;

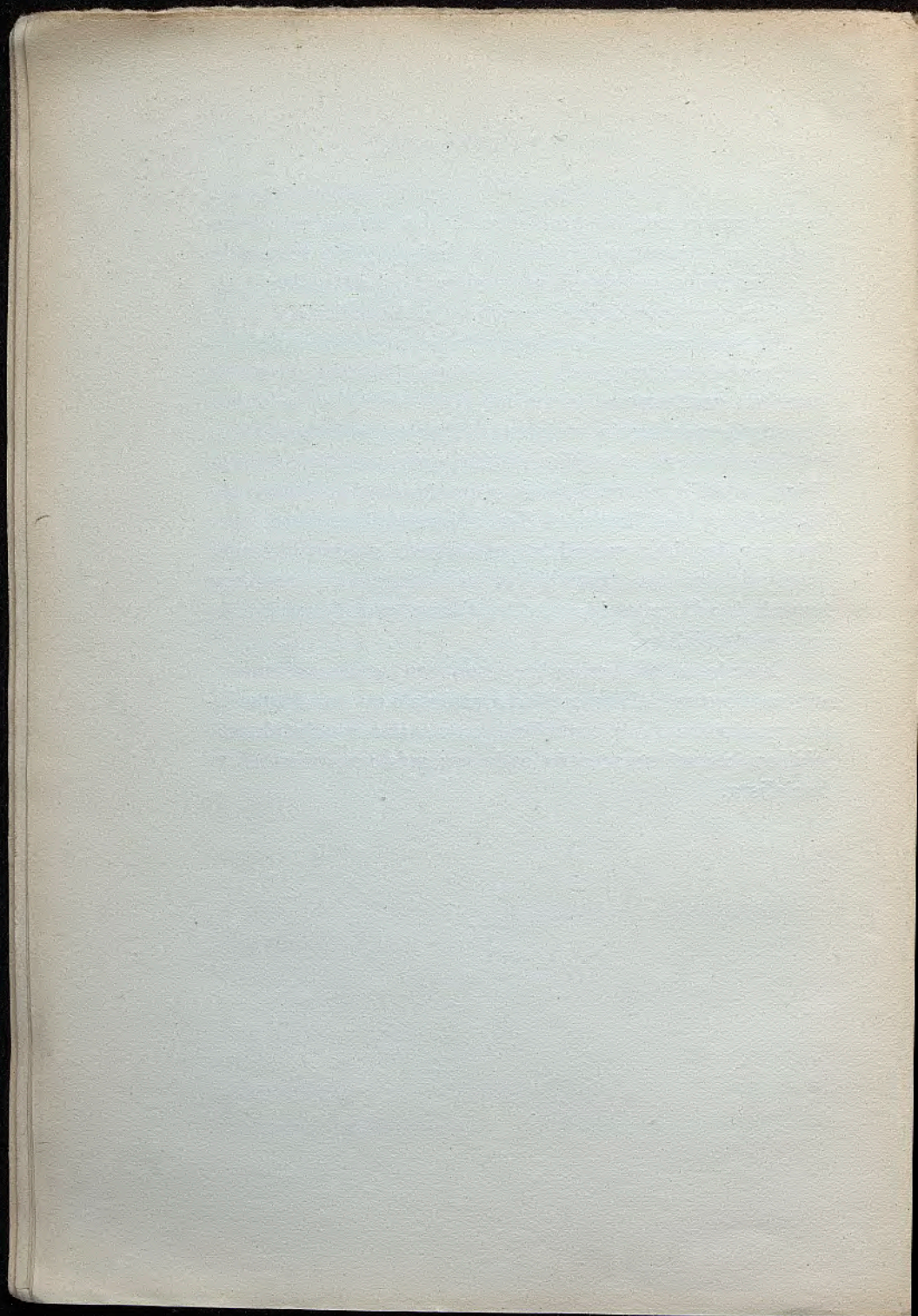
han cambiado la actitud de los banqueros y las aspiraciones de la City, y los gobernantes perspicaces como Snowden, aun desligados del Laborismo y formando parte de un Gobierno en que predominan elementos conservadores, recogen esas tendencias favorables de la opinión para satisfacer necesidades de la masa trabajadora que pocos años antes, si podía comprenderlas, apenas si se atrevía a convertirlas en reivindicaciones apremiantes.

En la conducta de Mr. Snowden, por contradictoria que aparezca, no hay propiamente una paradoja; lo que hay más bien es un ejemplo que demuestra el gran margen de ilusión que encierra la creencia de que los Gobiernos mandan por sí mismos y rigen con sus orientaciones e iniciativas los destinos de los pueblos. Tal vez el mando y el Gobierno han sido siempre, por lo menos en parte, una ilusión; mas cuando las sociedades humanas han alcanzado el grado de complicación en su estructura que caracteriza a las actuales, esa ilusión se acentúa y se precisa con caracteres inequívocos. No es que las funciones gubernamentales carezcan de eficacia y que las facultades del gobernante hayan perdido su valor; pero sí es que son mucho menos eficaces y que tienen mucho menos valor de lo que generalmente se supone. En el caso de Snowden laborista y de Snowden ministro de Colaboración nacional, son las instituciones tradicionales del pueblo inglés, son las nuevas instituciones que van naciendo a la vida, son las circunstancias dominantes en cada caso las que deciden y se imponen a los gobernantes mismos. Y en esas circunstancias y en esas instituciones va penetrando cada vez más, a despecho de las diferencias clásicas de los partidos de Gobierno, ese espíritu de transformación acelerada, esa

aceptación de la necesidad de los cambios bruscos, esa preocupación por los problemas de las masas, esa lucha contra las modernas tiranías económicas y esa tendencia a la liberación de los nuevos esclavos del despotismo capitalista que constituye el alma del Socialismo.

La penetración del espíritu y del ideario propio del Socialismo es ya tan grande, que hasta los mismos movimientos contrarrevolucionarios, para triunfar, adoptan formas de apariencia socialista. El *duce* procede del Socialismo italiano, y el *führer* alemán, esa extraña personalidad, mezcla de cualidades secundarias de Wotan, de Hércules y del Arcángel San Miguel, dispuesto a acabar con la hidra socialista, se acoge a un partido que, para adquirir una triste y pasajera popularidad, ha tenido que bautizarse con el nombre de nacionalsocialista.

Cuando estos hechos se producen, puede afirmarse sin recelo que la Humanidad atraviesa hoy por un período revolucionario caracterizado como una revolución social en la cual se acentúa cada vez más una orientación socialista.



III

¿Es posible la realización del Socialismo? La democratización de la epopeya

Si aceptamos como conclusión de lo expuesto anteriormente que la revolución social contemporánea tiene un sentido teleológico e intencional que se identifica con la realización del Socialismo, aún queda por considerar el problema planteado por algunos escritores, y especialmente por Spengler, acerca de si la realización del Socialismo es posible, o si, por el contrario, es de tal manera un imposible histórico, que las sociedades que se vean impulsadas a su realización, ya sea por un determinismo interno, por una acción deliberada de las masas o por sugestión de sus elementos directivos, caminan derechamente a la ruina.

Es sabido que la doctrina spengleriana se desarrolla en conexión con una teoría morfológica de la Historia que es una negación del progreso como un continuo, y parece una aplicación, un poco extraña y desviada, del principio de Heráclito según el cual el mundo es un fuego divino que se enciende y se apaga sin cesar.

Como teoría general explicativa de la totalidad del proceso de la historia humana, la doctrina sustentada por Spengler es de dudosa realidad y de más dudosa eficacia en sus aplicaciones, aunque no se puede desconocer

que dota a las grandes síntesis históricas, siempre un tanto arbitrarias, de un importante elemento dramático, y que ofrece, además, una singular atracción para el escritor profesional, siempre un tanto inclinado al empleo de recursos efectistas y emocionantes. El desfile de las grandezas históricas decaídas siempre ha constituido, además, un buen procedimiento de apelación a la prudencia y un freno bastante seguro de las iniciativas audaces. Aquellos imperios, aquellas riquezas, aquellos esplendores, ¿qué se hicieron? Ese es el grito lírico eterno de los grandes poetas elegíacos y ésa es la advertencia precavida que dirigen no sólo a los *beati possidentes*, sino a los que, privados injustamente de la fortuna, se creen en potencia propincua de realización de sus legítimas ambiciones.

Es dudoso, sin embargo, que, dada la psicología de los individuos y de las masas en nuestros días, surtan algún efecto apreciable ni los trenos ni las más terribles amenazas apocalípticas.

En el pesimismo genuinamente conservador (por ser, no un pesimismo del presente, sino del porvenir) de algunos escritores de la postguerra, hay que descontar el efecto pasajero de la depresión moral producida en las almas patrióticas por las consecuencias inmediatas y la perspectiva de las consecuencias remotas de la derrota militar. Nada más natural que la inclinación de un alma de solera militarista e imperialista, decepcionada en lo que constituía el objeto de sus más íntimas ilusiones, a extender los males propios en busca de un consuelo de raíces profundas en la subconciencia y en el instinto, pero absurdo e incompatible con los postulados de la vida social universal,

Este género de pesimismo es muy dudoso que pueda servir en ningún caso de freno a las tendencias renovadoras y a las mismas audacias de nuestros contemporáneos. Los hombres de nuestros días se hallan poseídos de una especie de frenesí heroico, que tal vez, a medida que se vaya depurando y racionalizando, esté llamado a adquirir caracteres de permanencia y a constituir un rasgo distintivo de la Humanidad del porvenir. Por el pronto, hoy podemos decir que jamás se ha hallado el heroísmo tan generalizado, hasta el punto de que su misma generalización parece hacerle perder las brillantes de su prestigio clásico. Hoy las virtudes admirables y admiradas del soldado de Maratón son superadas todos los días por los más modestos ciudadanos. Y sobre esas virtudes comunes se han edificado nuevos e insospechados ejemplos de experimentadores arriesgados, de exploradores de regiones inverosímiles, en tal abundancia y con tal variedad, que apenas se concibe la posibilidad de que haya un alma de poeta capaz de cantar la grandeza incoercible de sus diarias proezas.

La idea del progreso continuo de la Humanidad podrá ser un mito; pero al menos hay una cosa en la cual el hombre ha progresado y progresa continuamente. El alma humana tiende cada vez más a limpiarse, a purificarse, eliminando una tras otra todas las formas de terror que han ensombrecido durante milenios la vida de los individuos y las páginas del gran libro de la Historia. El hombre teme cada vez menos a la vida y teme cada vez menos a la muerte. Esta actitud nueva de la Humanidad, que arranca la temeridad, la audacia y el valor a la epopeya y los convierte en masa y en vulgo, propendemos, naturalmente, a considerarla como un resultado del pro-

greso de la inteligencia, del perfeccionamiento de la ciencia, que ha hecho desvanecerse muchos misterios y ha llevado la luz al reino de las tinieblas; pero en todo caso hay que reconocer que produce una consecuencia inmediata: la de hacer a los hombres cada vez menos sensibles a las exhortaciones a la quietud, a la indiferencia resignada y al reposo, fundadas en los peligros de la iniciativa y de la audacia, en una edad en que todo solicita al movimiento, a la resolución partidista y a la acción.

Las advertencias pesimistas acerca de los resultados fatales de las tendencias a la acción que se significan claramente en la sociedad contemporánea pierden también eficacia a medida que se intensifican y se generalizan. Spengler puede limitar su profecía apocalíptica a la decadencia de los pueblos de occidente; pero puesto que no solamente Europa, sino América y Asia y Africa y Oceanía, el antiguo, el nuevo y el novísimo continente, el mundo entero, en fin, está tocado de esta tendencia contemporánea a la realización del Socialismo, la amenaza apocalíptica contenida en las doctrinas de Spengler adquiere los terroríficos caracteres de un Armagedón bíblico elevado a dimensiones hasta ahora insospechadas; algo imposible de concebir y algo que, por sus mismas proporciones desmesuradas, el espíritu se resiste a tomarlo en consideración.

Si hubiese que prestar asentimiento a la afirmación de que el camino del Socialismo es el camino de la ruina y de la perdición, el resultado es muy posible que fuera contraproducente. No sería la primera vez que las actitudes conservadoras, lejos de evitar las consecuencias temidas, han contribuído poderosamente a precipitarlas y a intensificarlas. A una sociedad sacudida por vigorosas

crisis, que han sembrado la inquietud y la inseguridad por doquiera, no se la puede amenazar con el caos y la ruina sin exponerse a despertar en ella los instintos más destructores y anárquicos.

Mas no conviene extremar los argumentos. Los mismos pensadores que aceptan la tesis spengleriana, no sé si Spengler mismo, retrocederían seguramente ante una extensión universal de sus afirmaciones.

Por otra parte, no es buena táctica, no es, a mi juicio, una táctica lícita, la de refutar las concepciones que reputamos erróneas dándoles una extensión universal que probable y aun seguramente no está en la intención de sus patrocinadores. Ese es un modo de razonar más propio de la defensa de las causas perdidas que de la defensa de las causas que se están ganando o que se espera ganar. Es un modo de razonar sofisticado, que tiene una noble ascendencia filosófica, pero que ha ido poco a poco descendiendo de rango y de categoría hasta degradarse en las prácticas mentales menos recomendables.

Más inteligente, más útil y más noble es el intento de buscar el grano de oro de la verdad que con frecuencia viene arrastrado en el acarreo de las corrientes mansas o impetuosas del error.

En el fondo del pesimismo conservador hay un grano de verdad que los espíritus más decididamente renovadores no pueden ni deben desconocer.

Antes decíamos que un movimiento revolucionario de la extensión y de la profundidad del actual es imposible que se produzca sin desgaste, sin choques violentos y sin tragedias. Añadimos que la visión de estas tragedias no puede detener la marcha. Ahora podemos aún añadir que el impulso transformador de nuestra sociedad segura-

mente arrollará instituciones sociales, nacionalidades, tipos especiales de cultura, para abrir paso no tanto, según se acostumbra a decir, a una nueva civilización como a una inmensa variedad de tipos culturales coexistentes y armonizados sobre una estructura básica económica y social común.

Las instituciones, las nacionalidades, los tipos culturales que inexorablemente habrán de ahogarse en la corriente impetuosa de nuestra vida social serán, sin duda, aquellos que carezcan de la necesaria flexibilidad vital para adaptarse a las nuevas condiciones de la existencia, y, sobre todo, aquellos que carezcan de esa suprema cualidad que dota al individuo y a las sociedades humanas de un máximo poder de adaptación: la facultad de iluminar las tinieblas y de abrir caminos seguros a través de las regiones más ingratas. El triunfo en la lucha social contemporánea requiere, sin duda, cualidades múltiples; pero todas ellas han de darse sobre la base de una condición esencial: la inteligencia. Sin ella, la posesión de las dotes más prestigiadas en la estimación común puede no servir para otra cosa que para exornar el camino de la derrota. La comprensión, la penetración serena en la naturaleza de las cosas y en los secretos de las almas, ésa es, cada vez más, la gran virtud que condiciona y que sintetiza las virtudes todas de la Humanidad. En la lucha revolucionaria de nuestros tiempos no serán los cañones ni la fuerza ciega de las materias explosivas lo que dé el triunfo; será la inteligencia, porque a la naturaleza social, como a la naturaleza física, no se la puede utilizar, ni dominar, ni vencer más que de un modo: conociendo sus leyes y sometándose a ellas.

IV

El Socialismo y la ciencia. El marxismo

El pensamiento que acabamos de insinuar puede también expresarse de otro modo, que tiene la ventaja de ser más concreto, aunque corra los riesgos propios de todo pensamiento a medida que avanza hacia su concreción. La fórmula a que aludo puede condensarse así: el triunfo del Socialismo es función de la ciencia, y ninguna otra circunstancia, antecedente o concomitante del movimiento progresivo de la Humanidad hacia el Socialismo puede igualarse o compararse a ella, y mucho menos abrigar la pretensión de sustituirla.

Es sabido que los progresos de la Física y de la Mecánica, aplicados a la producción industrial, son los que han dado lugar, con motivo de las transformaciones que ocasionaron en la industria, al nacimiento de los conflictos sociales modernos, origen del Socialismo. Sin el concurso de la ciencia el capitalismo no hubiera nacido; sin el concurso de la ciencia el Socialismo no puede desarrollarse, ni los problemas que anhela resolver pueden encaminarse hacia su solución.

Decir esto no puede ser equivalente a considerar que todas las concepciones socialistas, por el mero hecho de serlo, tienen un carácter científico.

Lejos de ser así, hay que reconocer que, por lo mismo que el Socialismo moderno ha nacido de los conflictos sociales originados por la gran industria, conserva siempre, en su fondo vital originario, un elemento irreductible a términos de pura razón. Del Socialismo antiguo como del moderno, o, mejor, del Socialismo realizable como del irrealizable, puede decirse lo que Platón decía del amor: que es hijo de la riqueza y de la pobreza. El Socialismo nace del contraste de la abundancia y de la privación, de una contradicción interna, de un desequilibrio social, de una necesidad vivamente sentida y, en último término, de esa especie de dolor de vivir que, como elemento primario de la conciencia humana, trata de captar y, si es posible, de definir la filosofía neovitalista.

Si el Socialismo se limitase a conservar y a intensificar el impulso inicial de que ha nacido; si para racionalizar ese impulso se redujese a traducirlo en conceptos o a desarrollar estos conceptos en definiciones, aunque para abrirse camino indentificase su naturaleza y su contenido con los postulados considerados eternos del bien y de la justicia, no podría actuar de otro modo que como una fuerza ciega, tal vez como un torrente desbordado, más capaz de arrastrar las tierras cultivadas por los cuidados del hombre que de fecundar y hacer aptas para el cultivo las tierras incultas.

La fecundidad, la misma viabilidad del Socialismo requiere su identificación con el espíritu de la ciencia. Y esta identificación con el espíritu de la ciencia no exige menos que la eliminación, en las mismas concepciones socialistas, de todo elemento incapaz de ser penetrado por la razón, de todo resto de pretensiones dogmáticas y de

verdades absolutas, de todo intento de hallar la solución de los problemas sociales en una concepción cerrada, perfecta y definitiva. Sólo en la medida en que el Socialismo, sin perder su impulso vital originario, racionalice este impulso ; sólo en la medida en que en el tratamiento teórico y en el tratamiento práctico de los problemas de la Historia, de la moral, del derecho, de la política penetre el espíritu crítico y a la vez constructivo de la ciencia, podrá el Socialismo ponerse en condiciones de dar satisfacción a los anhelos más profundamente arraigados en el alma del hombre y convertir en realidad ideales en otro caso inasequibles. El espíritu de la ciencia es solamente el que puede revitalizar los anhelos de justicia y dotar a la Humanidad de capacidades para superar las más nobles utopías concebidas por los genios.

Esta obra de identificación del Socialismo y la ciencia no puede, ni ha podido, ser realizada por un solo hombre. Es una obra difícil y penosa, que sólo puede ser lograda por el trabajo perseverante de una serie de generaciones humanas.

Se trata no de traer a la vida el Socialismo en una especie de creación mágica. Si el Socialismo es una nueva civilización, o, como hemos indicado anteriormente, la coexistencia de varios tipos de cultura humana, haciendo compatibles y complementarias tendencias culturales que, nada más que esbozadas hoy en día, aparecen como contradictorias y abocadas a una lucha a vida o muerte ; si el triunfo del Socialismo, en este genuino sentido, es el triunfo de la paz y de la libertad sobre la guerra y la tiranía, se comprende claramente que lo más a que pueden aspirar las generaciones humanas forjadoras del Socialismo es a estabilizar aquellas condiciones nacionales

y universales que pueden permitir a los hombres la elaboración progresiva del nuevo espíritu.

Poco a poco la mente contemporánea se ha ido acostumbrando a la idea de que esas condiciones previas que es preciso producir y consolidar para que el desarrollo del Socialismo como espíritu y como cultura sea posible, son condiciones económicas.

La Humanidad, al través de las jornadas más brillantes de su historia, ha caminado como absorta en la contemplación de una estrella que debía orientar sus pasos hacia el logro de la fraternidad y de la paz universales. Las religiones han impetrado de sus dioses la consecución de tales bienes, al parecer inasequibles por medios humanos, y cada una de las confesiones religiosas ha esperado el logro de la felicidad del triunfo definitivo de su fe. Por su parte, los grandes filósofos han buscado en la región serena de las ideas puras o en la intuición directa de realidades inmutables la liberación de los antagonismos propios del mundo de los sentidos.

Una experiencia trágica ha demostrado que, lejos de llegarse a la fraternidad y a la paz por esos sublimes caminos, la misma sublimación de los espíritus en torno a una poética concepción filosófica o al credo de una fe religiosa ha contribuido a encender pasiones humanas antagónicas que han desembocado en luchas, en guerras cada vez más crueles.

Parece una verdad elemental que, para explicar las cosas difíciles y para conducirse en un medio complicado, no se debe complicar más e innecesariamente la realidad, ni se debe echar mano, como elementos explicativos, de entidades aún más complejas e incomprensibles que aquellas que tratamos de comprender.

Sin embargo, es lo cierto que el alma humana, sobre todo merced a su tendencia ancestral a hipostasiar las relaciones más sutiles que trama el entendimiento, ha poblado el mundo de fantasmas que la crítica ha tenido que ir ahuyentando para que la inteligencia y la voluntad pudiesen abrirse camino en la manigua de los espíritus no disciplinados por la propia cultura y por el influjo de la cultura ambiente.

El trabajo ha sido ímprobo, hasta tal punto que se ha podido decir con razón que los progresos de la ciencia constituyen un largo martirologio. Sin embargo, desde los tiempos de Galileo hasta nuestros días se han ido conquistando, cada vez más fácil y rápidamente, para la ciencia, dominios que pertenecían por completo a la Metafísica o a las concepciones teológicas.

La tendencia tan generalizada hoy en día a buscar la solución de los problemas sociales y políticos en el conocimiento y dominio de los fenómenos económicos es una manifestación de los triunfos crecientes del espíritu científico en la vida.

Del mismo modo que las ciencias matemáticas, que la Mecánica, que las ciencias físicoquímicas han logrado resolver muchos problemas insolubles para la Metafísica y la Teología, se puede esperar con seguridad que la Economía logrará resolver problemas sociales que los esfuerzos mejor intencionados anteriores han dejado sin solución.

La tarea no es fácil, pero no es imposible, y las decepciones inevitables no deben llevar el decaimiento a nuestro ánimo. En el estado actual de las cosas, un balance escrupuloso deberá comprobar, por lo menos, que las instancias favorables y las desfavorables con relación al

triunfo del Socialismo se equilibran, y no es temerario decir que las instancias favorables exceden ya en mucho, a despecho de las apariencias, a las adversas. Algún escritor contemporáneo, de experiencia y de juicio certero, ha llegado a decir que, en el camino hacia el Socialismo, la Humanidad ha recorrido ya la mitad de sus etapas.

Muchos espíritus se hallan, sin embargo, al presente, en un estado de depresión, de sobreexcitación o de extravío. El peligro de perder el rumbo, por lo menos durante algún tiempo, es, pues, considerable.

En estas circunstancias, se impone de nuevo la consideración de las condiciones indispensables para que la realización del Socialismo sea posible; es decir, la consideración del problema de la fusión y de la síntesis de la pasión libertadora de las masas y de la ciencia. Ese es, precisamente, el tema desenvuelto en el curso de toda una vida intelectual laboriosa por el gran pensador revolucionario Carlos Marx.

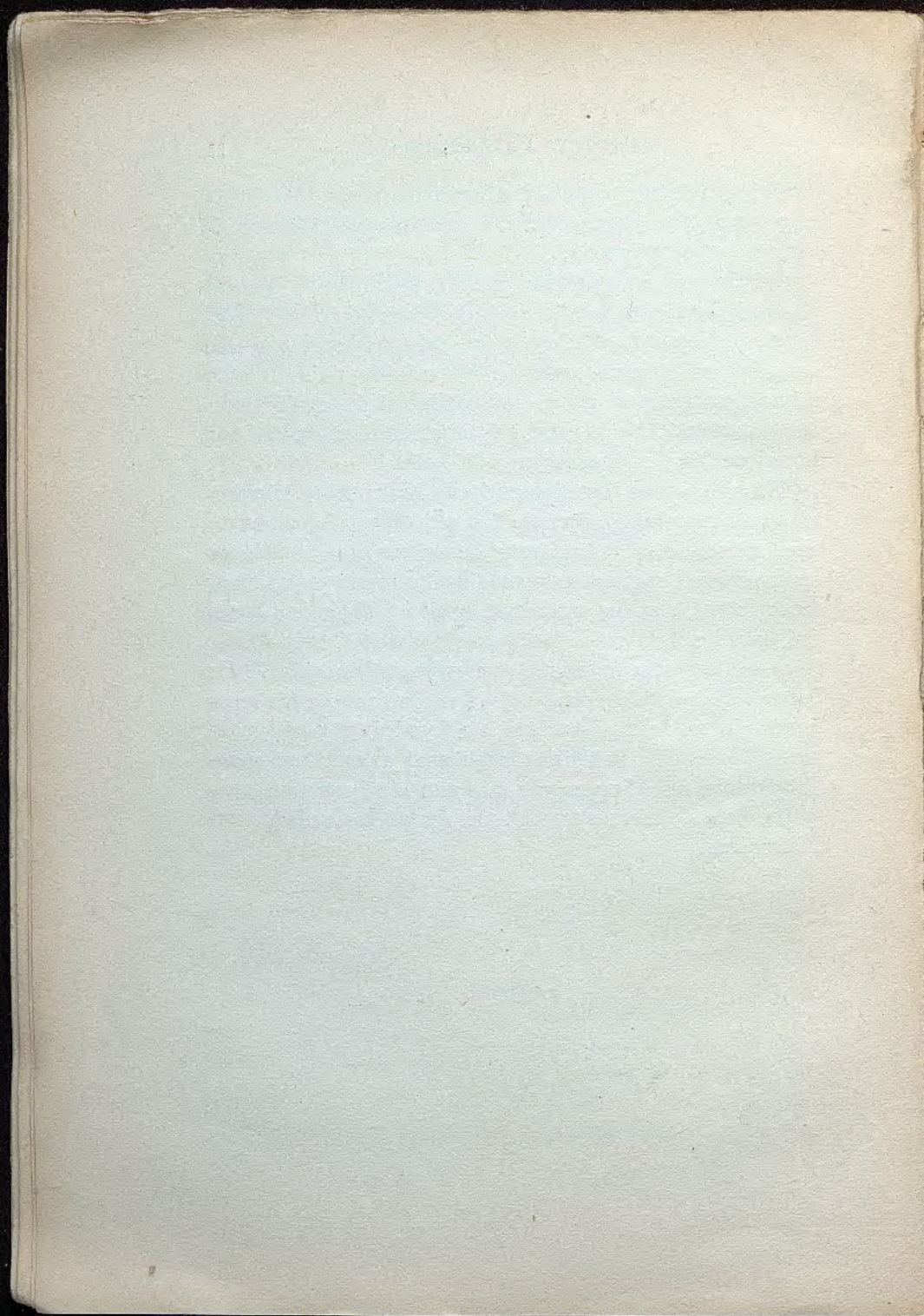
Ha dicho Kautsky que el Socialismo, tal y como lo concibe Marx, es una síntesis de elementos teóricos y prácticos que la Historia había ofrecido como contrapuestos e irreductibles; es una síntesis del idealismo y del empirismo, de las ciencias de la Naturaleza y de las ciencias del espíritu; una síntesis del genio filosófico alemán y del inglés; una síntesis, sobre todo, de la teoría y de la práctica, que se traduce a su vez en una síntesis del trabajo manual y de la ciencia.

Una aportación intelectual que ofrece estos caracteres, que encierra en sí tesoros no agotados de sugerencias certeras para el progreso de las ciencias sociales y para determinar las normas de la acción, no puede quedar abandonada a merced de los apasionamientos de los ad-

versarios o de los partidarios fanáticos que, precisamente por serlo, no pueden hacer otra cosa que desnaturalizarla y empuqueñecerla.

Precisamente en estos momentos de violentos ataques al marxismo se impone la vuelta a Marx como una necesidad, ya experimentada por los mismos escritores que han empleado gran parte de los esfuerzos de su vida en una empresa, si no de refutación, sí de rectificación del marxismo. La posición últimamente adoptada por Henri de Man es buen ejemplo de ello.

En esta vuelta o reafirmación de Marx, lo que importa no es repetir servilmente las sentencias del maestro, sino conservar viva la fuente de su inspiración. No es un marxismo dogmático y estático lo que hay que mantener en pie, sino un marxismo crítico y dinámico, como fué durante toda su vida el marxismo de Carlos Marx. Pero esa posición marxista, que es una afirmación de las fuerzas de la inteligencia y de la razón frente a las rebeliones ciegas de los impulsos irracionales, hay que mantenerla como una necesidad intelectual y como una necesidad social más firmemente que nunca en estos momentos no sólo de ofensivas, sino de verdaderas ordalías antimarxistas.



La crítica del marxismo

El revisionismo y su superación

No basta, sin embargo, abominar de las tendencias antimarxistas. Es preciso, para evitarlas o para dominarlas, colocarse en una posición mental que facilite la comprensión de su génesis.

Para ello conviene tener en cuenta una particularidad de nuestros tiempos, que, en relación con las transformaciones que han experimentado los partidos políticos no socialistas, hemos mencionado anteriormente; pero que ofrece caracteres quizá más significativos cuando se la considera en el campo de las teorías sociales que se han desarrollado con el intento de oponerse a la aceptación del ideario preconizado por Marx.

En el número de mayo de 1930 se publicó en la revista austríaca *Der Kampf*, cuya desaparición supone una lamentable pérdida para la cultura (1), un artículo cuyo solo título es bien sugestivo en orden a los pensamientos que tratamos, si no de exponer claramente, al menos de insinuar. El título de ese trabajo es *Bürgerlicher Marxismus* y constituye una crítica que Otto Neurath de-

(1) Afortunadamente, después de escrito este trabajo la revista *Der Kampf* ha reanudado su publicación, aunque impresa fuera de Austria.

dica al libro de Karl Mannheim titulado *Ideologie und Utopie*.

Karl Mannheim sostiene en su libro la tesis de que los pensadores no marxistas deben imitar el procedimiento, empleado por Carlos Marx, de penetrar en el campo ideológico de sus adversarios para sorprender sus íntimas contradicciones y combatirlos así desde sus mismos puntos de vista y empleando sus propias armas.

Es un propósito plausible que supone un progreso en la crítica del marxismo.

La crítica del marxismo no se ha ejercitado siempre con la misma escrupulosidad o con la refinada intención a que aspira Karl Mannheim.

Primeramente se trató de ahogar las ideas marxistas en el silencio; se las ignoró o, cuando menos, se fingió ignorarlas. Cuando los escritores empezaron a ocuparse de las ideas de Marx, las trataron con un olímpico desprecio, como lugares comunes de demagogia de barricada, exentos de valor intelectual. Más tarde vienen las refutaciones contundentes, definitivas, absolutas, atribuyendo al adversario las actitudes más cómodas para la refutación. Poco a poco los críticos van adoptando, más o menos impremeditadamente, la terminología y los propios conceptos de Marx. Por último, la adopción de la terminología y de los propios conceptos marxistas se erige deliberadamente en un procedimiento de crítica. A esta última, que es la más honrosa y quizá la más peligrosa de las etapas enumeradas, pertenecen los estudios de Max Weber, de Sombart, Troeltsch y últimamente el libro citado de Karl Mannheim.

No es necesario arriesgarse a formular un juicio precipitado acerca del valor de este último género de críti-

cas del marxismo para comprender que su existencia, sean los que quieran los efectos que pueda ejercer sobre el desarrollo del pensamiento contemporáneo, constituye un homenaje que los mismos críticos rinden al pensamiento de Marx. Que después de transcurrido cerca de un siglo desde que las ideas de Marx fueron dadas a la publicidad y después de ser menospreciadas o juzgadas superficialmente durante largos años, lleguen esas ideas a convertirse en el símbolo de las aspiraciones de las masas, en el emblema de sus luchas y en un objeto de estudio detenido y profundo por parte de los sabios, es una señal evidente de que los pensamientos formulados por Marx poseen un gran valor, ya se les considere desde un punto de vista meramente teórico o se les considere desde un punto de vista práctico.

Si tratamos de explicarnos este efecto del tiempo, que en vez de desvanecer ha fortalecido y revalorizado la ideología marxista, no creo que andaríamos desacertados si atribuyésemos, en gran parte al menos, este resultado a la confirmación de las principales previsiones acerca del curso de los acontecimientos formuladas por Marx; previsiones que, a pesar de la gran importancia que las concedo, y precisamente porque las concedo mucha importancia, me abstengo deliberadamente de llamarlas profecías.

Es sabido que en el seno mismo de la escuela marxista, y patrocinada precisamente por uno de los discípulos de Carlos Marx que recogieron directamente las enseñanzas de los labios mismos del maestro, nació una tendencia seriamente documentada y estructurada con gran rigor lógico que proclamaba la necesidad de revisar los principios fundamentales del marxismo. Se adi-

vina fácilmente que me refiero al socialismo revisionista o reformista de Eduardo Bernstein.

En la época de Bernstein se había producido una especie de suspensión en el ritmo del movimiento cíclico industrial. La coyuntura favorable parecía estabilizada; al mismo tiempo, las estadísticas ofrecían el testimonio indudable del progreso de la división de la propiedad, principalmente de la propiedad de la tierra, como un indicio de que la evolución económica caminaba serenamente hacia la paulatina satisfacción de las exigencias de la justicia distributiva; en el mismo dominio de la industria, el crecimiento de las Sociedades anónimas iba dando lugar a la aparición de un número creciente de pequeños propietarios de acciones industriales cuyos intereses, lejos de hallarse en oposición con los intereses de los empresarios, coincidían con ellos.

Las consecuencias que de la observación de estos hechos se podían deducir parecían evidentes. Había fracasado la teoría de las crisis industriales, había fracasado la teoría de la concentración progresiva del capital y del aumento progresivo de la masa proletaria; el abismo, que debía ser cada día más hondo, entre la burguesía y el proletariado iba desapareciendo paulatinamente; el espíritu humano podía libertarse de la preocupación, y hasta despertar de la pesadilla, de la lucha de clases y de la revolución; las ideas del Socialismo se podrían y se habrían de realizar mediante una serie de reformas continuas, en un proceso evolutivo uniforme, sin transiciones bruscas, sin cataclismos. Bastaron unos cuantos años de prosperidad relativa, principalmente en Alemania, para que algunas almas, llenas de nobles propósitos, se dejaran arrastrar dulcemente por las corrientes plácidas

del optimismo. Desde la revista *Sozialistische Monatsheft*, Bernstein, y desde la revista *Neue Zeit*, Kautsky, sostuvieron una de las más interesantes polémicas de las producidas por la intelectualidad contemporánea. La masa obrera no pareció por el pronto afectada por las nuevas doctrinas, que más tarde habían de producir tristes e insospechadas consecuencias. Por el momento, sólo en algunos países, un tanto alejados de los centros de actividad sindical y de movimiento socialista débil, el revisionismo de Bernstein conquistó adeptos fervorosos entre ese grupo de intelectuales, ganosos de modernidad, que se pasan la vida acechando los movimientos de las veletas en las torres del pensamiento, aunque esas torres no se distinguen por otra cualidad que por la que desdeñosamente señalaba Kant cuando decía que en ellas zumba demasiado el viento.

Cuando el signo de la coyuntura económica cambió en un sentido desfavorable, los ecos de las teorías reformistas del marxismo fueron apagándose. Las estadísticas empezaron a informar del progreso de los nuevos movimientos de concentración capitalista. Crecían los *trusts*, los *cártels*, las *combinas* y, en la vida internacional, se intensificaba la lucha por los mercados y florecía la planta del imperialismo económico.

La guerra del 14, al estallar, encontró ya completamente apagados los últimos restos del revisionismo teórico; pero, por otros motivos de carácter pragmático, la guerra engendró una forma nueva de reformismo que afectaba y afecta menos a los intelectuales, pero influye de un modo más decisivo que el reformismo de Bernstein en la conducta de los militantes del Socialismo y en el rumbo y el porvenir de las organizaciones sindicales.

Pasada la guerra, lejos de desaparecer, se acentúa aún más el movimiento de concentración del capital, movimiento de concentración que penetra resueltamente en un dominio económico por tradición considerado como exento: la agricultura. Es verdad que las revoluciones de la postguerra, desde Rusia hasta España, invocando más o menos claramente el nombre del Socialismo, u obligadas por la necesidad, han consentido o propugnado erróneamente la creación de nuevos propietarios rurales. No es menos cierto que, aunque en algunos casos, como el de la transformación de la naturaleza de los cultivos por las obras hidráulicas, la aparición de nuevos pequeños propietarios pueda considerarse como un fenómeno natural, contemplando la evolución actual de la agricultura en su conjunto, no puede desconocerse que en ella han aparecido manifestaciones en un todo semejantes a las de la evolución industrial: maquinismo, racionalización de los métodos de producción, economía de mano de obra, sobreproducción relativa al poder de absorción de los mercados, envilecimiento de los precios. Signos todos de una transformación del capitalismo agrario que hace igualmente difícil, cuando no imposible, tanto la existencia del gran propietario absentista como del pequeño y mediano propietario y abre el camino para que llegue a imponerse como una necesidad la organización en formas varias, según las circunstancias, de los grandes cultivos colectivos.

Si se añade a esto las realidades innegables de la producción en masa y para la masa, de la concentración del capital financiero, y se fija la atención sobre las perturbaciones y los trastornos que estos movimientos acelerados de la vida económica de los pueblos han traído con-

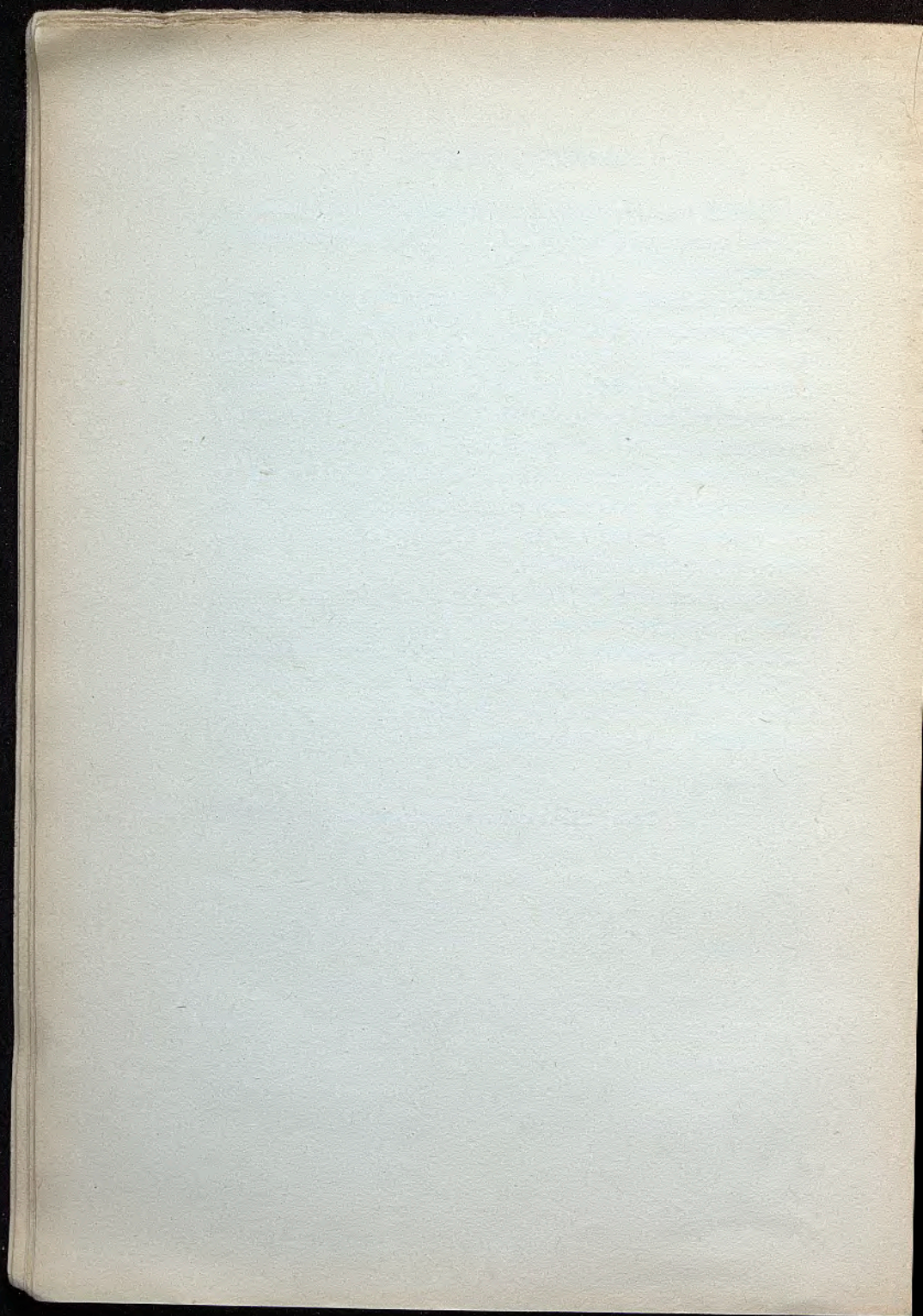
siglo, habrá que reconocer que Marx mismo no pudo soñar con una confirmación de sus teorías tan rotunda y tan completa.

Ocorre a diario que los hechos que más excitan nuestra imaginación y más conmueven nuestra sensibilidad, lejos de contribuir a desterrar la vida y las enseñanzas de Marx en un piadoso rincón de olvido, las hacen resurgir en el mundo de las reminiscencias, en unos casos, en el mundo de los recuerdos precisos, en otros, como si todos buscásemos, más que en su contemplación en su discusión, la luz que necesita nuestra conducta en medio de lo que el escritor inglés G. D. H. Cole ha llamado el caos del mundo actual (1).

Hoy el espíritu de Carlos Marx palpita en el taller y en los claustros universitarios, se agita en la calle y labora silenciosamente en el retiro del hombre de estudio.

No es extraño que en tales circunstancias los mismos críticos de Marx adopten sus propios métodos y se sientan influídos por sus doctrinas.

(1) G. D. H. COLE : *The intelligent man's guide through World Chaos*.



VI

Principales objeciones al ideario de Marx

Estos triunfos indudables de las ideas de Marx no pueden, sin embargo, señalar un punto de reposo ni para los marxistas más entusiastas ni para sus adversarios más claramente definidos como tales.

Se ha dicho con razón que las obras de los grandes pensadores valen, con frecuencia, mucho más que por la perfección de las ideas que exponen, por las dificultades que descubren para la simple aceptación de tales ideas; esto es, en términos más llanos: que la obra del genio, y precisamente lo que la hace perdurar, no consiste tanto en descubrir verdades como en suscitar problemas. Si fuese posible un triunfo tal del marxismo que apagase por completo la voz de sus críticos, el día que ese triunfo se hubiese consumado, el marxismo habría dejado de existir, teórica y prácticamente, como un elemento vital y habría pasado a ocupar un lugar, más o menos honroso, en el panteón de los recuerdos ilustres.

Por esta razón, las objeciones que se han hecho y que se hacen al marxismo no son desdeñables, y hasta pueden contribuir a perfeccionar el conocimiento de la doctrina y a poner de relieve en ella méritos y rasgos útiles que pasan desapercibidos a la contemplación de los admiradores demasiado ingenuos y superficiales.

Si pudiésemos disponer de un cuadro completo y perfectamente sistematizado de las objeciones que se han hecho al ideario de Marx, nuestra tarea encontraría facilidades con las cuales, no sé si por fortuna o por desgracia, no podemos contar. No sé si por fortuna o por desgracia, porque la excesiva facilidad en las obras de la inteligencia se suele pagar con el sacrificio parcial o total del interés que, aun plagados de imperfecciones, suelen ofrecer los empeños difíciles, más interesantes en razón de su misma dificultad.

Sin pretensión ninguna de rigor sistemático, sin ánimo siquiera de agotar una posible exposición analítica, vamos, pues, a hacernos cargo de algunas de las objeciones que se han hecho al marxismo.

Existe, en primer lugar, un conjunto de objeciones que se han formulado con frecuencia con un aire triunfal, pero que conviene descartar desde el primer momento por su falta de valor interno, a pesar de su aparente eficacia.

A esta categoría pertenecen los reproches que se han dirigido no solamente a Marx, sino a su eminente colaborador Engels, por haber hecho predicciones revolucionarias que no se han cumplido.

Es cierto que Engels, en su obra titulada *Situación de la clase trabajadora en Inglaterra*, prevé la producción de un movimiento revolucionario en el año 1847, y Marx y Engels, en el *Manifiesto comunista*, se muestran confiados en que a la revolución del 48 ha de suceder próximamente un movimiento revolucionario de carácter eminentemente social.

Desde luego, hay que tener en cuenta que los cálculos acerca del tiempo que se haya de invertir en el desarrollo

de un proceso histórico previsto con acierto son cálculos que en general tienen que resultar fallidos. A un sociólogo o a un estadista no se les puede pedir una exactitud matemática en sus cálculos; el mero hecho de acertar al prever la dirección que los acontecimientos hayan de seguir determina el índice más elevado posible para la apreciación del mérito de una previsión de este género.

Por otra parte, esos errores de precisión, considerados en el conjunto de la obra, lejos de rebajarla, la realzan y elevan. No es un caso privativo de los escritos de Marx y de Engels. Es un caso general que se presenta en el curso de toda la historia literaria. Los errores de detalle contenidos en los libros que más han resistido a la acción del tiempo y que más han influido en el pensamiento humano, son los que evocan las circunstancias individuales y sociales en que esos libros se han pensado y se han escrito; son los que dan a la obra literaria y científica un ambiente histórico y humano, los que la dotan de un interés, en cierto modo dramático, que aumenta sus quilates estéticos a medida que los años trascurren. ¿Qué se diría de un crítico que repudiase las obras fundamentales de Kant porque en ellas se usan ejemplos para esclarecer las ideas básicas de la filosofía crítica, del idealismo trascendental y de la significación del imperativo categórico a todas luces incongruentes con las adquisiciones más vulgarizadas hoy día por la Matemática, por la Física o por la Ciencia de las costumbres?

¿Qué grado de madurez intelectual revelaría un juzgador del *Discurso del método* que no supiese apreciar el encanto que presta a ese gran monumento de la ciencia y de la literatura, brillante tanto por su profundidad como por su sencillez, el hecho de que Descartes describiera en

él la circulación de la sangre como el efecto de la elevada temperatura que adquiere en el torrente circulatorio al llegar al corazón?

En el caso de Marx y de Engels los errores a que nos referimos no sólo contribuyen a ambientar sus escritos, sino que dan una alta medida a la estimación de sus cualidades intelectuales y morales. Alberto Lange ha dicho que las ideas que se ven claras parecen más próximas, y en hombres dominados por el pensamiento de la necesidad de una revolución libertadora de las miserias de las masas humanas, nada más natural, y a la vez más noble, que dejarse sugestionar por el deseo de que ese acontecimiento o esa serie de acontecimientos de carácter revolucionario se produzcan lo más pronto posible.

Lo que decimos de esta clase de objeciones puede extenderse a muchas otras que se fundan principalmente en la falta de adecuación de las afirmaciones de Marx a las circunstancias actuales, no existentes en la época en que Marx escribió sus obras; circunstancias de detalle que, sobre ser difíciles y hasta imposibles de prever, Marx se consideraba obligado a no prejuzgarlas, para evitar de ese modo los defectos propios y la esterilidad del Socialismo utópico que tanto se esforzó en combatir.

Si revisamos hoy las teorías económicas de Marx, seguramente encontraremos muchos casos en los cuales, para aplicarlas al momento presente, tendríamos que hacer un trabajo de traducción a los conceptos y a los términos que en sus transformaciones y progresos más recientes ha creado, o puesto en valor, la Economía. Por innovador que sea un autor, si, como es natural, aspira a hacerse entender por sus contemporáneos, no puede menos de emplear los conceptos y los términos usuales

entre ellos. Un juicio superficial y precipitado puede llevarnos en estos casos a percibir la existencia de errores, que se desvanecen desde el momento en que la crítica se ejerce con un conocimiento más perfecto de las circunstancias en medio de las cuales el escritor se ha producido.

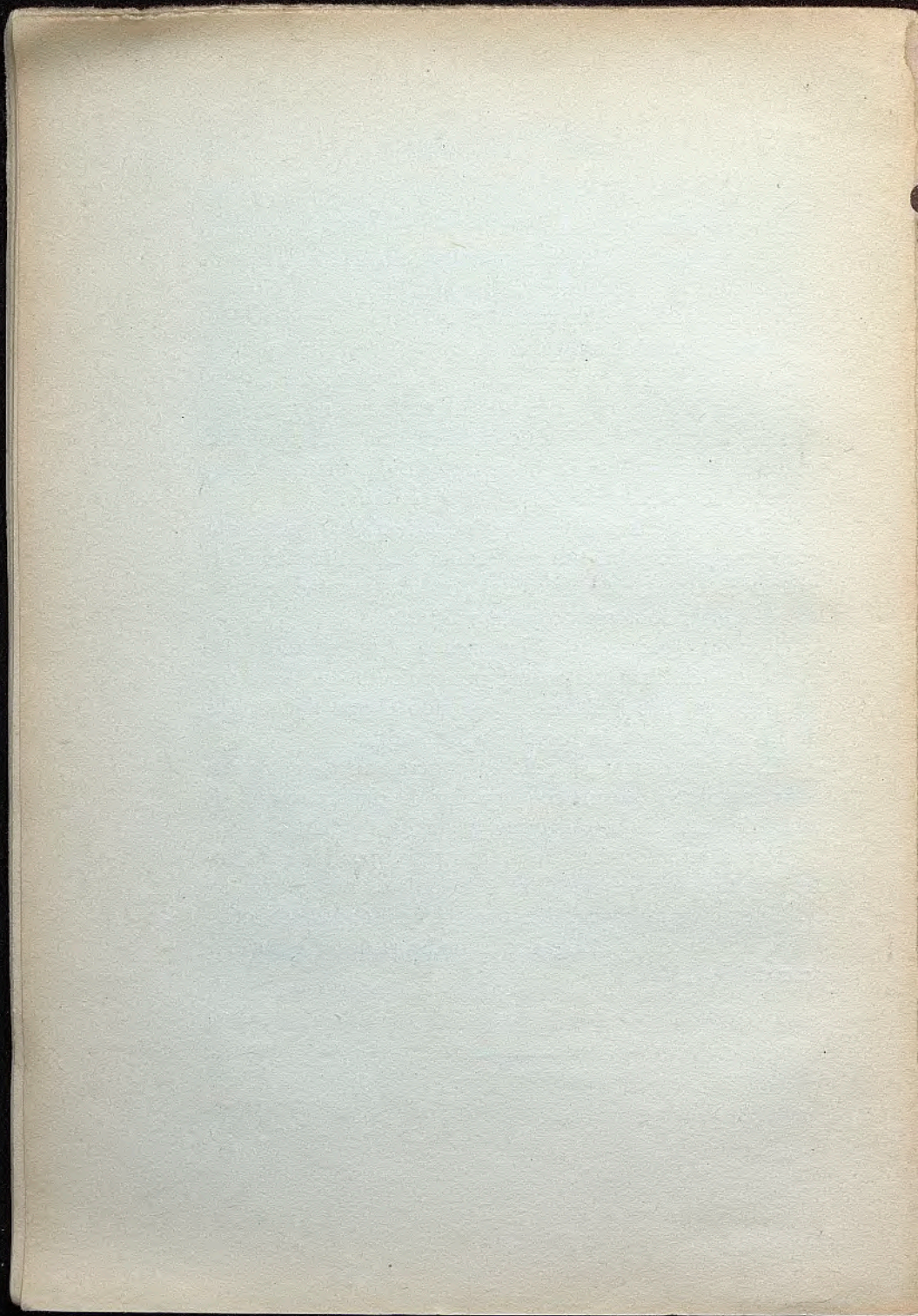
Este género de objeciones son, a veces, las preferidas por los sabios especialistas ; pero, a pesar del respeto que tales preferencias nos deben merecer, no podemos menos de considerar que, con frecuencia, más que una manifestación valiosa de *docta sapientia* constituyen una lamentable ostentación de *docta ignorantia*.

No son, precisamente, ese género de objeciones las que conviene principalmente considerar para utilizarlas en la misma interpretación del ideario marxista como elementos de perfeccionamiento y de progreso.

Por otra parte, las objeciones que se refieren a los elementos fundamentales del pensamiento de Marx son las que con más insistencia han sido objeto del estudio de los sabios y de la repetición del vulgo.

Estas objeciones se refieren concretamente a las dos tesis marxistas que se conocen con la denominación de «materialismo de la Historia» y «lucha de clases».

Por el propio valor de ambas tesis, por las constantes refutaciones de que han sido objeto, por juzgar su consideración indispensable para la finalidad de este trabajo, nos creemos obligados a dedicar algún espacio a su consideración.



VII

Materialismo de la Historia y lucha de clases

Consideración metodológica

Materialismo de la Historia y lucha de clases son dos concepciones inseparables en el pensamiento marxista, dos sistemas de ideas que mutuamente se condicionan y que constituyen cada uno de ellos un supuesto del otro.

Si quisiéramos obtener una exposición explicativa del materialismo de la Historia y de la lucha de clases, y que esta exposición se sujetase a un perfecto rigor lógico, tendríamos que detenernos seguramente ante dificultades insuperables.

En cierto modo, parece como si la lucha de clases constituyese una especie de corolario indispensable de la afirmación de materialismo de la Historia, y, por consiguiente, como si la primera fuese el resultado de una deducción por vía analítica a partir de la afirmación del segundo.

Si esto fuese así, sería también posible que adoptásemos un procedimiento de exposición genética de la naturaleza del materialismo de la Historia y de la lucha de clases, que ofrecería, indudablemente, la ventaja de una claridad y de una sencillez seductoras ; pero este procedi-

miento expositivo tendría el gravísimo inconveniente de ser por completo opuesto a la génesis real de ambas concepciones y de producir como efecto inmediato una deformación sustancial de su propia naturaleza. Toda persona habituada a este género de meditaciones y de estudios sabe muy bien la dificultad que supone distinguir el método de exposición que se emplea, de la naturaleza de los conceptos que se trata de explicar. Con frecuencia se establece una confusión lamentable entre el instrumento que se utiliza y el objeto sobre el cual se opera, y esta confusión contribuye en gran parte a desvitalizar las ideas, a privarlas de sus elementos activos, a dejarlas reducidas a residuos inertes, verdaderas cenizas de lo que fué en otras almas fuego vivo de pensamiento.

Anteriormente hemos llamado la atención acerca de los riesgos que trae consigo el prurito de complicar sin necesidad las cosas sencillas; en el caso presente tenemos que llamar la atención, por el contrario, sobre los riesgos, aún más graves, de pretender simplificar las cosas complejas. Este intento injustificado de simplificación y de economía del esfuerzo se suele traducir en un gasto inútil de tiempo y de esfuerzos que cada vez aparta más a la mente del camino de la verdad, en vez de conducirla, desde el primer momento y resueltamente, por él, aunque sea con paso lento y penoso.

En este caso concreto del estudio y de la exposición del materialismo de la Historia y de la lucha de clases, si se quiere salir del círculo estrecho de las expresiones desustanciadas y de las ideas sin contenido, no hay más remedio que seguir, lo más perfectamente que se pueda, el orden de la génesis real de los conceptos en el espíritu de Marx y tratar de percibir lo más completamente que

sea posible el complejo de influencias que determinaron la producción de tales conceptos. El trabajo, dirigido en este sentido, necesariamente habrá de ser parcial e imperfecto, puesto que la labor propuesta es inmensa; pero, aun con todas sus imperfecciones, será siempre de resultados mucho más valiosos que cualquier sinopsis magistralmente preparada *ad usum delphini*.

La génesis del pensamiento de Marx

La génesis de las concepciones del materialismo de la Historia y de la lucha de clases puede seguirse al través de los escritos de Marx, en la *Rheinische Zeitung*, en los *Deutsche y Deutsch-französische Jahrbücher*; puede buscarse mediante el estudio de la influencia ejercida sobre Engels por el pensamiento filosófico de Marx y la ejercida sobre Marx por el espíritu positivo y de observación de Engels; debe proseguir en las páginas de *La situación de la clase trabajadora en Inglaterra*, en los estudios consagrados por Marx y Engels a la crítica de la degeneración del idealismo hegeliano, en las páginas de la *Miseria de la Filosofía*, en el *Manifiesto comunista*, en la *Crítica de la economía política* y en *El capital*.

En todos estos escritos no se encontrará, sin embargo, una definición clásicamente perfecta de los conceptos *materialismo de la Historia y lucha de clases*.

Algunos escritores han esperado que ese género de precisiones podrían obtenerse el día que se lograra descubrir alguno de los escritos de Marx y Engels que habían desaparecido, y que hasta época muy reciente no han sido recuperados.

En el prefacio de la *Crítica de la economía política* dice Marx que en 1845 él y Engels trataron de escribir un libro sobre el tema del *materialismo de la Historia*, y añade lo siguiente: «El plan fué realizado en la forma de una crítica de la filosofía posthegeliana. El manuscrito, en dos sólidos volúmenes en octavo, hace tiempo que fué enviado al editor en Westfalia; pero se nos informó más tarde de que las circunstancias habían cambiado y no permitían su publicación. Nosotros abandonamos el manuscrito a la crítica destructora de los ratones, con tanto más gusto cuanto que habíamos cumplido nuestro principal propósito: esclarecer la cuestión para nosotros mismos.»

Durante ochenta años esta obra ha sido desconocida del público, hasta que al fin, aunque no completa, logró descubrirla el investigador marxista ruso Conrado Riasanoff, y fué publicada en el primer número del *Archivo de Karl Marx y Federico Engels*, editado por el Instituto Marx-Engels, de Moscú.

Con esta publicación, sin embargo, las esperanzas de los que deseaban obtener una definición acabada del *materialismo de la Historia* y de la *lucha de clases* han sido nuevamente defraudadas.

Este nuevo texto sirve, y no es poco, para confirmar lo que ya sabíamos; es decir, que para apreciar el significado que tenían las expresiones *materialismo de la Historia* y *lucha de clases* en boca de Marx hay que tener muy especialmente en cuenta el juicio que a Marx merecían el idealismo hegeliano, caricaturizado en las lucubraciones de Bruno Bauer y los libres berlineses, así como la crítica que hace Marx del materialismo humanista, o, si se quiere, del humanismo materialista, de Feuerbach.

Marx y la izquierda hegeliana

La consideración de esta labor crítica de Marx conduce necesariamente a la conclusión de que el materialismo de la Historia y la lucha de clases no pueden ni definirse ni clasificarse según las categorías filosóficas tradicionalmente expresadas por los términos materialismo e idealismo. Es decir, que el pensamiento de Marx se mueve en un mundo que aspira a ser completamente distinto del mundo de los conceptos de la metafísica materialista o idealista.

El año 1844, el mismo año en que Engels fué a París a entrevistarse con Marx, está fechado en Francfort sobre el Mein el prólogo del trabajo que, con el título humorístico *La sacra familia, o crítica de la crítica crítica, contra Bruno Bauer y consortes*, apareció en el año 1845.

Este escrito señala el principio de la colaboración de Marx y de Engels, colaboración que había de durar cuarenta años de estudio fecundo para el progreso del Socialismo, todo él una obra de colaboración.

Para comprender el significado de este escrito, conviene recordar como antecedentes que el año 1830 señala ya el principio del ocaso del idealismo filosófico alemán que había inspirado el patriotismo fanático de las guerras de 1813 y 1815. La grandiosa abstracción hegeliana, de donde había nacido la síntesis de lo racional y de lo real, se había prestado durante largo tiempo a menesteres políticos que la habían enajenado el respeto y la simpatía de las masas y habían provocado una desconfianza general respecto a toda especulación filosófica. El

mismo gran maestro Hegel, un día que se arriesgó a censurar en su cátedra la revolución de julio, se vió abandonado por sus oyentes, que prefirieron seguir las explicaciones de Eduardo Gaus, profesor que, a la sazón, sometía a la escuela histórica a una crítica severa. En *La sacra familia* no es, sin embargo, el idealismo hegeliano lo que someten Marx y Engels a un análisis acerado, sino la caricatura del idealismo tal como se ofrece en la teoría de la autoconciencia y en el pretencioso desprecio de las masas, característicos de la filosofía de los colaboradores, con Bruno Bauer, en la *Allgemeine Literatur Zeitung*.

Por lo demás, la repulsa por Marx y por Engels de las que consideraban aberraciones idealistas de Bruno Bauer no implica un abandono de las aportaciones a la filosofía y a la ciencia del idealismo de Hegel.

Marx y Engels sabían bien que, a despecho de las consecuencias reaccionarias deducidas de su doctrina por Hegel mismo en la *Filosofía del Derecho*, el hegelianismo había forjado en Alemania las armas mejor templadas para su empleo por los pensadores y por los hombres de acción que luchaban contra las tendencias entonces dominantes. Estas armas, forjadas por el pensamiento de los grandes filósofos, hicieron posible que, contra la reacción romántica que se desarrolló después de la revolución de julio, se elevaran los nuevos discípulos de Hegel que aspiraban a salvar el idealismo hegeliano de la ruina, y para ello empezaban por proclamar que lo que constituía la originalidad y el nervio de la escuela no era la estática, sino la dinámica; no era el reposo, sino el movimiento; no era el sistema, sino el método.

Esta afirmación del elemento dinámico y metodológico del hegelianismo equivale a proclamar que su aportación fundamental a la Filosofía y a la ciencia consiste en su interpretación de la dialéctica, que con Hegel deja de ser una mera norma de la discusión verbal o una mera forma abstracta del proceso genético de las ideas en la mente, para convertirse en la concepción dinámica universal del ritmo de la contradicción que mueve el mundo.

La revolución copernicana de la Filosofía, operada por Kant mediante la aplicación del método crítico, había destruído el idealismo tradicional dogmático y estático en los dominios de la pura teoría y aun había entrevisto la posibilidad de la penetración de un elemento activo, dinámico, evolutivo en las ciencias de la Naturaleza.

La introducción de este elemento activo, evolutivo y dinámico en el campo de las ciencias de la Naturaleza no solamente tenía importancia en sí misma, sino, principalmente, porque abría el camino por el cual las ciencias todas podían llegar a libertarse de los eternos y agotadores esfuerzos por resolver las antinomias existentes entre lo ideal y lo real. Esta tendencia germinal de la Filosofía, que se puede identificar con una inclinación general del pensamiento y de la acción a valorar la impermanencia sobre lo permanente en todas las manifestaciones existenciales, adquiere concreciones y amplificaciones considerables en el curso del desenvolvimiento del moderno idealismo alemán, que si bien nació como una reacción contra el materialismo francés, no representa, ni mucho menos, considerado en su conjunto, un retraso con respecto a él. Y esa idea, a la vez destructora y vivificadora del idealismo, a la vez adversaria y aliada del materialismo, es la que se expresa plenamente en la dialéc-

tica hegeliana y es la que trata Marx de salvar del naufragio del idealismo de su época, comprometido en arriesgadas aventuras de navegante por los revueltos mares de la reacción política en las frágiles naves de la filosofía de Bruno Bauer y consortes.

El hegelianismo de Marx consiste, pues, fundamentalmente en la defensa de la dialéctica, cuyo abandono reprocha duramente a Feuerbach, que con su filosofía materialista, y a despecho de las apariencias, no podía, en todo caso, lograr otra cosa que la restauración de viejos conceptos, a los cuales Hegel reprochaba haber dotado al hombre de una visión falsa del mundo como un compuesto de seres inmóviles y perfectamente definidos en su naturaleza.

El hecho de que Marx, al criticar la filosofía de Feuerbach, proclame que, por buenos que sean los métodos del materialismo, con sus microscopios y escalpelos no investiga más que cadáveres, porque arranca las cosas de las conexiones en que viven, y el hecho de que Marx proteste de la afirmación materialista de Feuerbach, según la cual el hombre es un producto de las circunstancias y de la educación, replicando que las circunstancias pueden ser variadas por el hombre y los educadores tienen que ser también educados, son suficientemente elocuentes para llevarnos a comprender la significación que tiene la expresión *materialismo de la Historia* y la interpretación que debe atribuirse a la *lucha de clases* en la *ideología marxista*.

El nombre de materialismo empleado por Marx no puede inducirnos a error. Marx lo adopta para diferenciar su concepción de los extravíos idealistas de su época, como adopta con Engels el nombre de comunismo

para diferenciar el Socialismo científico del Socialismo utópico.

El materialismo de la Historia y la lucha de clases, si los consideramos desligados del concepto filosófico de la dialéctica, no alcanzan su propia significación y quedan reducidos a representaciones parciales y mezquinas de la realidad, o a afirmaciones dogmáticas propias únicamente para suscitar eternas y superficiales discusiones que nunca pueden conducir a una solución satisfactoria.

Si la adaptación del materialismo de la Historia y de la lucha de clases a las concepciones propias del materialismo metafísico es imposible, se comprende que las numerosas objeciones que a la ideología marxista se han formulado partiendo de este falso supuesto son por completo ilegítimas.

Conviene poner bien de relieve esta ilegitimidad, porque si la defensa del ideario marxista se hubiese de dejar envolver en la madeja inextricable de los argumentos polémicos del idealismo y del materialismo metafísico, o arrastrar a una discusión sobre la base de las ideas vulgares, más manoseadas que meditadas, acerca de lo que es ideal y de lo que es material, es seguro que el progreso teórico y práctico del Socialismo sufriría, por el solo hecho de cometer semejante falta estratégica, una lamentable paralización.

Desde la publicación del célebre libro de Lange *Historia del materialismo*, ha quedado bien puesto en claro, no solamente la infecundidad de tales discusiones filosóficas, más persistentes en la rutina de las escuelas que en las corrientes mundiales del pensamiento, sino también la falsedad de la clasificación de los genios del pensamiento filosófico en dos grandes grupos, como materia-

listas o como idealistas. Con frecuencia se ha dado el caso de que el desenvolvimiento lógico de una posición mental materialista haya llevado a conclusiones idealistas o espiritualistas, como puede observarse en el mismo Demócrito. Igualmente puede notarse que el desenvolvimiento lógico de la metafísica idealista conduce a conclusiones materialistas, como se demuestra en la misma historia del moderno idealismo alemán a que nos venimos refiriendo.

El tratamiento de las ideas por esos métodos, más que clásicos arcaicos y vulgares, no puede conducir a otra cosa que a llenar el espíritu de sombras y confusiones. Una de esas confusiones, pareja a la que resulta de la identificación del Socialismo científico con el materialismo filosófico, es la que resulta de identificar el materialismo con el radicalismo revolucionario. La realidad es que el materialismo filosófico, lo mismo que el idealismo, se han aliado, según las circunstancias, a concepciones políticas y sociales opuestas y que, alternativamente, han proporcionado argumentos para la defensa de la democracia o de la aristocracia, de la libertad o de la tiranía, del Estado Leviatán o de la proclamación de los derechos del hombre y del ciudadano.

Si aspiramos, pues, a poner nuestras ideas en orden y a juzgar el Socialismo de Marx con un criterio objetivo, habremos de reconocer que el *materialismo de la Historia* y la *lucha de clases* no pueden concebirse como separados de la concepción de la dialéctica, y que ninguna de estas concepciones puede interpretarse como si estuviera constituida por un sistema de conceptos susceptibles de una definición que exprese su naturaleza invariable.

Si hubiéramos de ceder a la necesidad de clasificar el pensamiento de Marx en alguna de las categorías usuales en los filósofos modernos y en los modernos historiadores de la Filosofía, habríamos de considerarle como un idealismo empirista o como un empirismo idealista, no porque el marxismo sea una doctrina de carácter ecléctico, sino por cuanto trata de utilizar los elementos válidos del idealismo y del empirismo fundiéndolos en una concepción que no aspira a reconstituir la Metafísica sobre nuevas bases, ni a reducir el residuo metafísico de las ideas científicas al mínimum racionalmente posible, sino a prescindir por completo de la Metafísica.

Esta aspiración es la que dota al pensamiento de Marx de caracteres específicamente científicos y la que presenta al marxismo, en cuanto derivación de la filosofía hegeliana, como una consecuencia del ideario característico de esa escuela que justifica el juicio frecuente en los historiadores de la Filosofía moderna, según el cual, aunque subsistieran todos los argumentos teóricos que se han formulado contra la filosofía de Hegel, hay una cosa que no se le puede negar, y es el progreso que ha suscitado en la vida de las ciencias, transformando por completo la manera de concebir la Historia, y principalmente la historia de la cultura.

Estos caracteres del Socialismo científico son los que se expresan principalmente en la colaboración Marx-Engels; los que explican, por la influencia mutua de estas dos personalidades complementarias, el contenido de la *Miseria de la Filosofía* y de *La situación de la clase trabajadora en Inglaterra*; los que dan su significado propio a la comparación que estableció Max Adler, en una polémica con Plechanow, entre el marxismo y el empi-

riocriticismo de Mach, y los que permiten comprender el sentido de la afirmación de Franz Mehring cuando dice, probablemente amplificando una idea de Albert Lange, que así como Kant enriqueció el idealismo con las aportaciones del materialismo, así también Marx ha enriquecido el materialismo con las aportaciones del espiritualismo.

Aplicación de la dialéctica a la historia humana, materialismo de la Historia, lucha de clases, ideario marxista, no creo que puedan concebirse de otro modo que como elementos inseparables de un todo ideal que constituye lo que, en términos de significación estrictamente metodológica, se llama una teoría científica.

Materialismo de la Historia y lucha de clases como teo- rías científicas

Una teoría científica contiene hechos comprobados y hechos supuestos; contiene relaciones entre hechos que unas veces llegan a constituir lo que se llama una ley exacta y otras veces permanecen más o menos completamente en la categoría de hipótesis sugeridoras de la concepción de nuevas relaciones y de nuevas leyes. A una teoría científica no se le puede ni se le debe exigir un valor total y absoluto de verdad, una comprobación exacta por medio de la experiencia. Una teoría científica puede ser en parte verdadera y llegar a comprobarse en parte su falsedad; puede incluso llegarse a comprobar que la parte falsa de una teoría científica excede en mucho a su parte verdadera. A pesar de todo esto, la teoría científica no pierde su valor.

El valor de una teoría científica se funda principalmente en otros caracteres. No puede tener valor científico una teoría que carezca de base empírica o que pueda ser sustituida por otra de base empírica más firme; que proponga una explicación o una simple descripción de hechos conocidos por otros hechos menos conocidos o más difíciles de explicar o describir que ellos; no puede tener valor una teoría que escape a una comprobación posible por medio de la experiencia; pero, en cambio, las teorías científicas no pierden su valor si las experiencias que suscitan limitan su extensión y modifican su misma estructura general, por lo menos en relación a la forma primitiva en que fueron concebidas. Precisamente esta transformación de las grandes teorías científicas y, con frecuencia, esa limitación de la extensión con que originariamente fueron pensadas constituye el signo principal de su valer, porque proporciona el índice de su fecundidad. Las grandes teorías son instrumentos metodológicos, medios de que nos valemos para progresar cada vez más seguramente en el camino del conocimiento del medio natural en que vivimos, en la adaptación de nuestras acciones a la naturaleza de ese medio y en su utilización para el cumplimiento de nuestros designios.

Al materialismo de la Historia y a la lucha de clases así concebidos, con su genealogía filosófica y con su base no solamente empírica, sino experimental, aunque se les llegasen a negar todos sus valores, siempre les quedaría uno, y ese valor sería un valor primordial: el valor metodológico que poseen como medios de investigación científica en el dominio de las ciencias históricas y sociales, y como normas de acción en el campo de la política. Por eso decía Engels, refiriéndose a la dialéctica y, con ella,

al nervio del Socialismo científico, que es «la más alta forma de pensamiento, un modo de pensar profundamente revolucionario, nuestro mejor medio de trabajo y nuestra arma mejor templada».

Supongamos que se llegase a demostrar plenamente que el materialismo de la Historia y la lucha de clases, como hipótesis y como principios metodológicos, no se pueden aplicar con fortuna, al menos tal como los concibieron Marx y Engels, a la explicación o a la descripción de grandes períodos de la historia humana, por ejemplo, a la historia de la Edad Media, o a la historia del imperio de los Faraones, a pesar de las descripciones bíblicas de las plagas de Egipto, modelo de un tipo de estrategia proletaria aún en uso en algunas naciones y en algunos medios sindicales. Pues, aun suponiéndolo así, eso no podía significar sino que las grandes hipótesis metodológicas que concibieron Marx y Engels necesitaban ser enriquecidas, o completadas, o reformadas, como han necesitado ser enriquecidas, completadas y reformadas las grandes hipótesis iniciales de la Física o de la Biología, sin que por ello hayan perdido, no ya su significación histórica, pero ni siquiera su influjo real en la situación y en el progreso actual de esas ciencias.

Marx y sus epígonos

El prurito ingenuo de multiplicar, de esquematizar y de vulgarizar las aplicaciones del materialismo de la Historia debe ser juzgado benévolamente, como un tributo de admiración y de respeto que la vulgaridad rinde a la originalidad; pero hay que reconocer que, si no es debi-

damente vigilado y frenado, puede conducir a las mayores extravagancias y futilidades, con perjuicio evidente de la seriedad de la doctrina. Y cuenta que no es a los marxistas convictos y confesos a los que se les puede achacar exclusivamente, ni en primer término, ese defecto. Las publicaciones de todas las tendencias doctrinales y de todos los matices políticos están llenas de pretendidos estudios políticosociales que, para adoptar una apariencia de profundidad científica, tratan de conducir al lector por el desierto de aportaciones estadísticas con frecuencia carentes de oportunidad y de significación.

La causa engendradora de estos abusos, aparte de la consabida flaqueza del entendimiento humano, hay que buscarla en la importancia real que el factor económico ha adquirido en la historia contemporánea. La Economía no es un producto espontáneo de la Naturaleza, sino una resultante del esfuerzo continuo del espíritu humano, y a medida que el hombre ha ido aprendiendo el valor y la posibilidad de la utilización de los recursos naturales, el factor económico ha ido adquiriendo mayor influencia y más preponderante significación en la vida. Así se comprende que haya llegado un período de la Historia, el que se abre con el nacimiento de la gran industria, en el cual la interpretación de los hechos políticosociales por la influencia del factor económico se haya impuesto a todos en mayor o menor grado y haya dejado prácticamente de ser objeto de discusiones.

En realidad, hay gran número de adversarios del marxismo que, no solamente emplean en la práctica el método materialista de la Historia y reconocen la existencia de la lucha de clases, sino que consideran que el elemento

dinámico del marxismo ha sido el que ha dado al movimiento obrero una dirección segura y eficaz y el que le ha dotado de las capacidades constructivas merced a las cuales ha podido lograr sus mejores victorias.

Para muchos de estos pensadores la importancia del marxismo es innegable y se ha extendido durante un período de tiempo que abarca más de medio siglo; pero, a pesar de todas las concesiones que esto implica, no pueden resistir a la tentación de pronosticar el término definitivo de la influencia del marxismo y del progreso del Socialismo, de un modo semejante a como, bajo las reacciones que siguieron al movimiento revolucionario de 1848 y a la *Commune* de París, se pronosticaba que el Socialismo vencido no volvería a renacer, a pesar de lo cual tales pronósticos sirven hoy para caracterizar las vísperas de los avances más decisivos del movimiento socialista en Europa.

En una revista norteamericana, *The Marxist*, órgano del Workers Educational Institute, apareció hace años un artículo, firmado por Mr. Harry Waton, que ofrece un ejemplo típico de esta nueva modalidad de la refutación del marxismo.

Mr. Harry Waton es un entusiasta de Marx y, además, un entusiasta de la revolución rusa. Según él, bastaría con el hecho de la revolución rusa para demostrar la importancia del marxismo. Pero la revolución rusa es tan grande que, con su grandeza, ha agotado ya todas las inmensas posibilidades de acción que el marxismo contenía en su seno. De aquí en adelante las masas, para adquirir una nueva conciencia y un nuevo impulso que las guíe a la realización de sus aspiraciones finales, necesitan superar el marxismo, y esa superación solamente

puede lograrse partiendo del mismo pensamiento de Marx, pero llevándole a asimilarse elementos de la filosofía hegeliana que Marx no había tomado en consideración. Esos elementos hegelianos se sintetizan, según Harry Waton, en el reconocimiento de la existencia de un principio racional e inteligente que rige la Historia. Por tal procedimiento intenta este autor restaurar la Teología, no solamente en las teorías elaboradas por los pensadores, sino en las palpitaciones del alma de las multitudes.

Claro está que el entusiasmo de Harry Waton por la revolución rusa es un entusiasmo de una índole bien distinta al de Lenin, según el cual para ponerse en camino de satisfacer, si no agotar, las aspiraciones del marxismo, el pueblo ruso tiene que pasar antes por un período de capitalismo de Estado, después por un período de Socialismo de Estado, etapas nada sencillas de recorrer, pero indispensables, según él, para la realización del verdadero Socialismo.

Según los más autorizados representantes de la revolución política rusa, la República de los Soviets no ha agotado el marxismo. Por otra parte, el Socialismo y especialmente la influencia marxista representan un papel de extraordinaria importancia, fuera de Rusia, en todas las naciones europeas y aun en todas las naciones del mundo.

La tesis de Harry Waton carece, pues, por completo de solidez. Pero, falta de solidez y todo, no deja de poseer un interesante carácter representativo de una modalidad del pensamiento contemporáneo a la cual he aludido más de una vez en el curso de este trabajo. Me refiero a cuanto anteriormente he indicado acerca de la im-

pregnación de Socialismo que experimentan los partidos no socialistas y a la evolución que ha experimentado la crítica del Socialismo en el sentido de hacerse cada vez más permeable por él.

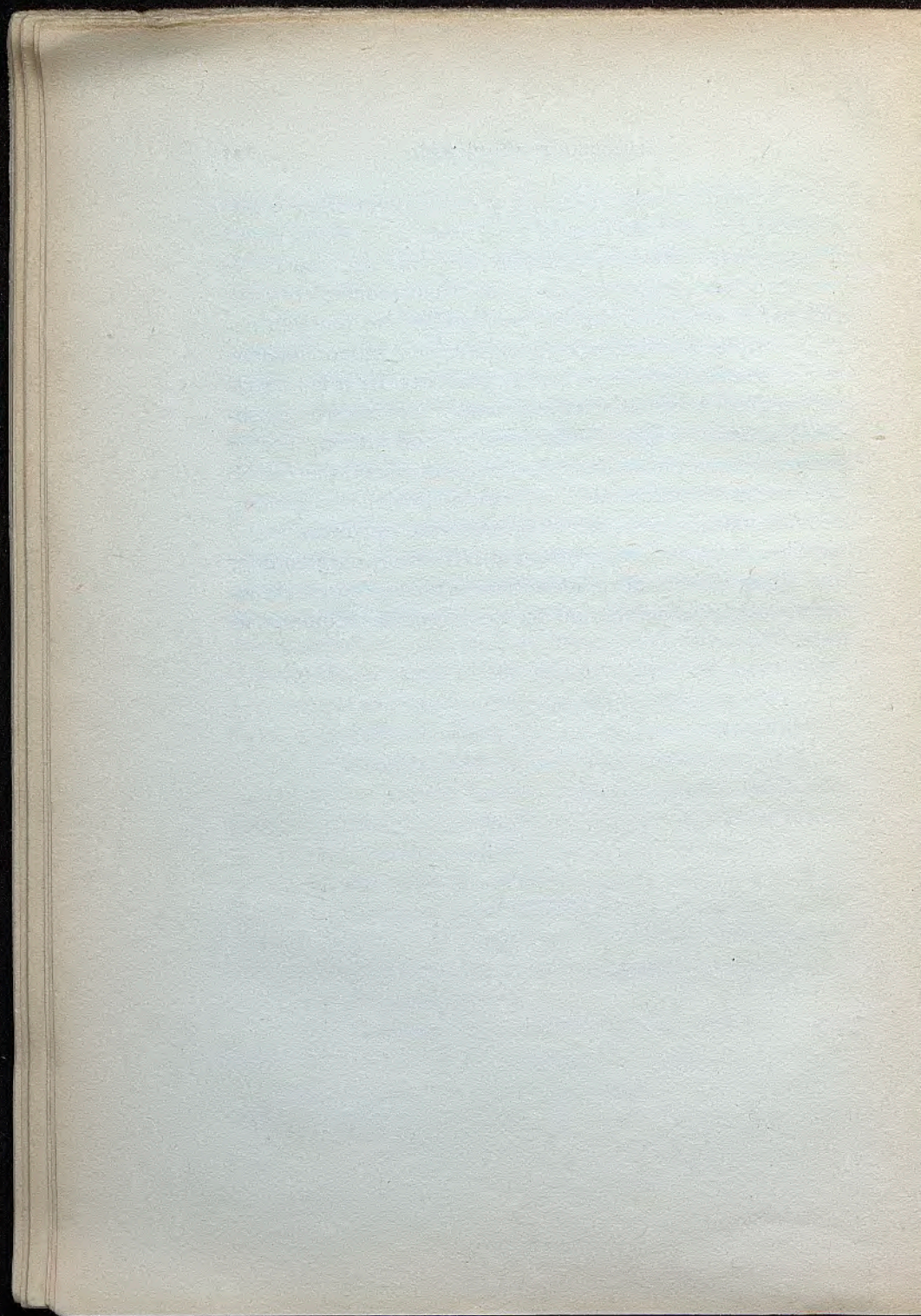
Estas indicaciones hechas por mí son, sin embargo, demasiado vagas para que puedan, ni siquiera por el momento, satisfacer nuestro deseo de explicación de estos interesantes fenómenos, tan característicos de nuestros tiempos, tan importantes para comprender las contradicciones que agitan el espíritu contemporáneo y las luchas de nuestros días y tan ligados a los problemas más hondos del pensamiento especulativo y de la acción de los individuos y de las masas humanas.

En mi deseo de contribuir, con mi verdad o con mi error, al esclarecimiento de estos problemas o, por lo menos, a hallar el camino en el cual podamos encontrar la solución de nuestras dudas más inquietantes, tengo que disculparme de nuevo por la insistencia con que me obstino en proseguir el difícil camino que he emprendido.

La mera posibilidad de una explicación racional de los triunfos y de los fracasos del Socialismo, así como de las trágicas y, a mi modo de ver, inestables victorias de los movimientos antimarxistas, bien merece la reiteración de un esfuerzo, aunque no sea más que con la finalidad de suscitar otros esfuerzos más logrados, y bien merece, además, los riesgos de un fracaso personal que por ser puramente tal en nada compromete ningún género de intereses colectivos.

Animado por este espíritu me voy a permitir, pues, algunas indicaciones que considero pertinentes al caso: en primer lugar, acerca de las asistencias que el pensamiento contemporáneo, sin dejar de realizar, por otra

parte, considerables progresos y de impregnarse de Socialismo, ha proporcionado a la reacción y a los movimientos antimarxistas; en segundo término, acerca de las situaciones engendradas en el orden económico y social por la evolución del régimen capitalista, que han hecho posible la utilización de las armas proporcionadas por el pensamiento especulativo para desviar a las masas del camino de su liberación y causar descalabros episódicos a los Partidos Socialistas, y por último, por lo menos, acerca de algunas de las condiciones que estimo más necesarias para que los Partidos Socialistas puedan, de una manera cada vez más uniforme en el mundo y también más normal, proseguir el camino emprendido, que algún día habrá de identificarse plena e indubitavelmente con el camino que ha de seguir la Humanidad toda.



VIII

La incubación filosófica del fascismo

El pensamiento complicador del siglo XIX

Al abordar el primero de los tres temas indicados quiero declarar paladinamente el objeto que persigo. El ideal sería que todo expositor fuera elaborando su pensamiento sin *parti pris*, de tal manera que para el público, lo mismo que para él, el resultado más o menos estimable a que se pudiera llegar contuviera un elemento de espontaneidad, de novedad y de sorpresa que acrecería sin duda su fuerza de atracción. En la práctica, la conciliación de las exigencias lógicas de la exposición con sus exigencias pedagógicas y estéticas tropieza con tantos inconvenientes que, cuando no brota por sí misma de una de esas difíciles facilidades, patrimonio de algunas naturalezas privilegiadas, más vale desechar de antemano toda pretensión de lograrla. Vale más resignarse y a la vez correr los riesgos de la ingenuidad y de la sencillez. Todo, incluso la aridez y la sequedad de estilo, es

preferible al recurso a cualquiera de los artificios que han vulgarizado la Pedagogía o el arte literario para dar una sensación de naturalidad en el proceso de la comprensión de la verdad que realmente no existe.

Lo que me propongo en esta parte de mi exposición es acumular algunos datos que sirvan para amplificar y confirmar mi tesis, ya anteriormente mantenida, de que el pensamiento contemporáneo, aun el que se considera más alejado del Socialismo y hasta más opuesto a él, ha sufrido el contagio no sólo del Socialismo en su significación más amplia y multiforme, sino concreta y específicamente del marxismo. Trato, además, de amplificar la tesis que ya anteriormente aparecía indisolublemente ligada a la anterior, a saber: que esta aproximación al Socialismo y al marxismo de las corrientes de pensamiento opuestas a él constituye, sin duda, un testimonio de su importancia y su vitalidad; pero al mismo tiempo ha servido para dotar de nuevos recursos mentales a los adversarios del marxismo y para crear nuevos obstáculos y nuevos peligros que se presentan al desenvolvimiento normal de su vida.

Mas, en el fondo de mi esfuerzo por acopiar estos datos en corroboración de las tesis enunciadas existe un pensamiento que no sé si considerarle originado por mi experiencia personal en las luchas políticosociales. Tal vez esa experiencia personal, nada pobre, haya contribuido en gran parte a vigorizar y precisar tal pensamiento en el curso de mis reflexiones y a extraerle de los libros de Filosofía, ya que no se trata de ninguna idea acerca de cuya originalidad pueda abrigarse pretensión alguna, sino de algo que, por el contrario, puede encontrarse en las páginas de los más significados escritores

contemporáneos que hayan tratado de ahondar en la comprensión de los problemas filosóficos.

Se trata en realidad de un juicio de carácter histórico-filosófico que no constituye propiamente el resultado de este estudio, sino más bien su supuesto previo y la idea de la cual me sirvo en él utilizándola a modo de hipótesis de trabajo.

Este supuesto previo implica un juicio de conjunto acerca de la significación y del valor de la filosofía del siglo XIX y de las repercusiones que el movimiento filosófico del siglo pasado haya podido tener en el pensamiento actual y en la vida práctica de nuestros días.

El siglo XIX y su filosofía han sido juzgados hasta ahora desde puntos de vista demasiado parciales y apasionados. Nada más natural y comprensible, dado que aún vivimos envueltos en gran parte en la atmósfera intelectual y moral del siglo precedente. Pero, a medida que la distancia se va haciendo más grande, parece irse consolidando la estimación de las grandes aportaciones a la cultura debidas a la filosofía ochocentista y, al mismo tiempo, la percepción de los antecedentes explicativos que existen en ella de algunos inesperados, desconcertantes y hasta intranquilizadores avatares de la sociedad del siglo actual.

La filosofía del siglo XIX parece, en general, haber considerado que la visión filosófica clásica de la naturaleza del mundo, de la naturaleza humana y de la naturaleza de la sociedad es una visión excesivamente simplista. Conviene notar que la crítica filosófica ochocentista, para los efectos de ese juicio, ha comprendido muy especialmente dentro del concepto de filosofía clásica a la del siglo de las luces, al racionalismo del siglo XVIII y, en

general, a cuanto los historiadores alemanes han denominado con un término que probablemente conviene más adoptar simplemente que intentar su traducción: la *Aufklärung*.

En este sentido, el pensamiento del siglo XIX ha sido eminentemente complicador: ha complicado las concepciones de la Biología, de la Psicología y de la Historia, como ha complicado las concepciones de la Física y de la Matemática, empezando por rebajar el rango de la Geometría euclidiana como fundada sobre principios demasiado elementales y excesivamente ligados a la percepción sensible.

En este camino de la complicación, la filosofía del siglo pasado ha llegado a perfeccionamientos técnicos que nada tienen que envidiar a los logrados en las épocas de mayores esplendores del pensamiento filosófico. Cuando la filosofía ochocentista se ha lanzado por el camino del análisis severo y metódico, ha descubierto conexiones nuevas entre las cosas, ha creado nuevas ideas que han servido para dotar de sorprendentes fecundidades a todas las ramas de la investigación científica. Cuando se ha lanzado por el camino del artificio sofístico, ha logrado sutilezas mentales en comparación con las cuales el ingenio de los sofistas griegos parece un inocente juego infantil.

Circunscribiendo estas consideraciones al campo de las ciencias psicológicas, históricas y sociales, el resultado general que esos perfeccionamientos analíticos y críticos de la filosofía de la última centuria han producido se puede expresar sintéticamente como el descubrimiento, o por lo menos la nueva valoración, de una serie de factores componentes de la naturaleza humana que, por

poseer un carácter dinámico, emocional o biológico, son de naturaleza distinta y aun opuesta a los factores intelectuales que, de un modo preferente o exclusivo y casi sin interrupción, había venido utilizando la Filosofía para la explicación de todas las cualidades y de todos los hechos ligados a la vida del hombre.

En gran parte, al menos, puede afirmarse que la filosofía del siglo pasado significa una reacción contra el carácter eminentemente intelectualista de la filosofía del siglo XVIII.

A la filosofía del siglo XVIII el planteamiento de los problemas prácticos le servía de estímulo y de ocasión para buscar solucionarlos con los recursos propios de la filosofía teórica. A la filosofía del siglo XIX el planteamiento de los problemas teóricos le ha servido de estímulo y de ocasión para buscar solucionarlos en los dominios de la filosofía práctica.

El marxismo, la filosofía teórica y la práctica

Esta primacía de la filosofía práctica sobre la filosofía teórica tiene un marcado interés para el mantenimiento de nuestra tesis de la impregnación de las diversas estructuraciones de la vida mental contemporánea por la sustancia propia de las concepciones socialistas y marxistas; pues, al menos a primera vista, parece que es en el campo de la filosofía práctica donde el Socialismo encuentra el suelo mejor preparado para su desarrollo.

Contra esta apariencia hemos encontrado, sin embargo, en el curso de las reflexiones que anteceden, motivos

fundados para ponernos en guardia, ya que pudiera ser que el Socialismo, para no sufrir deformaciones lamentables, necesitase buscar una sólida cimentación en las más puras teorías elaboradas por la crítica filosófica, y mirar, en cambio, con desconfianza las generalizaciones prácticas del pensamiento especulativo.

Tratando de concretar más nuestro pensamiento, y refiriendo los orígenes de la filosofía moderna, como es corriente, a la filosofía de Kant, habríamos de decir que, según las apariencias, la fundamentación de las ideas filosóficas del Socialismo debería buscarse preferentemente en la *Crítica de la razón práctica* y no en la *Crítica de la razón pura*.

Sin embargo, se da el caso de que cuando estudiosos como Max Adler han intentado descubrir en la filosofía kantiana la genealogía del ideario marxista, no es a la *Crítica de la razón práctica* a la que se han dirigido, sino a la *Crítica de la razón pura*.

Esta particularidad de los estudios de Max Adler no debe considerarse como algo extraño, sino que, por el contrario, constituye una práctica que debe ser seguida si se intentan semejantes estudios y que tiene una plena justificación.

La fundamentación del Socialismo en las ideas desarrolladas en la *Crítica de la razón práctica* ofrece inconvenientes que no se deben menospreciar.

Un cultivador moderno de la Filosofía, Alf Ross, autor de un libro titulado *Kritik der Sogenannten Praktischen Erkenntnis*, advierte que, en general, toda la filosofía kantiana está penetrada de un sentimiento profundo de humanidad y de una emoción moral que fué lo primero que impresionó a los contemporáneos del gran filósofo.

Esta emoción moral existe en el fondo de toda la filosofía kantiana, lo mismo teórica que práctica. Pero mientras en la filosofía teórica, tal como se expone en la *Crítica de la razón pura* o en los *Prolegómenos*, queda como oscurecida en las frondosidades de una exuberante concepción puramente metodológica, en la *Crítica de la razón práctica* y en la *Metafísica de las costumbres*, por su carácter predominantemente constructivo, adquiere innegables pretensiones de verdad absoluta y, a pesar de los esfuerzos del autor para evitarlo, de verdad dogmática.

Alf Ross añade, como comentario, que ese *pathos* moral de la filosofía kantiana no deja de ser tan perjudicial para la solidez de la obra filosófica como cualquiera otro que no se identifique por completo con la pasión por la verdad.

En efecto, por mucha importancia que concedamos a ese factor sentimental que anima el pensamiento del fundador del criticismo, no podemos negarnos a reconocer que la filosofía del deber y el imperativo categórico escapan a toda posibilidad de una fundamentación racional que satisfaga plenamente las exigencias teóricas del conocimiento formuladas por la misma filosofía crítica.

No en vano había dicho Kant en el prólogo de la segunda edición de la *Crítica de la razón pura* que había «necesitado anular el saber para dejar espacio a la creencia». La creencia, que no había dejado de hacerse presente en la *Crítica de la razón pura*, encuentra en la *Crítica de la razón práctica* la base metafísica más firme para intentar su reconstrucción.

No quiere esto decir otra cosa sino que, en el seno de la filosofía kantiana, lejos de resolverse las contradicciones inherentes al pensamiento filosófico, han adquirido,

con su nuevo y más profundo planteamiento, un intensificado vigor. Por eso se ha dicho con razón que la filosofía de Kant no ha suprimido, sino que ha multiplicado, y hasta, en vista de algunas de sus consecuencias últimas, podríamos decir que ha enconado, las discusiones entre los sabios.

Si aplicamos este género de consideraciones al objeto que perseguimos en nuestro estudio, podemos encontrar ejemplos bastante claros de esa intensificación de las contradicciones originada por el criticismo.

La distribución equitativa y la cuantificación de la riqueza

No cabe duda que la emoción moral que antes hemos señalado como característica de la filosofía kantiana, juntamente con el carácter de universalidad que esta escuela filosófica atribuye a las ideas morales y a la ilimitada dignidad que exalta en las condiciones comunes a la conciencia de todo hombre, han ejercido una gran influencia sobre las ideas sociales posteriores y han contribuído muy especialmente a introducir en el mundo de las concepciones económicas un principio ideal de justicia que se traduce en la aspiración a realizar entre los hombres, moralmente iguales, una igualdad en la participación de los bienes, en la distribución de la riqueza.

No se puede desconocer que el principio de la repartición de la riqueza representa un importante papel en la economía moderna y en la historia del Socialismo contemporáneo. Es verdad que el Socialismo científico y el Socialismo militante han tenido que combatir con fre-

cuencia, en sus propagandas ante las masas, la idea del reparto como una idea demasiado simplista que, convertida en principio táctico, origina una deformación puramente sentimental del Socialismo y despierta, en espíritu entusiastas, pero no suficientemente esclarecidos, ilusiones falsas y engañosas, originarias de tristes decepciones.

A pesar de esto, la idea del reparto equitativo de la riqueza no solamente ha sido una idea propulsora y originaria del Socialismo, sino que, en realidad, aunque relegada en algunos momentos a un segundo término, ha ejercido una influencia constante sobre él, y está probablemente llamada a ejercer una influencia cada vez más positiva y más concreta a medida que el Socialismo vaya efectivamente pasando de la idea a la acción y se vayan desarrollando los planes constructivos de la nueva estructura económica de la sociedad.

Reconocida, pues, la importancia de la idea de la repartición equitativa e igualitaria de la riqueza, no debemos por eso negarnos a admitir que esa idea, por lo menos en sus efectos, ha aparecido con frecuencia como una idea contradictoria, a la vez aliada y enemiga del Socialismo, inspiradora de los más puros entusiasmos democráticos y encubridora de los más lamentables propósitos demagógicos.

Probablemente estos efectos contradictorios no pueden atribuirse a que en la idea de la igualdad económica de todos los hombres exista una contradicción interna, sino más bien a que esa idea, transportada a las regiones de la Economía desde el mundo de los conceptos y de los juicios propios de la Ética, es una idea demasiado abstracta, demasiado falta del lastre de la experiencia y de-

masiado aquejada de un defecto común a muchos juicios constitutivos del llamado conocimiento práctico, que, en realidad, no son juicios propiamente dichos, es decir, expresiones de un momento del saber, sino expresiones de estados emocionales disfrazados en forma de juicios.

La contradicción más flagrante del principio de la igualdad económica es una contradicción con otro principio que, en la historia del pensamiento y su influencia en la práctica, ha aparecido originariamente como irreconciliable con él. Ese principio económico aparece también como derivado de un postulado filosófico distinto y aun opuesto a los postulados característicos de la filosofía kantiana. Me refiero al principio de la *cuantificación del placer*, que, como es sabido, constituye el fundamento del hedonismo moral de Jeremías Bentham, y cuya traducción al orden económico podría formularse como el principio de la *cuantificación de la riqueza*. Esta aplicación a los conocimientos de orden económico del principio de *cuantificación del placer* no la dejó Bentham abandonada al cuidado de sus continuadores y discípulos, sino que se halla bastante explícitamente declarada en sus propios escritos. *Equality is not itself, as security, subsistence and abundance are an immediate instrument of felicity*, dice Bentham (1).

La contradicción del principio de la *cuantificación de la riqueza* con el principio de la igualdad en la participación de los bienes ha producido originariamente grandes desventajas para la posición derivada de la moral hedonista. La causa de esta inferioridad no hay que buscarla en ningún fundamento lógico, sino en la naturaleza emo-

(1) Véase BENTHAM: *Works*, IX, 14.

cional, puramente estética o moral, de los juicios prácticos formulados por la filosofía trascendentalista.

Sobre todo si se desliga la afirmación de la *cuantificación de la riqueza* del conjunto de las afirmaciones contenidas en las obras del fundador del moderno hedonismo, es fácil hacerla aparecer dotada de un carácter de frialdad egoísta que predispone el ánimo en contra de su aceptación y hasta le inclina a rechazarla sin someterla previamente a un examen crítico.

Y, sin embargo, tanto desde un punto de vista especulativo como desde un punto de vista práctico, el principio de la *cuantificación de la riqueza* tiene una solidez indestructible, si al mismo principio igualitario se le quiere atribuir alguna realidad que no sea puramente la perduración por tiempo indefinido de un piadoso deseo inasequible.

La idea de que el reparto equitativo de la riqueza debe ir acompañado de un aumento progresivo de la riqueza total, si esa idea del reparto no ha de tener una realidad puramente negativa y destructora, es ya una idea bastante vulgarizada, sin perjuicio de que con frecuencia se la desconozca y se la niegue.

Por lo demás, justo es reconocer que Bentham, sin dejar nunca de afirmar el principio de la *maximización del placer* con todas sus consecuencias, ha tenido siempre su espíritu abierto a la influencia del postulado moral de la justicia distributiva, como lo demuestra que, aparte de la consideración general del problema ético y aun del problema social y económico contemplado en su conjunto, haya considerado también la necesidad de resolver problemas singulares de distribución equitativa de la riqueza existente en una cantidad dada en un mo-

mento y en un lugar determinados. A este orden de consideraciones pertenece la admirable previsión de un largo período de la Historia durante el cual dominará la inseguridad, y en el curso del cual, usando sus propias palabras, parte de *lo mío* pasará a ser *de otro*, como condición indispensable del logro de la igualdad (1).

La consideración de este género de contrastes, e incluso la investigación de las posibles coincidencias entre corrientes de pensamiento tan distintas como la moral hedonista de Bentham y la moral del imperativo categórico de Kant, constituye el objeto de un estudio que, aunque dotado de un carácter eminentemente especulativo, está lleno de importantes consecuencias para la interpretación de la actualidad de la vida social y para la apreciación del curso que la Humanidad puede seguir en el porvenir.

La tradición filosófica inglesa y la alemana

Tanto exigencias intelectuales como la naturaleza de los acontecimientos que se están verificando ante nosotros parece que nos inclinan a fijar nuestra atención de nuevo en la tradición filosófica inglesa, tal vez demasiado olvidada por el pensamiento filosófico de la última centuria.

No hay que desconocer que esta tradición filosófica inglesa, representada, entre otros, por Bentham de un modo eminente, ha tenido desde sus orígenes un sentido

(1) Véase ALF ROSS, obra citada, página 138.

políticosocial que la ha caracterizado como un elemento radical y crítico en la historia de la cultura. Este sentido radical y crítico, en Inglaterra misma, y en las naciones que más directamente han sentido su influjo, se ha mantenido constantemente vivo y ha estado, en gran parte al menos, representado por los brillantes escritores pertenecientes a la escuela utilitaria.

Mientras que así Inglaterra, desde el siglo XVIII, ocupó un puesto de avanzada en el movimiento de la *Aufklärung*, que se extendió por el continente europeo merced a Voltaire y a Montesquieu, el impulso para dominar la unilateralidad y simplicidad de la visión atribuida a la *Aufklärung* partió de Alemania, sede de la reacción románticohistórica, que si en Inglaterra tuvo representantes tan destacados como Coleridge y Carlyle, no fué nunca una creación original suya, sino un producto de exportación.

Esta polarización de las corrientes filosóficas de signo distinto u opuesto en Inglaterra y en Alemania tiene un valor innegable para la historia de la Filosofía ; pero quizá tenga aún un valor mayor por las sugerencias útiles que proporciona para interpretar el curso de algunos acontecimientos contemporáneos. Me refiero a la polarización, que se ha acentuado cada vez más, de dos corrientes interpretativas del Socialismo y del marxismo. Una localizada preferentemente en los países de la Europa central y oriental, y simbolizada por un sistema ideológico de tradición germánica, y otra localizada en los países anglosajones y escandinavos, y simbolizada en un tipo de mentalidad británica.

Bien sé yo que estas distinciones tienen un valor muy relativo y que no podemos poner en ellas, como en nada,

una fe ciega. Pero hechas estas reservas, y con el mismo carácter de relatividad, no exenta de importancia, séame permitido deducir algunas consecuencias de las consideraciones precedentes.

La reacción contra la Aufklärung

Es la primera que las contradicciones señaladas entre los principios morales de la filosofía trascendentalista y de la utilitaria, que más tarde se han traducido en contradicciones de carácter económico, y se están reflejando en acontecimientos sociales y políticos, tienen su fundamento en la dificultad que encuentran todos los sistemas de Filosofía para conciliar las exigencias especulativas con las exigencias prácticas, las exigencias racionales con las empíricas.

Estas contradicciones, en cuanto expresadas por ideas, sólo pueden resolverse en una concepción sintética que, eliminando la Metafísica, conserve un carácter eminentemente racional, y que, basándose en la experiencia, no le conceda valor sino en cuanto está iluminada por las luces de la razón.

El marxismo, considerado como concepción filosófica, hemos visto que posee estos caracteres, merced a lo cual le ha sido posible conciliar contradicciones del tipo de las señaladas entre la doctrina de la repartición igualitaria de la riqueza, derivada de la moral trascendentalista, y la doctrina que hemos denominado de la *maximización de la riqueza*, derivada de la moral utilitaria.

La concepción como un proceso dialéctico del desarrollo histórico del capitalismo y del Socialismo es la que, en la teoría de Marx, permite concebir que pueda reali-

zarse el postulado moral de la igualdad económica, como justa aspiración humana, sin causar la ruina de la civilización, ahogada en un mar de universal indigencia.

Ahora bien : el mismo entusiasmo por la grandeza de las concepciones de Marx debe llevarnos a reconocer que una mera repetición de sus fórmulas, por certeras y llenas de contenido que estas fórmulas aparezcan, no puede dar la solución práctica de ningún problema, y menos de los graves problemas del presente.

El marxismo no puede sacar de su propia sustancia la trama de la nueva sociedad como suponía Bacon que la araña saca de su propia sustancia la tela que teje.

Para ser marxista y no poner en caricatura el marxismo hay que esforzarse, como se esforzaba el propio Marx, por hallar la síntesis resolutoria de las contradicciones que la vida nos vaya presentando y que nuestro pensamiento haya logrado reconocer.

Para ello, Marx no se encastilló en las fórmulas del idealismo hegeliano. Si lo hubiera hecho no hubiera sido otra cosa que un doctrinario más ; Marx completó su cultura germánica con las aportaciones del pensamiento de los utopistas franceses y de los economistas filósofos ingleses.

Si queremos hacer una obra socialista, aunque modesta, fecunda, nosotros tenemos que seguir, en esto quizá más que en nada, las huellas del maestro. El carácter eminentemente constructivo del Socialismo actual lo requiere más apremiantemente que nunca. He aquí, pues, la segunda consecuencia a que yo quería llegar : que en el estado actual de las cosas, si queremos evitar los peligros de una interpretación unilateral y dogmática del Socialismo, de una interpretación que convierta las organi-

zaciones socialistas en clubs de doctrinarios y al Socialismo en una secta ; si queremos contribuir a la construcción de un Socialismo no autoritario, ni cuartelero, ni despótico, ni dominado por pasiones ciegas, sino de un Socialismo inteligente, dueño de sus propias acciones y verdaderamente libertador de los esclavos del capitalismo ; es decir, si queremos construir un Socialismo no como lo han concebido sus adversarios para combatirlo, sino como lo han concebido sus partidarios, como lo han concebido Marx y Engels, sería muy recomendable que prestásemos una creciente atención al desarrollo de las ideas socialistas y aun marxistas, aunque sus mantenedores no hayan jurado por el nombre del maestro, tal como se ha producido fuera de la Alemania en que nació Marx y en la cual fué perseguido y de la cual fué expatriado. Sería muy recomendable que prestásemos una atención más sostenida de la que prestamos al Socialismo tal como se desenvuelve en los pueblos anglosajones y escandinavos, y aun que, en el orden de la teoría, procurásemos refrescar nuestro espíritu en las fuentes más claras del intelectualismo del siglo XVIII, que, como antes hemos indicado, no brotaron en el continente europeo, sino en las islas Británicas.

Tras esta consecuencia de lo anteriormente expuesto, quisiera acentuar otra última, que debe servir de enlace entre las consideraciones precedentes y las que habrán de seguir.

Esta última consecuencia no es propiamente sino una confirmación del principio que, con carácter hipotético y de puro valor metodológico, he establecido al comienzo del presente capítulo ; esto es, que la filosofía del siglo XIX ha evolucionado en el sentido de una valoración

cada vez mayor de los problemas prácticos. Si nos fuera dado seguir las transformaciones del trascendentalismo, por ejemplo, al través de la filosofía de Renouvier, de Cohen, de Natorp o de Cassirer, es seguro que esta parte de nuestra tesis podría encontrar en ese estudio notables confirmaciones. Igualmente, las indicaciones hechas pueden servir, al menos en parte, para confirmar el complemento de nuestra tesis inicial referente a que esa valoración de los problemas prácticos se traduce en una serie de aportaciones filosóficas, útiles al progreso del Socialismo y coincidentes con el marxismo, pero que, al mismo tiempo, sirven para reforzar los obstáculos que se presentan a su desarrollo y constituyen posiciones mentales en las cuales suelen hacerse firmes los adversarios del Socialismo y aun tomarlas como base para dirigirle los más duros ataques.

La prosecución del desarrollo de estas tesis requeriría un prolijo trabajo en el cual fuesen sometidas a examen tendencias filosóficas tales como el pragmatismo norteamericano de William James y de Schiller, la teoría de la evolución creadora de Bergson, la fenomenología de Husserl, de Max Sheller y de Heidegger.

En todas estas escuelas el impulso de la reacción contra el carácter intelectualista y racionalista de la filosofía de la *Aufklärung* aparece evidente. Al mismo tiempo también aparece evidente la valoración, por estos sistemas filosóficos, de los problemas prácticos sobre los teóricos y su propensión a preocuparse por el estudio de los temas económicosociales y a buscar un criterio para sus soluciones. El libro de Scheller *Las formas del saber y la sociedad*, y especialmente su capítulo titulado «Conocimiento y trabajo», proporciona una indicación bas-

tante clara acerca de la exactitud que encierra nuestra anterior apreciación.

Por el momento nos interesa solamente subrayar que la tendencia a obtener un tratamiento científico de los problemas económicos, sociales y políticos se ve claramente contrariada por estos sistemas, que, en general, propenden a colocar fuera del orden de la causalidad los fenómenos concernientes a la naturaleza humana, o a introducir, para su explicación, conexiones entre los hechos característicamente intencionales o teleológicas.

Para los fines del presente estudio, conviene, más que insistir sobre este tema general, escoger dos manifestaciones bien características de la filosofía contemporánea, en las cuales las propensiones practicistas heredadas de la filosofía del siglo XIX y, sobre todo, la doble influencia favorable y desfavorable respecto al Socialismo y al marxismo se ofrecen, a mi juicio, de un modo claramente perceptible.

Me refiero al *behaviourisme* y a la *Wertphilosophie*.

Consideradas estas dos escuelas filosóficas en relación con el Socialismo científico, es seguro que en ambas pueden encontrarse tanto tendencias de aproximación y coincidencia con él como tendencias hostiles. Las tendencias de aproximación se encuentran, sin embargo, preferentemente en el *behaviourisme*, y las tendencias hostiles hallan por lo menos una atmósfera propicia a su producción y desarrollo en la *Wertphilosophie*.

Behaviourisme

Como es sabido, el *behaviourisme* ha nacido en los Estados Unidos de América del Norte, y sus principales representantes son John Dewey y Watson.

Los norteamericanos dicen que el *behaviourisme* es un *new materialisme*, y lo dicen, a mi modo de ver, con bastante justificación. En efecto, es cierto que el *behaviourisme* norteamericano, a pesar de su tendencia a eliminar de las explicaciones de la conducta humana todo elemento metafísico (carácter que le aproxima preferentemente al marxismo), recuerda al materialismo de la extrema izquierda hegeliana, tomado en su conjunto, al menos por algunos caracteres, que aunque se puedan considerar como secundarios y externos, no por eso carecen de significación; por ejemplo, su oposición al puritanismo y su crítica acerba de la hipocresía de los magnates del oro, que ponen en sus labios el nombre de Cristo mientras calculan las ganancias del petróleo o el caucho.

Las influencias que el *behaviourisme* ha ejercido sobre la vida norteamericana actual y sobre gran parte de sus actividades espirituales son bien dignas de notarse.

El *behaviourisme* ha influido notablemente sobre las teorías económicas de algunos profesores, tales como Mitchell, Tugwell, J. M. Clark, los cuales, si bien no se atreven a pronunciar la palabra *Socialismo*, y mucho menos la palabra *marxismo*, en instituciones fundadas por Rockefeller o Carnegie, critican en términos casi idénticos a los de Marx la economía política individualista; consideran, como Marx, que las distintas organizaciones sociales son un reflejo de las leyes económicas, y, como

Marx, estiman que las pretendidas leyes eternas de la Economía no son otra cosa que las leyes que convienen a una clase social dominante en un período de la Historia. No es extraño que, considerando la significación de la existencia de estas doctrinas en el seno mismo de las Universidades norteamericanas, se haya podido, ya hace tiempo, decir que en Norteamérica existe un *criptosocialismo*, o más bien un *criptomarxismo*; porque si los economistas americanos es verdad que no suelen hablar de la socialización de los medios de producción, es verdad también que expresan esa misma idea, o por lo menos una idea muy parecida, cuando preconizan la necesidad de establecer un orden social funcional, es decir, de transformar muchas instituciones económicas, que hasta aquí se han regido por las normas del derecho privado, en instituciones de derecho público, o de la necesidad de que la economía sustituya la *business accounting* por la *social accounting*.

La influencia ejercida por el *behaviourisme* sobre los economistas se extiende también a los historiadores del tipo de Beard Noodward, que derivan toda la historia de la civilización norteamericana del desarrollo económico, que analizan la parte de leyenda que se ha formado en torno a la figura histórica de Wáshington y tratan las guerras de la independencia de América como un momento de la lucha de clases.

Todavía, en una esfera más amplia, pueden señalarse las influencias que el *behaviourisme* ha ejercido sobre la literatura; influencias bien apreciables en las novelas de Upton Sinclair y Sinclair Lewis, que han popularizado el desprecio que a una gran parte de la intelectualidad americana inspira la personalidad social del capitalista.

Esta actitud de una buena parte de la intelectualidad norteamericana pudo carecer de expansión y de resonancia mientras en los Estados Unidos atravesaba el capitalismo por una época floreciente ; pero en cuanto en el pretendido Eldorado del industrialismo capitalista empezaron las mismas estadísticas imperfectas a revelar la existencia de un número de obreros destituídos que aumentaba de un modo vertiginoso, se empezó a comprender que los Estados Unidos no eran ya un país de excepción, y que las semillas intelectuales cuidadas por los escritores de tendencias modernas, cayendo sobre los grandes surcos de dolor que se abrían en el seno de la sociedad norteamericana, podrían producir una abundante cosecha de Socialismo teórico y de Socialismo militante. Más tarde, cuando la crisis se acentuó y sobrevino la quiebra gigantesca de los Bancos, la política del presidente Roosevelt encontró para su desarrollo un ambiente favorable y entusiasta en la opinión nacional.

No es mi intención juzgar el significado ni mucho menos hacer género alguno de pronósticos acerca del porvenir de la actual política en Norteamérica ; pero si la idea apuntada por mí no carece por completo de elementos útiles, esto es, si las tendencias de la filosofía *behaviourista* americana se reflejan en la nueva política, es posible que, para interpretar el sentido y las capacidades del experimento de Roosevelt, no carezcan de valor algunas de las notas ya apuntadas y aun otras que a continuación deseo añadir acerca de los caracteres del *behaviourisme*.

La transcripción de algunas palabras del profesor Dewey espero que, por ser palabras verdaderamente significativas, podrá facilitar y abreviar el logro de mi propósito.

En el libro *Naturaleza humana y conducta*, el profesor Dewey dice :

«La excusa, la provocación, aunque no la justificación, de tal doctrina (se refiere al Socialismo) se encuentra en las acciones de los que dicen : "Paz, paz", cuando no hay paz ; de los que se niegan a reconocer los hechos como son ; de los que proclaman la existencia de una armonía natural entre la riqueza y el mérito, entre el capital y el trabajo ; de los que afirman la justicia natural de las condiciones existentes. Hay algo horrible, algo que le hace a uno temer por la subsistencia del hombre civilizado, en la negación de las diferencias de clase y de las luchas de clase que proceden precisamente de una clase en posesión del Poder y que utiliza todos los medios, incluso el monopolio de las ideas morales, para acrecentar su fuerza con el fin de conservar su dominio.»

Esta cita muestra claramente hasta qué punto el profesor Dewey se aproxima al Socialismo. Sus palabras, aparentemente, pueden significar una adhesión del autor a la teoría de la lucha de clases característica del ideario de Marx. En realidad no tienen ese significado. Son un mero reconocimiento de la existencia real de la diferencia de clases y de la lucha entre ellas, sin que este reconocimiento induzca al profesor Dewey a aceptar la lucha de clases ni como un concepto metodológico para la interpretación de la Historia, ni como una norma científica de acción. Del reconocimiento del hecho de la diferencia de clases y de la lucha de clases parte Dewey para dirigir una dura amonestación a las clases dirigentes, amonestación cuyo valor literario y moral es bien notorio ; cosa

que no impide al autor de esa misma amonestación aparecer con frecuencia en contradicción flagrante, no sólo con el marxismo, sino también con el Socialismo en cuanto éste deja de consistir en una simpatía más o menos ardiente hacia la clase trabajadora y en una repulsa de la burguesía, para concretarse de algún modo en conceptos y formularse en juicios ; es decir, en cuanto el Socialismo deja de ser una mera actitud sentimental para convertirse en una posición intelectual.

Y es que en el seno del *behaviourisme* luchan también dos tendencias opuestas, sin que esta doctrina haya logrado superar las contradicciones filosóficas de que hemos hecho mención en momentos anteriores de nuestro trabajo, como no logró superarlas el materialismo de Feuerbach en la extrema izquierda hegeliana.

Mientras la explicación de la conducta humana y del aprendizaje, que tan importante papel representa en el *behaviourisme*, aun siendo explicaciones de realidades que caen dentro del campo de la Psicología, se mantienen alejadas de la utilización de elementos puramente psicológicos como factores explicativos, es decir, mientras esta escuela permanece fiel y acentúa su carácter de nuevo materialismo, puede proporcionar descripciones sumamente valiosas, capaces de una repercusión importante, no sólo en los dominios de la psicología individual, sino en los de las ciencias sociales. En este orden de consideraciones es de notar que la explicación *behaviourista* del aprendizaje ha prestado grandes servicios a la Pedagogía por lo que se refiere a la determinación de las condiciones del desarrollo de la personalidad individual, y a la Política por las sugerencias que puede proporcionar acerca de la naturaleza experimental de los tanteos revo-

lucionarios como un momento característico del duro aprendizaje de las sociedades. Mas, desde el momento en que la teoría del aprendizaje abandona el empleo de materiales biológicos y penetra en el terreno de la Psicología propiamente dicha para solicitar de ella elementos explicativos con que construir sus teorías, empiezan a aparecer en el *behaviourisme* tendencias teleológicas y hormísticas, es decir, opuestas a la interpretación estrictamente científica de la realidad; tendencias que, pese a todas las apariencias y a todas las pretensiones de los filósofos behaviouristas, son de una naturaleza análoga a teorías tales como la del *élan vital*, de Bergson, o de la voluntad de vivir (*will-to-live*), de Schopenhauer, o el *libido*, de Jungs, o las *implanted propensities*, de la escuela escocesa.

En suma, si en términos generales puede decirse que el *behaviourisme* representa un avance muy resuelto hacia el Socialismo, también puede decirse que contiene elementos que le son francamente hostiles. A esta doble condición, tan generalizada, como vamos viendo, en la filosofía contemporánea, el *behaviourisme* tampoco puede escapar, y esta condición ambigua del pensamiento filosófico de los Estados Unidos no tendría nada de particular que se reflejase también en la trayectoria que haya de seguir la política norteamericana.

Wertphilosophie

Cuanto acabamos de decir acerca del desarrollo de las ideas hostiles al Socialismo y particularmente al marxismo en el seno de la filosofía *behaviourística*, cabría re-

petirlo, pero elevándolo extraordinariamente de potencia, con relación a la *Wertphilosophie*.

El término *Wertphilosophie* es un término difícil de traducir. Para huir de la ambigüedad de una traducción literal, como filosofía del valor o de los valores, sería tal vez conveniente adoptar la denominación de «Filosofía de la valoración».

Esta escuela filosófica ha llegado a adquirir tal preponderancia sobre lo que podríamos llamar el mundo filosófico profesional, que, sobre todo en el último decenio, traspasando la esfera de la filosofía práctica, ha invadido el campo de la filosofía teórica y ha logrado abarcar los dominios de la filosofía toda e identificar su concepto con el concepto de filosofía general.

Es un triunfo imponente, si se quiere *kolosal*, el de la *Wertphilosophie*, que ofrece un ejemplo extraordinario en la historia del pensamiento, acostumbrado a contemplar el progreso de las nuevas ideas como un proceso lento, difícil y, con frecuencia, penoso.

Es posible, sin embargo, que no se trate propiamente, en el caso de la *Wertphilosophie*, del nacimiento de nuevas concepciones filosóficas, sino de una nueva sistematización, lograda con gran dominio de los recursos técnicos, de elementos filosóficos previamente existentes. Es posible, en suma, que de la *Wertphilosophie* pueda decirse lo mismo que William James decía del Pragmatismo, «que es un nombre nuevo de algunos viejos modos de pensar» (1).

Si efectivamente fuera así, sería también posible que la crítica filosófica y la historia de la Filosofía se bas-

(1) Véase WILLIAM JAMES: *Pragmatism*, London, 1908.

tasen por sí solas para explicar el nacimiento y la forma que ha adoptado en su desarrollo la Filosofía de la valoración.

Lo que ni la crítica filosófica ni la historia de la Filosofía es fácil que logren por sus propios recursos es explicar el éxito rápido de esta escuela filosófica, su potencialidad de desarrollo y de expansión, aspectos de gran importancia acerca de los cuales nada dicen los antecedentes puramente ideológicos y, en cambio, puede enseñar mucho el estudio de las circunstancias sociales y con ellas, muy especialmente, de las circunstancias económicas que han acompañado al nacimiento y a la propaganda del nuevo ideario.

Para un materialista de la Historia, en el sentido propiamente marxista, la ocasión que ofrecen estas consideraciones filosóficas es tentadora.

Naturalmente que sería un modo pueril de escuchar esa tentación empeñarse en justificar la existencia de cada una de las ideas componentes de un sistema filosófico por sus antecedentes económicos causales.

La Filosofía, como la ciencia toda, tiene sus recursos, tiene sus métodos propios. La aplicación de esos recursos, el empleo de esos métodos puede engendrar cada vez un número mayor de ideas más o menos originales, más o menos lógicamente estructuradas. La tradición cultural va acumulando tesoros ideales, perfeccionando los medios de conservarlos, de multiplicarlos, de perfeccionarlos y de cultivar la producción de nuevas y más extrañas variedades. De esa gran variedad de ideas, muchas están destinadas a llevar una existencia lánguida o a extinguirse lentamente en el mismo medio en que nacieron; otras, por su propia perfección, perduran en la

vida silenciosa de su hogar nativo y en él resisten a las situaciones más adversas; algunas, requeridas por una apremiante exigencia colectiva, se lanzan a un mundo de aventuras, de posibles triunfos, de probables fracasos. En esa prueba arriesgada, las ideas pierden su diafanidad originaria y, con frecuencia, como obedeciendo a una fatalidad que hasta ahora no ha podido ser superada, no solamente se impurifican, sino que se manchan de lodo y de sangre. En estos casos, la prueba es dura, el éxito es con frecuencia efímero; pero el mismo fracaso de la empresa, piedra de toque del valor real de una teoría, suscita necesarias rectificaciones y reacciona en el dominio de la pura investigación científica y de la especulación filosófica como un factor de perfeccionamiento y de progreso.

Como empresa ideal, también como anhelo de traducirse en acción, la *Wertphilosophie* lleva en su nombre uno de sus principales rasgos característicos. El concepto que se expresa con las palabras *valor*, o *valores*, o *valoración*, es un concepto oriundo de la Economía. Cuando la *Wertphilosophie* lo acepta como su denominación común, no quiere ello decir otra cosa sino que el concepto de valor ha sido elevado por ella a principio fundamental no sólo de la Ética, o de la Estética, sino de la Lógica y hasta de la Teoría del conocimiento. La empresa especulativa consistente en derivar la Filosofía toda de un principio que pertenece por derecho propio al campo de la Economía, hay que reconocer que es una empresa mucho más arriesgada que la que han osado el Socialismo científico y el materialismo de la Historia. Tan arriesgada que, el mismo atrevimiento especulativo que esa empresa supone, sugiere la sospecha de que la *Wertphilosophie*

pueda ser el ejemplo más conspicuo que existe de la nueva sofística, maestra en el arte de alterar el equilibrio de las posiciones mentales más sólidas, exagerándolas, deformándolas, hasta convertirlas en la más completa negación de su propia naturaleza.

Se podrá decir, no hay duda, que las indicaciones que acabo de hacer, fundadas en una circunstancia tan aleatoria como la adopción de un nombre para designar, no tanto una escuela filosófica como una dirección general de la Filosofía, muy diversificada en interiores matices, constituye una argumentación falta de solidez y sobrada de superficialidad.

Al fijarme en el nombre *Wertphilosophie* no he tratado, sin embargo, de aducir una prueba. La prueba sólo cabe aducirla de los pensamientos perfilados, definidos, y además, anquilosados o muertos. El juicio que arriesgo acerca de la *Wertphilosophie* no tiene ese carácter. No pretende ser, ni puede ser, un pensamiento original; pero sí es un pensamiento en formación.

Para perfilarle, para completarle, no hay que limitarse a las consideraciones acerca del nombre *Wertphilosophie*, por muy significativas que estas consideraciones puedan ser. Hay que juzgar el contenido mismo de la corriente filosófica designada con ese nombre.

Ahora bien: sin perjuicio de dejar esta apreciación abierta a nuevos perfeccionamientos, una consideración, aun superficial, de algunas de las más características manifestaciones de la *Wertphilosophie* permite llegar a resultados ciertos y eminentemente sugestivos.

Metodológicamente considerada, la *Wertphilosophie* busca su fundamento, no en los testimonios de la experiencia externa, sino en los resultados de la experiencia

interna. Su instrumento metodológico es la introspección; pero una introspección que no puede confundirse con la empleada por la Psicología analítica y descriptiva. La introspección que sirve de instrumento a la *Wertphilosophie* es una introspección *sui generis*, incapaz de concretarse en un modo especial de percepción; su elemento constitutivo no es el *percepto*, sino el puro *introspecto*, nombre con que se designan actitudes de la conciencia que se sienten, pero no se explican, que no poseen las limitaciones del tiempo y del espacio propias del mundo sensible y que escapan a todo intento de explicación causal.

Una corriente filosófica que presenta semejantes caracteres metodológicos no es extraño que abunde en conceptos que todos ellos se refieren más o menos claramente a estados emocionales o dinámicos. Esta es la significación que tienen las expresiones *gefühl* (sentimiento), *streben* (tendencia), *begehrung* (anhelo), *existenz-gefühl* (sentimiento de la existencia), *wertungsgefühl* (sentimiento de la valoración), etc.

Entre todas estas palabras hay una que quizá supera a las demás por su significación indefinible, por su sentido místico, por su resistencia a ser adoptada como objeto de una descripción directa y positiva. Me refiero a la palabra *erlebnis*, quizá la más expresiva y característica de todas las usuales en la terminología propia de la *Wertphilosophie*.

El significado filosófico de la palabra *erlebnis* apenas puede captarse de otro modo que dándole un sentido negativo de lo que se expresa con otro término de significación positiva y clara: el término *vorstellung* (representación). La palabra *erlebnis*, como término filo-

sófico, significa lo contrario de *representación*; cuando más, podemos solamente concebirla como identificada con el sentimiento de la vida, o, más técnicamente, pero no más concretamente, como la intuición directa del curso vital.

Una corriente de pensamiento filosófico que presenta tales caracteres no tiene nada de extraño que haya llegado al menosprecio de los factores intelectuales, no sólo en el curso de la vida y de la Historia, sino en la misma formación de los conocimientos, en la misma vida mental. En esa pendiente es natural que se haya podido llegar, con Robert Reinniger, a la identificación del concepto de sujeto del conocimiento con el concepto de sujeto biológico. Pero una vez que se ha llegado a tales resultados, no tiene nada de particular tampoco que algunos críticos, como Alf Ross, hayan declarado que lo que se entiende por el contenido de la palabra *erlebnis* en la *Wertphilosophie* y la conciencia de su contenido, que se expresa con la palabra *erlebnisbewusstsein*, no pueden tener sino una significación completamente irreductible a términos de razón, y en ese sentido, un carácter irracional.

La *Wertphilosophie* aparece así como la última consecuencia, en el orden del pensamiento especulativo, de la tendencia filosófica que hemos supuesto característica del siglo XIX, consistente en descubrir en la psicología del individuo, en la existencia de la sociedad y en la Historia la influencia de una serie de factores subconscientes o inconscientes, sentimentales, dinámicos o biológicos.

En el descubrimiento de estos factores, en la determinación de la influencia que han ejercido y aún ejercen en la producción de los acontecimientos humanos, no

existe ninguna causa de error. Por el contrario, el conocimiento de esos factores irracionales puede contribuir poderosamente al progreso de las ciencias psicológicas y sociales y, con ellas, a la racionalización creciente de la vida humana. La aspiración que latía en el fondo del espíritu de la *Aufklärung* puede verse, al fin, cumplidamente servida por el supertecnicismo filosófico y crítico de la *Wertphilosophie*.

Así es de esperar que suceda ; pero eso no quiere decir que suceda así hoy. Por el momento, la *Wertphilosophie* ha contribuido a introducir en las mentes humanas un equívoco del cual no parece fácil librarse. Ese equívoco es el contenido en la primacía de la filosofía práctica sobre la teórica y consiste en elevar la sensibilidad y los impulsos activos a la categoría de criterios de verdad.

Mientras una crítica filosófica implacable se emplee en descubrir los estímulos pasionales, ciegos, irracionales, en fin, que han influido e influyen hoy en el curso de la Historia, por desagradable que pueda parecer la verdad descubierta, como del conocimiento de toda verdad, nada hay, en último término, que temer ; mas si se llegan a erigir la ceguera y la pasión en principios filosóficos y en normas del saber y de la conducta, de la aplicación de tales concepciones no se puede esperar sino los frutos más amargos.

No es que la *Wertphilosophie* sea la única corriente filosófica que ha llegado a tales extremas conclusiones en reacción contra el intelectualismo en otros tiempos dominante en el mundo del pensamiento filosófico ; pero la *Wertphilosophie* constituye la más típica sistematización de los fundamentos sobre los cuales descansan es-

tas tendencias, y su influjo ha contribuído incluso a la deformación más completa de modalidades filosóficas que, al principio de su existencia, en el espíritu de sus iniciadores, estaban bien lejos de los resultados a que han llegado los epigonos.

Un ejemplo típico de estas desviaciones es la que ofrece el trascendentalismo de la escuela que los alemanes llaman neokantismo del sudoeste, cuyos principales representantes son Windelband y Binder.

Estos autores conservan el esquema de las concepciones formalistas propias de la filosofía crítica; pero, bajo una cierta influencia hegeliana, conciben la razón, la conciencia y la existencia del hombre individual como una mera manifestación del espíritu de la colectividad a que el individuo pertenece, y tratan de llenar las puras formas de la inteligencia y de la voluntad con un contenido tomado de la sucesión de los hechos históricos.

Así han nacido, en el pensamiento de estos autores, dos concepciones típicas de los momentos presentes: el transpersonalismo, que desemboca en la anulación de la libertad individual y en la resurrección del Estado Leviatán, de Hobbes, y el historicismo, al cual, en sus últimas manifestaciones, puede hoy aplicarse, por desgracia, la misma expresión que en su tiempo le aplicaba Marx, cuando decía que es capaz de venerar al verdugo sólo por considerarle como el representante de una institución que ha perdurado durante siglos. Este historicismo es el que impide que la tendencia transpersonalista hegeliana se transforme en la concepción de un espíritu universal o en la inclinación a lograr una armonía entre los espíritus divergentes de las nacionalidades. El transpersonalismo de Windelband y Binder postula la existen-

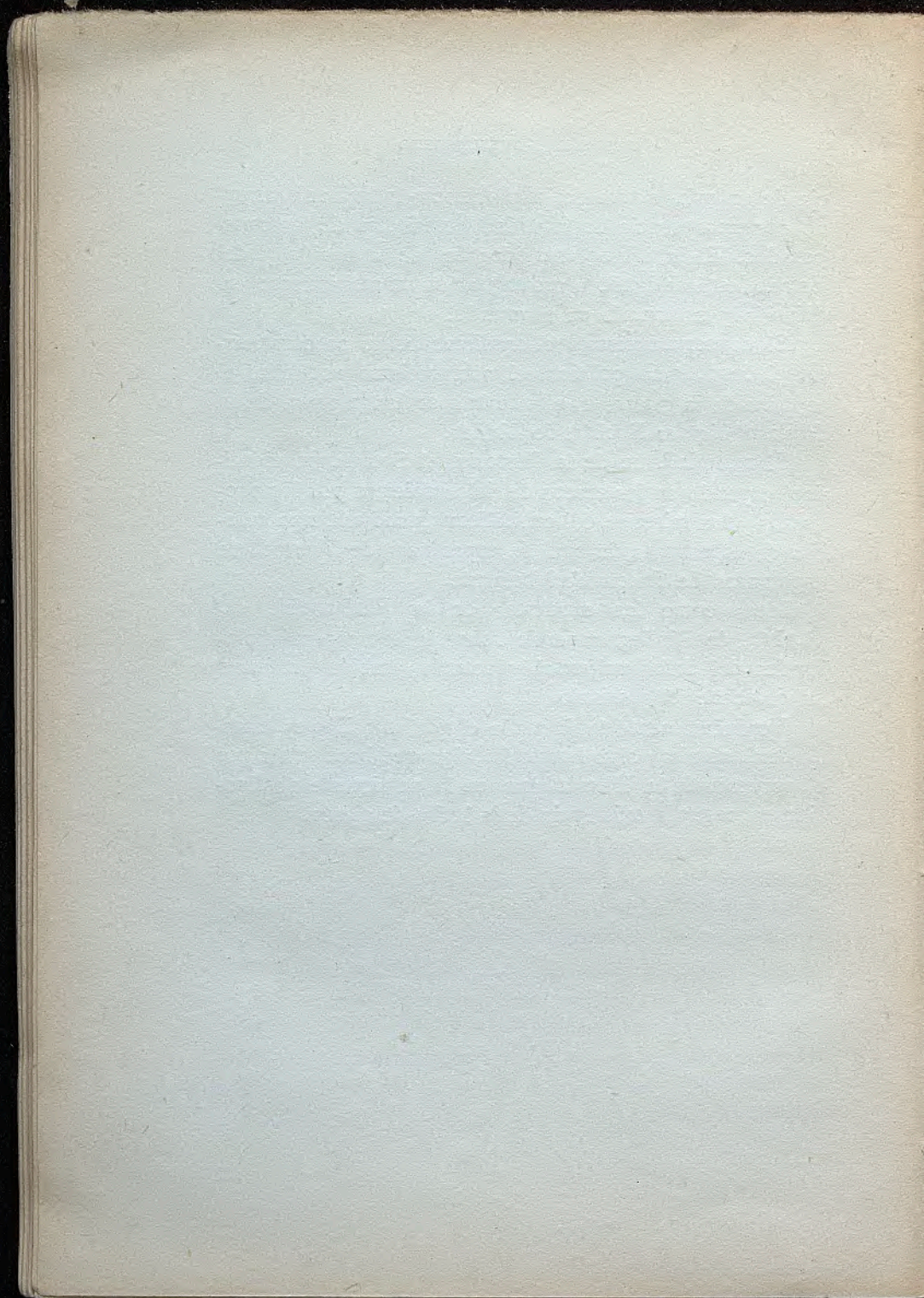
cia de un substrátum de la conciencia individual formado por una especie de fatalidad hereditaria de los antepasados. El individuo, servidor fiel de la nación y del Estado, está obligado a propugnar su mantenimiento, su difusión y su triunfo en el mundo.

El conservadurismo, el tradicionalismo corporativista, el despotismo político, el nacionalismo agresivo, el espíritu de la guerra es el que late en las páginas de la *Philosophie des Rechts*, de Binder.

El materialismo de la Historia, el Socialismo científico, cayendo en los surcos de dolor abiertos por los progresos y las miserias del capitalismo, producía una cosecha de esperanzas de paz, de esperanzas de libertad, de esperanzas de fraternidad humana.

Ideas como las expuestas en la *Philosophie des Rechts*, de Binder, cayendo sobre los surcos más profundos del dolor universal y actual, también producen su cosecha: el fascismo.

Verdaderamente tenía razón el profesor Dewey cuando decía que hay algo horrendo, algo que hace temer por el porvenir de la Humanidad, en la persistente obstinación en negar la existencia de la lucha de clases.



IX

La sistematización del fascismo

Fascismo y romanticismo

La descripción de los rasgos característicos de los diversos movimientos fascistas que existen en Europa no es empresa que pueda cumplirse con facilidad.

La causa principal de las dificultades que se oponen a la realización de ese intento estriba en que precisamente el carácter común a todas las manifestaciones del fascismo consiste en ser, como antes hemos indicado, movimientos basados en impulsos biológicos o en estados emocionales y en utilizar, de un modo deliberado, estos impulsos y estos estados de emoción, y aun promoverlos y excitarlos, para destruir la ideología democrática y la ideología marxista, como expresión del movimiento filosófico intelectualista, y para impedir la actuación de las organizaciones sociales y de los partidos políticos que se inspirén más o menos directamente en esos principios ideológicos.

Este carácter biológico, emocional, pasional, es el que hace aparecer al fascismo como una nueva forma de romanticismo que, como el romanticismo del siglo XIX, al exaltar el desarrollo del sentimentalismo y de la pasión,

llega a dotar de una valoración estética a las formas más violentas de la emotividad y abre un camino seguro a los éxitos inmediatos y fáciles de una propaganda literaria y de acción que no reconoce trabas ni límites al desenfreno ni en la Lógica, ni en la Estética, ni en la Moral. El grito pasional de rebeldía del romanticismo del siglo XIX, lo mismo que el del anarquismo, o del fascismo, podrán, con un sentido historicista, restaurar el pasado, o podrán exigir la demolición absoluta de lo existente con todo su lastre tradicional; en ambos casos, como gritos de rebeldía exacerbada contra lo existente, no podrán menos de encontrar un eco simpático en la multitud de almas torturadas por las imperfecciones del régimen social; de las almas que, a pesar de los progresos científicos de nuestra época, no se hallan aún suficientemente inmunizadas contra esa especie de contagios psicológicos, impropios de las posibilidades, ya que no de las realidades, de la humanidad actual, pero que engendran verdaderos estados de alucinación y de delirio colectivos, semejantes a los que se produjeron en algunos momentos de los siglos medios y cuya naturaleza, en las circunstancias normales de la vida moderna, nos cuesta mucho trabajo concebir.

La literatura mosaico

Si para simplificar tratamos de darnos cuenta del mundo de representaciones en el cual se mueve el fascismo, indicando alguno de los autores que han ejercido más influencia sobre su mentalidad, las dificultades no desaparecen por la apelación a este recurso simplificador,

Tomemos como ejemplo algunos autores cuyos libros se admite generalmente que han sugerido modalidades diversas de movimientos fascistas. Las obras de estos autores pueden ser de tan diverso valor, desde el punto de vista filosófico y literario, como las de Nietzsche, las de Spengler o las de Georges Sorel. Pero en la literatura de estos tres autores, a pesar de las diferencias enormes que los separan, se puede encontrar un carácter que, a mi juicio, es común a toda la literatura fascista y prefascista, desde la más alta a la más baja. Este carácter, salvando todos los respetos debidos a los grandes literatos consagrados por la fama y, mucho más, a los genios auténticos, me voy a permitir la libertad de describirle en los siguientes términos: la literatura fascista y la literatura de las obras inspiradoras del fascismo suele dar la sensación de estar construída a la manera de los mosaicos. Este carácter se nota ya en las obras de Nietzsche, a pesar de la trabazón lógica de todo razonamiento anarquista; se acentúa en las obras de Spengler, y al llegar, por ejemplo, a las *Réflexions sur la violence*, de Sorel, se convierte en carácter predominante y casi exclusivo, de tal modo que el mosaico literario resulta tan abigarrado y caótico, que en todo él apenas si es posible atisbar alguna confusa reminiscencia de formas inteligibles. Es natural que, en una literatura en la cual las aportaciones intelectuales son meros instrumentos puestos al servicio de impulsos biológicos o de estados emocionales, las exigencias metodológicas de la verdad, su comprobación objetiva y el rigor de su enlace con otras verdades tengan una importancia tanto más secundaria cuanto mayor preponderancia adquiera el elemento dinámico o sentimental.

En el caso del fascismo, por oposición al marxismo, no es fácil encontrar una obra sistematizada que pueda servir de base para la comprensión de su estructura psicológica y mental.

El fascismo en acción

Para lograr esta comprensión, después de las indicaciones que quedan hechas acerca de los antecedentes ideológicos del fascismo, seguramente no hay mejor medio que el estudio del fascismo en acción, quiero decir el estudio de las propias manifestaciones de los más caracterizados representantes del fascismo militante.

Seguramente se puede objetar que, si las fuentes literarias de donde procede el fascismo son tan diversas, tan incoherentes e inconexas, esa misma inconexión e incoherencia se habrá de manifestar en los hombres de acción, meros propagandistas de un tipo de mentalidad que aspira a la obtención de resultados prácticos inmediatos. Esta objeción tiene una fuerza indiscutible. Sin embargo, la verdad contenida en ella no es una verdad absoluta; es una regla que no carece de alguna excepción, y puede bastar la existencia de una excepción sola para que nuestra labor aparezca enormemente simplificada.

Habrán seguramente muchas personas que piensen, como yo, que el triunfo del fascismo en Alemania, en la nación de los grandes filósofos y de los grandes poetas, constituye una enorme desgracia para Europa y para el mundo. Ahora bien: desde el punto de vista del que quiere darse cuenta de lo que el fascismo significa, la existencia de la Alemania fascista facilita de una manera extraordinaria la solución del problema.

La causa de esto se halla en que, en el caso del fascismo, como en cualquiera otro, Alemania ha procedido según las propias características de su genio sistematizador, y así, aunque la naturaleza misma del ideario fascista sea refractaria a la sistematización, los jefes del fascismo no han creído, sin duda, que podían dispensarse de fundamentar su actuación política en una concepción general históricofilosófica que casi presupone una visión total del mundo y de su génesis, una verdadera *weltanschauung*.

Un discurso del Führer

Esa magna empresa la abordó ya el *Führer*, Adolfo Hitler, el día 3 de septiembre de 1933, en el discurso que pronunció ante las solemnes formaciones de las milicias del fascio, en el Congreso del Partido Nacional-socialista de Trabajadores de Alemania, celebrado en la ciudad de Nürenberg.

Hay críticos que creen que ese discurso contiene gran parte de elementos que no corresponden a las posibilidades de la formación intelectual de Hitler. Dichos críticos suponen, por tal razón, que en la confección de esta pieza oratoria han tenido una participación importante otras dos personalidades representativas del fascismo alemán: Goebbels y Rosenberg. Esta circunstancia, de ser cierta, lejos de disminuir el valor documental del discurso de Hitler, le realza extraordinariamente y constituye una instancia favorable para aceptarle como base de estudio del modo como, en el nacionalsocialismo, se han condensado las ideas que el pensamiento especulativo y teórico había venido elaborando, y que, a merced de cir-

cunstancias favorables, han llegado un día a constituir la estructura psicológica del fascismo militante. Procedamos, pues, al análisis del contenido del discurso de Hítler, no sin recordar cuanto hemos dicho anteriormente acerca de la impregnación de marxismo que han experimentado las teorías antimarxistas; impregnación creciente hasta el punto de que algunos escritores han llegado a hablar, con una apariencia de paradoja, que no es una paradoja real, de la existencia de un marxismo antimarxista, como otros han admitido la existencia de un antimarxismo marxista.

Si aceptamos, aunque no sea más que provisionalmente, esta denominación, bien podemos decir que la prueba más clara de la existencia de ese marxismo antimarxista la aporta el fascismo militante. Por algo el fascismo alemán se llama socialista y obrero. Por algo en sus actos de propaganda ha adoptado una serie de expresiones y de fórmulas habituales al Socialismo de inspiración marxista.

Pero es que, además, en el intento de sistematización del mosaico ideológico del fascismo hecho por Hítler en el discurso del año 33 en Nürenberg, la apropiación de concepciones características de Marx aparece desde el primer momento.

El comunismo primitivo

Es sabido que Carlos Marx, para explicar la génesis y la naturaleza del Estado, empieza por suponer que las sociedades humanas primitivas vivían en una forma elemental de comunismo. Solamente cuando, en el seno de esas sociedades primitivas, empieza a dibujarse la di-

ferenciación de clases sociales, es cuando, al aparecer una clase superior que domina a las demás, se organiza un sistema de coacción que da origen a la existencia del Estado.

También es conocido que la existencia de un comunismo primitivo en la sociedad humana, supuesta por Marx (hipótesis cuya destrucción, por otra parte, no creo que fuese a causar el derrumbamiento de las concepciones marxistas), ha sido objeto de numerosas, prolijas y sabias refutaciones. Pues bien; en el discurso de Nürenberg no se concede valor alguno a esas críticas sabias y la existencia de un comunismo primitivo se admite sin vacilación como base constructiva de todo un sistema históricofilosófico.

La base del razonamiento hitleriano es, pues, si no común, coincidente al menos con el marxismo. Sin embargo, bien pronto empiezan la mezcla de elementos heterogéneos y las desviaciones fundamentales de la línea del razonamiento de Marx. La sociedad comunista primitiva, que Hítler concibe como una agrupación humana en que dominan la indiferenciación y la completa igualdad entre los individuos, no inicia su estructuración en virtud de un proceso interno de base económica que origine las sucesivas diferenciaciones de clases sociales, sino en virtud de un proceso externo de conquista del territorio, ocupado por razas agricultoras y sedentarias, por otras razas nómadas y guerreras que someten a las primeras.

Esta teoría acerca de los orígenes del Estado no es ciertamente marxista, sino que procede del célebre sociólogo Ludwig Gumplowicz, y coincide enteramente con el orden de ideas expresado, con un humorismo que llega

a los límites de la crueldad, por Anatole France en la *Isla de los pingüinos*, cuando escribe :

«Entonces el piadoso Mäel lanzó un suspiro y dijo :

—Hijo mío, ¿no ves ese hombre furioso que destroza con sus dientes las narices del enemigo que ha derribado en tierra, y aquel otro que, con una gran piedra, machaca la cabeza de una mujer ?

—Los veo—contestó Bulloch.

—Pues éstos están creando el derecho, estableciendo la propiedad, erigiendo los principios de la civilización, construyendo los cimientos de la sociedad y del Estado.»

Esta mezcla de concepciones marxistas con teorías sociológicas de Gumplowiez no tiene tanta importancia en sí misma como por las consecuencias que de ella se deducen en la serie de los razonamientos desarrollados en el discurso de Nürenberg.

La primera consecuencia es que, puesto que el origen del Estado no hay que buscarlo en la evolución de la subestructura económica de las sociedades primitivas, ni en la oposición de intereses económicos de las distintas clases sociales, la forma de las instituciones políticas no se puede considerar como una superestructura de la vida social, sino como su base, su substrátum y su fundamento. Igualmente, si se admite que el origen del Estado y de las instituciones políticas está en la conquista de las razas sedentarias, laboriosas y pacíficas por las nómadas, dotadas de hábitos y de virtudes guerreros, se elimina desde un principio la influencia de la lucha de clases en el curso de la historia de las instituciones políticas ; pero

ésa eliminación no se logra sino reemplazándola por algo mucho más grave y catastrófico que la lucha de clases, esto es, por la lucha de razas. Y esta sustitución surte sus efectos hasta los momentos actuales de la historia humana. Porque, según las ideas expuestas por Hitler en el discurso de Nürenberg, sólo las razas que han constituido el Estado son las que tienen derecho a gobernarle en las sociedades mezcladas de distintas razas, como son las que constituyen las naciones en la actualidad. Las razas pacíficas y laboriosas, dotadas de virtudes de trabajo y aptas para la producción de la riqueza, deben tener ellas mismas interés en que las gobierne, es decir, en que las proteja, la raza heredera de las grandes virtudes que han tejido la historia de la nación, heredera del valor, de la fidelidad, de esa personalidad inequívoca que, como diría Maurice Barrés, han ido formando, al través de los siglos, la tierra y los muertos.

En este camino de facilidades brillantes el *Führer* encontraba en su discurso una pequeña dificultad. ¿Cómo distinguir en una nación, mezcla de distintas razas, aquella que es la verdadera depositaria de las virtudes heroicas? Aun suponiendo que las distintas razas que conviven en una nación hubiesen conservado en gran parte su pureza, ¿no se corre el peligro de que la verdadera depositaria de las virtudes políticas y guerreras sea una raza numéricamente exigua en relación a las otras razas y a la masa de individuos producto de la mezcla de razas distintas?

Esta dificultad se salva fácilmente con sólo perder, en esta ocasión, un poco de lastre y de empaque científico y no reclamar a ciencias demasiado exigentes, como por ejemplo, la Antropología o la Etnografía, la determi-

nación de los caracteres peculiares a la raza heroica, depositaria de las tradiciones políticas. Basta consultar la vocación de los individuos para comprender cuáles son los que se hallan propiamente en posesión de virtudes guerreras. Estos individuos habrán de ser los que formen en las filas de las milicias del Estado fascista, los soldados de la S. A. y de la S. S., nervio del nacionalsocialismo.

En esta serie de consecuencias de la teoría sustentada por Hitler en el discurso de Nürenberg acerca de los orígenes del Estado hemos visto que el pensamiento del orador se ha ido moviendo en un mundo de ideas cada vez más alejado del mundo de ideas del Socialismo marxista.

El menosprecio de la burguesía

Sin embargo, llegan momentos en los cuales el contacto con el Socialismo se produce de nuevo; un contacto momentáneo, es verdad, y también más aparente que real; pero de una apariencia tan llamativa que no es extraño que produzca en muchas gentes una cierta perplejidad y confusión.

Tal contacto se produce de este modo:

Puesto que el nacionalsocialismo admite que hay una raza heroica que debe monopolizar las funciones políticas, y que los individuos no pertenecientes a esta raza no tienen ninguna función política activa que realizar y sólo les compete obedecer a los gobernantes; puesto que, además, el nacionalsocialismo caracteriza a los individuos no pertenecientes a la raza heroica por sus aptitudes de orden económico, consideradas como aptitudes eminen-

temente pacíficas, es natural que el nacionalsocialismo vea en la burguesía liberal el emblema y la representación de las razas que deben ser tuteladas y sometidas. La caracterización económica del liberalismo, que, como se sabe, es un punto esencial de la interpretación materialista de la Historia, no es solamente admitida en este caso por el nacionalsocialismo, sino acentuada en su significación en términos tan exagerados que nunca un marxista podría admitir. La burguesía no solamente tiene para el fascismo una significación económica, sino que no debe ni puede tener otra significación. Las instituciones democráticas que ha engendrado el liberalismo burgués no son otra cosa que una monstruosa desviación del curso de la Historia, que ha venido a verter las impurezas de la economía en las sublimes purezas de la política guerrera y heroica, destinada, no sólo a afirmar y mantener las glorias históricas nacionales, sino a hacerlas triunfar en el mundo. La papeleta electoral es una despreciable traducción a la política del anonimato de las acciones industriales, y la mayoría parlamentaria no tiene una significación más alta que la mayoría de los votos de los accionistas en una sociedad anónima.

Para el nacionalsocialismo el burgués es el hombre vulgar, el filisteo a cuyo espíritu, utilizable bajo la ordenación de otros espíritus superiores, no puede nunca confiársele función alguna de carácter directivo.

Se ha dicho con frecuencia por los adversarios del Socialismo que la lucha de clases no es sino el odio de clases. Tal como algunos debeladores del Socialismo le han concebido, para refutarle mejor, es posible que sea el odio de clases, o, como diría Henri de Man, con una expresión que no me es muy grata, el complejo de inferior-

ridad de la masa proletaria, lo que constituye el resorte principal de la actuación del proletariado.

Yo no puedo negar que, en los comienzos del movimiento proletario, y en algunos momentos especialmente críticos de su historia, la psicología del resentimiento ha podido ser un factor que haya ejercido una influencia más o menos importante en los acontecimientos. Lo que sí afirmo es que la influencia del marxismo ha sido precisamente la que, al tratar de despertar en la masa proletaria la conciencia de su gran misión histórica, ha contribuído más preponderantemente que otra alguna a liberarla de pasiones inferiores, a desviarla de la práctica de acciones de violencia estéril, y, en suma, no a eliminar la pasión, cosa ni posible ni deseable, pero sí a elevarla, a racionalizarla y a dotarla, de ese modo, de una eficacia que, como mera pasión ciega y primitiva, es incapaz de alcanzar.

El odio al burgués ha entrado, no puede ni debe negarse, como un factor importante en las arengas de los proselitistas del Socialismo. Pero nótese que es precisamente el Socialismo marxista el que ha concebido la propaganda como una obra de razonamiento y de reflexión, destinada a destruir en las almas los prejuicios que impiden ver claramente la realidad, y con ella las posibilidades de realización de los más grandes ideales de libertad y de justicia. Nótese que es precisamente el marxismo el que ha hecho los mayores esfuerzos por desterrar de entre los propagandistas el tipo del agitador, que tanta seducción ejerce sobre las democracias rudimentarias, ya sean proletarias o burguesas, y tan poco efecto produce sobre las democracias evolucionadas y progresivas. Estas democracias evolucionadas más bien sienten como una

ofensa que como un halago que, mediante una moción de afectos más o menos sutil, más o menos toscamente lograda, se quiera utilizar la fuerza mecánica que poseen como mera masa puesta en movimiento no por iniciativa propia, sino por impulso ajeno.

El desprecio, la aversión que siente el nacionalsocialismo por el burgués no está fundada, como, si acaso, podría estarlo en el marxismo, en la consideración de que la burguesía constituye una clase privilegiada y explotadora, sino, como ya hemos visto, en la idea de que todo burgués, por el mero hecho de serlo, muestra claramente los estigmas que le delatan como perteneciente a una raza humana inferior, si la superioridad o inferioridad de las razas ha de medirse con arreglo al concepto nacionalsocialista del heroísmo.

La zona de coincidencia entre el nacionalsocialismo y el marxismo, en cuanto se refiere a la actitud sentimental de ambos con respecto a la burguesía, es, como acabamos de ver, una zona muy limitada. El menosprecio, la aversión, el odio a la burguesía son más extensos y más agudos en el nacionalsocialismo que en el marxismo. Esto explica el hecho de que la agitación demagógica nacionalsocialista, tan rica en efectismos, tan ostentosa de modernidad, tan pagada de poseer los pretendidos secretos de Psicotecnia, no haya dudado en utilizar ampliamente el odio al burgués para abrirse camino entre las masas y conseguir sus finalidades políticas. Porque es de advertir que la enemiga del nacionalsocialismo contra el burgués tiene un carácter puramente político que, por lo demás, no trasciende a lo económico ni a lo social. Por eso puede decirse que la actitud sentimental contra la burguesía, si es más extensa y más aguda en el nacional-

socialismo que en el marxismo, es, en cambio, más profunda en el marxismo que en el nacionalsocialismo.

El escudo de la burguesía

Lo importante no es que Marx admita o no admita la existencia de un comunismo primitivo. Lo importante es que Marx admite no ya la posibilidad, sino la necesidad histórica de que la evolución económica del capitalismo, mediante la acción de la masa proletaria que el capitalismo mismo engendra, desemboque en una sociedad en que la producción no esté regulada como el privilegio de una aristocracia capitalista, sino que sea la función propia de una democracia organizada en el dominio de la economía.

En esa sociedad no existiría la lucha de clases, porque, con la desaparición de los privilegios del capitalismo, las clases sociales habrían desaparecido y no serían posibles sus antagonismos.

Esta afirmación fundamental de Marx el nacionalsocialismo la niega resueltamente.

Las razones de esta negación, tal como las expone Hitler en el discurso de Nürenberg, son bastante elementales y de muy escasa consistencia.

La democracia igualitaria solamente es posible, según el nacionalsocialismo, en las sociedades primitivas, formadas por individuos pertenecientes a una sola raza. En las sociedades modernas, en las cuales varias razas coexisten, esa igualdad no es posible, ni política ni económicamente.

En estas sociedades es un sueño pensar en la supresión de las desigualdades fundamentales que hoy exis-

ten en ellas ; por esta razón es también un sueño pensar en la supresión de la propiedad privada.

Así el nacionalsocialismo, adversario de la democracia burguesa en el orden político, se constituye como el aliado o, mejor, como el escudo de la burguesía, que es, por su propia naturaleza, defensora de sus privilegios y también antidemocrática en el orden económico.

Una vez construída por el nacionalsocialismo una teoría general arbitraria acerca del origen y de la naturaleza de las sociedades ; una vez basada sobre esa teoría una concepción antidemocrática, despótica y dictatorial de la sociedad, el nacionalsocialismo y el fascismo todo proceden lógicamente.

Quien no procede de modo consecuente es la burguesía, que tanto en la teoría como en la práctica lleva la contradicción en su seno.

El fascismo somete políticamente a la democracia burguesa y la priva de sus derechos ; pero económicamente la sirve.

La democracia burguesa teme los rigores de la dictadura ; pero, en último caso, se acoge a la protección del fascismo. Y el fascismo, para organizar más eficazmente su aparato político de dominio, traspasa los límites de la misma dictadura y erige un poder personal con caracteres propiamente cesaristas.

El camino del fascismo es un camino realmente peligroso para la burguesía misma ; pero, mientras un régimen fascista triunfante no se derrumbe o no se sienta inclinado a tomar demasiado en serio las promesas contenidas en sus propagandas demagógicas, una parte de la burguesía, al menos, lo acepta, en algunos países, como garantía de que los avances inevitables de un cier-

to sentido socialista habrán de contenerse en los límites de un reformismo revestido de formas violentas, y sólo por esas formas, no por su contenido, considerado como revolucionario.

Después de todo, no es la primera vez que la burguesía ha tolerado, cuando no patrocinado, un reformismo socialista para evitar males mayores, ni es el fascismo declarado el único caso que ofrece la Historia actual de Socialismo reformista aliado a la violencia y a las aspiraciones dictatoriales (1).

(1) Véase *Der Kampf*, octubre 1933. RUDOLF RICHTER : «S. A. philosophiert.»

X

Las dictaduras modernas

Finalidades de las dictaduras fascistas

El fascismo emplea profusamente en sus propagandas la palabra *revolución*. Si se mide la profundidad de las revoluciones por el grado de su violencia, no hay duda que el fascismo es un movimiento eminentemente revolucionario. Si, por el contrario, se mide la importancia de las revoluciones por la transformación que suscitan o aspiran a suscitar en la estructura de las sociedades, el fascismo, como movimiento revolucionario, no puede compararse con el marxismo.

Como acabamos de ver, el fascismo aspira a realizar en unas naciones, ha realizado en otras, una revolución política consistente en destruir las instituciones democráticas y establecer la dictadura. La dictadura fascista tiene como finalidad no solamente eliminar a la burguesía del ejercicio de las funciones políticas, sino eliminar también del ejercicio de esas funciones, y más especialmente que a la burguesía, al Socialismo. Los estigmas raciales que el fascismo descubre en la burguesía, en el Socialismo los encuentra acentuados. De aquí que aspire, no solamente a eliminarle del ejercicio de las funciones políticas, sino también del ejercicio de las funciones económicas.

La organización económica del capitalismo, realizadas algunas reformas imprescindibles que es preciso imponer, el fascismo, no solamente la encuentra tolerable, sino defendible. No tolera la lucha de clases; encuentra, en cambio, imprescindible la diferencia de categorías sociales fundamentada en la diferencia de razas. A lo que el fascismo se opone más resueltamente es a la socialización de la propiedad privada. Por eso el fascismo constituye la representación genuina y la síntesis de las tendencias antimarxistas.

Aun siéndolo así, todavía no hemos agotado la enumeración de los puntos de contacto que existen entre el fascismo y el marxismo. Por el contrario, quizá es lo real que aún nos falta por enumerar los más importantes.

Uno de esos puntos de contacto consiste en el reconocimiento de la necesidad de la actuación política como medio de obtener resultados en el orden económico y social.

Esta coincidencia puede decirse que se extiende al marxismo en general, es decir, que abarca todas las interpretaciones del marxismo que tienen un valor de caracterizaciones y de exponentes de movimientos proletarios de evidente significación. Podrá existir algún movimiento proletario que, a la vez, proclame su ascendencia marxista y se defina como esencialmente apolítico o antipolítico. Tales movimientos, sin embargo, aunque puedan adquirir gran importancia en ciertas circunstancias de la vida de una nación o en un determinado momento histórico, no pueden considerarse sino como excepciones y como tendencias que, por la indefinición de sus doctrinas y por la inestabilidad de sus rasgos característicos, no pueden ser tomadas en consideración como

comprendidas dentro del ideario genuinamente marxista, aunque desde otros puntos de vista deban despertar indudable interés.

Marx no se puede decir que haya dudado un momento acerca de la importancia de la acción política del proletariado para el logro de su emancipación económica. Por lo que Marx se esforzó fué por caracterizar la lucha política del proletariado con independencia de la lucha política de los partidos burgueses, aun los más avanzados y progresivos. En este sentido se puede afirmar que la existencia de una organización del proletariado en lucha de clases que a la vez se considerase marxista y apolítica sería algo muy difícil, si no imposible, de concebir.

Si la afirmación de la necesidad de la acción política del proletariado para el triunfo del Socialismo puede afirmarse que ha sido indubitablemente reconocida por Marx; si, además, no hay duda que la finalidad económica y social de esa lucha política se halla por Marx claramente determinada, en cambio, lo que no puede afirmarse de un modo tan rotundo es que Marx haya definido claramente cuál es la naturaleza de esa acción política.

En este punto la aplicación de las ideas sustentadas por Marx puede dar lugar, y de hecho ha dado lugar, a dudas muy fundadas acerca de la significación y el sentido que se deba atribuir a las palabras del maestro.

Discusión en torno a la dictadura del proletariado

Una de esas divergencias interpretativas ha adquirido singular importancia a partir del triunfo en Rusia de la revolución de octubre de 1917 y de la proclamación de la República de los Soviets.

El significado de esta divergencia, los efectos que ha producido en la vida de los Partidos Socialistas y, en general, en la vida política, social y económica de las naciones, son bien conocidos para que haya de detenerme mucho tiempo en exponerlos.

De un lado, los comunistas rusos, y con ellos los partidos comunistas que, con mayor o menor importancia, existen en todas las naciones, afirman que la única interpretación ortodoxa de los textos de Marx consiste en concebir la acción política como una lucha revolucionaria que tiene por objeto inmediato apoderarse del Gobierno de cada país, proclamar la dictadura del proletariado y valerse de esta dictadura para destruir el mecanismo del Estado capitalista y sustituirle por una organización comunista de la sociedad.

Apenas si es preciso decir que la denominación de comunistas la han adoptado los partidarios de la dictadura del proletariado con objeto análogo al objeto con que Marx y Engels adoptaron la misma denominación en el *Manifiesto comunista* de 1848. Marx y Engels querían, con la palabra *comunismo*, diferenciar al Socialismo científico de las otras varias formas de Socialismo que en el mismo *Manifiesto comunista* son estudiadas, y especialmente del Socialismo utópico. Los comunistas actuales

quieren, con esa denominación, diferenciarse de los socialdemócratas, que estiman errónea la interpretación dada por los comunistas rusos a la doctrina de la dictadura del proletariado, y consideran la democracia burguesa como el medio propio en el cual puede y debe desenvolverse, con verdadera eficacia, la acción política de la organización obrera y de los Partidos Socialistas.

Entre los comunistas actuales, lo mismo que entre los socialistas democráticos, es frecuente considerar que el momento en que actualmente se encuentra la sociedad, al menos en los pueblos que han alcanzado un grado considerable de desarrollo, es un momento de transición entre el capitalismo y el Socialismo. La diferencia se produce cuando se trata de determinar cuál es el modo de actuar propio de los Partidos Socialistas en este momento de transición: la acción política dictatorial proletaria, según los comunistas; la acción política proletaria dentro del marco de las instituciones democráticas, creadas por la burguesía con el concurso del proletariado, según los socialistas democráticos.

Caracterizadas de este modo las respectivas posiciones, resalta la existencia de un punto de contacto, semejante a los que anteriormente hemos señalado, entre una de las grandes tendencias de los partidos marxistas actuales, la comunista, y el fascismo. Ambas preconizan la necesidad, en el momento en que actualmente se encuentran las naciones, del ejercicio de una acción política dictatorial. Claro está que, como en los casos anteriormente señalados, la coincidencia entre el comunismo y el fascismo en la afirmación de la necesidad de la dictadura es una coincidencia que inmediatamente se traduce en una acentuación de los antagonismos y de los contrastes. Los

comunistas quieren la dictadura del proletariado para destruir la democracia burguesa y construir la democracia socialista. Los fascistas quieren la dictadura de los elementos heroicos, es decir, dotados de un espíritu combativo y guerrero en cada nación, para ahogar por la fuerza la lucha de clases y para mantener en su esencia el régimen capitalista.

No es extraño que, tanto este punto de coincidencia entre el comunismo y el fascismo, como los antagonismos entre ambos que este mismo punto de coincidencia sirve para vigorizar y exaltar, contribuyan a encender y mantener viva la lucha de violencias continuas que caracterizan las relaciones de hostilidad entre el comunismo y el fascismo. En medio de esta lucha, el Socialismo democrático, por igual adversario de uno y otro género de dictaduras, es combatido con la misma saña por el fascismo que por el comunismo. La hostilidad de los comunistas no amengua, sino que acrecienta la de los fascistas contra los socialistas democráticos, verdaderos antípodas del fascismo, tanto por ser adversarios de la dictadura cuanto por ser adversarios del régimen capitalista.

En este punto, y a pesar de las aproximaciones al marxismo que hemos señalado como propias de la mentalidad fascista, al Socialismo democrático no se le puede señalar punto alguno de coincidencia con el fascismo.

Lejos de ello, lo que se puede señalar en los socialistas democráticos es una evidente coincidencia con aquella parte de la burguesía que se mantiene fiel a las tradiciones democráticas. En este caso, como en el anterior de la coincidencia del comunismo con el fascismo en el punto concreto de la dictadura, hay que decir también

que este punto de contacto no sirve para otra cosa que para fortalecer la posición contraria e irreconciliable del Socialismo democrático con la democracia burguesa. Tal vez decir que estos puntos de contacto no sirven para otra cosa que para señalar los contrastes entre comunismo y fascismo, entre democracia social y democracia burguesa, es decir demasiado. Más justo me parece decir que, *en general*, no deben servir sino para producir ese efecto, y que, sobre todo, en ningún caso *deben producir un efecto distinto*. Yo no puedo negarme a reconocer, sin embargo, que, en la práctica de la vida de los partidos, no pueden menos de existir militantes del comunismo que, obsesionados principalmente por la consideración de la eficacia de los procedimientos de violencia dictatorial, llegan a adquirir unos rasgos psicológicos muy difíciles de diferenciar de la psicología del militante del fascio y, de la misma manera, que no dejan de existir partidarios del Socialismo democrático que, en su entusiasmo por las excelencias de la democracia, llegan a caracterizarse psicológicamente y a caracterizarse en su actuación política de un modo muy difícil de distinguir del demócrata burgués.

Estas interferencias, difíciles de evitar, entre las posiciones políticas más claramente antagónicas, han servido continuamente de alimento a las pasiones más vivas en la lucha de los partidos, y, por desgracia, han constituido algunas veces la base única y la sustancia exclusiva de la polémica entre las fracciones mismas del movimiento obrero.

Contribuir a fomentar esas discrepancias, no solamente constituye una torpeza, sino que constituye también una mala acción, no sólo en una persona colocada en el punto de vista del Socialismo, sino en cualquiera que se

coloque en un punto de vista distinto y aun opuesto a él.

Lo que conviene y es obligado hacer, por el contrario, es tratar de llevar el esclarecimiento a aquellas regiones más oscuras de la controversia y que más se prestan a interpretaciones dictadas por la pasión.

En el tema que ahora estamos tratando existe, sin duda, en medio del campo de las disputas más apasionadas, una región en la cual ha penetrado también el espíritu de la violencia, pero que, por su naturaleza, es susceptible de un tratamiento teórico y objetivo exento por sí mismo de todo contagio pasional.

La interpretación del pensamiento de Carlos Marx

Me refiero a la discusión tan prolijamente sostenida por multitud de teorizantes acerca de cuál es la legítima interpretación del pensamiento de Carlos Marx respecto a la naturaleza del Gobierno propio para realizar la transformación del capitalismo al Socialismo. A pesar de la copiosa literatura que se ha acumulado en torno a este tema teórico, cuya acertada o desacertada solución tanta influencia puede ejercer sobre la vida política práctica, las dos soluciones en lucha y las razones en que se fundan una y otra se pueden considerar condensadas en dos escritos importantes: *El Estado y la revolución*, de Lenin, y *La dictadura del proletariado*, de Carlos Kautsky (1).

Lenin y los que admiten su interpretación de los tex-

(1) Véase G. D. H. COLE: *What Marx Rally Meant*. Londres, 1934.

tos marxistas aducen en su favor que la palabra *dictadura* fué taxativamente empleada por Marx en el escrito que dirigió en 1875 a los representantes en Alemania de la tendencia contenida en el programa de Eisenach con ocasión de su tentativa de unificación con los socialistas partidarios de las doctrinas de Lassalle. En este escrito, conocido con el nombre de *Crítica del programa de Gotha*, dice, en efecto, Carlos Marx :

«Entre la sociedad capitalista y la comunista existe el período de transformación revolucionaria de la una en la otra. A este período corresponde también un período de transición política, cuyo Estado no puede ser otro que el de la *dictadura revolucionaria del proletariado*.»

En torno a este texto han girado, en realidad, todas las discusiones acerca de la interpretación que debe darse a la afirmación de la necesidad de la dictadura proletaria.

Los comunistas han tratado de llenar de contenido explicativo la sobria manifestación de la *Crítica del programa de Gotha*, que hemos transcrito, refiriéndose principalmente a la doctrina expuesta en el *Manifiesto comunista* de Marx y Engels y al escrito de 12 de abril de 1871 acerca de la *Commune* de París, más conocido por el título *La guerra civil en Francia*.

Los socialistas democráticos han refutado estas afirmaciones refiriéndose, no al significado aislado de esta o la otra frase del *Manifiesto comunista*, sino a su doctrina considerándola en su conjunto y completándola con textos tomados de la copiosa literatura marxista y que se oponen a la concepción cerrada de la necesidad de la

existencia de la dictadura del proletariado en el período de transición.

Entre estas alegaciones puede citarse como la más concluyente la que se refiere al contenido mismo de la *Crítica del programa de Gotha*, escrito en el cual, como hemos visto, la palabra *dictadura* es empleada por Marx.

En ese mismo escrito se designa la República democrática como la forma del Estado en la cual «se ha de llevar a cabo la lucha de clases de un modo definitivo». Y se añade :

«La libertad consiste en que el Estado se transforme, de órgano superior a la sociedad, en órgano subordinado a ella. Aun hoy son las formas del Estado más libres o menos libres en la medida en que limitan la libertad del Estado.»

Párrafos como éste, aparte del sentido general de la obra de Marx, son los que han influido, sin duda, en Engels para sostener, como lo hizo en 1891, en el escrito de contestación a una consulta que le fué dirigida por el Comité ejecutivo de la Democracia social alemana, que «el Partido y la clase trabajadora sólo pueden llegar al Poder bajo la forma de la República democrática», y que : «Esta (la República democrática) es la forma específica de la dictadura del proletariado.»

Un género análogo de consideraciones debieron ser las que forjaron el pensamiento de Rosa Luxemburg, tan llena de simpatías hacia el bolchevismo, cuando decía que la dictadura debe construirse sobre la base de la democracia, y se expresaba en favor del régimen democrático en los siguientes términos :

«Ciertamente la institución democrática tiene sus limitaciones y sus faltas, cosa que comparte con todas las instituciones humanas. Pero el remedio que han encontrado Trotski y Lenin es aún peor que los males que la democracia pueda producir, porque este remedio seca la fuente viva misma que únicamente puede corregir las insuficiencias propias de las instituciones sociales: la vida política enérgica, activa y sin trabas de las más extensas masas populares» (1).

Proseguir indefinidamente la polémica, oponiendo unas a otras diferentes frases aisladas del contenido de las obras de Marx o de sus comentaristas, me parece que constituye un esfuerzo incapaz de conducir a un resultado útil.

Lo que de ningún modo creo es que este problema sea de solución fácil, al menos si esta solución se pretende decidiéndose, de un modo absoluto, en pro de una de las tesis y completamente en contra de su contraria. Para algunos autores importantes, como, por ejemplo, el escritor inglés Cole, la solución es muy llana; lo cual no impedirá, ciertamente, que los propagandistas y las masas se sigan combatiendo estérilmente desde dos posiciones igualmente irreductibles y respecto a cuya contradicción no se ha logrado hacer gran luz.

Por una parte, no se puede desconocer la importancia del hecho de que Marx no empleara la palabra *dictadura* más que en un escrito que, sea cualquiera el valor que se le pueda conceder, no deja de ser un escrito secundario; ni se puede negar tampoco la importancia del

(1) Véase *Die russische Revolution*, página 103.

hecho de que Marx, incluso en el *Manifiesto comunista*, siempre que habla de la finalidad política que persigue el proletariado en su lucha, no mencione la palabra *dictadura* y emplee su expresión habitual: *Eroberung der politischen Macht* (conquista del Poder político).

Estos dos hechos parecen por sí bastante significativos para inclinar a pensar que a Marx no le seducía la perspectiva de la clase trabajadora ejerciendo una verdadera dictadura. Más bien parece que, aun en el momento en que Marx emplea la palabra *dictadura*, no quiere significar otra cosa que la necesidad de que, en el período de transición, haya un Gobierno fuerte, expresión fiel de la voluntad del proletariado, pero que no sea la negación de la democracia.

A esta interpretación la abonan cuantas consideraciones hace Marx en todo el curso de sus obras, y muy singularmente en el *Manifiesto comunista*, acerca de la imposibilidad de la realización del Socialismo sino en el seno de una sociedad capitalista llegada a su madurez, con la madurez consiguiente de las instituciones político-democráticas que son su obra.

Este género de razonamientos son los que se han empleado generalmente en pro de la tesis democrática, y hay que reconocer que poseen una gran fuerza.

Hay otro género de razones en favor de esta tesis que son de fuerza tal vez no menor, pero que, o no han sido empleadas, o lo han sido muy parcamente. La causa de este menosprecio o de esta parquedad en su empleo no es otra, a mi juicio, que el olvido en que ha caído una parte importante del ideario de Marx con motivo del mismo ardor que los Partidos Socialistas, tanto democráticos como dictatoriales, han puesto en la lucha política.

Notoriamente, Marx empleó gran parte de sus poderosos recursos dialécticos en contrarrestar la influencia de la tradición revolucionaria del jacobinismo francés, representada, primeramente, por las doctrinas de Graco Babeuf; después, por Blanqui en Francia y por Weitling en Alemania. Notoriamente, además, Carlos Marx conserva rasgos comunes con los pensadores que han sacado las últimas consecuencias lógicas de los principios liberales. Me refiero a los teorizantes anarquistas que propugnaban la desaparición del Estado.

Marx también propugna la desaparición del Estado. Ello va implícito en la naturaleza de la teoría del origen y la génesis del Estado a que hemos hecho referencia en páginas anteriores.

Si el Estado nace con la diferenciación de las clases sociales y el dominio de una de ellas sobre las demás, es natural que cuando, mediante el ejercicio de la acción política, es decir, mediante el empleo de los medios coercitivos propios del Estado, logre la clase trabajadora suprimir los privilegios del capital y, de este modo, suprimir la diferencia de clases existente bajo el régimen capitalista, habrá logrado con ello también la supresión del Estado. Entonces la acción política se habrá hecho completamente innecesaria. Se ve que Marx tiene la naturaleza más opuesta posible a la del político profesional, que gusta de la política por la política misma. Marx admite la necesidad de la acción política como un medio imprescindible para llegar a un régimen de administración de las cosas que reduzca al minimum el empleo de la coacción del Estado, hasta hacerle desaparecer por completo.

El mismo *Manifiesto comunista* contiene párrafos bien significativos en este orden de ideas.

En él puede leerse :

«Una vez que, en el curso de la evolución, ha desaparecido la diferencia de clases y toda la producción se ha concentrado en las manos de los individuos asociados, el Poder público pierde su carácter político. El Poder político, en su propio sentido, es el Poder organizado de una clase para la sumisión de otra. Si el proletariado, en lucha con la burguesía, se une necesariamente como clase ; si por medio de una revolución se convierte en la clase dominante y, como clase dominante, pone término coactivamente a las viejas relaciones de la producción, con ello pone también término a las condiciones de existencia de la oposición entre las clases sociales ; dejan de existir las clases y, con ello, su propio dominio como clase.

En el lugar de la vieja sociedad burguesa, con sus clases y su oposición de clases, aparece una asociación, en la cual el libre desenvolvimiento de cada uno es la condición para el libre desenvolvimiento de los demás» (1).

Esta repugnancia de Carlos Marx por los procedimientos políticos coactivos del Estado llega hasta el punto de considerar, como lo hace en sus escritos coleccionados bajo el título de *La revolución española*, a don Baldomero Espartero como un dictador (2).

(1) Véase *Das Kommunistische Manifest*. Berlín, 1908. Verlag Buchhanlung Vorwärts, 1908.

(2) Véase CARLOS MARX : *Oeuvres politiques*, página 103. «La révolution espagnole», artículo aparecido en la *New York Tribune* en 19 de agosto de 1854.

Si esto es lo que constituye el ideal superior a que Marx aspira; si, por consiguiente, su repugnancia por el empleo de los medios coactivos del Estado es notoria, no parece natural atribuirle el deseo de que el proletariado emplee, en el período de transición, medios coactivos superiores a los que el mismo Estado burgués emplea en el ejercicio de su dictadura seudodemocrática.

Sin embargo, el reconocimiento de esta tendencia, a mi modo de ver indubitable, al través de la obra de Marx no puede anular en absoluto el hecho y el significado del empleo de la expresión *dictadura* del proletariado, aunque sea en una obra secundaria entre las numerosas que Carlos Marx produjo. Del mismo modo, la tendencia dominante, que anteriormente hemos expuesto, no puede anular tampoco por completo el significado del siguiente pasaje del *Manifiesto comunista*, aunque en él mismo, leído atentamente, pueden apreciarse claras huellas de vacilación en el pensamiento.

El párrafo a que aludo es el siguiente :

«Hemos visto anteriormente que el primer paso en la revolución de la clase trabajadora consiste en la elevación del proletariado a la categoría de clase dominante y en el dominio (*Erkämpfung*) de la democracia.

El proletariado habrá de utilizar su Poder político para arrebatar a la burguesía poco a poco (*nach und nach*) todo el capital, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante, y para aumentar lo más rápidamente posible la masa de las fuerzas productivas.

En un principio esto, naturalmente, no puede reali-

zarse sino por medio de intervenciones despóticas en el derecho de propiedad y en las relaciones burguesas de producción; por medidas, pues, que parecen económicamente insuficientes e insostenibles; pero que en el curso del movimiento habrán de superarse a sí mismas y que son inevitables como medio de transformar totalmente las relaciones de la producción.»

En presencia de estas instancias contradictorias en el mismo pensamiento de Marx, y aunque se señale el predominio de la tendencia a la utilización de las formas de la democracia burguesa para operar por el proletariado la transformación del régimen capitalista al Socialismo, lo que parece más justo es concluir que Marx, en este caso, de solución vital en nuestra época, se abstuvo de obedecer a la tentación de formular profecías y se limitó, como en otros problemas de los muchos que abordó, a señalar la tendencia del desarrollo político y económico de los pueblos y a indicar en líneas generales la dirección en la cual debía actuar el proletariado. Estas líneas generales parece que pueden condensarse en los siguientes términos: actuación política del proletariado con su política propia, sin confundirse con las formas de actuación que sólo convienen a los intereses de la burguesía; lucha del proletariado por conseguir condiciones democráticas en el régimen capitalista, por ser estas condiciones las más favorables a la defensa de los intereses de la clase trabajadora; utilización del predominio creciente de la clase trabajadora en el seno mismo del régimen democrático capitalista para la transformación del régimen de la propiedad y, en el caso de conseguir un dominio completo del Estado democrático bur-

gués por el proletariado, su utilización para realizar lo más fundamental y rápidamente posible el cambio del régimen económico; por último, utilización de un régimen de dictadura propiamente dicho y de despotismo en aquellos países en los cuales las circunstancias lo exijan de modo ineludible o las condiciones económicas no permitan otra solución más deseable.

Todas estas tendencias, todas estas soluciones me parecen contenidas en el pensamiento de Carlos Marx. Todas estas tendencias, todas estas soluciones se están hoy ensayando en el mundo. En los grandes momentos de la Historia, la política adquiere aspectos grandiosa y, a veces, trágicamente experimentales.

Política experimental

Desde el año 1917, Rusia ensaya la construcción del Socialismo por procedimientos políticos dictatoriales, despóticos. Para ello, el bolchevismo ha tenido que empezar por construir dictatorialmente un capitalismo de Estado, base indispensable, según Lenin, de un Socialismo de Estado que prepare el terreno para la construcción del verdadero Socialismo. La tarea es ardua e ingrata. Un espíritu como el de Carlos Marx, que consideraba la democracia burguesa como una dictadura y aspiraba a una sociedad sin política y sin Estado, no creo que la hubiese preferido ni, mucho menos, anhelado. También creo que, si las circunstancias la hubiesen impuesto, la hubiese aceptado sin vacilación. Por otra parte, Inglaterra, los Países Escandinavos y tal vez pueda decirse que también los Estados Unidos de América ensayan producir la transformación económica de los

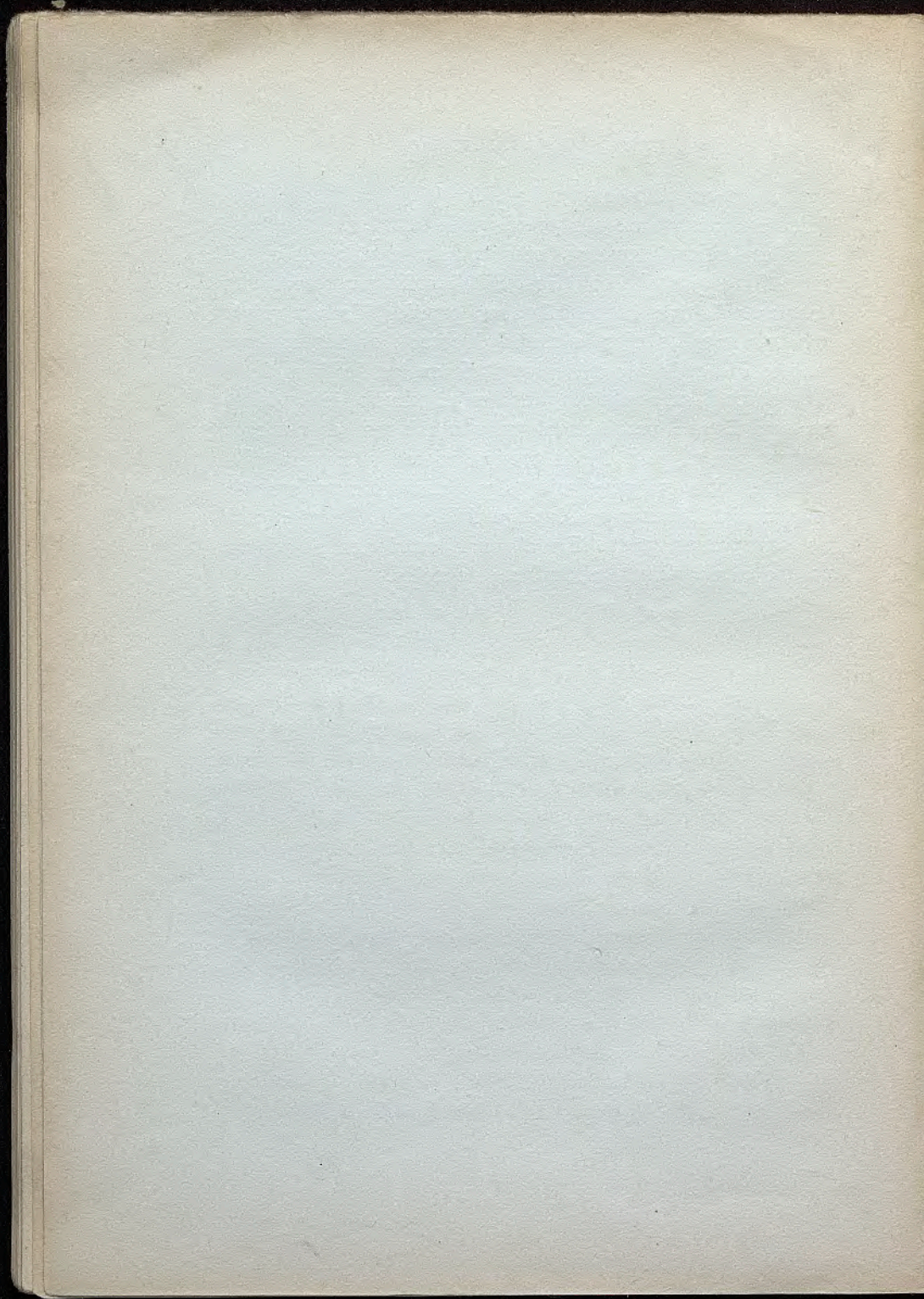
pueblos dentro del marco de las instituciones democráticas creadas bajo la dirección y en interés de la burguesía. Estos países cuentan con un capitalismo evolucionado, maduro, que ha llegado ya al límite máximo de su elasticidad. Un Gobierno de dictadura obrera, aproximadamente consistente en el empleo de los mismos procedimientos de la democracia burguesa, puede emprender en esos países, en algunos de ellos ha emprendido ya, una obra fundamental de socialización.

Si, con una inspiración marxista, pudiéramos optar, sin duda alguna habríamos de decidirmos por la solución que representan Inglaterra y los Países Escandinavos.

Pero la opción no es permitida a los pueblos sino en un grado muy restringido. La psicología de las masas y de sus elementos directivos, su clarividencia, su elevación, su firmeza de voluntad pueden influir, sin duda, en los destinos de las naciones. Pero allí donde las condiciones económicas no sean favorables, es de temer siempre un desarrollo anormal de los acontecimientos; y allí donde las clases directivas del capitalismo carezcan de la suficiente profundidad de visión de la realidad, o de la suficiente elevación de espíritu para poder ponerse por encima del instinto de conservación de privilegios insostenibles; allí donde los magnates del capital tengan la debilidad de poner su salvación en manos de regímenes demagógicos y clara o encubiertamente despóticos, en esos países el restablecimiento de una relativa normalidad en el largo período de transición habrá de tropezar con dificultades tal vez insuperables.

Atento a evitar los inconvenientes del Socialismo utópico, ajeno a todo anhelo de profecía, Carlos Marx, en

este como en otros casos, ha sido verdaderamente profético ; el acierto de sus previsiones debe ser para nosotros un estímulo que nos mueva a buscar en sus obras sugerencias y consejos útiles. Si él pudiera recordar sus propias palabras, contemplar sus propias ideas y mirar con sus propios ojos la realidad actual, es seguro que mantendría cada vez más viva su fe en los destinos de la Humanidad, su confianza plena en el triunfo de los ideales socialistas ; pero, en algunas ocasiones, es también seguro que el peso de su propio acierto gravitaría tristemente sobre su pensamiento y heriría profundamente su corazón. Acertar es siempre útil para alguien ; pero no siempre es grato. En algunas ocasiones el propio acierto es una fuente abundante de dolor.



XI

Condiciones económicasociales del desarrollo del fascismo

Optimismo económico y liberalismo

Todo espíritu inclinado al cultivo de las ideas filosóficas es natural que propenda a buscar a la génesis de las doctrinas una explicación esotérica, no en el sentido de misteriosa, oculta y puramente reservada a los iniciados, sino en el sentido de estar encerrada y de limitarse al mundo interior y a las meras y recíprocas relaciones entre las ideas.

En parte al menos, yo creo haber obedecido a esta propensión en mi intento de contribuir a dilucidar la génesis del ideario marxista y del antimarxista y de determinar sus recíprocas relaciones.

No me cabe duda alguna acerca de que este procedimiento, a más de su propio atractivo, puede poseer, y posee en efecto, grandes condiciones de eficacia y de utilidad. Tampoco puedo dudar de que la propensión exclusivista a su empleo, y, si fuese asequible, la misma maestría en su aplicación, corren el peligro de encerrar la investigación en límites que, en otros casos distintos

del mío, podrían ser muy brillantes, pero que siempre resultarían demasiado estrechos. Dicha propensión corre también otro riesgo aún mayor: el de esterilizar los movimientos más ágiles de la mente, haciéndola girar constantemente dentro de un mismo círculo vicioso.

Por abstractas que puedan considerarse las ideas fundamentales contenidas en los movimientos políticos marxistas y antimarxistas, no es posible prescindir de la consideración de estas ideas en relación con las actuaciones de las masas, de los grupos sociales, de los partidos políticos existentes en las diversas naciones y, sobre todo, con un mundo de ideas y de hechos cada vez más ligados a la vida política y no enteramente ajenos a las preocupaciones filosóficas. Me refiero a los hechos y a las ideas que caen propiamente dentro del dominio de la Economía.

No es mi propósito en este momento insistir sobre las reflexiones desarrolladas ya en partes anteriores de este trabajo acerca de la significación y alcance que deba concederse a la teoría del materialismo de la Historia.

Me basta solamente con hacer una leve indicación acerca de la sugestiva coincidencia que existe entre la época del desarrollo floreciente del ideario liberal y democrático, y aun del conjunto de la filosofía intelectualista, y la época del nacimiento y del juvenil desarrollo de la economía capitalista.

Por muy alejada del mundo real que coloquemos la región en la cual se mueven las ideas, no puede parecer extraño que, en un período histórico en el cual las aplicaciones de las ciencias físicas alumbraban ricas fuentes de producción y en que los navegantes disponían cada vez de medios más eficaces para lanzarse al descubri-

miento de nuevos mercados, que abrían perspectivas ilimitadas de enriquecimiento al trabajo industrial; en un período histórico en el cual el industrialismo, aunque experimentase crisis pasajeras, sabía que esas mismas crisis encontraban su remedio seguro en el progreso de la técnica; en un período, en suma, en el cual la economía de los pueblos ofrecía las más risueñas perspectivas, no puede parecer extraño, repito, que se produjera un estado de espíritu caracterizado por la visión optimista de la naturaleza, por la confianza ilimitada en el valor, tanto teórico como práctico, de la ciencia y por el deseo vehemente de romper todas las limitaciones que pudieran oponerse a las saludables y fecundas iniciativas individuales.

Mientras el capitalismo ha dado al mundo una sensación de prosperidad y ha engendrado una esperanza en la existencia de un aumento creciente del bienestar y de la felicidad humana, a pesar de las violencias y trastornos inherentes a la revolución económica y política ligada al desarrollo del industrialismo, es natural que haya producido un estado psicológico colectivo caracterizado por el menosprecio de todas las actitudes espirituales aptas para el mantenimiento de la tradición y de confiado entusiasmo en el cultivo de la inteligencia y en el perfeccionamiento científico como motores principales del progreso en los individuos y en las sociedades.

Mas, a medida que el progreso mismo del régimen capitalista ha ido descubriendo sus íntimas contradicciones; a medida que el régimen de la competencia de las empresas ha ido degenerando en lo que los norteamericanos llaman gráficamente la *competencia a degüello*; a medida que el descubrimiento de nuevos mercados

exteriores se ha ido haciendo cada vez más difícil y el aumento de la capacidad de consumo interior de las naciones, por el bajo nivel de riqueza o la verdadera pobreza de las masas, se ha mostrado incapaz de absorber la abundancia creciente de los productos; a medida que los progresos de la técnica, la racionalización de los métodos de producción, han contribuido a aumentar vertiginosamente el número de los destituídos y ha crecido la inquietud en las masas y el proletariado organizado ha conseguido victorias resonantes; a medida que todos estos síntomas de desequilibrio y de inestabilidad social se han ido acentuando, es comprensible también que aquel optimismo, aquella confianza en el progreso y en el valor de la inteligencia y de la ciencia se hayan ido debilitando y hayan ido cediendo terreno a la invasión de otros estados espirituales más propios para retardar que para acelerar el ritmo de la marcha, más orientados hacia la recuperación de la relativa y tal vez ilusoria paz de los tiempos pasados que hacia el arriesgado ensayo de temerosas innovaciones.

Yo ya sé que muchas de las ideas que he procurado indicar, si no como progenitoras, al menos como precursoras, en el orden teórico, de los movimientos fascistas contemporáneos se han elaborado en el austero y desinteresado retiro de la vida de los pensadores, han ido naciendo como impulsadas por una pura necesidad dialéctica y se han ido estructurando y enlazando unas con otras merced al vínculo inmaterial de las leyes lógicas, formales, del pensamiento.

Después de todo, el problema general acerca de si en la trama sutil del pensamiento puro se entrelazan o no invisibles retículos formados por las leyes biológicas de

la actividad mental y a si esta trama biológica lleva al mismo pensamiento puro el influjo de la vida material y de las realidades sensibles, es cosa que no puede afectar grandemente al objeto de nuestro estudio.

Pero hay un hecho que difícilmente puede negarse y en el cual la influencia de las condiciones económicas y sociales de la vida de los pueblos sobre su ideología predominante aparece dibujada con claridad.

La crisis de la postguerra

Sin la existencia de la trágica crisis económica que ha caracterizado y caracteriza a los años de la postguerra, las ideas precursoras del fascismo, por mucha que fuera la perfección con que hubiesen sido concebidas y expuestas, no hubiesen nunca logrado trasponer los límites de los cenáculos de los sabios, no hubiesen tomado tierra ni echado raíces, no hubiesen podido encarnar en la realidad social y política, y, aun pretendiendo, como pretenden, valorizar los impulsos activos y vitales, hubiesen sido mucho más estimadas por la luz intelectual que pudieran difundir a causa de su maestría en el manejo de los métodos filosóficos y aun de los recursos sofisticados, que por el calor que hubiesen logrado transmitir al ambiente.

Ha sido la crisis de la postguerra la que ha hecho condensarse la atmósfera ideal, precursora de la reacción política y social, en un ideario aproximadamente coincidente en todos los partidos fascistas.

Y la crisis de la postguerra ha sido y es una crisis política, una crisis social, una honda crisis psicológica; pero ante todo y sobre todo es una crisis económica.

La guerra del año 1914 al año 1918 ha contribuido a acelerar vértiginosamente el proceso vital del capitalismo. Durante la guerra, y por estímulos y exigencias de la guerra misma, grandes territorios lejanos de Europa, continentes enteros, que hasta entonces habían constituido inagotables mercados al servicio de los grandes centros productores, se han convertido a su vez en centros de producción. Las consecuencias de este hecho no parecieron percibirse claramente en los primeros momentos. La necesidad de reparar las grandes devastaciones que los combates habían producido mantuvo por algún tiempo disimulado el mal. Pero bien pronto empezó a dar señales inequívocas de existencia. Fué la industria extractiva del carbón la que delató los primeros síntomas alarmantes; siguieron a ella la industria textil y las industrias pesadas; el mal se fué propagando rápidamente por todo el dominio industrial y se manifestó violentamente en las industrias agrícolas.

El síntoma más doloroso de todos los que delatan la gravedad de la crisis mundial es el paro forzoso. En un principio, los Gobiernos nacionales y las administraciones locales trataron de remediar la situación de los obreros parados concediéndoles subsidios. Pero la carga creciente que la consignación de las sumas necesarias para el otorgamiento de estos subsidios hacía gravitar sobre los presupuestos se tradujo en perturbaciones políticas y contribuyó a forjar el convencimiento de que tal sistema, si bien era imprescindible, no era suficiente, y que el tratamiento de la grave enfermedad requería la aplicación de remedios más eficaces, propios para producir efectos más hondos y duraderos.

Entre tanto, las estadísticas del paro forzoso mundial,

aun incompletas, continuaban registrando cifras crecientemente aterradoras, y en algunos países, como los Estados Unidos de América, mecidos en el dulce optimismo de los recientes años de prosperidad capitalista, el dolor de las masas empezó a difundirse como una onda de inquietud por todo el ámbito nacional.

Europa fué el primer hogar de la crisis, y, entre todas las naciones europeas, fué en Alemania donde se manifestó en el primer momento, no con la mayor extensión, pero sí con caracteres de mayor virulencia.

El caso de Alemania es especialmente aleccionador.

El caso de Alemania

El fenómeno del paro forzoso, en esta gran crisis económica de la postguerra, presenta un carácter especial que, sin ser completamente nuevo en la historia de las crisis inherentes al régimen capitalista, por la intensidad insospechada que en ella ha adquirido, contribuye a dotarla de una significación inconfundible.

El paro forzoso actual no sólo afecta a los obreros de la industria y de la agricultura, sino que afecta también, y en gran extensión, a los obreros intelectuales, a los ciudadanos dedicados al servicio de profesiones llamadas liberales y, con ellos, a grandes masas de individuos pertenecientes a la clase o a las clases medias.

Lo que en otros tiempos se denominaba el proletariado de levita o el proletariado de cuello planchado, no lleva ya levita y frecuentemente desdeña también el cuello planchado; pero no sólo existe, sino que se ha acrecentado en todos los pueblos, conservando, en gran par-

te, sus hábitos morales, sus rasgos psicológicos originarios; mas constituyendo verdaderas legiones de mesócratas afectados por las mismas turbaciones y, en parte, henchidos de los mismos anhelos del proletariado industrial y agrícola, o momentáneamente enloquecidos por la visión de un abismo de indigencia que se abre súbitamente a sus pies y en el cual corren grave peligro de caer.

Como acabo de indicar, este fenómeno social no es nuevo. Carlos Marx lo previó como una consecuencia inevitable del proceso de desarrollo del régimen capitalista (1).

(1) Hay un párrafo en el *Manifiesto comunista* que debe considerarse, aún hoy, como una certera descripción de las crisis económicas. He aquí ese párrafo:

«Basta nombrar las crisis económicas, que, en su recurrencia periódica, ponen en duda, cada vez de un modo más amenazador, la existencia de toda la sociedad burguesa. En las crisis comerciales es sistemáticamente destruída no solamente una gran parte de los productos elaborados, sino de las fuerzas productivas que se han ido ya creando. En las crisis estalla una epidemia social, que hubiera parecido absurda en todas las épocas anteriores: la epidemia de la sobreproducción. La sociedad se encuentra repentinamente sumida en un estado de momentánea barbarie; el hambre, la guerra general de exterminio parecen haberle cortado todos los medios de vida; la industria, el comercio parecen aniquilados. ¿Por qué? Porque posee demasiada civilización, demasiados medios de vida, demasiada industria y demasiado comercio. Las fuerzas productivas que están a su disposición no sirven ya para favorecer la estructura de la propiedad burguesa; por el contrario, se han hecho demasiado poderosas para esas situaciones, están cohibidas por ellas; y, en tanto en cuanto dominan esos obstáculos, ocasionan el desorden en la sociedad burguesa, comprometen la existencia de la propiedad burguesa. La estructura burguesa se ha hecho demasiado estrecha para contener la riqueza por ella

Pero lo que nadie pudo prever es la inmensidad de las proporciones que en nuestra época ha adquirido. Estas proporciones son tales, que un autor contemporáneo ha podido decir que constituyen un caso de emigración de unas clases sociales a otras, enteramente semejante a las grandes emigraciones de pueblos enteros de unas a otras regiones del planeta que registra la Historia.

Este trasplante brusco de grandes masas de la clase media al terreno social propio del proletariado, en ninguna nación europea se ha verificado de un modo más brusco y más completo que en Alemania.

A ello contribuyó poderosamente la depreciación inverosímil del marco y, posteriormente, la creación del marco oro, que vino a consolidar los efectos producidos por la inflación monetaria.

Esos recursos heroicos a que apelaron los financieros alemanes para salvar la economía de su país constituyen tal vez el caso más rápido y más agudo de expropiación que ha conocido la Historia. Merced a él la clase media alemana, tan próspera antes de la guerra, quedó, cuando no totalmente arruinada, por lo menos al borde de la ruina.

Posteriormente se han producido casos de expropiación colectiva más extensos aún que el alemán, alguno de ellos también más agudo y más rápido que él. Me

creada. ¿Cómo conjura la burguesía las crisis? De una parte, por la destrucción forzosa de una cierta masa de fuerzas productivas; de otra, por la conquista de nuevos mercados y la explotación a fondo de los mercados viejos. Por consiguiente, ¿de qué modo? Preparando crisis más violentas y más generales y disminuyendo los medios de evitar las crisis.» — *Das Kommunistische Manifest*. Buchhandlung Vorwärts. Berlín, S. W. 68, 1908, páginas 27-28.

refiero a las grandes expropiaciones colectivas originadas por el abandono del patrón oro en Inglaterra y por la quiebra epidémica de los Bancos norteamericanos, a la cual tuvo que hacer frente Franklin Roosevelt desde los primeros momentos de su período presidencial.

Pero para reaccionar frente a este gran excitante de la pasión colectiva, Inglaterra y los Estados Unidos se encontraban en condiciones muy distintas de Alemania.

Alemania había sufrido el bloqueo, el hambre, la humillación de la derrota; seguía sufriendo la pesada carga del Tratado de Versalles y, sobre todo eso, carecía propiamente de tradiciones democráticas comparables con las existentes en las principales democracias de Europa y América.

En Alemania se hallaban dadas de un modo eminente, y sobre una base económica, las condiciones más adecuadas para que la semilla ideológica del fascismo, recogida y conservada con maestría, principalmente por pensadores germanos, se desarrollara con frondosidad. Y en las masas ingentes de destituidos de la gran industria, pero principalmente en las masas de destituidos procedentes de la clase media, la propaganda, mejor dicho, la agitación del fascismo, encendió llamaradas de frenéticos entusiasmos y de insaciables codicias de Poder. La democracia fué vencida, y triunfó la dictadura hitleriana.

Mas como la democracia política estaba principal y casi exclusivamente representada en Alemania por el Partido Socialista, el triunfo del fascismo en esta nación aparece, ante todo, como una derrota del Socialismo, que no puede menos de tener graves repercusiones en el mundo internacional.

Si para la democracia alemana el vencimiento del

Partido Socialista representa una verdadera catástrofe, para la Internacional Obrera Socialista representa una pérdida dolorosísima. Una pérdida dolorosísima, no una pérdida irreparable.

La ocasión se presta admirablemente para que los adversarios del Socialismo conciban la esperanza de su vencimiento completo. Pero basta estudiar la historia de la Internacional para comprender que esos augurios tienen todas las probabilidades de resultar fallidos. De estas grandes pruebas, incluso de la gran prueba del vencimiento de la *Commune*, el Socialismo internacional ha salido siempre fortalecido.

Para el Socialismo de todos los países el caso de la Socialdemocracia alemana es especialmente digno de consideración.

La autocrítica de la Socialdemocracia]

No he de cometer yo lo que estimo una falta, consistente en someter a la Socialdemocracia alemana, después de su derrota, a una crítica severa. La Socialdemocracia alemana y su historia tienen para mí sobrados títulos merecedores de respeto.

Pero es la Socialdemocracia misma la que, antes de su fracaso, ha visto condensarse la tormenta sobre su cabeza y se ha sometido a una crítica escrupulosa (1).

De esta obra de autocrítica resulta que la Democracia social alemana se vió situada, como hemos indicado an-

(1) Véanse numerosos trabajos en la colección de *Die Gesellschaft*.

teriormente, frente a una masa enorme de proletarios de la industria, y, sobre todo, de nuevos proletarios procedentes de la clase media, en condiciones especialmente desfavorables para actuar sobre ellos y para prestarles auxilios verdaderamente eficaces, principalmente a causa del desgaste producido en el Partido por el hecho de su ocupación del Poder.

Algunos socialdemócratas eminentes, abriendo su alma al optimismo, habían llegado a pensar que, desde los días en que se publicó el *Manifiesto comunista* hasta nuestros tiempos, las condiciones del proletariado habían variado fundamentalmente en un sentido favorable. En 1848, Marx y Engels pudieron decir con razón que el proletariado era la clase eminentemente revolucionaria porque no tenía nada que perder más que sus cadenas, y en cambio tenía un mundo que ganar. Esta sentencia del *Manifiesto comunista* debía ser conservada en cuanto se refiere a la afirmación de que el proletariado tiene un mundo que ganar; pero necesitaba ser reformada en cuanto afirmaba que el proletariado no tiene nada que perder.

En efecto, merced a un trabajo perseverante y, sobre todo, gracias al volumen y a la perfección de las organizaciones obreras, gracias también a la labor meritoria reformista de los gobernantes pertenecientes al Socialismo, la clase obrera organizada había ido alcanzando un nivel de vida superior y garantías también muy estimables de existencia social.

Para esta parte considerable de la clase obrera organizada, el progreso continuo en el mejoramiento de las condiciones de su vida, en las garantías de los derechos adquiridos y, en tiempos de crisis y de peligros, la con-

servación de las mejoras conquistadas, tiene indudablemente una importancia primordial.

Esta clase obrera organizada, en vías de emancipación, constituye lo que se puede llamar en la distribución de las capas sociales de nuestro tiempo el Cuarto Estado.

Más, como hemos visto, la evolución progresiva del régimen capitalista ha producido un Quinto Estado de proletarios, de los cuales nuevamente se puede decir, como dijeron Marx y Engels, que no tienen que perder más que sus cadenas.

La situación de los proletarios pertenecientes a este Quinto Estado es, no sé si más dolorosa, pero desde luego más irritante que la de todas las masas proletarias faltas de trabajo en las sucesivas crisis económicas desde el nacimiento del capitalismo.

No integran la masa de destituidos de hoy hombres adscritos a una industria, sino a todas las principales industrias; obreros de una determinada nación, sino de todas las naciones; trabajadores de determinada edad, sino de todas las edades.

Para la juventud, especialmente, el horizonte del porvenir aparece completamente cerrado, a menos que de alguna manera, que su impaciencia apenas acierta a concebir, puedan romperse los diques que apresan la corriente de trabajo fecundo cuya potencialidad sienten palpitar en su espíritu los hombres de las nuevas generaciones.

Para guiar a estas masas del Quinto Estado social, para evitar que puedan ser presa fácil de una demagogia reaccionaria, para ayudarlas a caminar rectamente hacia la realización de las grandes empresas socializadoras capaces de producir un aumento de riqueza, sin el cual todo ensayo de redistribución está condenado al fracaso,

la Democracia social alemana, tan fuerte, tan disciplinada, tan cultivada en las prácticas y en las teorías del Socialismo, hubiera estado en admirables condiciones si no hubiera llegado a los momentos decisivos gastada y quebrantada por la práctica del Poder.

El ejercicio del Poder

No es que yo pretenda que las funciones de Gobierno hayan de acarrear necesariamente el desgaste de los partidos. Una razón hay, sin duda, para que este desgaste se produzca. Mientras los Gobiernos existan, sean éstos de la naturaleza que quiera, y como ha sido reconocido con acierto desde Bentham hasta Marx, la función primera cuyo cumplimiento habrá de exigirles la opinión común es la de garantizar la seguridad de los ciudadanos, la de mantener el orden o, como se acostumbra decir, poner a salvo el principio de autoridad y conservar en estado de eficaz funcionamiento el aparato coactivo del Estado.

Para un Partido Socialista, sobre todo si su paso por el Poder, aunque sea rico en reformas parciales, no le ha permitido abordar los grandes problemas de socialización, el ejercicio de la función coactiva habrá de ser siempre una fuente de descrédito ante la masa general de los ciudadanos, y muy especialmente ante sectores muy importantes de la clase obrera.

En estos casos la confianza en las perfecciones de la propia organización y la creciente importancia de los cuadros numéricos constituídos por sus militantes no pueden en modo alguno compensar las pérdidas de los valores cualitativos que traen indefectiblemente consigo las

faltas y los fracasos ligados al ejercicio del Poder, más especialmente que en otras circunstancias en estos momentos en que la sensibilidad de las multitudes se halla singularmente agudizada.

Ya sé que los cuadros de la Democracia social alemana se han mantenido firmes en medio de la tormenta, como se puede comprobar, por ejemplo, estudiando los resultados de las contiendas electorales en noviembre de 1932 y en marzo de 1933. Está, además, muy lejos de mi ánimo censurar a la Democracia social alemana por haber ocupado el Poder. La ocupación del Poder por los representantes del Partido Socialista alemán después de la guerra pudo ser tan inevitable como lo fué en Rusia la ocupación del Poder por los comunistas, o como lo ha sido, y según todas las probabilidades habrá de serlo nuevamente en breve, la ocupación del Poder por los laboristas ingleses.

Lo que quiero decir es que un Partido Socialista no debe nunca ceder a la superstición de la eficacia absoluta de las funciones gubernamentales. Se ha repetido muchas veces que, en las grandes naciones capitalistas, no son propiamente los ministros los que gobiernan, sino las grandes organizaciones industriales y financieras. Ello es verdad; pero también es verdad que en las grandes democracias, en estos momentos de transición, ejercen una influencia creciente en el Gobierno las grandes organizaciones proletarias, que mantienen firme su fuerza constructiva y conservan intacto su prestigio.

En el curso de este trabajo he intentado frecuentemente explicar el fenómeno de contagio de marxismo que experimentan las ideologías y los partidos antimarxistas.

No quiero ponerle fin sin indicar que también cabe

que se dé el caso contrario: el del contagio de antimarxismo sufrido por ideologías y partidos marxistas.

Un Partido Socialista en el Poder que, por las circunstancias que sean, no puede acometer la solución de los grandes problemas económicos con su orientación propia corre gran riesgo de desdibujarse y confundirse con la psicología y los hábitos de acción propios de los partidos representantes de la burguesía intervencionista y reformadora. Y un Partido Socialista fuera del Poder que acentúe el culto de la violencia, pero no se cuide de construir, al modo de los laboristas ingleses, un programa bien maduro de política gubernamental que comprenda puntos tan esenciales como la socialización de las industrias principales y de las grandes explotaciones agrícolas, la socialización de los transportes, de los establecimientos de crédito y de las funciones principales del comercio, puede fácilmente degenerar en un reformismo revolucionario y violento de psicología y de actuación muy semejante a la del fascio.

Conclusión

Las indicaciones que acabo de hacer constituyen algunas de las varias consecuencias que pudieran deducirse de los antecedentes expuestos en el curso de este modesto e incompleto trabajo mío. No tienen más valor que el de ser la exposición de mi punto de vista personal. Muy poco valor tienen, por consiguiente. Mas confieso que, tanto como me disgustaría verlas entregadas a la voracidad de las pasiones ciegas, me complacería verlas sometidas a la prueba de una crítica y de una discusión serena. Al tratamiento de estas cuestiones es difícil que

nadie se sustraiga en los tiempos que corren. La Humanidad actual es una especie de nuevo Edipo, al cual le ha salido al paso la esfinge que ronda los campos de Tebas. El dilema es fatal: o el caminante sabe descifrar el enigma, o habrá de ser devorado por el monstruo.

Mas entre todos los caminantes de la vida actual, los que más obligación tienen de afanarse por hallar una solución satisfactoria a esos enigmas son los que gozan de la fortuna de llevar en su bagaje un buen caudal de conocimientos y, sobre todo, de hábitos mentales adquiridos en la práctica de la investigación y de la meditación científicas.

Hay quien se pregunta si los intelectuales de nuestra época se hallan propiamente a la altura de su misión. En su discurso de ingreso en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, un muy querido compañero mío, el profesor D. Manuel García Morente, emitía la duda de si, en nuestro tiempo, no existe una cierta cobardía intelectual; un autor alemán, Paul Szende, ha escrito un artículo bajo el sugestivo epígrafe «La edad de la pereza mental» (*Das Zeitalter der Denkfaulheit*) (1), y es bien conocido el libro de Julien Benda cuyo título, *La trahison des clercs*, tiene todo el acento de una imprecación dirigida a los intelectuales de nuestro tiempo.

Análogas imprecaciones fueron también frecuentes en los años de la Revolución francesa, en los cuales la palabra *literateur* llegó a adquirir una marcada significación despectiva, a despecho de lo cual la literatura de aquella época revolucionaria perdura y perdurará a través de los siglos.

(1) Véase *Der Kampf*, noviembre 1933.

¿Será tal vez que, por la misma razón que las épocas de crisis económica son propicias para la resurrección de todas las veleidades dictatoriales, en ellas suelen prosperar injustas tendencias al sacrificio de la intelectualidad como víctima propiciatoria?

Aunque ello fuera así, no podría disculpar la deserción del puesto que a cada cual asigna su deber.

Seguramente la intelectualidad española no habrá de desertar del suyo.

Por mi parte, empezando por reconocer lo modesto de mi concurso, me atrevo también a reclamar un puesto en la gran empresa. Animado por este espíritu, aún con el alma convaleciente de pasados quebrantos, pero con la integridad de mis convencimientos, me dispongo a colaborar en los nobles trabajos conducentes al esclarecimiento de estos graves problemas de nuestro tiempo.

EL MARXISMO Y LA ACTUALIDAD POLÍTICA

(Conferencia pronunciada en el teatro María Guerrero el día 26 de marzo de 1933.)

El fantasma del marxismo

Con mucho gusto, compañeros, tomo parte en este acto de clausura de la serie de los que se han verificado con ocasión de celebrarse el L aniversario de la muerte de Carlos Marx.

Os declaro que aunque tomo parte con gusto en este acto, no lo hago completamente libre de preocupaciones, porque siempre tratar de estos temas profundos, fundamentales, del ideario socialista es tarea ardua y que exige mucha reflexión. Pero, además, me he lanzado al más difícil de los temas que se podrían abordar, que es, partiendo de las concepciones marxistas, sacar las consecuencias que creo obligadas en la actualidad, dada la situación contemporánea de la vida económica, política y social. Pero, en fin, estoy en el camino, y voy a seguir.

Todos recordáis que la primera frase del *Manifiesto comunista*, escrito por Marx y Engels, tiene aproximadamente esta estructura: «Por toda Europa flota el fantasma del comunismo, y todas las fuerzas de la reacción, sin conocerlo, se disponen a combatirlo.» No tengo que decir

que lo que entonces llamaban Marx y Engels el comunismo no es lo que se llama comunismo actualmente, sino que el comunismo al que se refiere el *Manifiesto* es simplemente el Socialismo científico y el Socialismo de actuación obrera, para diferenciarlo del Socialismo utopista y de otras varias formas de Socialismo que Marx y Engels consideraban que eran no sólo utopistas, sino hasta reaccionarias. Consideraban Marx y Engels, por consiguiente, que flotaba por Europa un fantasma de comunismo que la gente no conocía, y el *Manifiesto* se proponía definirlo y darlo a conocer. Pues bien, compañeros, yo creo que nosotros, sin tener las pretensiones de redactar documentos del valor y de la trascendencia del de Marx, podemos bien decir que hoy flota por Europa el fantasma y el espectro del marxismo, y que todas las fuerzas de la reacción, y otras que se consideran progresivas, se disponen a combatirlo sin saber lo que es, y es preciso que nosotros nos encarguemos de explicarlo.

Se da la circunstancia, compañeros, de que Carlos Marx se pasó toda su vida discutiendo con políticos, con filósofos, con literatos, con historiadores; y lo que para él era más penoso, combatiendo con sus propios camaradas, discutiendo con ellos, pugnando por librar la mente de los revolucionarios y la mente de la clase trabajadora de prejuicios que eran un obstáculo para su actuación eficaz; y los últimos años de su vida, Marx, un poco quebrantado por la lucha, pero siempre con su espíritu ansioso de verdad, casi puede decirse que los dedicó no más que al estudio, y su vida se extinguió.

La amargura de Marx y el florecimiento de su doctrina

Debió de llevarse Marx del mundo una impresión bien amarga acerca de las dificultades con que hay que tropezar para que la verdad se abra camino. Pero se dió la circunstancia de que, apenas muerto Marx, empezó a florecer su doctrina y a hacerse popular. Los hombres que la propagaron por Europa fueron los que tuvieron la suerte de recoger sus enseñanzas de sus propios labios. Fueron, por ejemplo: Axelrod y Plejánow, en Rusia; Lafargue y Guesde, en Francia; Bernstein y Kautsky, en Alemania; Hyndman, en Inglaterra. Todos sabéis que precisamente fué Paul Lafargue, discípulo y pariente de Marx, el que vino a España e inició en la doctrina socialista a los hombres que crearon aquí el Partido: Vera, Pablo Iglesias. De todos esos hombres que iniciaron la propagación del marxismo, y que fueron logrando que las masas se lo apropiaran como su propia doctrina, como su propio ideario, como su propio espíritu, no queda más que uno, que es Kautsky. Los demás han desaparecido todos. Pero, a pesar de que el marxismo en boca de tan buenos propagandistas hizo rápidos progresos, no hay que creer que el marxismo se desarrollase sin tener que vencer grandes dificultades. Nacieron discrepancias en la escuela, nacieron adversarios del ideario marxista. Y yo voy a hacer no una exposición de las desviaciones de la doctrina marxista — sería demasiado ambicioso —, pero sí una breve indicación de los principales conatos que se han hecho para revisar y transformar el marxismo. Ha habido como oleadas de antimarxismo, como momentos

en los que parecía que todas las fuerzas adversas se conjuraban para combatir la doctrina. Al marxismo se le ha dado muchas veces por muerto; y se ha dado la circunstancia de que precisamente en el momento que se consideraba que iba a morir, ha cobrado nueva vida y ha resurgido la fuerza extraordinaria, la dinamicidad que le es característica.

El revisionismo en España

Cuando yo ingresé en el Partido Socialista venía de Alemania, donde, mediante el estudio de los libros y de la realidad, pude desprenderme de muchos prejuicios de los que con frecuencia se tienen aquí por muy radicales sin serlo y que constituyen los mayores obstáculos para percibir la verdad; entonces liquidé ante las masas que estaban en relación conmigo mi pasado de republicano burgués e ingresé en el Partido. Por aquella época, entre algunos militantes eruditos, intelectuales, universitarios, estaba de moda la revisión del marxismo, que hubo iniciado un hombre de gran valer, Eduardo Bernstein, uno de los discípulos que bebieron en las propias fuentes la explicación de la doctrina. Aquellos intelectuales españoles a que me refiero, como ese revisionismo de Bernstein se llamaba también reformismo, aprovechaban la tendencia revisionista y reformista existente entonces en Alemania y en la Internacional para aproximarse al partido reformista español, ese producto híbrido de monarquismo y republicanismo, cuya pobreza ideológica y cuya infecundidad todos conocéis. Aquellos revisionistas españoles eran, pues, jóvenes imbuídos de prejuicios burgueses, pero en posesión de una gran inquietud que los

llevaba nada menos que a pensar que el Socialismo de Marx había perecido y que había que reemplazarlo por una cosa no diré que más perfecta, pero desde luego que para ellos aparecía más práctica; y tengo que recordar que aquellos compañeros, como yo procedía de la Universidad y la mayor parte de ellos eran universitarios — había algunos obreros —, me rodearon a mi ingreso en el Partido, y escuché de ellos tantas frases halagadoras que quizá me hubiesen llevado a un fracaso desde los primeros momentos, si no estuviese acostumbrado ya entonces a escuchar sin conmoverme los cantos de las sirenas. Por fortuna, yo no me embarqué con ellos, y pasados unos años, cuando vino la guerra, aquellos mismos reformistas fueron los que a los primeros bolcheviques que vinieron aquí les dijeron que nosotros éramos unos reformistas y unos conservadores, que los únicos revolucionarios eran ellos y que a ellos debían confiar los mandos y los medios de la revolución española. Así son, no en los espíritus grandes, pero en los espíritus mezquinos, muchas de las dificultades con que ha tropezado el marxismo, muchas de las olas que han querido barrerlo, muchos de los intentos de revisar la doctrina.

El intento revisionista de Bernstein

Pero como Bernstein era un gran espíritu que con altura, sinceridad y nobleza defendió sus doctrinas, vamos a analizar brevemente en qué consiste el intento que hizo de revisar el marxismo. El marxismo, aplicando la teoría de la dialéctica al desarrollo de la economía capitalista, había establecido como una ley que el capital se concentraría cada vez en un número menor de manos;

que la masa de proletarios sería cada vez más numerosa y que, por consiguiente, el abismo que separa a la clase poseedora de la explotada sería cada vez más grande, y la lucha se haría más viva.

Los pequeños propietarios, expropiados por los grandes, irían aumentando progresivamente el ejército proletario y por consiguiente las fuerzas revolucionarias; hasta que este ejército adquiriera una superioridad evidente y pudiera apoderarse del Poder político y realizar la revolución. Bernstein decía: «Han pasado años y realmente no se verifica ese proceso de condensación, de concentración de la propiedad en pocas manos, sino que, por el contrario, vemos que en muchos países y en muchas ramas del trabajo tiende a aumentar, en vez de disminuir, la pequeña propiedad.» Que se desarrolle la propiedad en el sentido que establece Marx, que cada vez se concentre en menos manos, que cada vez aumente el ejército proletario, no quiere decir que en determinadas épocas, en determinados momentos, en determinados países, en determinadas regiones, no se produzca un proceso de división de la propiedad. Es más: aumentando la concentración de la propiedad, y aun cuando la ley establecida por Marx produzca todos sus efectos, y aun cuando se inicie la transformación de la sociedad en un sentido socialista, es indudable que, aparte de las grandes industrias, subsistirán restos de la industria primitiva e incluso artesanos de tipo antiguo, y en ciertas condiciones se formarán algunos núcleos nuevos de pequeños propietarios. Unos pocos casos concretos os lo demostrarán. Veis lo que pasa en la actualidad cuando se produce un invento; por ejemplo, cuando se perfeccionan las ruedas o las gomas de las ruedas de los automóviles, o se inven-

ta un accesorio de los vehículos accionados por motores de explosión. Con frecuencia ese invento da lugar a la creación de una serie de pequeñas industrias que tratan de explotarlo, de pequeños comercios que tratan de venderlo, sin que por ello haya que dejar de considerar como verdadera la ley de concentración del capital. Estas son excepciones que confirman la regla.

La acumulación de riqueza en la tierra

Otro ejemplo: la propiedad agraria, que se consideraba exceptuada de la ley de acumulación de la riqueza, de Marx. Está visto que hoy tiende en el mundo a concentrarse cada vez más en pocas Empresas. Sobre todo, desde que los grandes cultivadores americanos han aplicado la maquinaria y la racionalización al cultivo de grandes extensiones de tierra con pocos brazos, se ha planteado un problema en la agricultura semejante al de la industria, y, por consiguiente, aun en ese dominio, que se consideraba exento, se ha cumplido también la ley establecida por Marx. ¿Quiere decir eso que en un país o en regiones determinadas donde, por ejemplo, se realicen obras hidráulicas y se conviertan tierras de secano en regadío, los latifundios existentes no se tengan que dividir? Si se trata de un país en que abunde más la mano de obra que el capital, la división se impondrá y surgirán nuevos pequeños propietarios; pero no por eso deja de seguir su curso el proceso general económico y de irse cumpliendo las leyes que Marx estableció.

La ley de concentración de la propiedad y del capital, como os he dicho, traía consigo, como consecuencia, la acentuación cada vez más enérgica de la lucha de

clases, y, por consiguiente, justificaba la afirmación de Marx de que ese proceso de desarrollo económico había de traducirse, en el orden político y social, en un proceso revolucionario. Bernstein argüía: «No; puesto que la ley de la concentración no se produce; puesto que la oposición de las clases no se acentúa, no hay motivo para pensar en catástrofes revolucionarias; debemos pensar más bien que, por una serie de pequeñas y sabias reformas, se irán haciendo las transformaciones necesarias de la propiedad.» Así nació el reformismo.

Ya veis, por las indicaciones que antes os he hecho, que a pesar de los argumentos y de los hechos que se han aducido para combatir la teoría de Marx, el tiempo se ha encargado de demostrar que esa teoría no tenía verdaderamente fundamento en la realidad. Desde luego, el hecho de que a las leyes establecidas por Marx se les puedan señalar excepciones no prueba absolutamente nada. Probaría si las afirmaciones de Marx fuesen de un carácter absoluto, si Marx hubiese pretendido alguna vez fórmulas indiscutibles y definitivas; pero si lo hubiese hecho, no hubiese sido un científico; hubiese sido un teólogo, un metafísico; mientras que lo que pretendía Marx, lo que quería Marx mediante la aplicación de sus doctrinas era desarraigar de las almas los prejuicios teológicos y metafísicos.

El marxismo no es un sistema dogmático

Generalmente, cuando se combate al marxismo se le combate como si fuese un sistema perfecto de verdades eternas, una especie de religión, un sistema dogmático o una concepción moral. Se dice muchas veces: el Socia-

lismo es la religión nueva. ¡La religión nueva! ¡Qué va a ser!, si el espíritu del Socialismo es completamente distinto del espíritu de la religión. No; el Socialismo, lejos de ser un sistema de verdades dogmáticas, no es ni siquiera un sistema; el Socialismo es un método, es un modo de acción, es un camino para investigar la verdad en los problemas históricos y sociales, y un camino a seguir sólida y reciamente para operar una verdadera transformación social; pero como método, el Socialismo está compuesto de leyes, está compuesto de la enumeración de los hechos, está compuesto de principios, está compuesto de teorías. Las teorías del marxismo, como todas las teorías científicas, no necesitan ser absolutamente verdaderas, ni pueden desecharse porque se aduzca una instancia contraria. A las leyes y a las teorías científicas les basta con ser relativamente verdaderas. Y, precisamente, cuando al aplicarlas se ven los defectos de detalle que puedan tener, entonces es el momento preciso para corregirlas y laborar por su perfeccionamiento cada vez mayor. ¡Errores! ¡Qué errores más pueriles se han señalado algunas veces a Marx! Voy a citar uno. En el mismo *Manifiesto comunista*, escrito por Marx y Engels en la víspera de la revolución del 48, decían estos grandes definidores del Socialismo: «Se aproxima una revolución, una revolución liberal burguesa, que no es la nuestra, pero es el prólogo de la revolución proletaria.» Y ocurrió, compañeros, que se realizó la revolución del 48, y después no vino la revolución proletaria, sino que vino una espantosa reacción. Como ocurrió cuando, años después, triunfó en París la *Commune*: lo que vino detrás fué una reacción sangrienta.

Y bien, se dice: qué error más grande ha cometido

Marx ; ha predicho la revolución proletaria ; la revolución proletaria no se ha producido, y, en cambio, se ha producido la reacción. Pero eso lo dicen solamente los que no saben lo que son anhelos revolucionarios. El que lo sabe, el que ha estudiado la historia de las revoluciones, está plenamente convencido de que todos los revolucionarios han cometido esos errores por sus nobles impacencias, por sus deseos de llegar al fin. (*Muy bien, muy bien.*)

Es natural que nosotros pensemos cada vez que se presenta una coyuntura que vamos a dar un paso de gigante. Quizá sea un paso pequeño ; pero no es estéril, y con el de otros, es seguro que servirá para edificar la gran obra ; y quiere decirse que los que verifican la revolución son hombres modestos ; pero la obra, suya y de todos, es grande. (*Grandes aplausos.*) Y Marx se equivocó en eso ; pero para mí, y creo que para muchos de vosotros, vale más que se haya equivocado que el que hubiera dejado de sentir el entusiasmo que ha sido el acicate interno de todas sus investigaciones.

El Socialismo es inteligencia y no misticismo

Porque, volviendo a un tema que antes apunté, y no sé por qué he abandonado, es indudable que el resorte interno que mueve las vidas consagradas a la revolución, y especialmente a la revolución social, es un resorte que podemos llamar, si queréis, estético, o si queréis, moral. Hay en el origen de todas las actitudes de rebeldía, cuanto más meditadas y profundas, mejor, un sentimiento de repugnancia hacia las injusticias y desigualdades, y una aspiración a que éstas sean suprimidas y reparadas ; pero

mientras el Socialismo no es más que eso, es estéril y muchas veces absolutamente contraproducente. Por eso yo, cuando aparece en nuestras filas, o fuera de ellas, un hombre que habla de Socialismo con un énfasis místico, como si a cada una de sus palabras le precediese el brillo de las zarzas que ardían en el Sinaí, e invoca a cada momento los estados íntimos de la conciencia moral y los refinamientos de la sensibilidad, yo desconfío; desconfío porque para ser socialista eso no vale, eso queda oculto como un sentimiento interno e inicial de las actuaciones. Por entusiasmo místico y sentimental se puede llegar a una posición de superioridad protectora, adoptando la actitud de derramar los beneficios de la sabiduría y de la bondad sobre las masas, cuando éstas son las que tienen que emanciparse por sí mismas, según las palabras de Marx. O se puede, en un impulso de sentimentalidad, adoptar actitudes que tienen una apariencia radical; pero que en el fondo no valen absolutamente para nada. Y tenemos que convencernos, compañeros, que aunque el marxismo, el Socialismo científico, el Socialismo que verdaderamente está cada vez más en el fondo del espíritu de la masa proletaria, aunque ese Socialismo tenga un origen en sentimientos de justicia, en deseos de mejorar, en afectos, en estímulos morales, si queréis, el Socialismo es ante todo inteligencia, es comprensión; porque, contra lo que se ha dicho tantas veces para motejar el Socialismo por la teoría del materialismo de la Historia, hay que afirmar que la economía misma es un producto de la inteligencia aplicada a la Naturaleza; que el intento de utilizar el estudio del desarrollo de los fenómenos económicos para obtener una explicación objetiva de los hechos políticos y sociales, es una de las aportacio-

nes más nobles y más grandes que se han hecho en el mundo al progreso de la inteligencia y del espíritu. (*Muy bien. Aplausos.*)

Examen de la concepción de Henri de Man

Y esto me lleva, compañeros, a tratar de otros conatos de reforma del Socialismo. Hace pocos días ha estado entre nosotros un militante socialista belga de gran importancia, hombre de gran erudición, hombre de grandes dotes docentes, que estuvo muchos años encargado de la enseñanza en la Central de Educación Obrera belga, que actualmente es profesor en una gran Universidad alemana: Henri de Man.

Y Henri de Man es célebre en el mundo y conocido en España principalmente por un libro que se titula *Más allá del marxismo*. El libro está bien hecho, está bien compuesto. Tiene datos originales, tiene razonamientos finos y bien derivados. Ahora bien, ¿qué es lo que se defiende en ese libro? En ese libro se dice: «El marxismo ha hecho quiebra. El marxismo es una doctrina vieja. Hay que superarla. Hay que sustituirla. Sus principios, sus leyes económicas, su teoría de la lucha de clases, no valen. Las leyes mismas no se cumplen. ¿Por qué?» Los hechos que aduce Henri de Man en ese libro son más livianos que los que aduce Bernstein. Henri de Man dice: «Llevamos ya muchos años de lucha sindical y lucha política, y ¿qué vemos? ¿Que se ha iniciado una labor de revolución? No. Lo que vemos es que el proletariado se aburguesa.» Llega a puerilidades como ésta: la de decir que el proletariado se aburguesa porque entre la manera de vestir un proletario y un burgués había

antes una gran diferencia, y ahora hay poca. Efectivamente, antes los obreros iban en harapos y con los pies descalzos. Y siempre, indefectiblemente, con la camisa sucia. Y hoy, algunas veces por lo menos, llevan la camisa limpia. Y un traje decente. Y botas. Y eso dice que es falta de espíritu revolucionario Henri de Man. Pero, además, esa nota delata un espíritu demasiado superficial al percibir y sacar las consecuencias de los hechos. Hay muchos observadores e historiadores que coleccionan documentos para describir un período de Historia. Y resulta que a veces estos hechos no tienen absolutamente ninguna significación, porque al observador le han pasado inadvertidos otros hechos que tienen un carácter más revelador de las costumbres y de los gustos de la época.

Modas estéticas e intelectuales

En la actualidad se está produciendo en el modo de vestir una transformación grande, con un sentido estético nuevo, entre otras cosas por el valor que toman los trajes de los distintos oficios. ¿No vemos que hay hoy una estética en la indumentaria de trabajo del albañil, del pintor, del metalúrgico, que antes no existían? Pues hasta tal punto esa nueva estética se impone, que se ha dado el caso inverso del que refería Henri de Man: el de la tendencia de la clase burguesa a la imitación de los trajes del proletariado. Henri de Man quiere socavar el marxismo en su fundamento y naturaleza. Y combate no propiamente la lucha de clases, sino el móvil del espíritu revolucionario de la masa obrera. Según él, no se trata de un móvil de la masa obrera, sino de un móvil de los individuos. Y consiste en que cada individuo obrero lleva

oculto en sí mismo lo que hoy se llama un complejo de inferioridad. Eso del complejo de inferioridad es una de esas expresiones que se ponen en moda, como «envergadura» y otras semejantes, y que la gente repite sin dar siempre una prueba de gran gusto y muchas veces sin saber lo que quieren decir. El complejo de inferioridad es una asociación de estados psicológicos inconscientes que ejercen influencia sobre los actos verdaderamente conscientes, y son los que en realidad actúan en la vida humana. Y esa teoría la ha divulgado Freud principalmente, con el intento de aplicar, de un modo bastante superficial y ligero, un procedimiento terapéutico para tratar algunos casos de perturbaciones mentales y psicológicas.

Esta teoría tiene un fundamento. Pero cuando coge una de estas teorías de origen científico un hombre de bombo y platillo, se acaba la ciencia y no queda más que aparato y escenario de feria. Y con ese bombo y ese platillo, las teorías de Freud han caminado por una y otra feria de Europa abriéndose paso. Y las gentes semiilustradas, que tienen hábitos de superstición, han querido hacer de la ciencia una superstición más y hablan de los complejos psicológicos de inferioridad lo mismo que cultivaban el esperanto o el naturismo y la curación, por medio del agua, de todas las enfermedades.

Man renuncia a la explicación psicológica de la revolución

Yo reconozco que Henri de Man es un hombre que maneja la técnica docente, que tiene un gran hábito de exposición, que conoce perfectamente métodos de investigación, que si en ese caso no se han aplicado bien, en otros pueden dar resultados magníficos. Y así, he tenido una sorpresa gratísima, porque cuando he escuchado a Henri de Man he visto cómo hacía una descripción muy completa del estado económicosocial de los pueblos más adelantados de Europa y de América. He contemplado el espectáculo que Henri de Man nos dió, que en un libro que anuncia para breve tiempo se confirmará, de que ha dejado a un lado por completo la explicación psicológica de la revolución proletaria y la teoría del complejo de inferioridad, y ha llegado a una concepción del proceso económico que se está desarrollando en nuestros tiempos, verdaderamente revolucionarios, tan mecanizada, que Marx mismo no creo que pudiera suscribirla (1).

La obligación de los marxistas

Porque, como ya os he dicho antes, Marx creía que las leyes económicas del desarrollo del capitalismo y del proletariado se cumplirían; pero creía que se cumplirían con la intervención de la inteligencia y de la voluntad hu-

(1) Conocida es la influencia beneficiosa que últimamente ha ejercido Henri de Man sobre el Partido Obrero Belga mediante la aceptación de su Plan de Trabajo.

manas. No como leyes fatales. Y oyendo a Henri de Man he tenido la sensación de que ha llegado a una interpretación del materialismo de la Historia muy parecida a las que los antimarxistas han atribuído frecuente e injustamente a Marx. Quiere decir esto, compañeros, que la labor de Marx, principalmente el *Manifiesto comunista* y *El capital*, no son una especie de Biblia donde nosotros, cada vez que tengamos que resolver un problema que nos plantee la realidad, no tengamos más que hojear las páginas hasta encontrar el versículo correspondiente y aplicarle. No. De ninguna manera. Es más, os voy a decir que la doctrina de Marx no ha sido siempre la misma, y en eso está su principal virtud. La doctrina de Marx se ha ido perfeccionando. En sus principios tenía muchos residuos, tenía muchos resabios de concepciones infecundas. Por ejemplo: de Socialismo utópico a lo Owen o a lo Saint-Simon, o de economía concebida al modo liberal de Ricardo. O reminiscencia de acción política jacobina, propia de los blanquistas del tiempo de Marx. Y poco a poco, Marx fué perfeccionando su doctrina, mejorándola, discutiendo consigo mismo y con los demás. Y así, nos legó el ejemplo de lo que el marxismo debe ser. Los marxistas estamos obligados a hacer que la doctrina, fundándose sólidamente en sus principios, vaya desenvolviéndose, transformándose, mejorando, hasta hacerla cada vez mejor. Y hay que tener en cuenta que no debemos pretender encontrar remedios infalibles para curar los males que se produzcan en nuestra sociedad actual en los libros de Marx, tanto más cuanto que *El capital*, que hace más de sesenta años que fué escrito, no pudo tomar en cuenta muchos fenómenos políticos, sociales y económicos que se han producido después. En *El capital* se encontrará un

tratado magnífico de economía aplicada, que ya es bastante. Pero política social, tal como se ha desarrollado posteriormente en todas las naciones del mundo, y principalmente en Europa, de eso no contiene nada *El capital*. De política financiera, que hoy tiene una importancia que puede decirse que es la clave sin el concurso de la cual nunca se hará una revolución perfecta, de eso no contiene nada *El capital*. De política bancaria, tampoco. Bancos existían, naturalmente, en tiempos de Marx ; pero la importancia que han tomado los Bancos después era para Marx desconocida y el fenómeno no lo podía percibir, ni definir, ni explicar.

No existe en *El capital* nada que se refiera a política comercial. El comercio existía, sin duda ; pero los grandes desarrollos del comercio actual eran entonces absolutamente desconocidos y casi imposibles de prever tal como existía el comercio en aquella época. Igualmente ocurre en lo referente a política colonial e imperialista.

Y así, en todo orden de cosas que se refieren a problemas nuevos, a problemas que surgen con el desarrollo de ese proceso económico que en líneas generales describe Marx. No podemos encontrar en *El capital* y en los libros de Marx más que principios inspiradores para resolver estos fenómenos nuevos. Los tratamientos, recetas, remedios fáciles para aplicarlos y curar los males que se nos vayan presentando, por fortuna no los encontramos en sus libros.

La situación actual de Europa

Y ahora que he empezado a hablar de los fenómenos nuevos que se han producido después de la obra de Marx, vamos a tratar brevemente, si vuestra fatiga y la mía me lo permiten, de la situación actual y de la vida social y política en Europa. Desde que murió Marx hasta que estalló la guerra, a pesar de esas rectificaciones que se han querido hacer del marxismo, inspirado por la idea de Marx el proletariado ha hecho progresos considerables de organización sindical y política en todo el mundo. Principalmente en las naciones más desarrolladas económicamente, los Sindicatos obreros han alcanzado un poder verdaderamente extraordinario. Los triunfos del proletariado, traídos por las ideas de Marx, han sido innumerables. Y entonces, al mismo tiempo que se decretaba el fin del marxismo y que se organizaban ofensivas contra él, por otra parte, alternando o simultáneamente con éstas, se producía un movimiento de aproximación de la burguesía al proletariado y al Socialismo. Y además existía un requerimiento constante a los hombres del Socialismo y de la organización obrera para que colaborasen en el Poder. Y está plenamente justificada la existencia de estos requerimientos, porque habréis notado que el hombre de taller, que ya tiene en la práctica de su oficio una educación de su atención, ha adquirido el hábito de formarse de las cosas conceptos precisos, no vagos, y si pertenece además a la organización obrera, encuentra en ésta una escuela tan perfecta, que de ella salen magníficos hombres de Gobierno, superiores muchas veces a los hombres de la burguesía. (*Muy bien. Aplausos.*)

Una formación eficaz

Y los intelectuales que se adaptan a esta organización maravillosa, también adquieren, si no el espíritu de detalle de los obreros, sí una visión crítica y a larga distancia, que los coloca en muchas ocasiones, en su manera de interpretar los hechos, muy por encima de los políticos de la burguesía. Así, hemos visto que han ido apareciendo en los Partidos Socialistas de los distintos países hombres con tal aptitud de gobernantes, que algunas veces ellos mismos han creído que debían obedecer a los requerimientos de la burguesía y hasta abandonar el Partido y la organización obrera para desempeñar funciones de Gobierno. Eso ha pasado, ya lo sabéis, en casos un poco lejanos y en casos recientes: Millerand, Briand, MacDonald y Paul Boncour. En estos últimos tiempos ya sabéis que, por ejemplo, Briand llegó a ser, para la burguesía al menos, un político excepcional, que se consideraba como clave no ya de la política francesa, sino de la política mundial. Y veis cómo en la actualidad Boncour es un hombre solicitado por su eficacia, por su competencia, por su aptitud de gobernante en los distintos Ministerios que se forman en Francia. Y veis que MacDonald ha creído honradamente que había llegado un momento difícil para la vida de Inglaterra, de Europa y del mundo entero, y que no había otro remedio que sacrificarlo todo a realizar una obra de Gobierno difícil.

He aquí la tragedia

Es, por consiguiente, un fenómeno ya conocido de antemano este de que los hombres formados en la escuela de los Sindicatos y del Partido Socialista son hombres eficaces, que valen para poder prestar servicios en funciones de Gobierno. Pero fué en el momento de la guerra y los primeros años de la postguerra cuando la desorientación de la burguesía, la complejidad de los conflictos, la gravedad de las responsabilidades ante las que se encontraban los gobernantes hicieron que en Europa surgiese una tendencia que arrastraba a los Partidos Socialistas: «Hay que gobernar.» Y, en efecto, en los países en los cuales el Partido Socialista, viviendo un régimen democrático y representativo, tenía una mayoría o minoría grande en el Parlamento, no se han podido negar nuestros camaradas a las funciones de Gobierno. Y en otras partes, cuando la revolución ha estallado en un país sin preparación, en el que las instituciones tradicionales se habían ido degradando y pudriendo, como en Rusia, no había dispuestos para ocupar el Poder, que estaba verdaderamente en la calle, más que los hombres del Partido Socialista y después los bolcheviques. He aquí la tragedia: para los Partidos Socialistas, en Rusia como en Inglaterra y Alemania (porque cuando pasen unos años veremos que, pese a las diferencias que ahora notamos entre unos y otros países, en el fondo el problema es el mismo, aunque tenga variantes, según las circunstancias), la tragedia es que desertan los gobernantes burgueses, que se sienten débiles, que sus instituciones no sirven para gobernar, y entregan la responsabilidad en manos de los socialistas o los llaman a la participación del Poder. Pero

los socialistas, que no poseen propiamente los resortes del Gobierno, que no tienen un ejército suyo, que no tienen una justicia propia ni una burocracia propia, que no pueden tener en el país una organización industrial y económica creada por ellos, tienen que gobernar no en socialista, sino en burgués. (*Muy bien. Aplausos.*)

El peligro del reformismo

Se aduce que los socialistas desde el Poder, en Alemania, en Inglaterra, y en Rusia los bolcheviques, en España misma, han hecho leyes favorables para la clase obrera, y es verdad. Es verdad; pero es que el Socialismo y un Gobierno de participación socialista o un Gobierno socialista, estando en el oficio, en el cumplimiento de la función de gobernar, pero no propiamente en el Poder, como estaba el primer Gabinete MacDonald; un Gobierno en esas condiciones, que haga en Inglaterra los subsidios al paro o las reformas de enseñanza, y en España la fecunda legislación social que gracias al ministro de Trabajo socialista tenemos, puede gobernar siendo fiel al Socialismo, pero moviéndose dentro de los límites de un Socialismo puramente reformista; y si el Socialismo toma este aspecto única y exclusivamente reformista, entonces ha triunfado la teoría de Bernstein en la práctica del Partido, aunque no deba triunfar por su contradicción con los hechos; y no beneficiará a las nuevas masas proletarias que se van formando día por día en virtud del cumplimiento en gran escala de las leyes establecidas por Marx; a esos proletarios nuevos arrancados al cultivo de la tierra, que ya no solicita sus brazos; arrancados a la fábrica, que despide obreros. Esos proletarios

que eran antes estudiantes o abogados, de profesiones liberales, hombres de la clase media, que se han visto de pronto reducidos a la condición proletaria... Esos no se pueden conformar con un Socialismo reformista. Y el conflicto surge aquí si el Socialismo no se afianza en los principios de Marx. Si toma prematuramente el camino de las responsabilidades del Gobierno o si lo acepta por obligación, como queráis, el peligro se introduce cada vez más por la vía del reformismo; y el reformismo le aparta indefectiblemente de las masas cuya inteligencia no está todavía despierta, cuya conciencia obrera no está esclarecida, pero que tienen una pasión revolucionaria que nosotros debemos cuidar, atrayendo a esos hombres a nuestras filas como garantía de su triunfo y del nuestro. Y ésta es la complicada y trágica situación del presente, compañeros. Ni intento yo siquiera describir la situación económica y social por que atraviesan actualmente Europa y América. Es demasiado complicado para mí. Pero, en fin, todos lo habéis visto. Alemania, bajo el peso del Tratado de Versalles y en la necesidad de cumplir las obligaciones económicas que imponía la derrota, se vió obligada a buscar dinero produciendo mucho y produciendo barato para encontrar mercados en el mundo.

Y para eso pidió que se le abrieran créditos en los Estados Unidos con objeto de perfeccionar sus fábricas, ofreciendo como garantía su capacidad industrial en un grado de perfeccionamiento técnico como no podíamos soñar. Y vino allí un período en el que la movilización del dinero para utilizarlo en las nuevas industrias o en la reforma de las viejas produjo ese fenómeno que se llama la inflación. Y ¿qué pasó entonces? Que la vida era in-

segura, que todos los días se despeñaba el marco, y un obrero o un empleado, cobrando un jornal por la mañana, lo veía reducido por la noche a un valor ínfimo. Aquella situación era imposible. Entonces, para salir de aquella situación, Alemania hizo un corte de cuentas, perdiendo el marco el escaso valor que aún conservaba; y la clase media, que tenía papel y cobraba la renta o billetes de los Bancos, se vió en la miseria, lo perdió todo... Quedó reducida al nivel del proletariado. Es una revolución económica en toda regla lo que hizo Alemania con aquel corte de cuentas. Pero entonces, cuando se creyó salvada la dificultad, se produjo un proceso contrario al de inflación: el proceso de deflación, al crearse el reichmark con un valor fijo en oro. Y entonces se produjeron consecuencias aún más dolorosas que las anteriores, y llegó un momento en el que los parados se contaban por millones.

El caso de Inglaterra

Ved lo que ha pasado en Inglaterra. Era un socialista ministro de Hacienda, Snowden. Y como los socialistas, gobernando en los países de estructura burguesa, no poseen las palancas verdaderas del Gobierno, la Bolsa y la Banca ejercieron sobre él una enorme sugestión. Hicieron creer a Snowden que la salvación de Inglaterra estaba en una economía de sacrificios encaminados a restablecer el patrón oro, es decir, a poner la libra a la par con el oro, en la proporción que había estado antes de la guerra.

Snowden sabía que aquello iba a producir grandes trastornos, grandes perturbaciones en la vida económica y política de Inglaterra; pero creía que era una opera-

ción quirúrgica que había que realizar. Desde que se niveló la libra, si bien los que poseían valores industriales o rentas del Estado vieron aumentada su riqueza, en cambio se produjo una contracción industrial. Se empezaron a cerrar fábricas, industrias textiles, del carbón, metalúrgicas, de la construcción de barcos, etc.

E Inglaterra, el país poderoso, el que blasonaba de tener los obreros mejor tratados de todo el mundo, vió abandonadas a las masas, sin tener un pedazo de pan que llevarse a la boca. Y quedaba un país lleno de oro, esplendoroso de prosperidad: los Estados Unidos. Allí se llevó a la práctica el plan capitalista de la producción en gran escala y la racionalización industrial. Se trataba de producir mucho a bajo precio economizando la mano de obra. Y a base de este desarrollo espléndido, aquella industria se encontró con que, por la crisis de Alemania, de Inglaterra, de Rusia y por la misma situación de América, no tenía mercados para absorber su fabricación. Y por esta circunstancia se encontró también con millones y millones de obreros parados. ¿Se puede soñar una situación más revolucionaria que ésta? Nunca se pudo pensar que el desarrollo de este proceso del capitalismo llegase a una situación más trágica y revolucionaria que la que actualmente presenta el mundo. Naturalmente, hacen falta hombres que hagan frente a estas necesidades. Todo son conflictos. ¿Cómo lograremos salir de esta situación? He aquí un caso en el que hay que considerar la necesidad y la eficacia de actuar según los principios marxistas. Con la teoría del complejo psicológico de inferioridad; con recetas teológicas; con evocaciones de sentimientos místicos, trasunto de tiempos remotos, que ni siquiera sirven ya para dar valor y prestancia a las per-

sonalidades individuales, que convierten las vibraciones íntimas de la conciencia en pregón de vanas superioridades; con apelaciones desesperadas a viejos resortes jacobinos que la transformación de los tiempos ha hecho ineficaces, por ninguno de esos caminos se llegará a la meta anhelada.

Por el camino de las religiones no llegaremos a entendernos

No. La Humanidad se ha pasado muchos siglos intentando unirse, intentando entenderse, intentando no destrozarse, intentando poner fin a las luchas bárbaras, más propias de las especies animales que del hombre. Y para eso ha invocado una tradición religiosa, un sentimiento, una idea de justicia. Y el intento ha fracasado y ha acabado en guerras más crueles por ser guerras que tienen como fundamento no la disputa por un pedazo de pan, sino la pugna por la victoria de principios de verdad y justicia absolutos, que han hecho creer a los fanáticos de cada credo que el adversario es un sér indigno que hay que aniquilar por completo para que queden triunfantes el bien y la verdad sobre la tierra. (*Grandes aplausos.*)

Por el camino de las religiones ni marcharemos de acuerdo ni llegaremos nunca a entendernos. Hay otro, sin embargo, en el que podemos entendernos. El terreno de los intereses, no ocultándolos como cosa menguada y mezquina. Los hombres somos carne y sangre, y porque somos carne y sangre somos alma, que si no, no lo seríamos. (*Muy bien.*) Y tenemos que comer, y derecho a la vida, y derecho a la alegría, y a la ilustración, y

al goce del arte. Todos queremos conquistar este derecho. Con razón lo queremos. La ciencia, con sus maravillas, ha llegado a crear un estado de perfección industrial en virtud del cual en la tierra puede haber frutos para todos, posibilidad de albergue decoroso para todos, de vestido decoroso para todos, y ya no digo tanto, pero estamos en camino de que haya posibilidad de educación para todos (*Aplausos.*), que ahora no la hay para casi ninguno. Pero mientras subsista la actual organización social y la lucha bárbara por los intereses individuales, sin tener en cuenta los colectivos, todas estas posibilidades de producción serán estériles, porque todos sabéis que cuando se produce en abundancia y los precios bajan, el capitalista prefiere arrojar al mar los productos del trabajo o quemarlos, a entregarlos al consumo de las muchedumbres necesitadas de ellos. ¿Es esto posible? Si nos encontrásemos ante la imposibilidad de producir riqueza suficiente para la satisfacción de las necesidades humanas, tendríamos que resignarnos a la miseria, a la ignorancia y a la esclavitud. Pero si hay posibilidad de producir para todos, la solución es cuestión de buena voluntad, primero; pero, finalmente, de inteligencia, como decía Marx.

Hace falta llegar a un acuerdo económico

Hace falta llegar a un acuerdo económico en las relaciones de las naciones, y a un acuerdo económico que constituya por sí solo una revolución. Para resolver las dificultades del presente se dibujan dos tendencias: una, que reconoce que el capitalismo ha sufrido un rudo gol-

pe, que agoniza ; pero que intenta restaurar su funcionamiento, curar sus males, devolverle la vida. Cada vez que se ensayan procedimientos de esta naturaleza, vuelven a fracasar de tal modo, que ya no queda más que la solución opuesta, que consiste en renunciar a que la base de la producción sea el interés y el provecho individual, y producir no ya en masa, como quieren algunos capitalistas, sino para la masa, para las necesidades colectivas. Porque la producción no es un negocio, sino un servicio de la sociedad. (*Muy bien.*) Y si hace falta movilizar grandes reservas de riqueza, no importa.

Keynes, economista burgués, ha dicho : «No ahorraréis. El ahorro es una mezquindad.» Y aunque la frase tiene un atuendo excesivo, hay que reconocer que, en gran parte, tiene razón. En la época de prosperidad de las industrias de los Estados Unidos, los obreros ahorraban, adquirían a plazos una casa, adquirían a plazos un automóvil y todavía les sobraba dinero y adquirían acciones de industrias. Y todos los admiradores del régimen capitalista de los Estados Unidos proclamaban la solución del problema social por el sencillo procedimiento de la conversión del proletario en rentista. Pues ya sabéis lo que ha pasado : se han hundido los Bancos y han arrasado en su ruina los ahorros de los servidores, demasiado confiados, del capital. ¿Por qué? Porque hace falta una política para el manejo de la riqueza que no tenga en cuenta que el accionista cobre un dividendo mayor o menor, sino que cuide de que la distribución de la riqueza se haga según las necesidades colectivas. En épocas pasajeras de prosperidad se pueden crear bajo el régimen capitalista nuevas industrias, y emitir nuevas acciones, y venderlas a altos precios, y se puede desarrollar

el agio, como en los Estados Unidos, convertidos durante algún tiempo en una especie de gran ruleta internacional, hasta que un día se empieza a ver que no marchan las industrias, que se cierran las fábricas, que desciende el valor de las acciones, y cunde la alarma y se extiende el pánico, tomando proporciones aterradoras. Y entonces, los Bancos tiene que cerrar sus puertas y dejar en la miseria a los que habían depositado en ellos sus fondos.

Ya veis que no es ése el camino. Es otro. El aburguesarse por sentirse con un complejo de inferioridad no va a ninguna parte. (*Risas.*) De tal manera, que hoy estamos en unas circunstancias en que las soluciones del marxismo se imponen hasta a los espíritus más reacios a su aceptación.

Proyección de la doctrina en la situación nacional

Y ahora—perdonadme, que he abusado mucho de vosotros (*Voces:* No, no.)—, vamos a hacer una aplicación de lo expuesto a nuestra situación nacional. En España triunfó la República. Merced a eso, los socialistas tomaron parte en el Poder. Yo, no os lo tengo que decir, todos lo sabéis, no estaba conforme con eso. Pero tengo que reconocer que, aunque no estaba conforme, la masa lo estaba, y yo me quedé en un espléndido aislamiento, con la honrosa compañía de algunos camaradas que sustentaban puntos de vista análogos o idénticos al mío. Un período de impopularidad, que siempre es una gran experiencia, que tiene sinsabores, pero también otros rasgos compensadores. Conozco, por fortuna, las dos cosas :

la impopularidad y la popularidad. Bien. Los socialistas formaron parte del Poder. Se hicieron elecciones, y el Partido Socialista Español, que, cuando más, había logrado tener seis diputados en las Cortes de la monarquía, eligió más de cien en las Cortes constituyentes de la República: la fracción más numerosa de la Cámara. Nos encontrábamos ya, de repente, en unas condiciones semejantes a las en que se encontraban los hombres de los Partidos Socialistas de otros países. Esto creaba compromisos que no se podían desconocer. Compromisos políticos, de Gobierno. ¿Es que yo voy a rectificar por eso mi posición de antes? ¡Ah, no, no! Yo me habré equivocado o no. Pero estoy satisfecho de haber pensado como pensé y de haber procedido como procedía.

Nuestros compañeros en el Poder han realizado una labor magnífica

No dejo, sin embargo, de comprender que a la situación creada hay que hacerle frente, si bien por aquellos que alentaron el movimiento. Y aplicando lo dicho anteriormente, sacamos una primera conclusión, y es que nuestros compañeros en el Poder han realizado una labor magnífica. Las comparaciones son odiosas, pero digamos que no inferior a la de ningún otro representante de partidos republicanos no socialistas. En mi fuero interno, yo os diría que, por lo menos en algunos casos, bastante mejor. Es una manifestación más en España de lo que vale la educación sindical y la educación socialista. Y, sobre todo, que los hombres que se han adiestrado en la vida sindical y socialista son, de entre los que ocupan el Poder, los más certeros y eficaces. Pero esa efica-

cia, si debe satisfacer a los que han alentado a los socialistas a que ocuparan el Poder, naturalmente que no se puede considerar que no va acompañada de riesgos. Sean cuales quieran, tengo que decir una cosa, porque ya sabéis que en España se ha empezado a poner de moda el ataque a los socialistas, y todos los males que ocurran en el mundo y en España se deben, según el criterio de nuestros debeladores, a que los socialistas están en el Poder, y, por consiguiente, si dejan el Poder está todo arreglado. (*Risas.*)

Saldrán con la frente alta

Pues bien ; soy testigo de mayor excepción y tengo que declarar que gran parte de las gentes que de una manera clara o encubierta combaten a los hoy ministros socialistas no tienen derecho para hacerlo (*Muy bien.*), porque durante toda la dictadura yo he sido objeto, no por mí, por los demás, de requerimientos para que los socialistas se decidieran a ocupar el Poder. Y por toda clase de elementos civiles, de extrema izquierda, de partidos del centro y hasta de extrema derecha, que decían : «Sin ustedes no puede haber nada.» Y hasta de militares. Un día, en el perchero de mi casa había gorras de todas las armas del ejército (*Risas.*), que iban más o menos con una pretensión semejante.

Y los que han puesto el problema en esas condiciones, apremiando día por día, haciendo responsables a los socialistas, si no se decidían a la empresa, de que frustrasen las posibilidades, son los que menos derecho tienen ahora a combatir a los socialistas ; los que tienen que

tratarlos con respeto. No dudo que llegará un día en que los socialistas hayan de dejar el Gobierno; pero tienen que salir con la frente alta. (*Grandes aplausos.*)

¿De qué serviría el sacrificio que hemos hecho?

Y no basta que ellos puedan llevarla. Es preciso, porque es una obligación, que todos los reconozcan y los respeten. Pero, liquidemos nuestros problemas: yo no he de decir cuándo los socialistas han de salir del Poder. Lo ha de decir la organización. Ahora bien; el día que aquello ocurra, ¿cómo lo haremos? ¿Marchándonos a la calle con una bandera de rebeldía y de protesta, mezclándonos en las luchas de los partidos republicanos y contribuyendo a que se destrocen unos a otros, como en la primera República? No, no. Entonces, ¿de qué serviría el sacrificio que hemos hecho? Si tal ocurriera contribuiríamos a que se produjese un caos político, una degradación que para nosotros sería vergonzosa. Yo digo esto porque a veces he sorprendido exclamaciones y movimientos que me producían una cierta alarma. Por ejemplo, se dice: «Retiraremos del Poder a nuestros compañeros; pero nos prepararemos para coger el Poder completamente y hacer una política socialista.» (*Voces de muy bien.*) Esperad; ya sé yo que por aquí voy al aplauso. Pero no me vais a aplaudir por eso. Fijaos que yo tengo ya bastante experiencia. Me acuerdo que un día yo dije — era en tiempo de la dictadura —, juzgando la situación política de aquel momento, que la monarquía estaba muerta y que todo era cosa de que una mano vigorosa cogiera al monarca y lo condujera a la frontera.

Pues bien ; en días más próximos, porque yo no era partidario de la participación ministerial, un compañero me dijo : «Pero si lo he aprendido de usted, cuando decía que no hacía falta más que coger al monarca y ponerlo en la frontera.» Yo pensaba, al decir aquello, que alguien, que no era el proletariado, era, sí, el indicado para cumplir aquella función liquidadora ; aunque no podía pensar tampoco que fuese la guardia civil.

Tenemos una República democrática...

Pero con aquellas palabras no quería decir nada que ni de lejos se refiriese a la participación ministerial. Y recuerdo que otro día dije : «Somos demócratas. Queremos luchar en la zona de la democracia burguesa. Queremos un régimen republicano burgués, con preferencia a un régimen monárquico, porque es el medio en que creemos que nosotros podemos obtener mejores condiciones para realizar nuestra labor. Ahora, si las instituciones tradicionales se empeñan en perseverar y van destruyendo cada vez más la vida de la nación, haciendo que lleguemos a una situación como la de Rusia, no serán los comunistas los que ocupen el Poder : vamos a ser nosotros.» Y estoy viendo que un día, por un quitame allá esas pajas, vamos a salir diciendo : «Vamos a ocupar el Poder con todas sus consecuencias, aunque sea con la dictadura.» Y se va a añadir : «El compañero Besteiro lo dijo en una ocasión.» Yo dije eso como una posibilidad remota, y realmente, si la descomposición monárquica hubiese persistido, en esas condiciones hubiésemos tenido que tomar el Poder. Pero ahora estamos lejos de esas circunstancias, y más lejos una vez que, por nues-

tra propia acción, tenemos una República democrática, siempre estimable, aunque tenga defectos, que yo soy el primero en reconocerlos. Todos sabéis que a mí la Constitución no me parece la más perfecta que existe, como han dicho algunos. Al contrario, por iniciativa mía, y después de muchas discusiones, la Agrupación Socialista Madrileña, en plena dictadura, estableció unas bases de la Constitución de la futura República. En aquellas bases había varias cosas, alguna que no hay en la Constitución, y en ésta hay cosas también que no había en nuestras bases. Había la doble Cámara. El Senado no hace falta. Pero la doble Cámara, sí, para que se desarrollen precisamente las iniciativas socialistas; porque se plantean problemas industriales y económicos que en una Cámara como el Congreso, en que se vive en régimen de partidos, no encuentran el ambiente más apropiado.

Las organizaciones técnicas

Hace falta una Cámara para que las organizaciones técnicas que se vayan creando no sean centros de burocracia, porque yo no creo nunca que el burócrata y que el técnico deban ser lo que los bolcheviques quieren que sean: unos esclavos. El burócrata esclavo, como la mujer esclava, se venga y corta las melenas a Sansón. Y es capaz de dominar al hombre más forzado y más enérgico, sea ministro, sea marido. No; el técnico es un hombre, y, además, a medida que nos acercamos a nuestro ideal de vida social, todos tendremos que ser algo técnicos, porque el que no tenga la técnica de aserrar maderas o la de construir casas, o la de hacer versos o de hacer prosa,

alguna técnica, en suma, no es un trabajador y no puede tomarse en cuenta en una República de trabajadores. De modo que yo no estoy conforme con esa parte de la Constitución. Y hay otra parte, me cuesta un poco trabajo decirlo: es el Tribunal de Garantías constitucionales. Cada vez que durante la dictadura asomaba la idea en un periódico, salía yo al paso, porque me parecía peligroso establecer esa especie de nueva dictadura de la toga sobre todos los otros organismos del Estado. La Constitución ha limado esos peligros, pero todavía subsisten, y yo quiero que la Constitución se aproxime en lo posible a nuestros ideales, puesto que es factible. Costará trabajo, ya que hay que contar con el asenso de muchas gentes. Pero los defectos de la Constitución se pueden reformar, y, por lo tanto, ni a nosotros ni a nadie le es lícito una apelación a la fuerza para imponer sus deseos, ya que hay procedimientos jurídicos legales, establecidos por la República y por nuestro esfuerzo, por los cuales se pueden abrir camino todos los ideales. Hay una ideología que dice que tiene tanto derecho como otra cualquiera a ser propagada. ¡Ah, sí! Pero si esa ideología lo que quiere es producir una embriaguez patrioter, de las que tanto hemos sufrido en España, resucitar sentimientos ancestrales para acabar con la democracia y establecer por la fuerza un régimen que, por lo visto, en ninguna parte puede abrirse camino sin la apelación a la violencia, eso no se puede tolerar. (*Muy bien.*)

Es preciso que no reneguemos de la democracia

Pero, compañeros, para que nosotros tengamos autoridad para decir que eso no se puede tolerar, es preciso que no reneguemos de la democracia que hemos establecido. Hay en el movimiento obrero de todos los países, ya lo sabéis, dos tendencias: una, que se cree la heredera legítima del verdadero Marx, y que está expuesta en el libro titulado *Estado y revolución*, que Lenin publicó el año 17. Un libro interesante, que fué escrito en el período de transición entre las dos revoluciones rusas últimas: la revolución burguesa y la revolución proletaria. Para Lenin era preciso apoderarse del Poder y establecer una verdadera dictadura en el sentido estricto de la palabra, para, mediante esa dictadura, acabar con el capitalismo. Y se nos presenta el momento difícil cuando Lenin establece esos principios. El creía interpretar fielmente a Marx; pero el hecho es que los pasajes más oscuros de Marx son los que se refieren no ya a la lucha política, que está bien puesta en claro por el curso de la Historia, pero sí lo que en sus obras expresa constantemente con estas frases: «Poder político y dominio político.» Espíritus como el de Rosa Luxemburg han pensado que la interpretación de Lenin es infantil y que en realidad no recoge el espíritu de Marx, sino que lo deforma y empequeñece. La posición de Rosa Luxemburg y de otros compañeros socialistas contemporáneos ha sido ésta: el Poder político a que alude Marx, muy principalmente, consiste en dominar todos los resortes del Poder de la sociedad burguesa por una acción de penetración decidida y enérgica y continua del proletariado.

Y cuando se tengan ya bien dominados, entonces cambiar de arriba abajo toda la estructura de la vida social.

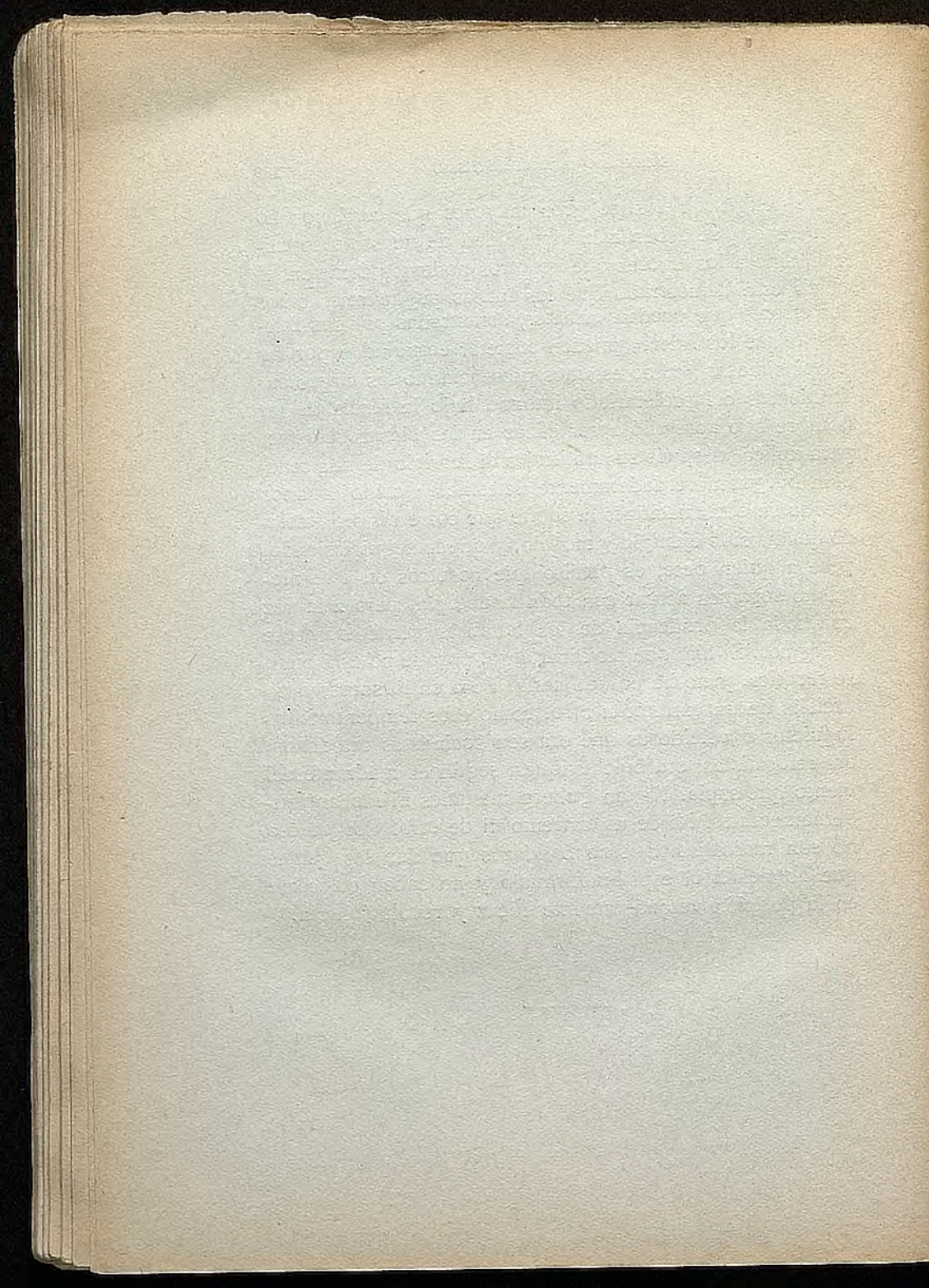
Es decir, que para nosotros será un compromiso circunstancial; pero no es obra esencial ni conveniente gobernar en un régimen burgués, mientras no estemos en verdaderas condiciones de hacer honor a nuestro espíritu. Y es posible que en una recta interpretación de la acción de la democracia social, que busca el dominio político, haya que aceptar principalmente las ideas de Rosa Luxemburg.

Y la tarea es enorme, porque no consiste en mandar unos cuantos representantes a esas organizaciones, sobre todo económicas, y a las organizaciones de trabajo que puedan existir en la sociedad burguesa. Hay que mandarlos con un espíritu formado y mantener control sobre ellos, de tal manera que la acción de los compañeros no sea la acción de su conducta individual, sino la de las masas, que es la verdaderamente fecunda.

Los resabios jacobinos y los religiosos

Compañeros: yo quisiera que cada vez, lo mismo que Marx, que fué despojando su vida de resabios jacobinos y de resabios religiosos y utopistas, fuésemos más profundamente revolucionarios en el sentido sereno, sabio y fuerte que predicaba Marx, y que a las luchas políticas de la burguesía les concediéramos el valor que tienen realmente, y no es poco para nosotros, para que no perdamos la acción clarividente de nuestro ideal, porque a ninguno se nos oculta que en la acción de los militantes del mundo socialista se presentan momentos difíciles

y de peligro. Y los peligros mayores que corremos no son los que se deben a la virtualidad de nuestros enemigos, sino a los errores que nosotros podemos cometer. Y como está demostrado que las masas pagan muy caros los errores que puedan cometer, arrastradas por sus líderes, o que los líderes pueden cometer empujados por las propias masas; como estamos presenciando los largos sufrimientos del proletariado italiano bajo la férula de un hombre que aprendió a ser eficaz en las filas socialistas, para aplicar después sus aptitudes al servicio de una reacción burguesa verdaderamente detestable; como estamos viendo en otras naciones la suerte que corre un proletariado que ha sido ejemplo y modelo, y que lo seguirá siendo, pese a quien pese, es preciso que nosotros en este momento sepamos actuar con toda la energía, pero a la vez con toda la prudencia de los hombres verdaderamente enérgicos. Si hay que rectificar algo, porque no está bien, se rectifica, y no ha pasado nada. Pero en lo sucesivo no osciléis de un extremo a otro, como esos temperamentos inquietos y veleidosos que ora son socialistas ortodoxos, ora reformistas, ora bolcheviques, según el cuadrante del viento que sopla. Ni tan gubernamentales ni tan antigubernamentales. Ni de un extremo ni de otro. Porque eso no son radicalismos, sino bandazos que dan las gentes que no tienen el espíritu formado y no saben colocarse en la posición verdaderamente eficaz y revolucionaria.



EN EL HOMENAJE A LA MEMORIA DE LLANEZA

(Conferencia pronunciada en Mieres el domingo 2 de julio de 1933.)

Un día de recuerdos

Compañeros: El camarada González Peña, un poco temerariamente, os ha dicho que mi conferencia será brillante. Yo no digo que tema que no va a ser brillante — no sé si alguna vez en mi vida habrán sido brillantes mis intervenciones, aunque creo que no —; pero es natural que a fuerza de tiempo, a fuerza de soportar los golpes que le va dando a uno la vida, vaya perdiendo brillantez la obra personal; mas lo que no pierdo es entusiasmo. Vamos a descontar la falta de brillantez, empezando por renunciar a ella.

Hoy es, para nosotros, un día de recuerdos, lo que supone hacer historia. Esto contribuye a que no me ilusione demasiado la esperanza del triunfo propio.

Para la historia no estoy muy bien dotado; pero ésta es una historia viva, que llevamos en el corazón, y eso facilitará un poco mi tarea. Quiero, después de los recuerdos que he evocado con motivo del descubrimiento de la lápida en que se dedica el nombre de Manuel Llaneza a una calle de Mieres, evocar otro recuerdo de aquel querido compañero, recuerdo más íntimo y más personal.

Allá por el año 1918 fuimos cuatro o cinco de los

diputados que entonces tenía el Partido a realizar una campaña de propaganda por Cataluña, campaña magnífica, cuyo resultado, empero, fué ahogado después en sangre, mediante un procedimiento terrorista empleado por las clases reaccionarias y por los Gobiernos de la monarquía para impedir el desarrollo del Socialismo en Cataluña.

Estando nosotros en Barcelona, algunos políticos más o menos revolucionarios nos hablaron de un plan extraordinario de sublevación, en que intervenían principalmente elementos de la marina, y aunque se nos hizo la afirmación reiteradamente, yo no llegué a creer en la confirmación de aquellos anuncios y de aquellas promesas. Mas yo no sé cómo se formó una leyenda en virtud de la cual me ilusioné con aquel hipotético movimiento, y mi credulidad puso un poco en ridículo a la representación que ostentaba de vicepresidente de la Unión General de Trabajadores y del Partido Socialista.

Ignoraba que esa leyenda se había formado *sotto voce* sin que yo me diera cuenta de ello. Y en una reunión del Comité nacional fué Manuel Llanceza el que me acusó. Y yo se lo agradecí en el alma, porque así es como deben hacerse las cosas entre nosotros. No tener secretos entre compañeros, decirnos la verdad, y si tenemos que acusarnos, hacerlo cara a cara y frente a frente. (*Muy bien. Aplausos.*)

Y aquello rompió el misterio, aquello hizo la luz, y las tinieblas se disiparon. Manuel Llanceza quedó satisfecho y convencido de que no puse en ridículo a la Unión General de Trabajadores ni al Partido Socialista.

Las discrepancias son necesarias y convenientes

Siguiendo su ejemplo, no voy a acusar a nadie ; pero si hace falta, me voy a acusar a mí mismo, delante de vosotros.

Yo podía venir a hablaros con una cierta representación que en la República española me han conferido, primero, los votos de los electores ; después, los votos de los diputados.

Muchas veces, en estas funciones de ayer y hoy, he oído decir : «Viva el presidente de la Cámara constituyente.»

Claro está que en mi calidad de presidente de las Cortes constituyentes me regocijo de tomar parte en este acto esencialmente democrático, y creo que la representación de las Cortes se honra con ello. (*Muy bien.*) Pero no os voy a hablar como presidente de las Cortes constituyentes. Os traigo aquí el saludo cordial de la Unión General de Trabajadores, como presidente que soy de ella ; mas tampoco os quiero hablar hoy en nombre de la Unión General de Trabajadores. Os quiero hablar con la mínima representación que tengo, pero para mí la más honrosa : con la representación de uno de los militantes que, sometido estrictamente a la disciplina del Partido, actúa en él. (*Muy bien. Aplausos. Vivas al Partido Socialista y a la Unión General de Trabajadores.*)

Vengo a hablaros como un miembro, como un número del Partido Socialista. Y eso quiere decir que yo voy a hablaros con entera franqueza, exponiendo mis puntos de vista, para que los juzguéis bien o mal, para que el

día de enjuiciar las cosas aprobéis o desaprobéis mi conducta, para que sepáis si alguna vez podréis depositar en mí vuestra confianza en cargos directivos o no la podréis depositar. Os voy a decir, camaradas, aunque ya lo sabéis, que yo, desde hace algún tiempo, en el Partido Socialista estoy en minoría y soy un elemento discrepante. Antes os dije que era disciplinado, y no recuerdo yo — y de eso sí que me envanezco — que haya habido en la historia del Partido Socialista — que yo he vivido — un caso de discrepancia que haya acatado más absolutamente la disciplina, y estoy dispuesto a seguir acatándola, si cabe, en mayor grado. Pero que haya puntos de vista distintos, que haya discrepancias, es necesario, es hasta conveniente. Y digo más: en el momento en que nuestros afiliados, todos, pensasen exactamente igual y no hubiese lugar a discusión, nosotros dejaríamos de ser la democracia que constituímos, perderíamos la vitalidad y vendría la muerte política.

Es más, camaradas: yo tengo el convencimiento de que en todas partes los progresos de las ideas y de la organización socialista se realizaron gracias a la discrepancia, y los hombres modestos, cuando discrepamos, no tenemos por ello motivo para envanecernos ni para compararnos con otros grandes discrepantes, no; pero sí podemos ampararnos en grandes ejemplos, sin que por ello pueda estimarse el menor indicio de soberbia.

¿Qué fué Carlos Marx en toda su vida? Fué un discrepante. Fué un discrepante de los filósofos, de los economistas, de los políticos, de los artistas y de los obreros de su época; porque los obreros de la época de Carlos Marx estaban influidos por las ideas de Bakunin y Proudhon, enraizadas en el alma de la clase trabajadora, y a

sus mentores les sobran recursos literarios y emocionales para mover vehementemente la sensibilidad de las masas. Y la obra de Marx consistió en arrancar a la clase trabajadora de aquellos principios, con un trabajo continuo y perseverante muy difícil, dejando pedazos de existencia en la lucha, viviendo desterrado en todas partes, siendo una excepción, entonces, en el mundo. Pero el resultado fué que cuando Carlos Marx, cansado de la lucha, cerró los ojos para no volverlos a abrir, las ideas suyas se hicieron masa, la clase trabajadora las recogió, produciéndose con ello el movimiento más grande que conoce la Historia. Así ha procedido Carlos Marx. Y entre nosotros, así procedió Pablo Iglesias. ¿Quién no recuerda la vida de Pablo Iglesias, solitario con un grupo de amigos, ridiculizado, perseguido, y a veces teniendo que sufrir las acometidas de la multitud, excitada, la cual decía que la doctrina de Pablo Iglesias era la adormidera que mataba el instinto revolucionario del pueblo?

¡ Y ya veis qué adormidera ha sido ! Nunca en la historia de España se ha conocido un interés social y político como el presente. Y ese interés social y político está mantenido porque es planta que va creciendo, porque tiene hondas raíces que se van extendiendo por las naciones y por el mundo.

Amparados, por consiguiente, en ese ejemplo, los que discrepamos no debemos ocultar nuestras disidencias ; por el contrario, debemos exponerlas ; y debemos exponerlas tanto más cuanto que, siendo nosotros insignificantes y modestos, es muy posible que nos equivoquemos ; pero, como dije antes, por eso mismo la masa debe conocer nuestras posibles equivocaciones.

Vamos, pues, a hacer un poco de labor útil, evocan-

do el recuerdo de Manuel Llaneza, que tanta labor hizo en beneficio del proletariado. Vamos a hacerlo, aunque ello sea algo árido y penoso.

El origen de una disidencia

¿Cuál es el origen de mi discrepancia con ciertas corrientes del Partido?

Nació durante la dictadura. Vosotros sabéis que durante la dictadura el criterio que predominaba en el Partido, y en la Unión General de Trabajadores también, era el de que no había que ir a movimientos precipitados que ahogasen prematuramente el gran movimiento nacional que debía desembocar en la proclamación de la República.

Pues bien ; yo os digo que entonces los elementos directivos fueron censurados por seguir esta táctica, y como yo también la seguí, me hago responsable de ella.

Pensaba yo que el camino hacia la República, el gran camino hacia la República, se había iniciado en el año 1917, cuando la huelga general política que entonces declaramos.

Y se inició por lo siguiente : Aún recuerdo que cuando se empezó a preparar aquel movimiento, en la Casa del Pueblo nos reunimos no solamente elementos de la Unión General de Trabajadores y del Partido Socialista, sino representantes de los elementos sindicales, entre los cuales estaban el pobre Seguí y Pestaña, y allí, con ese pugilato revolucionario característico de estos elementos, dijeron : «Es preciso hacer la revolución republicana.»

Y mi opinión fué ésta : Si nosotros acometemos un

movimiento revolucionario republicano, frente al ejército unido para sofocarlo, estamos perdidos; la derrota es inevitable. Sin embargo, por ciertos síntomas, yo creí que la unidad de los elementos militares empezaba a resquebrajarse, pues había una crisis económica en la familia de la oficialidad, a quien la monarquía había prometido mucho para servirse de ella, no pudiendo cumplir su promesa. Y entendí yo que, supuesto que los elementos militares se hallasen divididos, nosotros podíamos hacer un movimiento popular republicano, con alguna perspectiva de triunfar. Con que sólo hubiera una perspectiva de triunfo, lo debíamos realizar. Y, en efecto, camaradas, poco tiempo después surgió el movimiento de las Juntas de defensa, con todos sus defectos, pero ante las cuales la monarquía, que no tenía base en el pueblo, empezó a tambalearse.

Ahora bien, los que habéis vivido aquellos días recordaréis que la aparición de la primera Junta de defensa produjo un entusiasmo republicano en el país, y principalmente en la clase media, y naturalmente que mucho mayor en el elemento popular, que ha sido siempre republicano.

Entonces hacía falta una cosa: dar a aquel movimiento un carácter eminentemente civil, para que la República no fuera militar, sino ciudadana, una República democrática, en suma. Y eso significó la huelga de agosto de 1917, que si entonces no dió el triunfo, dejó abonado el terreno para los frutos que más tarde habíamos de recoger.

Pasó el tiempo. El conflicto entre los ciudadanos civiles, los elementos armados y la monarquía se fué acentuando cada vez más.

La huelga de agosto tuvo como resultado el acrecentamiento del número de diputados socialistas.

La labor que entonces hicimos fué, a mi juicio, fecunda, y desembocó en el nombramiento de aquella Comisión de Responsabilidades que había de juzgar los desastres de la campaña de Marruecos.

En aquella Comisión requerí el testimonio de un general que sabía estaba dispuesto a acusar, y acusó de tal modo, que después de su acusación los elementos monárquicos no tenían salida, y era de esperar que antes de abrirse las Cortes hicieran una de sus maniobras para que no conociera el país el resultado de las investigaciones realizadas por la Comisión.

Muchas veces he pensado que nosotros estábamos armados de buenas armas, y hubiésemos podido hacer mucha labor en las Cortes, exigiendo la responsabilidad al monarca y a los elementos que con él estaban.

La dictadura republicanizó al país

Una demostración evidente de que esas responsabilidades existían fué el golpe de Estado del general Primo de Rivera.

No lo podemos negar: la dictadura, con todos sus defectos, había hecho por arraigar el sentimiento republicano en el país mucho más de lo que pudiéramos hacer nosotros, y consideré que era un acto revolucionario que no podía por menos de desembocar en la República.

Por consiguiente, lo que había que hacer era no malograr ese estado de cosas, sino impulsarlo y encauzarlo. Aprovechamos, pues, el tiempo para que las organizaciones obreras, el Partido Socialista, fueran penetrando en

la esfera de acción de la Administración del Estado, sobre todo en los sitios que más interesaban a la clase trabajadora. Y fuimos apretando sus filas para que en el momento del triunfo las fuerzas nuestras se produjeran en beneficio de nuestros ideales y, por tanto, de la clase trabajadora.

Hasta aquí yo no era discrepante. Los discrepantes eran otros. Yo estaba en la fila de la mayoría y conservé mi representación. Ahora, sí tengo que decir que la interpretación de ese punto de vista algunas veces se llevó demasiado lejos, contra mi espíritu.

Y yo no creí que debía protestar, porque, naturalmente, las cosas no han de suceder enteramente como a nosotros nos place, y debemos contentarnos con que, en general, estemos de acuerdo con ellas. Pero esto es una discrepancia pequeña. Mas empezó una discrepancia mayor, porque entre la obra de preparación que yo consideraba necesaria estaba el que democráticamente, en nuestras asambleas y Congresos, discutiésemos el programa de la República.

Durante la dictadura, ya muy quebrantada, no se celebró más que un solo Congreso ordinario y otro extraordinario. Al Congreso ordinario yo llevé una ponencia con una serie de puntos que consideraba eran esencialmente reivindicables para la constitución de la República española, que consideraba segura. No pude lograr que aquéllos se discutieran. Y esto sí que fué para mí una gran contrariedad, porque temía que llegase la República y hubiera que improvisar en el Comité, sin la discusión previa debida, las reivindicaciones esenciales del Partido y de la clase trabajadora. Así sucedió, efectivamente, puesto que en ese estado nos sorprendió la República,

Nos sorprendió la República, camaradas, y entonces mi discrepancia se acentuó, porque en aquellas reivindicaciones que yo consideraba necesarias, y que había indicado con suficiente claridad en mi ponencia, no estaba la de que se nos dejase ocupar el Poder, la de que hubiera ministros socialistas, sino la de que se nos garantizase el acceso a aquellos organismos que, cada vez más, constituyen la parte esencial de la constitución de los Estados modernos y que más interesan a la clase trabajadora para conseguir el logro de sus ideales.

¿Por qué esta mi exigencia? ¡Ah!, porque yo veía los ejemplos de fuera; porque veía los ejemplos de otras naciones y porque tenía en cuenta lo que es el Estado moderno.

Acción política y ocupación del Poder

En el ideario socialista, compañeros, hay algunos puntos que han sido esbozados por los grandes maestros, pero que no fueron perfectamente definidos, y que, por eso mismo, dan lugar a discusión entre los trabajadores.

No los dejaron perfectamente definidos porque no debían hacerlo, porque el curso de la Historia se debía encargar de decidir pronto, y tras los debidos esclarecimientos, que entonces no eran oportunos, y los grandes maestros socialistas no fueron unos utopistas que quisieran prever el porvenir.

Entre estos puntos discutibles está el de que la clase trabajadora necesita una acción política y necesita ocupar el Poder.

Pero ¿qué es lo que se entiende por ocupar el Poder?

Ocupar el Poder, ¿es apoderarse de los puntos centrales directivos de la política?

¿Es asumir en cualquier momento en que sea posible la dirección de la política en un país que no está quizá económicamente preparado para la realización de una transformación honda como la que exige el Socialismo?

Algunas veces se ha entendido así, y actos gloriosos por este motivo ha realizado la masa obrera.

No quiero recordaros la *Commune* de París, que todos los años conmemoramos, con razón, y a la cual justamente los proletarios consideran y siguen considerando como un ejemplo que nos debe inspirar. Pero que nos rindamos emocionados a aquellos hombres entusiastas y llenos de espíritu de sacrificio no quiere decir que hoy creamos que se deben realizar movimientos exactamente iguales al de la *Commune*.

Y si, por cualquier circunstancia, se impusieran los comunistas, en Mieres o en Madrid, y, constituyéndose en fuerza política independiente, empezaran a dictar sus normas en favor de la clase trabajadora, llevarían a ésta a una catástrofe.

Tenemos un hecho bien reciente: la revolución rusa. Compañeros: Yo siempre tuve respeto y una admiración enorme—no me juzguéis mal—por los bolcheviques, y alguna vez he dicho que si yo hubiera sido ruso el año 1918, probablemente hubiera estado al lado de Lenin.

En aquel momento, los rusos no pudieron hacer más que lo que hicieron y han tenido que hacer frente a todas las enormes realidades que se les venían encima.

No quiero decir con esto que la República de los Soviets sea el modelo único que todos debemos imitar. Más

tarde trataré de haceros ver los inconvenientes que tiene esta imitación.

Por consiguiente, juzgo que pueden hacerse esos movimientos, que en cierto modo me parecen esenciales; pero eso cuando se dan ciertas circunstancias que los hacen viables.

Cuando no, ¿qué resulta? Resulta que la clase trabajadora, en el Poder, por falta de preparación económica y de evolución en el país, no puede realizar una obra socialista, sino que tiene que realizar una obra distinta al Socialismo, meramente reformista, y en la magnitud total de la República, de la vida de una República, una obra esencialmente burguesa. Y he aquí el escollo que nosotros debemos evitar, escollo que yo quisiera que evitásemos.

Me habré equivocado, compañeros; pero os digo que no estoy arrepentido de esa actitud, que tantos sinsabores me cuesta. Y no os quiero ocultar otra discrepancia, que acaso parezca a algunos más censurable.

¿Una o dos Cámaras?

En el programa de reivindicaciones que presenté al Congreso del Partido, en mi ponencia, y después, cuando ya no pertenecía al cuadro de elementos directivos del Partido, postulé, en nombre del Comité de la Agrupación Socialista de Madrid, en la reunión de la asamblea, que nosotros exigiéramos que en la Constitución se previese no una Cámara, sino dos.

Así lo venía propagando desde tiempos de la dictadura, y por eso fui, en general, muy censurado.

Generalmente se pensaba que eso era una posición

reaccionaria, una posición de derechas, y que realmente se debía volver la espalda, sin discusión, a un punto tan descabellado como éste.

¿En qué me fundaba yo? Pues en que de una Cámara sola, nombrada por sufragio directo, universal, en que cada individuo representa un voto, faltaba la opinión de los partidos, entre los cuales no había uno que mereciera propiamente, por su estructura, por sus ideales, el nombre de tal, más que el socialista. Los demás eran partidos tradicionales de la República, ya bastante gastados, o partidos nuevos, con sus ideales poco definidos y su organización demasiado reciente. Y una asamblea de esta catadura me figuraba yo que había de ser muy radical, pero muy radical al modo antiguo, no muy radical del radicalismo de hoy. Y no sé si deciros que no sueño. No voy a censurar la Cámara de la que soy presidente. De ella estoy orgulloso.

La Cámara actual, con respecto a las anteriores, es una Cámara muy superior, moral e intelectualmente. Hay una cantidad de fe y de entusiasmo que era desconocida en los Parlamentos de la monarquía. En éstos dominaban los elementos escépticos que no tenían ideales y que no iban a resolver más que problemas de intereses — hay intereses legítimos — mezquinos, ilegítimos e inmorales muchas veces.

Esta es una Cámara compuesta de hombres que llevan su espíritu ilusionado por un entusiasmo ideal. Esto es indiscutible, y eso le da una superioridad que la Historia no podrá por menos de reconocer. Pero, por su composición, abundan los elementos que se inclinan al pugilato acerca de quién es el futuro Dantón de esta República y quién el futuro Robespierre, y el tiempo que se

gasta en estos conflictos, compañeros, no se puede emplear en otros problemas concretos, muy modestos, quizá poco brillantes, pero que son los que más contribuyen a decidir el porvenir y los que más alientan a la clase trabajadora. (*Muy bien.*)

La República y la Iglesia

Y por eso quería yo entonces, y hoy añoro, la existencia de otra Cámara, menos dantoniana y menos robespierreana, menos preocupada por problemas — voy a decir palabras que quizá juzguéis mal — de curas y frailes, porque entiendo yo que el mayor homenaje que se les podía haber rendido y que se les ha rendido recientemente a la Iglesia y a las órdenes religiosas era haber estado meses y meses ocupándose de ellas y discutiendo tonterías con los teólogos.

Yo había propuesto en aquella ponencia mía una fórmula por la que, sin traer a colación conflictos viejos que no van a ninguna parte, la República hubiera dicho sencillamente a la Iglesia: Nada, vamos a respetaros en absoluto. ¿Tenéis la opinión del país? ¿Todos los españoles son católicos, menos unos cuantos desgraciados? ¿No es eso? Pues bien, Iglesia, vamos a ajustar las cuentas: el presupuesto de culto y clero queda íntegro, pero a cargo de los católicos. A mí, no católico, no me exijas un céntimo. A cualquiera otro que no sea católico no le pidas un céntimo. Se separa el presupuesto de la Iglesia de las cargas generales del Estado, para que quede exclusivamente a cargo de los fieles católicos. (*Muy bien. Grandes aplausos.*) Y tengo para mí, compañeros, que con esa sencilla medida se hubiera demostrado que los

españoles no son católicos, porque ir a comulgar por el qué dirán, no es ser católico ; ir a casarse, porque si no se enfada la novia — quizá con dote —, tampoco es ser católico. Ser católico es sacarse el dinero de los bolsillos y pagar los gastos para mantener el culto, como nosotros pagamos las cuotas de nuestras organizaciones. (*Muy bien. Aplausos.*) Ese era mi punto de vista, que podrá ser o no acatado, pero que no me parece un absurdo.

Pues bien, camaradas, para evitar este mal y otros, que no quiero decir que hayan sido terribles, se ha traído un nuevo régimen. Pero una República, como un individuo, no suelen comprender todas las cosas, cometen faltas, y lo que importa es que se tenga la virtud de perfeccionarse, de rectificarse.

Yo no soy pesimista

Yo, al hacer estos cargos, no los hago por pesimismo. No soy pesimista respecto de la República ; mas estimo que cuanto mejor procedamos, evitando los deseos de parecer brillantes, más firme será nuestro camino. Hay que proceder con energía, sí, pero también suavemente.

Vuelvo al tema. Para evitar este defecto de una Cámara de republicanos radicales y republicanos socialistas, de republicanos conservadores y republicanos federales... Ciertamente que los hay muy disciplinados ; pero cierto también que muchas veces carecen de disciplina y son amigos de dirigirse de un lado a otro o de colocarse en la frontera de uno y otro, todo ello por moverse más libremente, pues algunos no se pueden entender con nadie, y son tan grandes, que no caben dentro de ningún partido.

Para evitar eso, camaradas, quería yo una Cámara

de representantes de esa cosa tan vil y mezquina que se llama los intereses. Los intereses de la industria, los intereses del comercio, los intereses de la Universidad, los intereses de los trabajadores que están en la industria, que están en el comercio, que están en la Universidad y hoy tienen tanto derecho o más que los de los elementos no trabajadores.

¿Cómo me va a convencer a mí nadie de que eso se debe repudiar, de que hablar de intereses es una cosa despreciable y mezquina?

Pues si nosotros somos socialistas porque damos un valor espiritual a los intereses ; porque creemos que las caras negras y azules, los golpes recibidos en las manos, etcétera, no son una cosa vil, sino una cosa honrosa ; que trabajar no es una cosa que se hace sólo con los brazos, sino que se hace con la voluntad, con entusiasmo y con valor ; si creemos que hoy hay en la sociedad una cantidad de heroísmo como nunca se conoció en el mundo ; si es posible computar como heroísmo el trabajo, y el heroísmo es servir a los intereses, nosotros, como socialistas, que-remos servir a los intereses. ¿A cuáles? A los legítimos nuestros, como individuos ; a los legítimos nuestros, como organizaciones obreras ; a los legítimos de la Humanidad, porque, dígase lo que se quiera, una idea más universal que la nuestra no ha existido nunca.

La Humanidad se ha pasado la vida queriendo unir a todos los hombres en torno a sentimientos e ideas obscuras, como, por ejemplo, las de la religión. Y así, el catolicismo, este catolicismo que se denomina universalista, que dice que su Iglesia abarca a toda la Humanidad y unió a todos los hombres, empujó a éstos a la guerra y les hizo matarse unos a los otros.

Y nosotros decimos : Nosotros sólo nos uniremos atendiendo a lo que es legítimo en los intereses de todos los individuos, reconociendo que no puede existir unión entre los hombres mientras una masa privilegiada explote a los demás, haciendo que se establezca un régimen en el cual todos seamos iguales y que a todos nos llegue el fruto del trabajo, para lo cual es preciso que apliquemos nuestros esfuerzos espirituales a dotar a la Humanidad de una organización económica en virtud de la cual, extendidos los bienes a todos, puedan todos dedicarse a participar del noble ideal del espíritu, de la poesía, de la ciencia, del arte, de los aspectos puramente ideales, donde existe la verdadera libertad de conciencia, que hasta ahora las Iglesias no han podido establecer.

La discrepancia máxima

Quería yo una Cámara de intereses, donde los conflictos de la industria y del trabajo agrícola se discutieran por sus representantes legítimos, independientemente de una atmósfera de pasión tradicional, que no hace más que provocar obscuridades y tinieblas en problemas que pueden hacerse claros, pero que ya algunas veces, de por sí, son bastante confusos.

Quería una Cámara en la cual estuviesen representados todos los elementos del trabajo nacional, para hacer posible la estructura económica que necesita alcanzar nuestro país, para que en él se pueda hacer una obra socialista verdaderamente práctica. Esta es una de mis discrepancias que más me aleja idealmente, ideológicamente, de muchos de mis camaradas.

Yo os he de decir que, es natural, no aspiro a que

eso se reforme inmediatamente ; pero creo que se le ha de buscar alguna salida con el tiempo para rectificar las deficiencias que por no haber seguido ese camino se han podido cometer.

Esta discrepancia máxima surgió en el momento en que en el Comité directivo se acordó participar en la obra de Gobierno.

Yo creía — y lo indicaba ya en aquella propuesta mía —, como os he dicho antes, que debíamos realizar labor de penetración ; pero no una labor que llevara aneja la responsabilidad del Poder.

Quizá sea yo el equivocado. Hay muchos camaradas que están entusiasmados con la participación ministerial en el Poder ; pero yo declaro, una vez más, que no soy uno de éstos.

(El orador consulta con un camarada el tiempo que lleva en el uso de la palabra, y le dicen que cincuenta minutos.)

Llevo ya mucho tiempo hablando y no quiero fatigaros demasiado. Voy a pasar, teniendo en cuenta que el tiempo transcurre, a otros asuntos, que ya no son retrospectivos, sino actuales.

Hemos ido a la República participando en el Poder.

Yo, como os he dicho antes, mantengo mis opiniones. Las discuto y acato lo que se acuerde.

Reconozco el entusiasmo de mis compañeros, producido por la República, y creo también que en parte está justificado el optimismo despertado por la brillante posición que en la gobernación del país ha conquistado nuestro Partido, proporcionándonos una gran cantidad de diputados y el ser la fuerza más numerosa de la Cámara.

Yo no he comprendido nunca que un partido que tiene la fuerza más numerosa de la Cámara, como, por ejemplo, en Francia, se abstenga permanentemente de participar en el Poder.

Una de dos: o se acepta la actividad parlamentaria, o no se acepta.

Si lo primero, hay que aceptarla con todas sus consecuencias.

El número de representantes que nosotros tenemos puede dar lugar casi a una Cámara en la cual no haya ministros socialistas; pero esa Cámara funcionaría muy difícilmente, y, por consiguiente, dado el calibre de las fuerzas parlamentarias, la participación ministerial es punto menos que imposible.

El mito Besteiro

El problema, para mí, estaba planteado en estos términos: En unas elecciones legítimas hemos sacado un gran número de diputados. No es culpa mía esa grandiosidad. Por consiguiente, yo no podía asumir la responsabilidad del Poder. Son todos los partidarios iniciales de la participación los que debían asumirlo.

Y ya se sabe que, cuando se produjo la última crisis, el presidente de la República me encargó a mí, nada menos, de la formación de Ministerio.

¿Cuándo había yo soñado semejante cosa?

Y, naturalmente, yo sé por qué lo hizo el jefe del Estado, que no solamente tiene mis respetos formales, sino mis respetos de verdad, porque cuando se elige un presidente de la República hay que respetarlo en todo momento, y si llega alguna vez que hay verdadera incom-

patibilidad, no declararla en broma, sino por la vía constitucional, que para eso se hizo una Constitución que permite exigir responsabilidades a todo el mundo.

Pero yo creo que el presidente de la República me investía a mí de esa confianza porque — os lo voy a decir sin modestia — se formó en España, en gran parte de España, el mito Besteiro.

Son muchas las gentes que ahora se enteran de que trabajo, porque todo lo que trabajo lo ve todo el mundo, y, sin embargo, yo he pasado muchos años de mi vida trabajando mucho, sin que se viera más que por los que estaban a mi lado, que se enteraban de ello. Y quizá trabajaba más que ahora.

Cuando yo era concejal del Ayuntamiento de Madrid e iniciaba mis trabajos difíciles en la Universidad, también con problemas incluso de masa, y después de los trabajos de la política, y de la cátedra, y de la concejalía, me iba por la noche a la Casa del Pueblo, y tenía reuniones, entreteniéndome con problemas siempre enormes, porque estaba batallando constantemente en la organización en todo ese período de su historia; a veces volvía a mi casa dando tumbos y pensaba: La gente creerá que estoy borracho. Y era que no me podía tener. Y habría gente que creyera que yo era un vago que aspiraba a vivir a costa del proletariado, como dijeron con la misma injusticia de otros camaradas, porque tal vez pensaban que me daba la gran vida por ser concejal o diputado.

Y ahora, como todo lo que pasa lo ven, de ahí que hayan cambiado favorablemente de opinión.

Y como ahora yo tengo una educación de organización obrera y socialista, así como también de asamblea

democrática, de discusiones empeñadas, de las cuales casi siempre sale la luz, me pusieron en una posición de presidente de la Cámara, en cuyo cargo he demostrado que para él tenía una cierta aptitud. La gente no se había enterado todavía. Como no se había enterado de que de nuestra organización y de nuestro Partido pueden salir muchos ministros muy buenos; mejores, sin comparación, que los de la monarquía. Porque para eso nuestra organización es una escuela maravillosa, como no existe otra.

Los pedagogos descubrieron ahora una gran cosa, que es muy sencilla. Porque descubrir las cosas sencillas cuesta mucho trabajo a la Humanidad. Que las verdades que deben acatar todos son las verdades claras, las verdades precisas. Hoy a nadie se le ocurre que es razonar con fruto plantear las cosas de tal forma que no se sabe cómo son. Por eso ganará mucho la Humanidad cuando se le impongan las cosas con aquellos razonamientos claros, como es la verdad de que dos y dos son cuatro.

Los pedagogos descubrieron ahora que la escuela debe ser escuela de trabajo, y escuela activa. Y, en efecto, a los niños, en vez de explicarles una cosa y hacérsela repetir, se les anima a hacerla, y, haciéndosela, la aprenden. Todo esto, como digo, es muy sencillo. Sin embargo, los pedagogos tardaron en aprenderlo, y todavía no lo han aprendido bien.

Pues bien; hay otras clases de escuela donde se hace una pedagogía muy dura. La de la fábrica, la del taller y la de la mina, donde los hombres se educan por la aplicación de procedimientos concretos, porque necesitan pensar concretamente en lo que hacen, porque si no, las máquinas les alcanzan una mano o la cabeza. Y cuando se

tiene esta responsabilidad propia y la responsabilidad de los demás compañeros de trabajo, no sólo se educa el espíritu, sino que el espíritu se hace fuerte.

Pues bien ; nosotros somos hombres educados en esa gran escuela, pues los que no estuvimos en el taller, nos educamos en la escuela superior de todas las organizaciones de trabajo, que es la organización sindical, donde también es preciso disciplinarse, donde también es preciso contar con procedimientos, donde también es preciso criticarse a sí mismo y a los demás.

Y, naturalmente, de aquí vino la gran sorpresa de las gentes que no tuvieron para nada en cuenta al proletariado, cuando descubrieron que de nuestra organización salieron y salen hombres que son grandes ministros de Trabajo, de Obras públicas y de Instrucción pública ; mejores ministros que los que ellas, con sus partidos, pueden proporcionar.

Pero no se trata de eso ; se trata de la labor que pueden realizar los ministros socialistas en un Gobierno socialista puro o con elementos no socialistas cuando el país no esté económica y socialmente preparado para una labor propiamente socialista.

España y la República soviética

Yo he hecho una serie de divagaciones que no eran precisas, aunque sí de interés, pero que respondían a este tema : el tema de mi respeto por la República soviética y de que la República de los Soviets me parece muy respetable, hasta el punto de que si en el año 1918 yo hubiera sido ruso, hubiera cooperado a la obra, cuya imitación, sin embargo, no es oportuna. Porque, vamos a

cuentas: la República de los Soviets está realizando una obra que consiste en socializar el país y en hacer progresar la agricultura, sacándola de la rutina y de la miseria en que yacía.

Supongamos que esa obra se realizó muy bien en la República de los Soviets; pero esa obra es la que realizaron en otros países los burgueses, sin desgastarse en una acción de Gobierno como la suya.

¿Es que vamos nosotros a crear una República en la cual tengamos que realizar el papel de los burgueses?

El papel de la burguesía, si es preciso, que lo realicen ellos, con su responsabilidad y con nuestra presión para que lo hagan lo mejor posible, con objeto de servir el día de mañana a los intereses de la clase trabajadora. (*Muy bien.*)

Y vamos a otro punto de mayor actualidad que os anunciaba. Repito que soy disciplinado y admito los hechos consumados, y os decía también que decliné el honor que se me hacía para formar Gobierno. Entonces designé al compañero que debía hacerlo. En primer término, Largo Caballero, como presidente del Partido, quien dijo: «Toda discrepancia cesó ya, porque Besteiro, en la actualidad, no mantiene sus puntos de vista anteriores.»

Pues bien; quiero que mi confesión sea completa.

La participación ministerial

No sé, camaradas, si mi discrepancia es o no la misma de antes o si es mayor. Cuanto más tiempo dura la participación ministerial, es natural que los conflictos que yo anunciaba se acentúen de tal modo, que espero llegue

el día en que la participación ministerial tendrá que cesar.

¿Quién lo va a decir? ¿Yo?

No. Lo tiene que decir la masa del Partido. La masa del Partido es la que tiene que hablar, porque nuestro Partido no ha sido nunca, ni debe ser, ni lo ha de ser, una masa dócil, que obedezca las órdenes que se le den desde arriba.

La masa del Partido debe tener su opinión, debe discutir las opiniones opuestas, debe llevarlas, por medio de sus representantes, a los Congresos, y los elementos directivos deben aceptar esa dirección, y ponerlo en duda afecta a la fidelidad con que ellos cumplen por su cuenta con sus representados.

Es, por consiguiente, al Partido al que toca decidir y ver el momento en el cual está indicado el difícil corte.

Yo reconozco que es difícil; pero estimo que se ha de dar. Si, por el contrario, se debe continuar en el camino emprendido, he aquí por qué digo yo que no sé si mi discrepancia es mayor que antes.

Porque, compañeros, a veces se dice: No abandonaremos el Poder. Al contrario, si continúa la resistencia, no respondemos; nos impondremos a todos, formando un Gobierno plenamente socialista, y realizaremos obra eminentemente socialista. Y también se dice que nosotros hemos traído la República. Pero queremos una distinta República, y si no, le volveremos la espalda.

¡Ah! Yo estoy a mil leguas de este punto de vista. ¿Qué República queríamos nosotros, de hecho, tener en España? ¿Una República que de la noche a la mañana resolviera todos los problemas?

Yo recuerdo que un periodista laborista, un periodista inglés, por consiguiente, durante la dictadura vino a preguntarme mi opinión acerca de los acontecimientos en España. Me dijo: «¿Usted cree que se va a proclamar la República en España?» «Sí, señor», le contesté. «Bueno — siguió diciendo el periodista—; pero ¿usted cree que con la República no tendrá que sufrir bastante la clase trabajadora?» «Lo digo y lo creo; pero la República más defectuosa me parece preferible a la monarquía, porque considero que la República será una institución más susceptible de progreso y de transformación, en el sentido de los ideales socialistas, que la monarquía.»

Pensar que de la noche a la mañana se iba a abrir un gran camino en la realización de los ideales no lo soñé nunca. Y, por consiguiente, no soy tan susceptible a los desengaños como otros camaradas que se sintieron más optimistas que yo.

Yo me atengo a la democracia

Pero bien; yo digo a veces, veo que flota en el ambiente de nuestra organización la tendencia a considerar que, sea como sea, para defender las posiciones adquiridas hay que aclarar nuestra responsabilidad adaptándose a las condiciones de una República democrática o rompiendo esas condiciones, saltando por ellas, impugnarlas. Y yo digo: ¡Bueno! Que nos hemos hecho todos bolcheviques. Pero ¿para eso hemos estado tanto tiempo luchando con el partido comunista español? ¿Y para eso murieron algunos de nuestros compañeros luchando con los comunistas? ¿Y para eso un compañero nuestro

fué asesinado en la Casa del Pueblo? ¿Para acabar siendo bolcheviques nosotros? ¡Ah, no, no! Yo sería, ya digo, bolchevique si llegara el caso de Rusia, donde, como estaba deshecha y no quedaban más que los soldados, que venían de las trincheras e iban a Moscú y Petrogrado, y las organizaciones obreras, el Soviet principalmente, que había dominado sobre las demás, y entonces era una utopía la Asamblea constituyente y el Gobierno Kerenski. El pueblo quería firmar el tratado de paz y tierra para labrarla, y eso no se lo podían ofrecer más que los bolcheviques; por eso fué para éstos el Poder. En España hay un problema semejante; pero en el grado de Rusia, no. Y nosotros no vamos a desestimar la fuerza de nuestros adversarios. Nuestros adversarios están débiles; pero no podemos creer que estén deshechos, como cuando la guerra estaba deshecha Rusia, y un ejemplo de esta naturaleza sería perturbador. Y si triunfase, traería dificultades a la clase trabajadora, y esta República de un pueblo que, por fortuna, tiene horror a la sangre sería la República más sanguinaria que se ha conocido en la historia contemporánea o tendría que ser barrida por los adversarios. Y yo digo: en estas condiciones, yo me atengo a la democracia, y deseo que el Partido Socialista sea el cuerpo de esa democracia burguesa, porque corresponde que con las fuerzas republicanas no dificultemos la democracia (mientras no podamos desembocar en una República socialista), sino que la vitalicemos y procuremos el desenvolvimiento de la organización obrera y de nuestro proletariado, que es lo capital, tal como lo definió en la última parte de su vida Lenin. ¿Veleidades bolchevistas aquí ahora? ¿Para qué

hemos hecho esfuerzos por traer la República? Hubiéramos dejado que siguiera la monarquía deshaciendo al país, y en un momento de suprema debilidad nos hubiéramos incautado del Poder y hecho de Lenines. Pero entrar en una República democrática, emplazando como emplazaron nuestros antecedentes socialistas, y hacer que podamos desarrollar nuestras fuerzas para, llegado el día, realizar nuestro ideal socialista plenamente, y luego, a la primera contrariedad, desahogar y decir que venga la dictadura, francamente, me parece un contrasentido.

Durante la dictadura nadie habló, ni debió hablar, de que, al venir la República, ocuparíamos el Poder. Y apareció la participación ministerial, y justo es reconocerlo que fué de improviso. Entre nuestra masa no se discutió esto. No tuvo veleidades dictatoriales ninguna de nuestras organizaciones. Y vuelvo a decir: ¿Es que debe continuar? ¿Es que somos salvadores de la burguesía los que decimos que nuestros esfuerzos deben concentrarse a conservar la democracia? Una vez más digo que no.

Me considero profundamente socialista

Como no me considero reaccionario para pedir una Cámara de intereses, sino profundamente socialista para mantener lo que digo, nosotros nos consagraremos a defender la República democrática. Eso de la dictadura, camaradas, se ha discutido mucho en estos últimos años, y todos sabéis que, enarbolando las teorías de la dictadura, los bolcheviques dijeron que ellos eran los que habían realizado el marxismo en su integridad, y precisa-

mente porque Marx habló de la dictadura del proletariado. Después de tanta discusión, las cosas se van poniendo en claro. Sí, habló Marx de la dictadura del proletariado. Pero ¿qué quería decir con la palabra *dictadura*? Quería decir el Gobierno de una clase obtenido por procedimientos democráticos. De modo que Marx, si en las elecciones vencía a los partidos burgueses, sólo gobernaría en nombre de una clase, ejerciendo una dictadura sobre la clase sometida: la del proletariado. Y si, siguiendo las leyes de la evolución de la economía y de la política, llega un día a triunfar por procedimientos democráticos el proletariado, y hace una política en buen proletario, entiendo que es en bien de la Humanidad y ejercerá democráticamente una dictadura.

Estas otras dictaduras, en el sentido clásico de la palabra, es decir, Gobiernos autocráticos, se pueden justificar por la necesidad de la Historia; pero no es, ni mucho menos, la dictadura de que hablaba Marx. ¿Sabéis cómo empezó a prepararse la posibilidad de una dictadura del proletariado en Rusia?

Pues porque los bolcheviques preconizaron una forma de organización de los partidos no democráticamente, sino autocráticamente, en virtud de lo cual los compañeros más sobresalientes en sentimientos e ideas revolucionarias, reputados como la *élite*, de mucho valor en Rusia y, digámoslo modestamente, muy superior a la nuestra, pensaron que ellos, autocráticamente, gobernarían democráticamente, con una disciplina férrea, de arriba abajo. Tenían la organización del partido para hacer la revolución, y una vez en el Poder, Lenin quería que esa autocracia revolucionaria y dictatorial del partido se convirtiera en una democracia sencilla y formativa de Rusia.

Naturalmente, ese ensayo fracasó, y entonces la política del Estado se convirtió en prolongación de la política autoritaria del partido, y formó, cada vez más, el ejército del Soviet, la dictadura en el sentido clásico de la palabra. Cuando pase la hora de la dictadura, y devuelto el Poder a la democracia, el partido acabe por ser un partido regido por una aristocracia con una masa obediente, es decir, una organización autocrática del partido.

Y si se realizara el absurdo, que yo no creo, de que esa táctica triunfara en España, y se constituyera una República socialista dictatorial, el Estado entonces no sería una democracia primitiva, ni una democracia moderna, sino que sería un Gobierno constituido por socialistas para realizar una obra no socialista o ligeramente socialista, rigiendo a todo el país autocráticamente y con la mayor severidad. ¿Se quiere esto? Pues dígase claro. Pero quisiera que los iniciadores de esa idea meditasen sobre su responsabilidad, para que un día no nos viésemos envueltos en una acción dudosa que, según mi punto de vista, nos desacreditaría.

Yo, compañeros, no sé si cometo una falta al exponer esto aquí. Pero me trajeron a un acto de homenaje a Llaneza, y os digo que el recuerdo, cariño y admiración que por él sentí me llevan a realizar este acto. Porque Llaneza, que rendía culto a la verdad, decía las cosas tal como eran, aunque fuesen desagradables.

Como buen socialista, aspiro a que nuestro Partido sea muy sentimental, muy entusiasta; pero que tenga las ideas claras, que diga las cosas claras, como Llaneza, cuyo ejemplo sigo, porque sin ideas claras no hay ni

ciencia ni Socialismo posibles. Con ideas confusas, salidas de un sanedrín de hombres ilustres, no se hace un partido democrático y socialista. Y no se invoquen ejemplos de fuera. ¿No habéis pensado que los alemanes, como los italianos, por otras razones, están sufriendo la dictadura por haber participado en el Poder? ¿No puede haber influido eso bastante más que el haber dejado de tomar medidas enérgicas?

Pues pensad que los alemanes son, en esto del Socialismo, mejores que nosotros; y si ellos no pudieron hacer, sin haberla pagado cara, esa participación, debemos pensar que nosotros podemos pagarla igualmente. Y se dice: «Pero si es que hoy han abandonado la democracia hasta los socialistas de los países modelo de democracia, como los laboristas ingleses.» Sí, sí; ya lo sé.

En Inglaterra hay laboristas que discurren del modo siguiente: El Parlamento es una rueda un poco vieja y muy complicada. Mucho más complicado que el nuestro. Pero nosotros no estamos preparados, y ellos están preparados para socializar las principales industrias. Y las principales industrias de Inglaterra son las principales industrias del mundo.

De modo que al hacer eso los ingleses es que examinan la revolución inicial en el mundo entero. Esa sí que es una revolución socialista. Y dicen: «Cuando, por procedimientos democráticos, lleguemos, naturalmente, al Gobierno netamente socialista, es posible que tengamos que saltar por encima de las trabas que nos impone el funcionamiento del Parlamento y modificar éste y saltar por encima de él.» ¡Ah! Pero eso está muy bien. Así también yo soy dictador. Pero ése no es nuestro caso, ni eso se puede sentar como ejemplo.

Yo sigo creyendo que nuestro Partido tiene raíces y hábitos eminentemente democráticos que debe conservar. Se puede ser muy enérgico ; pero hay que saber adónde se va, porque guiarse por el sentimiento sólo, tiene peligros muy graves, y es que se va a veces al precipicio sin saberlo, o se va a la reacción creyendo que se avanza.

Mirad, mirad que los que apelan al sentimiento desde el siglo XIX hasta la fecha son principalmente reaccionarios. Nosotros no queremos prescindir del sentimiento ; no tenemos por qué. Pero el Partido Socialista es un partido prepotente y preparado, porque tiene en cuenta la vida y la realidad ; pero para entender la vida y la realidad con la razón, y, por consiguiente, tenemos que ser racionales.

En los momentos de mayor pasión, compañeros, reflexionad, pensad, dad pruebas de vitalidad influyendo en las decisiones del Partido. Que nuestro Partido no sea una secta. Que el Partido sea una democracia. Que el Partido sea en esto—y perdonadme la invocación—como fué en tiempos de Iglesias y en tiempos de Llaneza. (*Gran ovación.*)

LOS CAMINOS DEL SOCIALISMO

(Conferencia pronunciada en la Escuela Socialista de Verano el día 5 de agosto de 1933).

El tema propuesto

Compañeros: Esto es más serio de lo que yo pensaba. El año pasado fué bastante serio; pero este año el número de asistentes a la Escuela de Verano y la tormenta que nos acecha dan al acto una mayor seriedad todavía.

De todas maneras, yo no había pensado en otra cosa que en una conversación familiar, y que la familia sea numerosa no ha de hacer perder a este acto esa significación. Hace pocos días yo hablaba con uno de vuestros compañeros asistentes a esta Escuela de Verano, y me decía que la mayor parte de los conferenciantes que por aquí han pasado han hablado de democracia y dictadura, más de dictadura que de democracia, y yo temo que os parezca demasiada insistencia en el tema.

Sin embargo, no es que yo me proponga no hablar sino de eso y rendirme a la obsesión general del momento; pero algo de ello tendré que hablar, obligado por el tema que me habéis asignado: «Los caminos del Socialismo.» Porque hablar de los caminos del Socialismo es hablar de los métodos para la realización de nues-

tro ideal ; es decir, es hablar de la táctica que debemos emplear para obtener los mayores triunfos posibles.

Yo he oído decir con frecuencia, cuando hablamos acerca de problemas de esta naturaleza, que la cosa no tiene importancia, porque no se trata de principios, sino de táctica. Ahora, que a eso yo tengo que decir que las cuestiones de táctica son las más importantes para nosotros, porque precisamente lo que caracteriza nuestra concepción del Socialismo es una táctica especial. Es decir, que para nosotros el Socialismo es propiamente un método para llegar a un fin que no es exclusivo de los socialistas de nuestra tendencia, de la Segunda Internacional.

En el fondo de toda concepción socialista hay un deseo mejor o peor definido que consiste en acabar con las desigualdades actuales y en realizar un ideal de justicia, y hay una expresión de sentimentalidad, ética o estética, un *pathos*, que a todos los que tenemos esta aspiración nos une en un común ideal, en un común deseo. Pero precisamente cuando se presenta el problema de por qué camino se llegará a la realización de estos deseos, es cuando se producen las divergencias, y estas divergencias son a veces decisivas. Desde que comenzaron a dibujarse los ideales sociales, empezaron a iniciarse ya tendencias diferentes.

La iniciación de la protesta proletaria

En un principio, por parte de las masas obreras, cuando el proletariado empezó a existir, había un deseo vago de acabar con la situación de injusticia que el capitalismo creaba. En realidad no había más que un deseo de destrucción de las condiciones insoportables que el capitalismo había creado, una esperanza mística de que, destruyendo aquellas causas de injusticia, espontáneamente había de irse elaborando y produciendo, como un fenómeno propio de la vida, una organización social mejor. En realidad, éste es un caso de fe, es un caso de creencia, y esta creencia, esta fe, este estado de espíritu místico en virtud del cual se espera que de ciertas acciones revolucionarias y destructoras surja una vida nueva más perfecta, ésta es la característica de todas las tendencias anarquistas.

Si estudiáis vosotros los ideales anarquistas en su origen, que es cuando se ven con mayor pureza, os encontraréis, por ejemplo, con un iniciador, el más fundamental, del anarquismo en Inglaterra: William Godwin. Este hombre no hacía otra cosa que analizar la idea de justicia y determinar que esta idea de justicia estaba muy lejos de realizarse en el mundo; no hacía más que fijar la necesidad de realizarla y esperar que, deshaciendo los estados de opresión, destruyendo las clases dominantes, puestas en libertad las fuerzas humanas, ellas por sí solas habrían de construir la sociedad que se deseaba.

Los filántropos

Al mismo tiempo que en el espíritu de algunos hombres selectos y literariamente muy bien dotados se producían estas tendencias, en algunos reformadores sociales, en algunos hombres prácticos, en algunos industriales, ante los errores que contemplaban en la condición en que iba quedando la clase trabajadora, empezaban a despertarse también deseos de reformar la sociedad. Pero trataban de reformarla, por decirlo así, de arriba abajo, aprovechando la superioridad de su espíritu y la superioridad de medios que ellos tenían para establecer núcleos de vida social y organismos de producción concebidos según un ideal completamente nuevo. Es el caso de los reformadores sociales, desde Tomás Moro hasta Owen, en Inglaterra. Sabéis que este último gastó su vida, gran parte de su vida, al menos, no en la predicación, sino en el ensayo de establecimiento de talleres colectivos, que se rigiesen por los mismos operarios y que ofreciesen un modelo y un ejemplo, según el cual toda la vida de la producción y del desenvolvimiento de la industria podía realizarse. En estos ensayos se pusieron en práctica muchas ideas aprovechables, y se realizaron esfuerzos de organización dignos de estudiarse. Pero el desenvolvimiento general del capitalismo no creaba el ambiente propicio para que estos gérmenes pudiesen tener verdadero desarrollo, y todos ellos, unos y otros, fracasaron y dieron al traste con las energías de sus mismos iniciadores.

Así el Socialismo se ha venido iniciando a través de un camino de amarguras y de ensayos que eran otros tan-

tos fracasos, y esto no debe desanimarnos, sino que, al contrario, debe servirnos de ejemplo, para que cuando nosotros encontremos dificultades, y hasta fracasemos en nuestro empeño, no lo demos todo por perdido. Un individuo, una colectividad, a veces hasta un partido, una fracción de los elementos sociales más avanzados, puede sufrir una equivocación, puede fracasar ; pero siempre habrá en los fracasos algo aprovechable que recogerán los que vengan después, que sabrán aprovecharlo más debidamente, y que dará como resultado, no un triunfo fácil, porque la empresa nuestra no es fácil ; pero sí un triunfo seguro.

Y hago referencia a estas etapas del Socialismo, no por un prurito histórico, que yo no soy muy dado a la Historia ni tengo grandes aptitudes para ella, sino porque en nuestros tiempos y en el país en que nosotros operamos, en España, algunas de estas concepciones viejas, arrumbadas, sobrepasadas en otros países, tienen una extraordinaria vitalidad.

La perduración del anarquismo en España

El espíritu anarquista en España no ha cesado de perpetuarse con fuerza, no con su primitivo carácter tan puro y tan selecto, sino con transformaciones que le hacen menos aceptable, pero que no le quitan el carácter de un impedimento y de un estorbo para que otros caminos más prácticos y más eficaces del Socialismo puedan tener el debido desarrollo.

Se dice que esto de que en España las tendencias anárquicas vivan más tiempo que en otros países se debe al

carácter individualista de la raza. Yo creo que esto del carácter individualista de la raza es una frase que se repite constantemente, pero que carece de sentido. El árabe es individualista cuando vive en el desierto, casi aislado, con la familia pobre, cuyos individuos tienen que dispersarse; se ve solo ante una gran Naturaleza, canta aislado, prorrumpe en endechas o cantos de dolor, de tristeza, se crea una personalidad muy sensible, y del mismo sentimiento de su inferioridad ante la vida mezquina en que vive, y la inmensa Naturaleza que le rodea, nace un sentimiento de individualidad sobreexcitada que se cree superior a todas las cosas. ¡Oh! El dolor y la pobreza dan una resistencia extraordinaria, y el hombre se hace estoico, indiferente al mal, se crea una personalidad dura, de bronce o de acero, pero que socialmente no tiene valor alguno.

En todas las sociedades pobres y primitivas el espíritu individual prevalece sobre el espíritu social. El hombre se siente aislado, es egoísta, no tiene el hábito de entenderse con los demás, y cree que es más libre porque tiene menos en cuenta las necesidades y exigencias de los compañeros o de los hermanos.

La vida social es, por el contrario, una vida de comprensión mutua, en la cual la libertad, que cada vez es mayor en los núcleos sociales, se agranda, sin embargo, teniendo en cuenta la libertad de los demás.

Y cuando los pueblos son más complejos en cultura, más complejos en su vida económica, más densos en población, más ricos y tienen más intereses que conservar, y tienen que mirar más por el porvenir, ¡ah!, entonces es cuando las tendencias sociales, los instrumentos sociales se depuran, y cuando esa libertad primitiva de la

Naturaleza, como la que cantaban nuestros poetas clásicos, la del ave y la del pez, se sacrifica y se perfecciona para conseguir una libertad mayor, que no es la de las bestias, sino que es la del hombre.

Quiero decir con esto que ese orgullo de la persistencia en España del anarquismo, del sentimiento anarquista, como ligándolo a una superioridad de raza, en virtud de que el individuo aislado aquí vale más, es un dulce engaño que nosotros nos hacemos para encubrir con colores de superioridad nuestra inferioridad manifiesta, que es preciso reconocer. Ser anarquista, socialmente, es tanto como ser un retrasado en el orden total de la civilización. Ser socialista, por el contrario, dominar los impulsos primitivos, saber dominar las tendencias personales en beneficio de la sociedad, es ser un hombre que en un mundo civilizado, pero defectuoso, aspira a una civilización superior.

En España ya hemos pasado también de esos momentos, en los cuales unos cuantos escritores violentos excitaban a las masas y les hacían creer que su rebeldía ciega sería suficiente para crear un mundo mejor.

En esos tiempos primeros, todo lo que fuese semejante a asociarse se consideraba como una traba para las empresas revolucionarias, como un factor de amansamiento, como un elemento que infiltraba tendencias conservadoras en la masa revolucionaria del pueblo. Ya sabéis que el anarquismo no hace muchos años en España era refractario a toda organización sindical. Hoy no existe ya eso, pero existe algo semejante. Sabéis que en Francia, en los primeros años de este siglo, hubo bastantes propagandistas que transformaron el anarquismo en lo que se llamó el sindicalismo revolucionario. Jou-

haux, este hombre que es hoy uno de los principales dirigentes del movimiento sindical internacional, nada anarquista, y que, además, está perfectísimamente adaptado a la vida de contrato y transacción que caracterizan esa organización internacional, que nace después de la guerra y que tiene su residencia en Ginebra; este Jouhaux, que no hace política, pero que está lleno de tendencias y de espíritu político, era allá por el año 1910 uno de los propagandistas más violentos del sindicalismo revolucionario, transformación del anarquismo.

Recuerdo un episodio de mi vida. El año 1910 estaba yo en Berlín, y llegó Jouhaux con otros cuantos camaradas suyos a explicar el sindicalismo revolucionario a los obreros alemanes. En una gran cervecería de Berlín — en Alemania, las cervecerías son más grandes que los templos —, en una de las cervecerías de Berlín, dieron un mitin extraordinario. A Jouhaux le aplaudían a rabiar, en parte porque, teniendo una hermosa voz, hizo unos párrafos en francés que los obreros alemanes no entendían, pero que les seducían; en parte también porque al traducir sus discursos encontraban los alemanes algunas notas radicales que les gustaban. Pero en el fondo encontraron que no era más radical que ellos. Los obreros alemanes pertenecían a la Democracia social, y Jouhaux obtuvo un éxito sentimental, pero no un éxito de doctrina. Aquellos hombres se percataron de que el ideario del anarquismo sindicalista, o del sindicalismo anarquista, o del sindicalismo revolucionario, era semejante al ideario de la organización sindical imbuida de ideas socialistas y de democracia social, pero que se quedaba un poco corto. Y aquella reunión fué muy entusiasta. Al final se cantó *La Internacional* con voz vibrante.

te, y hubo muchos aplausos y muchos vítores ; pero doctrinalmente no añadió absolutamente nada al caudal de doctrina que aquellos obreros tenían. El anarquismo revolucionario o sindicalista no se extendió por Europa, y en Francia hizo su tiempo y pasó. Las indicaciones que os he hecho antes acerca de la evolución de Jouhaux lo demuestran palpablemente. Pero, ¡ay!, como nosotros somos tan individualistas y tenemos esta particularidad de raza, desaparecido de todas partes, subsistió en España. Y tenemos que reconocer que con nosotros están grandes masas ; pero que, circunstancialmente, periódicamente, el sindicalismo revolucionario, que es una derivación del anarquismo, no deja de poner en movimiento grandes masas del proletariado español. Y, además, debemos reconocer que esa sentimentalidad, más que ideología, a veces se infiltra entre nosotros. No tiene nada de particular ; nosotros hacemos continuos progresos, nuestros efectivos van aumentando, las gentes vienen a nosotros con una visión más o menos clara respecto a nuestras ideas y nuestras tendencias ; pero sus ideas no están completamente consolidadas, y es natural que los recién llegados conserven reminiscencias de los antiguos hábitos y, en un momento de indecisión, de prueba o de dificultad, resurjan las antiguas tendencias dentro de nuestro campo mismo.

Y por otra parte, hay que decirlo, doctrinalmente nuestra masa y nuestra *élite* están mal preparadas, y por eso tiene tanto valor esta obra que vosotros realizáis, por imperfecta que sea. Hay que insistir, hay que hablar mucho. Se ha dicho que nosotros los españoles hablamos demasiado, y es verdad ; hablamos demasiado de cosas fútiles, pero hablamos demasiado poco de cosas de

fondo. Yo he visto resistir a masas numerosas inglesas, alemanas, francesas, horas y horas de disertaciones áridas y de discusiones penosas, sin moverse, con la atención fija en una obra de propaganda constante, profunda, que remueve todas las capas del pueblo, y eso aquí empieza ahora nada más. Y, por tanto, intelectualmente, ideológicamente, el problema que nos ha presentado la vida nos coge en una lamentable falta de preparación. Culpa tenemos, en parte, algunos, especialmente los intelectuales. En todas partes ha habido un movimiento intelectual poderoso que ha ayudado, para la propaganda y perfeccionamiento de las nociones de la teoría, inmensamente al Partido Socialista y a la organización obrera. Aquí de eso ha habido ejemplos notables que se salen de la regla; pero por lo general eso no ha existido. Por consiguiente, nada de extraño tiene que aunque nosotros estemos en el buen camino, en el camino del acierto, de cuando en cuando se nos nuble el espíritu, reaparezcan las pasiones primitivas y nos descarriemos y nos apartemos del camino que anteriormente nos habíamos trazado. Importa, por lo tanto, sobre todo, que tratemos de establecer lo más claramente que podamos en qué se diferencia nuestro camino para lograr el Socialismo del camino que siguen otros grupos de proletarios y otros teorizantes de la revolución social.

Lo característico del Socialismo científico

Cada vez yo me inclino más a creer que la diferencia fundamental que separa al Socialismo que llamamos científico, y que se personifica en Carlos Marx, de las otras

tendencias, sean anarquistas o no, sean de Socialismo utópico o se personifiquen en el nombre de Proudhon o en el de Bakunin ; lo que nos separa de todas las otras tendencias es esto : una concepción metodológica. Stuart Mill dijo una vez, hablando de problemas de moral, que había dos grupos de sistemas : unos sistemas de moral que llamaba intuitivos y otros que llamaba objetivos o científicos. Los sistemas de moral intuitivos, decía Stuart Mill, se fundan en ciertos sentimientos internos del espíritu, en eso que se llama intuición personal o intuición simplemente, en que coinciden muchos hombres, muchas individualidades. Y tienen como medio de elaboración, estos sistemas, definir en conceptos esas intuiciones. Y los otros sistemas de moral que Stuart Mill llamaba objetivos consisten en observar las acciones de los hombres, sus costumbres, los movimientos individuales y colectivos voluntarios, y sobre la base de la observación construir, mediante el razonamiento y el cálculo, teorías por un procedimiento científico.

Pues bien, esta diferencia que Stuart Mill establece entre los sistemas de moral se puede señalar también entre los sistemas de Socialismo. Hay sistemas intuitivos, sentimentales, fundados sobre la base de los sentimientos internos de los hombres o de las tendencias e intuiciones ; cada cual piensa y experimenta y cada cual construye un mundo de conceptos más o menos artificiosos. Hay otro modo de concebir el Socialismo, que consiste en estudiar la realidad de la vida social, estudiar fundamentalmente la realidad de la vida económica, y sobre las observaciones de los hechos económicos, y conociendo las leyes de la transformación económica de la sociedad y obedeciendo a esas leyes, influir inteligente y deliberada-

mente para cambiar las condiciones de la vida social y transformar sus instituciones.

La política de los economistas, de los sociólogos, de los socialistas en este segundo caso, es ponerse en la misma posición, frente a la Naturaleza, en que se pone el hombre de ciencia, el cual no inventa los conceptos mirando a su propio espíritu, sino que observa los hechos para conocer a la Naturaleza tal como es, para determinar sus leyes y poder influir sobre ella, obedeciendo esas leyes cuando no tiene más remedio que admitirlas. Y eso es lo que hizo Marx, y ésta es la tendencia que nosotros seguimos. Estudiar la evolución de la vida económica, sobre la cual se basa toda la estructura social de los pueblos. Conociendo las leyes económicas, no sólo pueden explicarse los hechos que se han sucedido y que se están sucediendo, sino que pueden preverse con toda verosimilitud los hechos que habrán de suceder. En virtud de esas previsiones se puede regular nuestra acción de manera que los acontecimientos que hayan de producirse se produzcan con el concurso de nuestra voluntad y en condiciones favorables para realizar una obra de justicia, de liberación y de supresión de las tiranías que actualmente existen en el mundo social.

Algunos creen que éste es un camino de pura paciencia, monótono, vulgar, semejante a la obra que realiza el investigador en su laboratorio, buscando el detalle, coleccionando datos, sin poder permitirse un momento de aventura espiritual, de plena libertad natural, de inspiración y de genio. Este es un error semejante al de los que creen que cuando un hombre abandona las creencias religiosas y el culto de las imágenes, abandona la poesía. El hombre que está acostumbrado a venerar una figura

de mujer joven, vestida de oro y pedrería, iluminada con luces vacilantes, de tal manera que produzca en su espíritu un estado de exaltación, el que está acostumbrado a eso cree que no hay sentimentalidad, ni poesía, ni emoción cuando desaparece el culto, cuando desaparecen las imágenes. Y, sin embargo, está probado que hombres que han dejado a un lado la superstición y se han emancipado de las ideas religiosas, son susceptibles de vivir una vida de poesía superior a la de aquéllos. En otro caso, para ser poeta habría que retroceder siempre a los tiempos del salvajismo en la Humanidad, y ésa es una cosa que yo creo que nadie se atreverá en serio a sustentar. El volumen, por decirlo así, de poesía no solamente ha aumentado en el mundo porque la han disfrutado mayor número de hombres; ha crecido también porque se ha depurado, porque se ha hecho más poesía al desprenderse de ciertas formas primitivas, y, verdaderamente, a estos impulsos poéticos, cada vez más depurados, de la Humanidad se debe la estructura, cada vez más perfecta, que ha podido alcanzar la sociedad en momentos superiores de su evolución. Y como en la vida de la sociedad ocurre en la vida de la ciencia, cuando logra construir un método objetivamente seguro. La ciencia exige la realización de trabajos pacientes y penosos; sin ellos no hay verdadero conocimiento de las cosas. Y el que quiera conocer la Naturaleza tiene que hacer un derroche de esfuerzos, de paciencia y perseverancia, ya lo creo; pero la ciencia no es solamente una colección de hechos; el espíritu del que hace observaciones científicas no es el del filatélico, que colecciona sellos solamente por el simple placer de coleccionar. El espíritu del hombre de ciencia se sirve de los hechos para poner en juego sus facul-

tades creadoras, para idear teorías que sean como caminos nuevos que sirvan para hacer nuevas investigaciones; y en este campo se encuentra un vergel de poesía, de entusiasmo, de iniciativas, de generosidad, que en vez de agotarlo la ciencia, lo que hace es estimularlo y engrandecerlo.

Aplicado eso al Socialismo, cuando el Socialismo se hace científico, cuando se concilia con la ciencia, concilia también el movimiento obrero con la inteligencia de los hombres que la han podido cultivar y que mejor han sabido cultivarla. Podemos decir que a nosotros a veces se nos mirará con menosprecio porque atendemos a detalles, porque hacemos una vida de trabajo modesto, sencillo, atendiendo a nuestras organizaciones, atendiendo a nuestra cultura, estudiando el aspecto económico, estudiando el aspecto político, satisfaciendo todas las múltiples necesidades de este gran movimiento multiforme, que exige tantas tendencias y tantas observaciones distintas en la masa trabajadora. Se nos podrá decir que agotamos nuestra vida en una obra demasiado modesta. ¡Ah! Pero es que ese trabajo modesto y sencillo, que se hace sin espíritu pretencioso, es el trabajo que rinde más frutos intelectuales y estéticos, es el que nos da más alientos para el porvenir, es el que nos infunde más espíritu progresivo, y es en ese trabajo modesto en el que podemos fundar la garantía más sólida de que vamos por un camino que no es el más retrasado, sino el más avanzado y revolucionario de todos.

Los momentos difíciles

Ahora bien, compañeros : yo comprendo que este camino de paciencia, de valor, de abnegación, de sacrificio, no siempre es fácil. Los acontecimientos históricos, a veces, nos colocan en situaciones en las que nuestro ánimo se perturba de tal manera, que se producen situaciones propicias al resurgimiento de las antiguas tendencias y a la producción de desviaciones en nuestra ruta, tan lamentables como difíciles de evitar. Y en uno de esos momentos de peligro nos encontramos ahora. Y no me extraña a mí que por eso, porque ante nosotros se producen hechos desconcertantes que alteran nuestra serenidad dentro de nosotros mismos, que en la masa de nuestras organizaciones se produzcan tendencias que contrarían el método que hemos elaborado, digo mal, que han elaborado nuestros antecesores con tanto esfuerzo y con tantas penalidades ; tendencias que hay que vigilar y a las cuales hay que salir al paso, porque, de consolidarse, pueden producir situaciones en las cuales, creyendo que alcanzamos grandes progresos y adelantos, experimentemos grandes desengaños y retrocesos.

La Gran Guerra

No nos pasa eso a nosotros solos, que, como os he dicho antes, estamos mal preparados para la obra que tenemos que realizar, sino que les pasa también a otros camaradas y a otras organizaciones que tienen antecedentes y que cuentan con elementos muy superiores a los antecedentes y a los elementos que a nosotros nos pue-

den favorecer y ayudar. Es, sin embargo, natural que, precisamente por la inferioridad de condiciones en que nosotros estamos, estemos, por lo menos, más alerta, porque los demás podrán equivocarse, pero nosotros tenemos más probabilidades de ello. Los momentos difíciles en los cuales se precisa serenidad de espíritu para juzgar bien los acontecimientos y tomar una dirección segura han empezado a producirse, vosotros lo sabéis bien, con la guerra. La guerra desconcertó mucho la vida del Socialismo, la vida sindical, produciendo un fenómeno que yo tengo por inevitable cada vez que la guerra se produzca, si no la podemos impedir: es la exacerbación del nacionalismo dentro de nuestras mismas organizaciones. Es evidente que cuando estalló la guerra europea, antes de convertirse en guerra mundial, hubo muchas personas ingenuas, y otras no tan ingenuas, que esperaban que la guerra pudiera ser paralizada por una acción del proletariado, y cuando vieron que en Alemania los Sindicatos obreros pactaban, por decirlo así, con la situación y se acomodaban a ella, sufrieron un desengaño de muerte. Y cuando vieron que en Inglaterra, la cuna de la organización obrera, el pueblo entró con entusiasmo en la guerra entre Alemania y Francia por haber sido invadida Bélgica, sufrieron otro desengaño también. Y lo mismo cuando vieron que en Francia el Socialismo se incorporaba al Poder, realizando una obra admirable desde el punto de vista técnico, porque no hay más que recordar la actuación de Albert Thomas en el ministerio de Municiones. Yo le vi en aquellos años de la guerra; estaba instalado en un hotel de una de las grandes avenidas de París, y aquello era un mundo de iniciativas, de aprovechamiento de esas iniciativas, de organizacio-

nes enormes, inmensas, admirables. En aquella ocasión, hasta Guesde, el socialista francés que, contra las tendencias de Jaurès, había sostenido con más intransigencia el ideario marxista, se creyó obligado noblemente a desempeñar un cargo en el Gobierno, aunque en realidad era un ministro sin cartera. Pues bien : cuando vieron esto muchas gentes que se habían formado una leyenda y que se habían construído un mito fundado en el poder real, pero exagerado por ellos, que tenía la organización sindical y el Partido Socialista, dijeron : «El Socialismo ha muerto, el Socialismo ha desaparecido.»

Hay en torno a nosotros una atmósfera ídeal y sentimental que es especialmente vacilante : tan pronto decreta nuestra muerte fulminante y, además, se dispone a matarnos, si puede, como se convierte en nuestro panegirista, proclamando que nosotros todo lo podemos y todo lo hemos de salvar. Naturalmente que hay que agradecer a esa envoltura social que nos rodea el interés que tiene por nosotros. Hay que agradecerse cuando nos combate ; hay que agradecerse cuando nos glorifica. Ahora bien : cuando nos glorifica hay que ponerla un poco en cuarentena y pensar que sus elogios son interesados y que realmente no nos deben ilusionar demasiado, no nos deben entusiasmar y no nos deben, sobre todo, hacer perder la cabeza. Cuando nos critican hay que agradecerse más especialmente, porque en sus críticas hay, indudablemente, mucho de censurable, de odioso, que debemos rechazar ; pero en los mayores errores hay un germen de verdad, y ya sabéis que del enemigo hay que tomar muchas veces el consejo. Quiero decir con esto que no nos debe pesar que en el mundo se ocupen tanto de nuestras acciones, para bien o para mal ; sin

ello no tendríamos la importancia social que tenemos ; pero que debemos ser cautos, para no dar más importancia de la que realmente tienen a esos movimientos de opinión que, por lo menos, tienen un fondo de debilidad extraordinaria, que se traduce en su versatilidad y en los cambios que experimenta con demasiada frecuencia.

Pues bien, el hecho de que los socialistas no pudieran impedir la guerra, y el hecho de que los socialistas de algunos países ocuparan el Poder durante la guerra para defender la posición de sus nacionalidades, digo que produjo en muchos espíritus un desencanto tal, que decretaron la muerte del Socialismo, y dijeron : «El Socialismo ha desaparecido.» Sin embargo, el Socialismo no solamente no desapareció, sino que cuando terminó la guerra, el Socialismo tomó tal auge y tal importancia que se volvió a convertir en el árbitro de los destinos de todas las naciones del mundo, y otra vez la opinión versátil volvió a decir que el Socialismo no había muerto, y a pedir al Socialismo que lo arreglase todo.

La revolución rusa

No pretendo tampoco en este momento hacer historia, pero sí recordaros algunas circunstancias. Antes de acabar la guerra estalló la revolución rusa, y con la revolución de octubre triunfó la República de los Soviets. ¡ Cuántos temores produjo la República de los Soviets ; pero cuántas esperanzas engañosas alentó también ! Los que hemos vivido aquellos años dentro de la organización sindical española e internacional, y dentro del Partido Socialista, podemos dar fe de las ilusiones que entonces algunos se forjaron. Hubo hombres ingenuos que

habían creído que la revolución social había triunfado ya en el mundo, y que los socialistas iban, bolchevizados, a ocupar el Poder en seguida ; sobre todo en países como el nuestro, tan dado a ilusiones, el entusiasmo bolchevique fué de una rudeza extraordinaria. Ahora, fué tan torpe, tan falto de base, hizo tales tonterías, tales disparates, que en poco tiempo desapareció y dejó de influir ni siquiera en el grado más ínfimo en la vida social y política de nuestro país.

Sin embargo, no era la revolución rusa ni la República de los Soviets tan despreciable como algunos después han pensado. La República de los Soviets tuvo en contra suya ejércitos sostenidos por la influencia oculta de grandes potencias europeas. Sostuvo tres años de guerra civil y salió victoriosa de ella. Pero ¿ vamos a creer por eso, por ese triunfo de la República de los Soviets, que ésta, con su victoria indiscutible, nos ha dado el modelo que debemos imitar? Yo digo que no. Digo que en Rusia estaban dadas las condiciones para que eso ocurriera, y hasta he dicho más de una vez que si yo hubiera estado en Rusia, creo que hubiera tomado parte en esa acción, por estimar que otro sistema, un sistema democrático, para implantar algo que condujese al Socialismo, dado el estado de cultura y los hábitos y la composición del vasto pueblo ruso, era completamente imposible. Se impuso la República de los Soviets porque se tenía que imponer. Pero todos recordaréis que cuando los bolcheviques ocuparon el Poder, con bastante facilidad, como ocurre siempre al final de un proceso revolucionario, que el momento decisivo no es difícil, sino que es el resultado que ha sido facilitado por los actos difíciles que le han precedido. En la revolución rusa, para preparar esa toma

fácil del Poder, todos sabéis los sacrificios, las penalidades que tuvo que sufrir el pueblo ; pues bien, tras esas penalidades, los bolcheviques, cuando ocuparon el Poder, llevaban en el alma un ideal socialista. Y ahora vamos a empezar a hablar de las dictaduras. Llevaban un ideal socialista en el alma para realizarlo dictatorialmente, por medio de una dictadura del proletariado. Y todos los dictadores que han ido saliendo después se diferencian de los bolcheviques en que éstos llevaban una tendencia, un ideal y un propósito de servir a la clase trabajadora. Su dictadura era una dictadura proletaria, para redimir al pueblo ruso y si fuese posible a Europa entera y a la Humanidad, sirviendo al proletariado, mediante el triunfo de éste. Aquellos hombres, que conocían mucho las doctrinas socialistas — porque en Rusia había una *élite* extraordinaria que se había formado durante muchos años en el destierro, en las principales ciudades de Europa —, que sabían mucho y que tenían una voluntad de acero, revolucionaria, bien templada, bien probada, aquellos rusos bolcheviques, cuando ocuparon el Poder, quisieron implantar en su país una estructura social fundada en la socialización de todos los medios de producción. Transigieron, sí, con los aldeanos dándoles la tierra, en propiedad inclusive ; pero las primeras publicaciones de Lenin, Trotsky, Radek, de todos los grandes propagandistas rusos, las publicaciones de los primeros tiempos, no esa bazofia que se ha extendido ahora para volver loca a la gente, esas publicaciones dan testimonio de que aquellos hombres combatieron el espíritu anarquista en la teoría y en la práctica, porque el primer levantamiento anarquista que el mismo día del triunfo se inició, fué ahogado de tal manera que no quedó ni un anarquista para

contarlo, y las tendencias anarquistas que podían quedar en las gentes, éstas fueron combatidas constantemente, como buenos socialistas, por los bolcheviques, diciendo que no se trataba de eso, ni mucho menos; que no se trataba de formar una nueva clase de propietarios que pudieran el día de mañana erigirse en Poder y dominar a los demás, sino que se trataba de socializar la producción de la tierra y de la industria. Ahora bien, como era de esperar, en Rusia, nación en la cual había centros de producción industrial muy desarrollados, por ejemplo, Moscú, más desarrollados que nuestros grandes centros industriales hoy; en Rusia, sin embargo, no se daban las condiciones económicas que hicieran posible esa transformación de la industria socializándola, y mucho menos para que esa transformación se hiciese en el campo, en el terreno de la agricultura. Y entonces los bolcheviques tuvieron que aceptar otra misión impuesta por una necesidad histórica, la misión de realizar una obra que debían haber realizado los burgueses de Rusia si hubiesen sido lo bastante avanzados, si no hubiesen estado tan corrompidos como estuvieron. Y fué Lenin el que dijo: «No, el Socialismo aquí no se puede realizar de una vez. Tenemos primero que industrializar al país, pero lo vamos a hacer dictatorialmente. Vamos a crear un capitalismo de Estado. No vamos a crear capitalistas que actúen en su provecho, sino que el Estado se va a constituir en capitalista; y cuando creemos un capitalismo de Estado, vamos a crear un Socialismo de Estado, y cuando ese Socialismo de Estado esté creado, entonces podremos empezar la obra verdaderamente socialista.» Es un camino que en Rusia quizá era el único que se podía seguir. Ahora, pretender que los demás pueblos sigan ese

mismo camino, me parece desacertado, imposible, y hasta ahora los hechos parecen dar la razón a esa creencia, porque ya sabéis que una de las cosas en que ha fracasado más la República de los Soviets ha sido en su política internacional. Se explica perfectamente que aislados del mundo, haciendo una revolución en nombre del proletariado, los rusos quisieran tener no sólo la ayuda, sino la cooperación en su misma obra del proletariado revolucionario de todos los países, de Europa por lo menos. Eso no lo han podido conseguir hasta ahora, no han podido conseguirlo, y lo que han logrado, por el contrario, es que en las principales naciones de Europa las tendencias bolcheviques hayan significado, más bien que una causa de progreso, una causa de retroceso, y hayan creado una serie de dificultades enormes, que han paralizado la obra del proletariado en gran parte durante estos últimos años.

El ejemplo de la revolución rusa no solamente hizo nacer núcleos que se llaman comunistas; ya sabéis, y esto no hay ni que explicarlo, que se llaman comunistas no porque sus aspiraciones sean diferentes a las nuestras, sino porque creen que ellos son los que interpretan las doctrinas de Marx en toda su pureza, y se atienen al *Manifiesto comunista*, que es Socialismo, llamado así para diferenciarle del Socialismo utópico.

Digo que el entusiasmo que produjo la revolución rusa no solamente creó núcleos comunistas en diversas naciones, sino que, acabada la guerra, produjo movimientos iguales o semejantes al ruso, pero sin las condiciones de aquel movimiento. Todos recordaréis lo que ocurrió en Baviera y en Hungría. Se proclamaron sendas Repúblicas, basadas en Consejos de obreros; pero fracasaron, y en Baviera aquellos días dejaron recuerdos tristes.

La reacción se cebó en hombres como Kurt Eisner, uno de los hombres más grandes y más respetados que teníamos en la Internacional Socialista ; que fué objeto de una muerte cruel y bárbara por parte de la reacción. En Hungría pasó algo todavía más grave ; porque el movimiento de la República democrática alemana salvó de una dictadura reaccionaria a Baviera ; pero a Hungría no se la pudo salvar, y se produjo una dictadura, sí, pero no una dictadura como la de los Soviets, sino contra los elementos obreros, contra el marxismo ; dictadura que persiste todavía, a pesar de los años, y que no se ha podido desarraigar. Y yo digo que, a excepción de Rusia, cuyas condiciones son verdaderamente excepcionales, los movimientos que se han hecho a raíz de acabarse la guerra, cuando el ambiente todo era favorable al elemento socialista y al obrerismo, y se creó un mito, en virtud del cual el Socialismo había de resolverlo todo ; cuando además había un entusiasmo entre los obreros que los acontecimientos fueron aplacando un poco ; cuando además había un ejército revolucionario y favorable a todos estos movimientos ; cuando en esas condiciones se han hecho ensayos de dictaduras del proletariado, a excepción de Rusia, siempre han producido la reacción de una dictadura contraria a la del proletariado, de una dictadura de servidumbre y de miseria.

Y estas fantasías de dictaduras que hoy nacen, en condiciones todavía mucho peores, ¿ no son algo que debemos refrenar ? Es algo que debemos hacer que sea estudiado y meditado, sobre todo antes de que arraigue en el espíritu de los jóvenes, que tienen disculpa por su menor experiencia, para que no se dé el caso de que con la mayor generosidad, con el mayor espíritu socialista,

vengamos a traer para nuestros compañeros, para la gente de nuestras organizaciones, para el porvenir, por el cual debemos nosotros mirar tanto como por el legado que nos han dejado nuestros antecesores, días de miseria y de luto y de vergüenza, de la cual nos costaría mucho trabajo redimirnos. Claro que se dirá: Es que la reacción avanza mucho. Y yo me acuerdo de que en aquellos días después de la guerra, nos encontrábamos con mucho entusiasmo y optimismo exagerado, y había algunos hombres experimentados en la Internacional, como Albert Thomas, que decía: «No, no; ha de venir una reacción, y hay que prepararse para ella.» De manera que el consejo de los expertos no es siempre el de derrotistas, no. Eso de que cuando haya unas divergencias entre compañeros, y se empiece a reflexionar, se hable en seguida de derrotismo, no es admisible; no es admisible. Valor, espíritu revolucionario, debemos exigirnoslo todos; ahora, ceguera para el espíritu revolucionario, eso lo debemos combatir los que podamos combatirlo, y si no lo hiciésemos, faltaríamos a nuestro deber. Porque, claro, la vida del Socialismo es una vida de lucha; muchas veces se ha comparado con las luchas de la guerra. Si un estado mayor lleva a un ejército a una batalla en condiciones desfavorables y viene la derrota, y viene la demoralización, la responsabilidad es del estado mayor, no tiene duda. Y no basta que los elementos directores tengan impulso, tengan valor, arriesguen su vida; la vida que vale no es la del individuo, es la de las masas. Tienen que tener la virtud de preparar las batallas en condiciones favorables para ganarlas, o para que, si se pierden, la derrota sea remuneradora, porque sea una de esas derrotas que engrandecen, en vez de deprimir.

Y vamos a los casos concretos de ahora, a los casos que constituyen los temas de nuestras preocupaciones.

La República alemana

El caso concreto principal es el ejemplo de Alemania. Alemania no siguió el camino de Rusia, ni siguió el camino de Hungría, ni prevaleció tampoco en Alemania el camino de Baviera, la parte más reaccionaria de Alemania. Los prusianos, los sajones, son rudos, son duros; pero da la casualidad de que en Sajonia y en Prusia se ha iniciado la reforma religiosa, y que el espíritu revolucionario moderno es allí donde tiene sus raíces y su formación. Allí es donde actuó Rosa Luxemburg, que no era precisamente un espíritu conservador, ni mucho menos. Pues bien; merced al predominio del resto de Alemania, de Prusia y Sajonia principalmente, del fracaso de Baviera no resultó una reacción, la implantación de una dictadura reaccionaria, sino la de un Gobierno democrático general en Alemania, la constitución del Reich y después la participación de los socialistas en el Poder. Y se dice: He ahí el resultado. ¿Lo veis? ¿Democracia, libertad? Pues ahí tenéis a Hítler en el Poder. Verdad; pero es una manera muy simplista de pensar esto de decir: Puesto que los alemanes han fracasado en su ensayo de actuación dentro del ambiente de una República democrática burguesa, para establecer por medio de ella el Socialismo, volvamos la espalda a la democracia y pongamos nuestra esperanza en la dictadura del proletariado.

Pero bien; ¿por qué se ha producido este fenómeno,

dolorosísimo, pero lleno de enseñanzas, de Alemania? Pues se ha producido, no por una causa sola, no, que el fenómeno es complejo, sino por un conjunto de causas que para nosotros son muy aleccionadoras. Antes de que triunfara Hítler, antes de que obtuviera el triunfo electoral que obtuvo, en virtud del cual los nacionalsocialistas en Alemania tenían casi la mitad de los puestos, y juntos con los nacionalistas tenían mayoría en el Reichstag, se produjo en Alemania un movimiento en favor del nacionalsocialismo. Y hago constar esto para advertiros que el movimiento nacionalsocialista en Alemania no es una ficción, sino que es un movimiento de masas, de masas que creen en Hítler, que creen que es el redentor, y que hace falta una dictadura demagógica, más que democrática, pero que ellos llaman democrática, para que ponga las cosas en orden y salve a Alemania, tan hundida, tan caída después de la guerra. Por eso decían los nacionalsocialistas que ellos representan una dictadura democrática. Se dirá: ¡Ah! Es que aquellas elecciones se hicieron por medio de coacciones. Sí; pero todos vosotros sabéis lo que significa el triunfo de la fuerza en unas elecciones; significa, por lo menos, que la masa general deja hacer. Cuando se produce un movimiento de opinión grande, como en las elecciones que dieron aquí el triunfo a la República, es la masa general la que permite o no permite que haya coacciones. Aquí había monárquicos, aunque estaban completamente desarmados, y cuando trataron de poner en movimiento a algunos de sus fieles servidores, los que dominaban antes las elecciones en los barrios extremos, aquellos hombres fueron destrozados por la masa, que les hizo desaparecer y les inutilizó por completo. De manera que el argumento de

que las elecciones que dieron el triunfo a Hítler eran unas elecciones falsas no nos debe seducir demasiado.

Se produjo un movimiento en favor del nacionalsocialismo en Alemania, un movimiento popular, integrado por masas de proletarios recién venidos al proletariado, porque la novatada proletaria se paga muy duramente. No me voy a extender a explicar cómo se han incrementado los elementos del proletariado en Alemania y en otros países. En los países donde hay restos de antiguas industrias han ido decreciendo éstas, ha aumentado extraordinariamente la gran industria, haciendo desaparecer la industria media y dejando en la miseria a muchos hombres que antes tenían un mediano pasar o eran ricos. Pero, además, en Alemania ocurrieron cosas como la inflación monetaria, la baja del marco, que dejó en la calle a hombres que tenían en la clase media una posición muy aceptable. Y vienen al proletariado, y sienten la rebeldía, y estos hombres que han vivido años enteros de sumisión al káiser en la clase media alemana, tan imperialista, estos hombres se rebelan, se sienten sumamente radicales, dan pábulo a ideas revolucionarias, aunque en política surge siempre en ellos un espíritu romántico, sentimental, primitivo, pero mucho más dañoso que en los primeros tiempos del desarrollo proletario. Y ese romanticismo revolucionario, como todos los romanticismos, acaba en una reacción; ese romanticismo revolucionario se caracteriza por algunas notas que en el régimen de Hítler se ponen de relieve. Una de ellas, el sentimentalismo bárbaro de ese movimiento. Es un movimiento que glorifica la pasión, y la pasión salvaje, el completo salvajismo que está haciendo verdaderos horrores en Alemania. En Alemania existe una oposición de razas

entre germanos y judíos que ha existido siempre, latente unas veces, manifiesta otras. Había una competencia entre ambos para la ocupación de los cargos públicos, para el ejercicio de los administrativos. Pues bien; esa pasión intransigente en Alemania se ha llevado por el nacional-socialismo a los límites más absurdos de la barbarie.

Hay una reacción también antimarxista. Se persigue a los socialistas y a los comunistas hasta exterminarlos, y se glorifica, como en todos los romanticismos revolucionarios, al héroe, al hombre pasional, aunque sea un degenerado. Otra característica de este movimiento revolucionario romántico es la exacerbación del sentimiento nacional. Creo, camaradas, que nosotros no somos espíritus selectos que se creen superiores a toda nacionalidad, que nosotros sentimos la nuestra y operamos en ella; pero de eso a considerar que el amor a la raza y a la nación ha de prevalecer sobre todo, y para vivir ha de exterminarse todo lo contrario, va una buena diferencia. Esto es una pasión malsana, y lo otro es un sentimiento noble y legítimo, compatible con toda la vida internacional.

Otro de los rasgos atávicos de estos revolucionarios es el cultivo de las grandes personalidades y de los héroes. Que las masas populares exalten a un hombre por su energía, por su voluntad, por su elocuencia, por la generosidad de sus sentimientos, por lo que sea, no constituye un fenómeno nuevo; pero sí es un fenómeno que los socialistas estamos en la obligación de combatir. Nosotros tenemos que respetarnos los unos a los otros; pero ¿colocarnos en la posición de vivir a las órdenes de un señor, como los hitlerianos, como los partidarios de las dictaduras de todas clases? ¡Ah!, eso no, no. Cuando se habla de dictadura hay que ver a lo que las dictaduras obligan.

Porque, volvemos al ejemplo de Rusia. Han podido triunfar los bolcheviques en Rusia porque el bolcheviquismo era una organización, dentro de sí misma, autocrática y dictatorial, en la cual se daban órdenes que eran absolutamente acatadas, sin discusión ; siendo de este modo un instrumento de lucha evidentemente eficaz, pero al que creo que vosotros encontraréis muchos defectos para una acción perdurable.

Nuestro caso

Para que un partido, por ejemplo nuestro Partido Socialista, llegase a establecer la dictadura por su cuenta, triunfando en España, cosa que me parece un absurdo y una vana ilusión infantil, para que eso pudiera pasar tendríamos que empezar por organizar nuestro Partido de modo autocrático. Vosotros veréis si estáis dispuestos a ello. Yo, por mi parte, os digo que no ; yo no quiero ser dictador de nadie ni que nadie me obedezca ciegamente ; pero tampoco quiero sufrir la dictadura de nadie ni de ningún organismo. Por eso somos socialistas ; por eso lo he sido yo siempre ; por eso lo seguiré siendo. Pero conste que para que un partido como el nuestro pudiera establecer una dictadura, tendría que empezar por tener la dictadura dentro y por hacer un partido autocrático de un partido esencialmente democrático que es. Me parece que se paga demasiado cara la ilusión de la dictadura del proletariado.

Pero vamos a una última reflexión. Se dice : La democracia burguesa no nos sirve para nada. Se cita el caso de Alemania y se hace referencia a nuestra situación actual. Nosotros hemos puesto toda la carne en el asa-

dor ; nosotros hemos dado todo lo que se nos pidió, y aun más, a la República burguesa española. Pero ahí tenéis, ahora nos están combatiendo por todas partes. Considerándonos hasta hace poco tiempo imprescindibles, nos dicen ahora que estorbamos, nos dicen que somos el obstáculo de esta República. Eso es una hábil mentira, porque, evidentemente, la contribución del Partido Socialista a la obra de la República española es una alta y noble contribución que nadie debe olvidar, que nadie debe desconocer. Pero, en fin, ya se está creando el ambiente contrario ; ya esa opinión movediza y versátil que antes nos exaltaba, ahora nos deprime. Y bien, así como antes fuimos demasiado ingenuos para creer que podíamos hacer más de lo que debíamos haber hecho, ¿ vamos a ser ahora también tan ingenuos que creamos que debemos volver la espalda a la República democrática para ver si podemos embarcarnos en la aventura de ejercer el Poder dictatorialmente? Yo no sé cómo eso se puede sostener, camaradas. Yo os decía antes que para dar una batalla hay que elegir las condiciones. Hace pocos días leí yo un artículo de Otto Baüer, a quien no creo que tengáis por un hombre de derechas y falto de espíritu revolucionario. Yo no sé si en el campo internacional hay un hombre de espíritu más revolucionario que Otto Baüer. Pues bien, éste decía : « En Austria, con Alemania por una parte, con Italia por otra, con Hungría por otra, dictaduras reaccionarias todas, con un Gobierno que es una medio dictadura, ¿ qué vamos a hacer? Tenemos que dar una batalla, tenemos que luchar, tenemos que sostener una lucha constante. ¿ Con qué objeto? ¿ Triunfar nosotros para ejercer la dictadura? En ese caso la derrota es segura. ¿ No es mejor sostener la democracia, que nos ofre-

ce condiciones permanentes y una actividad verdaderamente fecunda? Porque si al triunfar una dictadura nuestra ya estuviese todo remediado, todavía; pero es que el remedio no viene por ahí, aparte de que los riesgos que se corren son enormes.»

¿Es que no habrá posibilidad de salir de esta locura dictatorial que invade al mundo? Porque ahora todo el mundo quiere ser dictador, y por eso precisamente debemos prevenirnos. No solamente hay ahora dictaduras en los pueblos europeos, sino que ya veis la dictadura económica que se está produciendo en los Estados Unidos. Los Estados Unidos son una República que ha pasado muchos años por democrática. Yo no la he tenido por tal, porque esas Repúblicas presidencialistas tienen mucho de imperio; pero, en fin, allí se ha vivido una vida de libertad burguesa que no se puede negar tampoco. Pues bien, ahora Roosevelt, demócrata avanzado, se erige en dictador económico. ¿Cómo ha ocurrido ese fenómeno? Porque en los Estados Unidos había una serie de industriales, de capitanes de industria, que decían que hacía falta revolucionar la industria. Y eran tan radicales, que alguno llegaba a decir: «La economía vive de tópicos viejos que es preciso barrer. Uno de ellos es que el hombre quiere trabajar bien, en buenas condiciones. Eso es mentira; el hombre lo que quiere es no trabajar, o trabajar lo menos posible.» Esto es un poco arriesgado, ¿verdad? Nosotros somos unos conservadores en relación con ellos, porque decimos que el trabajo es una necesidad, es un goce, es una virtud, no evangélica, pero sí una virtud social.

Si se dice que el trabajo es un castigo se comete una inexactitud; pero si se dice que hay que trabajar, me

parece que se dice una verdad indiscutible. Efectivamente; trabajar es necesario, porque si los hombres no trabajásemos absolutamente nada, probablemente degeneraríamos y enfermaríamos. Precisamente uno de los problemas grandes de los que la nueva organización de la sociedad tendrá que resolver, y que ya se vislumbra, es éste: puesto que vamos a trabajar todos para el desarrollo de la industria, pues no es justo que trabajemos unos sí y otros no, habrá que trabajar muy poco; y entonces, el resto del tiempo, ¿qué se hará? Ese tiempo hay que llenarlo con educación, con cultura, con embellecimiento del espíritu; hay que llenarlo con la participación en la ciencia, en el arte, que es una forma de trabajo, pero libre, hecho por amor, por entusiasmo, por la generosidad propia del espíritu humano. Pues bien; si nosotros no renegamos del trabajo, yo os digo que ese señor, ese capitán de industria, es un hombre de un radicalismo, aparente, desde luego, mucho mayor que el nuestro.

También hace poco un economista inglés decía: «Mujeres de Inglaterra: No ahorréis. El ahorro es un vicio, es un mal; hay que derrochar todo el dinero, gastar todo lo que ustedes encuentren en los almacenes.» Era un consejo un poco arriesgado en Inglaterra, porque yo os digo que las mujeres inglesas tienen grandes virtudes; ahora, que la mujer de la clase media es terriblemente derrochadora. Tiene el pueblo inglés un hábito de grandeza y de riqueza, como el pueblo americano, que hace que las mujeres gasten extraordinariamente en sus caprichos, y dar a las mujeres inglesas el consejo de que derrochen es bastante atrevido. Y, sin embargo, esto tiene un fundamento. La economía moderna del ahorro es una mez-

quidad; hay que buscar otros fundamentos de enriquecimiento general superiores al ahorro.

Pues bien; estos economistas radicales cifran su radicalismo en que ellos dicen: «Hay que revolucionar la industria, la economía; los obreros quieren trabajar poco. Pues con que trabajen poco tenemos bastante. Mas como los que entendemos de organización industrial somos nosotros — añaden —, vamos a ser nosotros los que revolucionemos la industria.» Es decir, quieren erigirse en dictadores de la situación económica, y no hay duda de que harán alguna cosa eficaz, porque todas las dictaduras hacen algo eficaz; pero que harán también unos disparates enormes, porque todas las dictaduras hacen unos disparates fundamentales, por los que se hunden, y causan grandes males a los pueblos en que se aposentan.

Pero, en fin, ya veis: dictadura económica, por un lado; dictadura reaccionaria, por otro; dictadura socialista, por otro. ¿Es que nos vamos a dejar contagiarse de la peste del momento? ¿O es que somos hombres que tenemos una concepción de nuestra vida, de nuestro método, de nuestro sistema, que nos hace inmunes a los contagios de esos caprichos? Yo digo que el valor revolucionario del Partido Socialista consiste en continuar fiel a sus principios en medio de esta ola de enloquecimiento burgués, o de proletarios que todavía tienen pegado el cascarón en la mitad de su cuerpo o en la mitad de su espíritu y no se han podido desprender de él.

Por consiguiente, vosotros, jóvenes socialistas, que estáis rumiando el tema de democracia y la dictadura, reflexionad que es muy fácil sentirse sumamente radical y decir: «La democracia no nos sirve para nada; vamos a la dictadura, y se acabó.» Quiero que reflexionéis

que la obra toda del Partido Socialista, desde que se fundó, y la teoría de Marx, consiste en recalcar a los proletarios que ser revolucionarios no es cosa fácil, ni está al alcance de cualquier indigente espiritual; que es preciso antes sufrir mucho, trabajar mucho, meditar mucho para saber ser revolucionario, y que muchas veces se es más revolucionario resistiendo una de estas locuras colectivas que dejándose arrastrar por ellas, dejándose llevar por la corriente de las masas para cosechar triunfos próximos y aplausos seguros, a riesgo de que después sean las masas las que cosechen los desengaños y los sufrimientos.

EN EL CINE PARDIÑAS

(Discurso pronunciado el día 5 de noviembre de 1933.)

Vengo a razonar

Compañeros: Quisiera dominar pronto la emoción natural que tiene que producir en mí esta explosión de vuestro afecto, trabado por lazos tan antiguos y sólidos, que yo estoy seguro que nada podrá romper. (*Aplausos.*) Quiero dominarla, porque sabéis que yo acepto gustoso el venir a la tribuna no a excitar pasiones, sino a razonar. Con alguna frecuencia he comparecido en actos análogos a éste con semejante pretensión a la que hoy traigo; sin embargo, el caso actual difiere de otros merced a las circunstancias.

Otras veces, camaradas, venía yo a la tribuna no solamente a razonar, sino a oponer unas ideas a otras en una especie de discusión, porque entiendo que en el seno de nuestras organizaciones la discusión es necesaria para que se active el espíritu crítico de la masa y sepa orientarse aun en los momentos más difíciles.

Hoy no vengo con ese propósito, porque las discusiones entre nosotros duran hasta que democráticamente se ha tomado una resolución; pero cuando la resolución se ha tomado, los hombres que pertenecemos al Partido y a la organización obrera vamos a cumplirla como un solo hombre.

El valor de la disciplina

Ahí está la candidatura con que nos presentamos a las elecciones. Se habrá meditado mucho para construirla. Quizá el proceso de su formación haya podido ser laborioso. Está hecha, y todos a votarla. Yo entiendo así, camaradas, la disciplina, y soy un enamorado de ella, lo mismo que de la libre discusión. Ya sé yo que siendo disciplinado incurriré en el menosprecio de aquellos hombres que se tienen por espíritus superiores. Pero esos hombres que motejan de serviles a los hombres disciplinados cuentan da antemano con el menosprecio de mi orgullo legítimo, y voy a decir por qué. El hombre más indisciplinado de todos es el hombre que no conoce la vida social, es el hombre de las civilizaciones primitivas apenas concebible, algo así como nosotros nos representamos al hombre de las cavernas, que va a la caza de animales feroces, y con ellos es con los únicos que se entiende; que caza, tal vez, a la mujer en el bosque, y que, aparte de las resistencias que la hembra o las fieras pueden oponerle, no conoce ninguna traba social.

A medida que el hombre se ha civilizado y aprendido a respetar a los demás, sometiéndose a las necesidades de los otros, se ha acrecentado también, en vez de disminuir, su libertad personal. Y por ello a mí me parece que el hombre que no se disciplina es asocial, es un bárbaro, es un cavernícola, por mucho... (*Grandes aplausos, que cortan al orador.*)

Compañeros, en nuestra vida de socialistas debemos ser independientes, y nuestra labor debe ser discutidora y crítica de nuestra propia conducta y de la de los demás.

Pero debemos ser disciplinados ; y os digo que en estos momentos la disciplina se impone con más necesidad y más fuerza, por esta razón : Porque, todos lo sabéis, hay un emblema, una fuerza y una orden que mueve a todos nuestros adversarios en este momento : es la lucha contra el Socialismo, la lucha contra el marxismo. Nuestros adversarios han formado un frente antimarxista. No quiere decir esto que todos los adversarios del Socialismo se presenten unidos en una sola candidatura ; pero sí que las candidaturas que se presentarán contra nosotros son candidaturas complementarias, en las cuales todos sus representantes están unidos por un solo vínculo, cual es la necesidad que sienten de acabar con nosotros o, por lo menos, debilitar nuestra influencia.

La vitalidad del Socialismo

Sabéis, compañeros, que este momento de lucha contra el marxismo no representa un fenómeno que ocurra exclusivamente en nuestro país, sino que constituye una tendencia que se ha extendido considerablemente en Europa. Estamos en un momento de reacción, y la reacción se dirige contra el Partido Socialista. ¿Cuáles son los temores que en nosotros puede despertar esta reacción contra el Partido Socialista ?

Yo os digo que no sé cuándo siento más en peligro al Partido Socialista, si cuando todos le censuran y atacan, o cuando todos le alaban. Me atrevo a decir que mis inquietudes son más grandes cuando todos le alaban, porque es que aprecian en él alguna debilidad, o que tratan de explotarle para sus fines. En cambio, los ataques de todos los adversarios unidos y la crítica constante y mul-

tiplicada no me aterran, porque yo estoy acostumbrado, considerando la historia del Partido Socialista, a pensar que siempre que se le ha dado por muerto ha resucitado con más próspera vida. (*Aplausos.*)

Miremos la historia del Partido Socialista internacional. Después de la revolución del 48, que representaba un espíritu socialista aún vagamente determinado, surge una reacción. ¡Ah! Pero después de esa reacción fué cuando empezó a nacer el espíritu socialista propiamente dicho, con toda su vitalidad. Recordad lo que pasó después de la *Commune*: vino la reacción cruel y sangrienta de Thiers; pero después fué cuando el Partido Socialista internacional tuvo más vigor que nunca. Y recordad lo que pasó al final de la guerra, que por todas partes se proclamaba la muerte del Partido Socialista porque había nacido una Tercera Internacional, opuesta a la Segunda; y después de la guerra, el Partido Socialista ha llegado a tal esplendor y florecimiento, que para oponerse a él se está tocando a rebato y quemando la última pólvora de que disponen nuestros adversarios. Pero será igual, camaradas: que canten las victorias que quieran; nosotros sabemos que la victoria final es la nuestra. (*Aplausos.*)

Pero, compañeros, vamos a limitar nuestro análisis de la situación actual a la consideración del momento presente en nuestro país, donde se va a verificar la lucha de las próximas elecciones.

El frente antimarxista

¿Quiénes constituyen aquí el frente antimarxista, anti-socialista?

Es realmente extenso: empieza en el partido radical;

acaba en ese brote, un tanto ridículo y empalagoso, del fascismo español, que trata de aliar la erudición almibarada del Sr. Valdecasas con los arrojados revolucionarios de un joven más impulsivo que documentado, que hace poco proclamaba desde la tribuna las excelencias de la dialéctica de los puños y las pistolas.

Vamos a ver qué posición ocupan frente a nosotros cada uno de estos elementos extremos y los elementos intermedios, y cómo nosotros nos debemos situar también enfrente de ellos.

**Si el partido radical no se modifica,
hay que hacerle desaparecer**

El partido radical, quizá con algunos o todos los federales, es la genuina representación en la política española del espíritu del republicanismo histórico que en la República del 73 dió altos ejemplos, que todos recordamos con admiración. Al no consolidarse ésta, pasados años y años, ese republicanismo histórico se adaptó al ambiente de la monarquía, degeneró, y cuando se ha proclamado la segunda República española, evidentemente teníamos que llevar tras de nosotros un lastre pesado, que era en gran parte el republicanismo histórico.

¿Qué representa el lerrouxismo, o, para impersonalizar, el partido radical, en el ambiente republicano español? Representa algunas virtudes de la tradición republicana vieja; pero también ¡cuántos vicios adquiridos después! Primero, este republicanismo histórico español tiene un defecto muy grave para adaptarse a la vida de los tiempos actuales y de las Repúblicas modernas. Carece en absoluto de sentido social. Vive en una se-

rie de concepciones de individualismo primitivo que son incompatibles con las necesidades políticas de los pueblos modernos. Y mientras no adquiera ese sentido social, no solamente será el peso muerto de la República, sino que constituirá obstáculos y en algunos momentos ocasionará trastornos que hubiera convenido evitar.

Nosotros tenemos que advertirlo lealmente. Si el partido radical no se modifica, no adquiere visión para los problemas del momento, no puede ser un instrumento de Gobierno en la República española, y hay que hacerle desaparecer. (*Aplausos.*)

Debilidad de los radicales hacia los bandoleros de España

Hay algo también en el partido radical que o se modifica o perjudicará grandemente al régimen y ocasionará graves conflictos. Los hombres del partido radical, la mayor parte de ellos, los más representativos, pertenecen, sean cualesquiera sus años, a viejas generaciones de políticos, en los cuales la política romántica de la revolución española estaba en los últimos momentos de su vida; aquellos hombres, en su juventud, aspiraban todos a causar el asombro de la nación, y quizá del mundo, como Castelar, en un día, con un discurso admirable, y si por acaso se sentían asistidos por el éxito, eran llevados indefectiblemente a creerse dotados de cualidades excepcionales de artistas de la política, capaces de arrastrar tras su oratoria inflamada a las multitudes oscuramente sentimentales, las cuales debían dispensar a los genios conductores de la observancia de las normas comunes

de la moral, propias sólo del hombre sencillo que no ha sabido destacarse de la multitud.

No necesitaréis ser muy viejos vosotros para haber conocido personalidades políticas educadas en un medio decadente y vicioso que las ha llevado a considerarse por encima del bien y del mal. Y así se comprende, compañeros, que esos espíritus indisciplinados, soberbios, llenos de vanidad, que les hace creerse geniales y desconocedores de la moral vulgar, sientan ciertas debilidades y complacencias por los legítimos bandoleros de la España contemporánea. (*Grandes aplausos.*)

Nosotros proclamamos desde aquí que seremos todo lo vulgares que quieran; no nos sentimos genios ni queremos desligarnos de la masa; hay que atenerse a los principios elementales de la moral común, y la República tiene que ser austera, y si no, nosotros la inmoralidad la combatiremos en todo momento con todo el impulso de nuestros esfuerzos. (*Aplausos.*)

Y en estos rasgos yo he pretendido dibujaros, con conocimiento de causa, porque por algo hemos vivido largos años en nuestro país, cuál es el temperamento y el carácter de este primer grupo de adversarios del Socialismo, que quieren darle la batalla en las próximas elecciones.

El fascismo es un brote de hongos venenosos

Vamos al otro extremo, a los nuevos y pimpantes fascistas españoles. Ese es otro brote de hombres geniales. De hombres que se sienten superiores y que quieren acabar con la democracia para ser, dicen, la salvación del país.

Nosotros no sabíamos que los grandes caracteres humanos se forjasen con tanta facilidad. Pero, por lo visto, son un producto fácil, como las setas en el bosque; en realidad, hoy que el cultivo de la más nimia hortaliza requiere cuidados asiduos, mucho trabajo y mucho saber hacer las cosas, es muy posible que esos brotes de genialidades en el bosque de las multitudes bien vestidas e incultas, que es donde únicamente eso puede prosperar, no sean tales brotes de genialidad, sino la vulgar aparición de unos cuantos hongos más o menos venenosos.

Los demócratas y los demagogos

Pero, en fin, todos ellos proclaman el odio al marxismo, sin saber propiamente lo que el marxismo es. A algunos de ellos, más o menos tocados de ese espíritu antimarxista, les he oído decir: «He leído *El capital*, de Carlos Marx.» Pero ¿de qué les servirá, si no lo han entendido? Porque *El capital*, de Carlos Marx, no se lee con la facilidad de una novela vulgar; es algo que constituye a veces para algunos hombres maduros la preocupación de toda su vida, y la pretensión de haber leído *El capital*, de Marx, no quiere decir absolutamente nada; pueden haberlo leído sin haberse dado cuenta de lo que han leído, como a tantos lectores les acontece, que se pasan la vida entera leyendo grandes obras, pero no toman en cuenta más que las insignificancias; como a tantos les ocurre también que toda la vida se ocupan en cultivar su espíritu para ser poetas selectos, y pasan al lado de la poesía viva, hermosa, palpitante, y no se enteran y se la lleva otro. (*Aplausos.*)

Digo que todos estos adversarios nuestros, más o me-

nos unidos, tienen el propósito común de combatirnos para destruirnos.

Y ese espíritu más o menos fascista que en el grupo del joven fascismo español se inicia, está infiltrado también en ese cartel de derechas que forman una candidatura, y especialmente en el grupo agrario, que acaudilla o, por lo menos, representa en los actos de mayor estruendo el Sr. Gil Robles.

Quizá estos fascistas larvados puedan decirnos que ellos no combaten al Socialismo, sino a nosotros; pero hay signos que delatan claramente las inclinaciones fascistas, el horror a la democracia verdad y al Parlamento, que es su expresión. A la democracia verdad digo, porque hay que tener buen cuidado y distinguir los demócratas de los demagogos. Vosotros habréis oído muchas veces a hombres dogmáticos decir: «Somos demócratas, y vamos al pueblo, y creemos en el pueblo, y le queremos porque la voz del pueblo es la voz de Dios.» Y yo digo: Esos no son demócratas, son demagogos. ¿A quién se le ocurre, si no, decir que el pueblo tiene voz divina y hay que interpretarla para gobernar? Aquí no hay nada divino, todo es humano. El pueblo puede equivocarse; pero el pueblo es el conjunto de las inteligencias y de las voluntades dispuestas a resolver los problemas que se le plantean, por grandes que sean, y que un espíritu individual, también por grande que sea, no los podría resolver: Si el pueblo comete errores, lo que hay que hacer no es combatirle y dominarle, sino ayudarle por la discusión y el razonamiento a que él mismo supere y venza sus propios errores. (*Aplausos.*) Demócratas de ese tipo falso que antes os indicaba, compatibles con todos los sistemas autoritarios, nosotros no los queremos.

Entre los políticos que han formado el bloque de derechas contra el marxismo hay algunos que parecen haber recogido una inspiración fascista en uno de esos viajes de turismo político, que no enseñan nada generalmente, pero que dan a muchos la ilusión de que, por haberlos realizado, se han revestido ya de autoridad para dogmatizar de los más graves problemas que presenta la vida social, económica y política contemporánea.

El Sr. Gil Robles — no quiero creer que bajo la inspiración del Sr. García Valdecasas, sino bajo las influencias del espíritu hitleriano, recogidas en uno de esos viajes relámpagos a Alemania — nos ha dicho: «Procuraremos someter al Parlamento, y si no, lo desharemos.» ¡Lo desharemos! Claro está que esto no nos preocupa. Es de suponer que el nuevo Parlamento español tenga el sentimiento de su propio decoro que han sabido mantener las Cortes constituyentes.

Hay que castigar a los obstruccionistas de las Constituyentes

Y tengo que decir que es lamentable que en la última etapa de las Cortes constituyentes, partidos que se proclaman genuinamente republicanos hayan seguido una conducta que los equipara a este espíritu del Sr. Gil Robles.

Porque el uso de los medios reglamentarios es legítimo en toda corporación como en las Cortes; pero el abuso, hasta el extremo de causar la paralización completa de la vida de un organismo como las Cortes constituyentes, eso es moralmente ilegítimo.

Yo digo que si, en el momento de las elecciones, los que han hecho tales cosas, los que han dañado grandemente a la libertad, a la democracia y a las Cortes constituyentes de la República, no reciben una sanción, es signo de que hay todavía muchos elementos incapaces de comprender la más elemental verdad, y nuestro trabajo y esfuerzo tendrán que redoblar para hacerles ver esa verdad. (*Aplausos.*)

Camaradas : la contienda de la lucha electoral ante la cual estamos en este momento, en que se dice que la lucha es contra el marxismo, exige que declaremos que no hemos hecho nunca distinciones entre Socialismo y marxismo, y que somos más marxistas que nunca.

Yo, compañeros — permitidme esta digresión de carácter personal — vine al Partido Socialista convencido precisamente por el marxismo ; ahora, que no dije a nadie que era marxista al entrar, sino que era socialista simplemente ; porque como yo tengo un concepto, que creo bastante exacto, de que es difícil dominar y conocer el marxismo, me parecía una arrogancia y una pedantería presentarme en ninguna parte diciendo : Yo soy marxista. La primera vez que hablé de marxismo fué después de la revolución rusa y del triunfo del bolchevismo. Unos cuantos jóvenes aprendieron algunos folletos de propaganda, especie de catecismo marxista, y dieron en emplear a todas horas la fraseología marxista sin gran discernimiento. Yo, ante aquel brote de marxismo tardío e ingenuo, dije : Perdonad, yo os lo tenía callado, pero soy marxista desde que soy socialista ; y desde entonces he defendido las teorías marxistas con constante interés y celo, sin creer que cometía un acto de soberbia ni tampoco que adoptaba una actitud heroica, procurando ha-

cer frente a las objeciones de los adversarios y corregir las interpretaciones demasiado simplistas de la doctrina. (*Aplausos.*)

Somos marxistas y aceptamos la lucha de clases

Porque nosotros, aprovecho este incidente para aclararlo, si no somos genios, tampoco somos héroes. Estamos en una época en que el entusiasmo político se encumbra hasta el extremo de que, con frecuencia, los oradores gritan en las tribunas ofreciendo sus vidas. Nosotros no la ofrecemos: la damos todos los días. Y es esta virtud de la constancia en el sacrificio por el bien público lo que nosotros no tenemos que acreditar, porque lo acredita toda nuestra historia. Pero, en fin, puestas así las cosas, nosotros tenemos que comparecer ante nuestros adversarios no solamente diciendo como ellos cuanto ofrecemos, sino exponiéndoles claramente cuál es nuestro emblema y cuál es nuestra bandera. Somos marxistas y somos hombres que aceptan genuinamente la lucha de clases.

La barbarie del racismo

¿Qué autoridad tienen para combatirnos a nosotros como hombres que defendemos la teoría de la lucha de clases los que están defendiendo la teoría de la lucha de razas? Los hombres que, como en el movimiento fascista alemán, con un sañudo espíritu de persecución, se hacen la guerra porque se creen superiores por ser rubios, y persiguen a los morenos, o por ser arios persiguen a los se-

mitas. ¿Es que hay algo más bajo, más bárbaro que la lucha de razas? Pues estos hombres que inventan la lucha de razas y la practican, nos censuran a nosotros porque reconocemos, porque no negamos hipócritamente la lucha de clases existente y queremos que el proletariado, exento de privilegios, ponga término a esa lucha, estableciendo un régimen de justicia y de igualdad. (*Grandes aplausos.*)

El falso nacionalismo de los reaccionarios

Nosotros somos marxistas, y como marxistas somos internacionalistas. Grave defecto que nos atribuyen los jóvenes y viejos reaccionarios en nombre de un falso patriotismo.

¿Qué entienden ellos por internacionalismo? ¿Es que creen que los hombres internacionalistas no amamos el país en que hemos nacido? Todo lo contrario. Los que no aman el país en que han nacido son los que se colocan en esa actitud orgullosa de un cosmopolitismo aristocrático, tan característico de tantos españoles que han pasado la mayor parte de su vida en el extranjero, presumiendo de indiferencia hacia su país y gastándose las rentas que con su sudor les proporcionaban los trabajadores de España. ¡Esos sí que no son patriotas! Serán todo lo espíritus superiores que quieran, y hablarán el inglés mejor que MacDonald; pero cuando van al extranjero a hacer ostentación de sus méritos personales, tal vez renegando de su raza, ni son patriotas ni valientes, ni podrían resistir sin inmutarse la mirada serena y honrada de un internacionalista. (*Aplausos.*)

El fascismo lleva a la guerra

Lo que nosotros combatimos es el nacionalismo agresivo, que aunque aquí ha empezado ahora a propagarse por ese brote tardío del fascismo a que antes aludía, es cosa que ha existido en Europa y en España desde hace mucho tiempo.

Los fascistas españoles dicen : «Nosotros queremos que se desarrolle el carácter propio de nuestra personalidad nacional, desfigurado por la influencia del extranjero en España ; nuestro espíritu es el de la contrarreforma.» Los nacionalistas alemanes dicen : «¡ Ah !, nosotros queremos que se desarrolle la Alemania genuina que el intelectualismo y el marxismo han detenido en su progresiva evolución.» Y la Alemania genuina es para los nazis la Alemania de la Reforma. Y ¿ cómo va a haber medio de que las naciones convivan en un régimen de civilización, si cada una de ellas va definiéndose a sí de un modo antagónico y agresivo para las otras ?

Ese es el patriotismo de los grandes hombres del fascismo español. La lucha de pueblos contra pueblos y, a ser posible, la lucha más encarnizada, la guerra religiosa. Eso no es nuestro nacionalismo, no. En ese sentido no somos nacionalistas. Ni en el sentido de una política de egoísmos que no quiere ver las necesidades de los demás, tampoco. No es que nosotros seamos dogmáticos del libre-cambio ; pero el preconizar la lucha económica de nuestra nación con otras naciones, eso, que en todas partes es una locura, lo consideramos en España una locura catastrófica y suicida.

Nosotros somos marxistas y, como tales, pacifistas ; y no por débiles, sino por fuertes, porque nosotros esta-

mos dispuestos a todos los sacrificios, pero por la cultura y no por la barbarie, por la paz y no por la guerra. (*Grandes aplausos.*)

**Somos marxistas y, por ello,
revolucionarios**

Y por último, compañeros, nosotros, por ser marxistas, somos — dicho sea sin petulancia — revolucionarios. Lo cual no quiere decir que seamos sanguinarios. Ya se sabe que en todas las revoluciones ocurren episodios sangrientos; pero estos episodios son más característicos de las contrarrevoluciones que de las revoluciones, ya que las revoluciones son cada vez más humanas, más elevadas, más generosas para el adversario, progreso que ha coincidido, para honra suya, con la mayor participación directiva del proletariado en las revoluciones.

**Ya no bastan las conquistas
inmediatas**

Pero hay que admitir que la revolución no puede quedar paralizada por las consecuencias tristes y dolorosas que en algunos momentos pueda tener. Lo que importa es que definamos nuestro propio carácter revolucionario, que no consiste en otra cosa sino en que luchamos por transformar a fondo el régimen económico actual, empezando por socializar los medios de producción y cambio para que no sean manejados a su antojo por el capital, que muchas veces no corresponde a la inteligencia y la moralidad, sino... (*Grandes aplausos, que cortan al orador.*) Y hay que decirles más, compañeros; hay que decirles: Hasta estos tiempos esta declaración de finalidad revolucionaria se ha hecho siempre en el Partido Socia-

lista. Pero parecía que el momento de esta revolución era remoto, se perdía en un horizonte lejano, y mientras tanto, llenos siempre de entusiasmo, íbamos realizando la labor diaria que nos permitían las circunstancias para acercarnos continuamente al logro de nuestra finalidad.

Hay que transformar el régimen capitalista

Pero hoy las cosas han cambiado en el mundo; han cambiado porque el capitalismo, que es el régimen dentro del cual ha nacido el proletariado, dentro del cual por necesidad nosotros nos movemos, ha llegado a tal grado de desarrollo, que se nos han presentado situaciones que Marx no pudo prever, y que nosotros forzosamente tenemos que estudiar para tomar las medidas y adoptar las normas de conducta más convenientes.

Esa nueva situación a que aludo es la enorme tragedia que está causando la preocupación de todo el mundo y que consiste en el gran paro, en la gran falta de trabajo que lleva a masas de millones y millones de hombres en el mundo industrial a no encontrar colocación ni medios de subsistencia.

Sabéis que las estadísticas valúan la cifra a que ha llegado el paro en el mundo en unos 30 millones de trabajadores. Esas masas de hombres sin recursos acusan la existencia de una enfermedad aguda de la vida social, a la cual es preciso hallar un remedio. ¿Cómo se remedian las crisis de trabajo y el paro forzoso? La economía marxista nos describe el mecanismo de la producción de las crisis industriales. En los momentos de prosperidad por abrirse nuevos mercados o por otras causas y haber

trabajo abundante, se llamaba a los trabajadores ; pero la competencia hacía que se produjese más de lo que podía absorber el mercado, y los precios entonces descendían, y los industriales cerraban las fábricas, y sobreveníá el paro obrero ; y los períodos de prosperidad y de paro alternaban de tal manera, que en los momentos más desesperados quedaba siempre, sin embargo, una especie de esperanza en que volviesen los tiempos de prosperidad. Pero hoy el paro tiene una característica : que es definitivo. Hoy el paro obedece a que la industria se ha perfeccionado, se ha racionalizado a costa del obrero, y la perfección hace que pueda pasarse la industria sin muchos de los brazos que antes ocupaba ; y como no hay que pensar que se pueda volver a la técnica primitiva, para remediar esta crisis es indispensable pensar en transformar el régimen capitalista y sustituirle por un régimen de democracia económica. (*Aplausos.*)

El Socialismo en nuestros tiempos

Por eso, compañeros, ante el agobio de las circunstancias actuales, se ha producido en la masa un deseo vivo, intenso y noble de llegar a la realización del Socialismo revolucionario, y en algunos países, como en Inglaterra, este propósito se ha sintetizado en esta fórmula : «El Socialismo en nuestro tiempo.»

Este movimiento trata de hacer compatible la revolución con la conservación en todos sus momentos del máximo posible de elementos liberales y democráticos ; pero no es mi propósito entrar en análisis, más propios de una conferencia que de un mitin, en que se trata de fijar nuestra actitud frente a la lucha electoral.

Lo que yo creo ahora es que esa actitud debe ser la actitud general de todos los socialistas del mundo, es decir, que cabe considerar que la socialización de las principales industrias, la de los Bancos, la de la tierra, es una obra que hay que realizar lo más pronto posible para evitar los grandes males que están ocurriendo.

Pero no hay que desatender los problemas intermedios

Mas conviene que nos planteemos los problemas reales con toda su gravedad.

Nosotros queremos comenzar la gran transformación social que nos proponemos realizar lo más pronto posible. Si pudiera ser, mañana mismo. Pero ¿si materialmente, incluso por no habernos formado aún una remota idea de las dificultades técnicas que hay que vencer, no pudiera ser mañana mismo?

El paro es un peligro de fascismo

En el proceso de esta grave enfermedad social por que estamos pasando hay que tender a la curación total, removiendo completamente las causas que la producen; pero mientras eso se logra, no se pueden desatender los episodios graves de la dolencia, como este síntoma insostenible de paro obrero, inevitable también en nuestro país por la repercusión de la crisis mundial de la industria y de la agricultura. Si estos episodios de la enfermedad fueran desatendidos correríamos graves peligros y aun pudiera quedársenos el enfermo entre las manos.

Algo de eso ha ocurrido en Alemania. No creáis que allí los nacionalsocialistas, por un golpe de audacia, se

han apoderado del Poder. Los nazis son menos audaces de lo que parece. El Poder se lo ha dado la desesperación de los obreros parados y la desorientación de las masas de la clase media, caída en el proletariado a consecuencia de crisis como la producida por la inflación monetaria, sin haberse aún redimido de la ideología de la burguesía, a la cual, durante toda su vida, han servido.

Y para precavernos de estos peligros, ¿qué podemos hacer nosotros?

Hay que reformar el socorro de paro

En primer lugar, completar nuestra legislación social, que, aunque progresiva, presenta una gran laguna en lo que se refiere al subsidio al paro. La subvención a las Sociedades que tienen ellas mismas establecido el subsidio es totalmente insuficiente, y en los momentos de agravación de la crisis, totalmente inoperante. El mismo sistema preconizado por el Instituto Nacional de Previsión, como fundado en el fomento del ahorro, virtud que los mismos economistas burgueses consideran incongruente con las actuales exigencias de la economía, ese mismo sistema de subsidio no puede considerarse satisfactorio.

Pero además de esto urge acudir lo más rápidamente posible a reducir el número de obreros parados por un procedimiento que la experiencia de Gobierno de nuestros propios camaradas ya nos ha sugerido. Me refiero al establecimiento de un plan ordenado de reconstrucción nacional, imprescindible en un país como el nuestro, que, a pesar de los esfuerzos de los gobernantes socialistas, está aún por higienizar, no se halla dotado de suficientes instituciones educativas, carece de un plan completo

de irrigación y de la producción y distribución racional de la fuerza motriz suficiente para provocar el desarrollo industrial imprescindible para la vida de una nación civilizada.

Los socialistas somos la mayor garantía moral de la vida política

Para la realización de esos planes es imprescindible que en la vida pública se mantengan las instituciones democráticas, únicas que permiten a la opinión el control de la obra de los gobernantes, únicas que ofrecen garantías de la austeridad imprescindible en el desempeño de las funciones públicas y de cuyo mantenimiento debemos los socialistas constituírnos en celosos guardianes.

Sí, porque los socialistas hemos sido y seguiremos siendo, a despecho de nuestros adversarios, la mayor garantía del mantenimiento de la moralidad en la vida política.

Nuestros adversarios habrán de convencerse de que nuestra firmeza espiritual y moral es invencible. La nuestra, la espiritualidad de los «materialistas de la Historia», inspirados en las grandes ideas libertadoras de los intelectuales del siglo XVIII y en las grandes ideas emancipadoras de los socialistas del siglo XIX; la nuestra, la espiritualidad de los socialistas que aspiramos en nuestro siglo a libertar a la Humanidad sometida a la esclavitud económica, para que las fuerzas del espíritu, hoy cohibidas, se expansionen y produzcan las grandes obras de la creación humana en una civilización fraternal, grande y fuerte. (*Grandes aplausos. Vivas al orador y al Partido.*)

